

Ben-Hur
Libros I-IV

Por

Lewis Wallace

***Free*editorial** 

LIBRO I

Capítulo I

Hacia el desierto

El Jebel-es-Zubleh es una montaña de más de cincuenta millas de longitud y tan estrecha que su dibujo en el mapa se parece a una oruga reptando de sur a norte. De pie sobre sus peñascos pintados de rojo y blanco, sólo se ve el desierto de Arabia, que los vientos del este, tan odiados por los cultivadores de vides, se han reservado como terreno de juego desde el principio de los tiempos. El pie de dichos montes está bien cubierto de arenas arrastradas por el Éufrates y depositadas allí, porque la montaña constituye un muro protector de los campos de Boab y de Ammón, al oeste, que de otro modo formarían parte del desierto. El árabe ha dejado el sello de su lengua en todo lo que se encuentra al sur y al este de Judea; de modo que, en su idioma, el viejo Jebel es el padre de innumerables wadis que, cortando la vía romana (vaga sombra de lo que fue en otro tiempo, polvoriento sendero recorrido hoy por los peregrinos que van y vienen de La Meca), imprimen sus surcos, profundizando a medida que avanzan, para llevar las avenidas de la estación lluviosa al Jordán, o a su último receptáculo, el mar Muerto. De uno de aquellos barrancos (o, más concretamente, del que corre por el extremo del Jebel y, extendiéndose del este hacia el norte, acaba por constituir el lecho del río Jabbok) salía un viajero que se dirigía hacia las altiplanicies del desierto.

Para este personaje reclamamos en primer lugar la atención del lector. A juzgar por su aspecto, tenía los cuarenta y cinco años bien cumplidos. Su barba, en otro tiempo del negro más intenso, que caía en ancho raudal sobre el pecho, estaba surcada por hebras blancas. Su cara era negra como un grano de café tostado, y la llevaba tan cubierta por un rojo kufiyeh (como llaman hoy en día los hijos del desierto al pañuelo que les protege la cabeza) que sólo era visible en parte. De vez en cuando levantaba los ojos, unos ojos grandes y negros. Vestía las holgadas prendas que imperan en Oriente; aunque no es posible describir con más detalle su estilo, porque el viajero iba sentado debajo de una minúscula tienda, cabalgando un gran dromedario blanco.

Es dudoso que los hombres de Occidente logren sobreponerse alguna vez a la impresión que produce en ellos la aparición de un camello cargado y equipado para la travesía del desierto. La costumbre, tan fatal para otras novedades, no influye sino muy levemente en ese sentimiento. Al final de largos viajes con las caravanas, después de años de vivir con los beduinos, el hijo de Occidente, esté donde esté, se parará y contemplará el paso del

majestuoso bruto. Su encanto no está en la figura, que ni el amor puede embellecer, ni en el movimiento, o en el silencioso caminar, ni en la ancha carnadura. Como el afecto del mar por un barco, así es el del desierto para su criatura, a la que viste con todos sus misterios, de tal modo que, mientras miramos aquélla, pensamos en éstos: y en eso reside la maravilla. El animal que salía ahora del vado tenía méritos sobrados para exigir el homenaje de rigor. Su color y su altura; la anchura de su pie; el volumen de su cuerpo, no cargado de grasa sino de músculos; su cuello largo y esbelto, curvado como el de un cisne; su cabeza, ancha a la altura de los ojos y adelgazándose luego hasta un hocico que el brazalete de una dama podía casi aprisionar; su andadura, el paso largo y elástico, el andar seguro y silencioso, todo certificaba su sangre siria, antigua como los tiempos de Ciro, y de un valor incalculable. Llevaba la brida habitual, que cubría su frente con una orla escarlata y adornaba su cuello con pendientes, cadenas de bronce de cuyos extremos colgaban unas campanillas de plata; pero aquella brida no tenía riendas para el jinete ni ronzal para un conductor. El aparejo colocado sobre el lomo del animal era un artefacto que en cualquier otro pueblo distinto del oriental habría hecho famoso a su inventor. Consistía en dos cajas de madera de apenas cuatro pies de longitud, equilibradas de tal modo que colgaban una a cada lado, y su interior, forrado y alfombrado muellemente, estaba arreglado de forma que el dueño pudiera sentarse o descansar tendido. Y todo ello quedaba cubierto por un toldillo verde. Anchas correas y cinchas en el lomo y el pecho, sujetas y aseguradas mediante innumerables nudos y ataduras, mantenían el ingenio en su sitio. Aquello era lo que habían discurrido los ingeniosos hijos de Cush para hacer más cómodos los agostados caminos del desierto, hacia los que les empujaba el deber tanto como la diversión.

Cuando el dromedario remontaba la última cuchillada del barranco, el viajero había cruzado el límite de el Belka, la antigua Ammón. Era de mañana. Ante sí tenía el sol, medio cubierto por un velo de lanosa neblina; ante sí también se extendía el desierto, no el reino de las movedizas arenas, que estaba mas allá, sino la región en la que las hierbas empiezan a menguar, y cuya superficie aparece salpicada de rocas graníticas y de piedras grises y pardas entremezcladas con raquíticas acacias y trechos de hierba de camello. El roble, las zarzas y el madroño quedaban atrás; como si hubieran llegado a una frontera, miraban hacia las inmensidades desprovistas de manantiales y se acurrucaban de miedo.

Ahora terminaban todos los caminos y senderos. Más que nunca el camello parecía arrastrado de un modo insensible; alargaba y apresuraba el paso, su cabeza se levantaba dirigida hacia el horizonte y por los anchos ollares engullía el aire a grandes sorbos. La litera se mecía, caía y se levantaba como un bote entre las olas. Las hojas secas, formando montones aquí y allá, crujían bajo las pisadas. A ratos un perfume como de ajeno endulzaba toda la

atmósfera. Alondras, mirlos y golondrinas de las rocas echaban a volar, y las perdices blancas se apartaban corriendo entre silbidos y cloqueos. Muy de vez en cuando, una zorra o una hiena apresuraba el trote para estudiar a los intrusos desde prudencial distancia. Lejos, hacia la derecha, se levantaban los montes del Jebel, y el velo color gris perla que descansaba sobre ellos pasaba en un momento a tomar un color púrpura al cual daría el sol, unos instantes después, un matiz sin par. Sobre los más altos picos navegaba un buitre con sus anchas alas, describiendo círculos que se iban ensanchando. Pero, de todas esas cosas, el ocupante de la verde tienda nada veía o, por lo menos, no manifestaba que se hubiese fijado en ellas. Tenía los ojos fijos, como soñando. En su comportamiento, tanto el hombre como el animal parecían guiados por otro.

Dos horas siguió avanzando el dromedario, siempre con el mismo trote sostenido y dirigiéndose al este. En todo ese tiempo el viajero no cambió de posición, ni miró a la derecha ni a la izquierda. En el desierto la distancia no se mide por millas o leguas, sino por el saat, u hora, y el manzil, o parada; tres leguas y media forman el primero; quince o veinticinco forman la segunda, y son la media normal del camello común. Un animal de pura estirpe siria puede hacer tres leguas fácilmente. A toda velocidad alcanza a los vientos ordinarios.

Como resultado del rápido avance, el aspecto del panorama sufrió un cambio. El Jebel se extendía por el horizonte occidental como una cinta azul pálido. Aquí y allá se levantaba un tell, o montículo de arcilla y arena cementada. De trecho en trecho las peñas basálticas erguían sus redondas coronas, vigías de la montaña contra las fuerzas de la llanura; pero todo lo demás era arena, a veces llana como la playa barrida, otras plegada en continuadas serranías, aquí formando olas cortadas, allá largas ondulaciones. Del mismo modo cambió también la condición de la atmósfera. El sol, muy alto en el horizonte, se había saciado de rocío y niebla, y caldeaba la brisa que besaba al peregrino bajo el toldo; tanto en la lejanía como más cerca, iba tiñendo la tierra de una blancura lechosa, y encendía el cielo.

Dos horas más continuó avanzando la bestia, sin descansar ni desviarse de su ruta. La vegetación cesó por entero. La arena, formando en la superficie una costra tan consistente que se rompía a cada paso en crujientes fragmentos, gozaba de un imperio que nadie le disputaba. El Jebel había desaparecido de la vista; ningún accidente del terreno llamaba la atención de la mirada. La sombra, que hasta entonces había caído hacia atrás, ahora se inclinaba hacia el norte y sostenía una nivelada carrera con los objetos que la proyectaban.

Y no dando señal alguna de querer detenerse, la conducta del viajero se hizo por momentos más y más extraña.

Nadie, recuérdese bien, busca el desierto como campo de placeres. La vida

y la necesidad lo atraviesan por senderos en los que, como otros tantos trofeos, se hallan dispersos los huesos de seres que murieron. Tales son los caminos que van de un pozo a otro, de unos pastos a otros. El corazón del jeque más avezado acelera sus latidos cuando se encuentra solo por aquellas extensiones sin camino. Así, pues, el hombre de quien nos ocupamos no podía ir a la busca de placeres; tampoco se comportaba como un fugitivo: ni una sola vez miró atrás. En tal situación el miedo y la curiosidad son las sensaciones más comunes; sobre él, no tenían ningún imperio. Cuando los hombres se sienten rodeados por la soledad, acogen gustosos cualquier compañía; el perro se convierte en un camarada, el caballo en un amigo, y no es una vergüenza dedicarles un diluvio de caricias y de palabras de afecto. El camello no recibió un regalo tal; ni una palmada, ni una palabra.

A las doce exactamente, y por propia iniciativa, el dromedario se detuvo y profirió ese grito o lamento, singularmente lastimero, con el cual protestan siempre los animales de su especie contra una carga exagerada, o reclaman a veces cuidados y descanso.

Con ello el dueño se movió, despertando como si hubiera estado dormido.

Levantó las cortinas del castillo e inspeccionó larga y detenidamente la región hacia todas las direcciones, como si quisiera identificar el lugar de una cita. Satisfecho de la inspección, respiró profundamente y movió la cabeza en sentido afirmativo, como queriendo decir: "¡Por fin, por fin!".

Un momento después, cruzó las manos sobre el pecho, inclinó la cabeza y oró en silencio. Cumplido el piadoso deber, se dispuso a desmontar. De su garganta salía el sonido que oyeron, sin duda, los camellos favoritos de Job: "¡lkh! ¡ikh!", la señal para arrodillarse. El animal obedeció pausadamente, gruñendo todo el rato. Entonces el jinete apoyó el pie sobre el esbelto cuello y saltó a la arena.

Capítulo II

La reunión de los sabios

Como podía verse por fin, aquel hombre estaba admirablemente proporcionado, vigoroso y de mediana estatura. Aflojando el cordón de seda que le sujetaba el kufyeh a la cabeza, empujó hacia atrás los arrugados pliegues hasta dejar al descubierto su cara, una faz enérgica, de color casi negro, pero en la que la frente, ancha y baja, la nariz aquilina, los ángulos externos de los ojos ascendiendo ligeramente, el cabello abundante, áspero y estirado, de reflejos metálicos y cayendo sobre los hombros en varias trenzas,

eran signos de un origen que no cabía disimular. El mismo aspecto tenían los faraones y los últimos Ptolomeos; el mismo tenía Mizraim, el padre de la raza egipcia. Vestía kamis, camisa blanca de algodón, de mangas ceñidas, abierta por delante, que llegaba hasta los tobillos y bordada en el cuello y el pecho, sobre la que llevaba una capa de lana parda, llamada ahora (igual que la llamarían entonces, según todas las probabilidades) el aba, prenda exterior con falda larga y mangas cortas, forrada interiormente de una tela de algodón y seda y ribeteada en todo su contorno por una franja amarillo oscuro. Calzaba unas sandalias sujetas con unas correas de cuero suave. Un cingulo le ceñía el kamis a la cintura.

Considerando que iba solo y que merodeaban por el desierto leones y leopardos, además de hombres tan salvajes como las fieras, lo que resultaba más notable era que no llevase armas, ni siquiera el palo curvo utilizado para guiar camellos; de donde podemos inferir, cuando menos, que le traía un asunto pacífico y que era un hombre singularmente audaz o colocado bajo una protección extraordinaria.

El viajero tenía los miembros entumecidos, pues la travesía había sido larga y pesada; de ahí que se frotase las manos y golpease el suelo con los pies, y luego diese vueltas alrededor del fiel sirviente cuyos brillantes ojos se cerraban de tranquilo contento con la rumia iniciada ya.

Mientras iba describiendo círculos, se detenía con frecuencia y, protegiéndose los ojos con las manos, examinaba el desierto hasta el límite alcanzado por la vista; aunque siempre, al terminar la inspección, nublaba su cara un desencanto leve, pero bastante para indicar a un observador perspicaz que el viajero esperaba compañía, si es que no estaba allí obedeciendo a una cita. Y al mismo tiempo el observador quizás habría notado en sí mismo un aguijónazo de curiosidad por saber qué clase de negocio podía ser aquel que había de solventar en un lugar tan distante del mundo civilizado.

Por más que manifestara desencanto, no cabía dudar de la confianza del viajero en la llegada de la compañía esperada. En prenda de ello, fue hasta la parihuela y, de la camilla o caja opuesta a la que él había ocupado al venir, sacó una esponja y una pequeña alcarraza de agua con las cuales lavó los ojos, cara y narices del camello; hecho lo cual sacó del mismo recipiente un palo recio. Después de algunas manipulaciones, este último resultó un ingenioso artificio formado de piezas menores, una dentro de la otra, las cuales, una vez convenientemente dispuestas, formaban un poste central más alto que su cabeza.

Plantado el poste, y colocadas las estacas a su alrededor, el viajero extendió sobre ellos la tela, y se encontró literalmente en casa, en una casa mucho menor que las habitaciones de un emir o un jeque, pero que en todos

los otros aspectos podía compararse a ellas. De las parihuelas sacó todavía una alfombra o estera cuadrada, con la cual cubrió el suelo de la tienda de la parte en que le daba el sol. Hecho esto, salió fuera y, una vez mas, con gran cuidado y mayor anhelo, sus ojos recorrieron todo el círculo del horizonte. Excepto por un chacal distante, que galopaba a través de la llanura, y un águila que volaba hacia la parte del golfo de Akaba, ni la inmensidad de abajo, ni tampoco el azul que la cubría ofrecían signo alguno de vida. El viajero se volvió hacia el camello, diciendo en voz baja y en una lengua extraña al desierto:

—Estamos lejos de casa, oh corcel que desafías a los vientos más rápidos; estamos lejos de casa, pero Dios está con nosotros. Tengamos paciencia.

Luego sacó unas cuantas habas de un saquito de la silla y las puso en un morral dispuesto de modo que colgara debajo del hocico del dromedario, y cuando hubo visto el deleite con que su fiel servidor devoraba el alimento, se dio la vuelta y escudriñó de nuevo el mundo de arena, borroso a causa del fulgor del sol, que caía verticalmente.

—Llegarán —dijo con calma—. El que me ha guiado a mí los guía a ellos. Cuidaré los preparativos.

De las bolsas que tapizaban el interior de la litera y de un cesto de mimbre que formaba parte del mobiliario de ésta sacó elementos para un ágape: fuentes hechas de un apretado tejido de fibra de palma; vino en pequeños odres de piel; carnero seco y ahumado; shami, es decir, granadas sirias, sin hueso; dátiles de el Shelebi, de maravilloso sabor y criados en nakhil o vergeles de palmeras; un queso similar a las "rebanadas de leche de David", y pan de levadura de la panadería de la ciudad; todo lo cual transportó y distribuyó sobre la estera colocada en el interior de la tienda. Como preparativo final puso junto a las provisiones tres trozos de tela de seda, utilizadas en Oriente por las personas refinadas para cubrir las rodillas de los huéspedes mientras estaban a la mesa, circunstancia que nos indica el número de personas que participarían del refrigerio, el número de personas que esperaba. Ahora todo estaba preparado. El viajero salió al exterior. ¡Mira, allá al este se veía en la superficie del desierto una manchita negra! Pareció que sus pies habían echado raíces en el suelo; sus ojos se dilataron; por su epidermis corría un escalofrío, como si sintiera un contacto sobrenatural. La manchita crecía; al final tomó unas proporciones bien definidas. Un poco después apareció perfectamente a la vista una copia de su propio dromedario, un animal alto y blanco, que transportaba una howdah, la litera de viaje del Indostán. El egipcio cruzó las manos sobre el pecho y levantó los ojos al cielo.

—¡Sólo Dios es grande! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas y el alma henchida de santo temor.

El extranjero se acercaba; por fin se detuvo. Y también, a su vez, pareció

que despertaba de un sueño. Contempló el camello arrodillado, la tienda, y al hombre que estaba de pie en la puerta orando. Entonces cruzó las manos, inclinó la cabeza y rezó calladamente; después de lo cual, transcurrido un corto rato, saltó del cuello de su montura a la arena y se acercó al egipcio al mismo tiempo que éste avanzaba hacia él. Un momento estuvieron mirándose el uno al otro. Luego se abrazaron; es decir, cada uno puso el brazo derecho sobre el hombro del otro mientras el izquierdo le rodeaba parcialmente el talle, apoyando un instante la barbilla primero sobre el lado izquierdo y luego sobre el derecho del pecho.

—¡La paz sea contigo, oh sirviente del verdadero Dios! —le dijo el extranjero.

—¡Y contigo, oh hermano de la verdadera fe! Paz y bendiciones para ti —replicó el egipcio con fervor.

El recién llegado era un hombre alto y flaco, con la cara delgada, los ojos hundidos, el cabello y la barba blancos y un cutis de un color intermedio entre el matiz del cinamomo y el del bronce. También iba sin armas. Vestía a la manera del Indostán: sobre un birrete llevaba un chal atado en grandes pliegues, formando turbante; las ropas que le cubrían eran del mismo estilo que las del egipcio, excepto por el alba, que era más corta, dejando al descubierto unos calzones anchos y caídos atados a los tobillos. En lugar de sandalias calzaban sus pies unas babuchas de cuero rojo y afilada punta. Excepto las babuchas, todo su atuendo, de pies a cabeza, era de tela blanca. Tenía un aire altivo, majestuoso, severo. Visvamitra, el mayor de los ascéticos, héroe de la Ilíada del Este, tenía en él un representante perfecto. Podrían haberle definido diciendo que era una vida empapada del saber de Brahma; devoción encarnada. Sólo en sus ojos había una prueba de humanidad; cuando levantó la cara, apartándola del pecho del egipcio, brillaban en ellos las lágrimas.

—¡Sólo Dios es grande! —exclamó, concluido el abrazo.

—¡Y benditos son los que le sirven! —respondió el egipcio, meditando la paráfrasis que había empleado como exclamación—. Pero esperemos —añadió—, esperemos; porque, mira, ¡el otro viene allá!

Ambos dirigieron la mirada hacia el norte, donde, ya bien visible, un tercer camello, de la misma blancura que los anteriores, venía, inclinándose de costado como un barco. Y aguardaron hasta que llegó el tercero, desmontó y avanzó hacia ellos.

—¡Paz a ti, oh hermano mío! —dijo, abrazando al hindú. Y el hindú respondió:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

El recién llegado se diferenciaba por completo de sus compañeros; era de constitución más delicada; tenía la piel blanca; una mata de cabello rubio formaba una corona perfecta para su cabeza, pequeña pero hermosa; el fuego de sus ojos azul oscuro certificaba una mente delicada y un temperamento valeroso y afectivo. Llevaba la cabeza descubierta e iba desarmado. Bajo los pliegues del manto tirio que llevaba congracia inconsciente aparecía una túnica de mangas cortas y cuello bajo, recogida a la cintura por una faja y que le llegaba casi hasta las rodillas, dejando desnudos el cuello, los brazos y las piernas. Unas sandalias protegían sus pies. Cincuenta años, y probablemente más, habían pasado sobre él, sin más efecto, en apariencia, que impregnar su comportamiento de gravedad y atemperar sus palabras con la reflexión. El vigor del cuerpo y la brillantez del alma seguían intactos. No era preciso decir a un estudioso de qué estirpe había salido; si no procedía de los bosquecillos de Atenas, sus antecesores habían nacido allí.

Cuando sus brazos se apartaron del egipcio, éste dijo con voz trémula:

—El Espíritu me trajo a mí primero; por eso veo que me ha elegido para que sirva a mis hermanos. La tienda está preparada, y el pan sólo espera que lo partan. Dejad que cumpla mi oficio.

Y tomando a cada uno por la mano los guió al interior de la tienda, les quitó las sandalias, les lavó los pies, derramó agua sobre sus manos y se las secó con unas servilletas.

Luego de haberse lavado las suyas propias, dijo:

—Cuidémonos, hermanos, para que podamos llevar a cabo nuestra misión, y comamos a fin de tener fuerzas para los deberes que nos quedan por cumplir durante el día. Mientras comemos, cada uno se enterará de quiénes son los otros dos, de dónde vienen, y de cómo han sido llamados.

E hizo que se acercasen a la estera del banquete, sentados de tal modo que estuvieran cara a cara. Las cabezas de los tres se inclinaron a un tiempo, sus manos se cruzaron sobre los respectivos pechos, y hablando al unísono recitaron en voz alta esta sencilla acción de gracias:

—Padre de todo, ¡Dios!, lo que aquí tenemos de ti viene; acepta nuestro agradecimiento y bendícenos, para que podamos continuar cumpliendo tu voluntad.

Pronunciada la última palabra, los tres levantaron los ojos, y se miraron el uno al otro maravillados. Cada uno había hablado en una lengua jamás oída por sus compañeros; y, sin embargo, cada uno había entendido perfectamente lo que habían dicho los otros. Una divina emoción estremecía sus almas, porque en aquel milagro veían la intervención de la presencia divina.

Capítulo III

Habla el ateniense: fe

Para expresarlo en el estilo de la época, la reunión recién descrita tuvo lugar el año 747 de la fundación de Roma. Era el mes de diciembre; reinaba el invierno en toda la región del este del Mediterráneo. Los que cabalgan por el desierto en dicha estación no recorren mucho terreno sin sentirse atormentados por un vivo apetito. Los reunidos en la tienda no eran una excepción a la regla. Estaban hambrientos y comían con excelente disposición. Después del vino empezaron a hablar.

—Para el caminante que va por tierras extrañas, nada más dulce que oír su nombre en labios de un amigo —dijo el egipcio, que ocupaba la presidencia—. Nos esperan muchos días de camaradería. Es hora de que nos conozcamos. Por lo tanto, si es de vuestro agrado, el que ha llegado el último que hable primero.

Entonces, muy despacio al principio, como si se reprimiera a sí mismo, el griego empezó:

—Lo que tengo que decir, hermanos, es tan extraño que apenas sé por dónde empezar ni de qué puedo hablar con toda propiedad. Ni yo mismo lo entiendo todavía. De lo que estoy más seguro es de que acato la voluntad de un Amo, sirviendo al cual se vive en un éxtasis constante. Cuando pienso en el objetivo que me han enviado á cumplir, siento en mí un gozo tan inexpresable que conozco, que aquella voluntad es la voluntad de Dios.

El santo varón hizo una pausa, incapaz de proseguir, mientras los otros, por simpatía a sus sentimientos, bajaban la vista.

—Muy al oeste de aquí —empezó de nuevo—, hay un país que jamás será olvidado; aunque no fuese sino por la gran deuda que el mundo tiene con él, y porque esta deuda nace de cosas que procuran al hombre sus placeres más puros. No diré nada de las artes, nada de la filosofía ni de la elocuencia, ni de la poesía, ni de la guerra. ¡Oh, hermanos míos, al pueblo que digo le corresponde la gloria de brillar perdurablemente en letras perfectas, por las cuales aquel al cual vamos a buscar y anunciar será conocido en toda la tierra. El país de que hablo es Grecia. Yo soy Gaspar, el hijo de Cleantes, el ateniense.

"Mis antepasados —prosiguió—, se entregaban por entero al estudio, y de ellos he heredado yo la misma pasión. Se da el caso de que dos de nuestros filósofos, los más excelsos entre una pléyade de ellos, enseñan, el uno la doctrina de un alma en cada hombre, y de que tal alma es inmortal; el otro, la doctrina de un Dios único, infinitamente justo. De la multitud de temas sobre

los cuales disputaban las escuelas, separé estos dos, como únicos dignos del trabajo de buscarles una solución; porque pensé que existía una relación, todavía desconocida, entre Dios y el alma. Sobre este tema la mente puede razonar hasta un punto, hasta un muro macizo, infranqueable; llegando allí, todo lo que puede hacerse ya es detenerse y llamar a voz en grito pidiendo ayuda. Esto hice yo; pero ninguna voz vino del otro lado del muro. Desesperado, me aparté de las ciudades y de las escuelas.

A estas palabras, una grave sonrisa de aprobación iluminó el flaco rostro del hindú.

—En la parte septentrional de mi país, en la Tesalia —siguió diciendo el griego—, hay una montaña conocida como la morada de los dioses, donde Zeus, al cual mis paisanos consideran el mayor de todos, tiene su vivienda; Olimpo es su nombre. Allá me trasladé. Hallé una cueva en una altura donde la montaña, que viene del oeste, toma la dirección sureste, y allí viví entregado a la meditación... No; me dediqué a esperar aquello que solicitaba con una plegaria en cada aliento, a esperar la revelación. Creyendo en Dios, invisible aunque supremo, creía también posible suplicarle que se apiadase de mí y me enviara una respuesta.

—¡Ah, y la envió! ¡La envió! —exclamó el hindú, levantando la mano, que tenía sobre la tela de seda, en su regazo.

—Escuchadme, hermanos —dijo el griego, calmándose con esfuerzo—. La puerta de mi ermita da sobre un brazo del mar, sobre el golfo de Thermas. Un día vi a un hombre arrojado por encima de la borda de un barco que pasaba. Aquel hombre nadó hacia la playa. Yo lo recibí y lo cuidé. Era un judío muy versado en, la historia y las leyes de su país, y por él vine a saber que el Dios de mis oraciones existía ciertamente y había sido en el curso de las edades su legislador, su gobernante, su rey. ¿Qué era aquello sino una revelación?, me decía yo. Mi fe no había sido estéril, ¡Dios me contestaba!

—Como responde a todos los que le imploran con una fe semejante —dijo el hindú.

—Pero, ¡ay! —continuó el griego—. El hombre que me habían enviado de aquella manera me dijo más. Me habló de los profetas que, en las edades que siguieron a la primera revelación, caminaron y conversaron con Dios, y declaraban que vendría otra vez. Me dio sus nombres, y citaba sus mismas palabras, sacadas de los libros sagrados. Todavía me dijo más; me dijo que la segunda llegada era inminente, que en Jerusalén la consideraban como un hecho que había de producirse de un momento a otro.

El griego hizo una pausa, y la luminosidad de su cara se desvaneció.

—Es cierto —dijo después de unos instantes—, es cierto que aquel hombre

me dijo que Dios y la revelación de que me hablaba habían sido únicamente para los judíos y que otra vez volvería a ocurrir así. El que había de venir sería el rey de los judíos. "¿No traerá nada para el resto del mundo?", pregunté. "No", fue la orgullosa respuesta. "No, nosotros somos el pueblo elegido." Esta contestación no destruyó mi confianza. ¿Cómo había de limitar semejante dios su amor y sus generosidades a un país y, como sucedía en este caso, a una sola familia? Y empecé mi corazón en saberlo. Al final penetré a través del orgullo de aquel hombre, descubriendo que sus antepasados habían sido unos meros servidores elegidos para mantener viva la verdad, a fin de que el mundo acabara por conocerla y así se salvase. Cuando el judío se fue y me quedé solo otra vez, sosegué mi alma con una nueva oración: la de que se me permitiese ver y adorar al Rey cuando viniese. Una noche estaba sentado en la puerta de mi cueva, tratando de dilucidar los misterios de mi existencia, sabiendo cuán grande es el de conocer a Dios; y he aquí que, de pronto, allá abajo en el mar, o, mejor aún, en la oscuridad que cubría su superficie, vi que empezaba a inflamarse una estrella. Levantóse lentamente, se acercó y se puso encima de la altura y sobre mi puerta, de modo que su luz caía de lleno sobre mí. Yo me vine al suelo, y en sueños oí una voz que decía: "¡Oh, Gaspar! ¡Tu fe ha triunfado! ¡Bendito eres! Con otros dos, venidos de las partes mas distantes de la tierra, tú veras al Prometido y serás testigo de su presencia y servirás de ocasión para dar testimonio de Él. Por la mañana levántate y ve a reunirte con ellos. Ten confianza en el Espíritu que te guiará". "Y por la mañana me desperté con el Espíritu, como una luz interior que aventajaba a la del sol. Arrojé el atuendo de ermitaño y me vestí como antiguamente. Cogí de un escondite el tesoro que me había traído de la ciudad. Pasó un barco de vela. Lo llamé, me admitieron a bordo y desembarqué en Antioquía. Allí compré el camello y sus arreos. Por los jardines y vergeles que esmaltan las márgenes del Orontes, viajé hasta Emesa, Damasco, Bostra y Filadelfia; y de allí he venido aquí. Ya habéis oído mi historia. Permitid que ahora escuche yo la vuestra.

Capítulo IV

Discurso del hindú: amor

El egipcio y el hindú se miraron; el primero hizo un ademán; el segundo se inclinó, y comenzó:

—Nuestro hermano ha hablado bien. Ojalá mis palabras sean tan sabias.

Se detuvo, reflexionó un momento, y luego prosiguió:

—Podéis conocerme, hermanos, por el nombre de Melchor. Os hablo en un

idioma que, si no es el más antiguo del mundo, fue al menos el primero reducido a letras. Me refiero al sánscrito de la India. Por mi nacimiento, soy hindú. Mis antepasados fueron los primeros en caminar por los campos del conocimiento, los primeros en clasificarlo, los primeros en embellecerlo. Suceda lo que suceda de ahora en adelante, los cuatro Vedas vivirán, porque ellos son las fuentes primeras de la religión y de la inteligencia provechosa. De ellos se derivaron los Upa-Vedas, entregados por Brahma, los cuales tratan de medicina, ballestería, arquitectura, música y las sesenta y cuatro artes mecánicas; los Ved-Angas, revelados por santos inspirados y dedicados a la astronomía, la gramática, la prosodia, la pronunciación, los embrujos y sortilegios, ritos religiosos y ceremonias; los Up-Angas, escritos por el sabio Vyasa, dedicados a la cosmogonía, cronología y geografía; de ellos forman parte también el Ramayana y el Mahabharata, destinados a la perpetuación de nuestros dioses y semidioses. Al igual, oh, hermano, que los Grandes Shastras, o libros de las ordenanzas sagradas.

"Para mí son ahora cosa muerta; sin embargo, a través de las edades servirán para dar testimonio del genio en ciernes de mi raza. Eran promesas de un rápido perfeccionamiento. ¿Preguntáis por qué las promesas fallaron? ¡Ay! Esos mismos libros cerraron todas las puertas del progreso. Bajo el pretexto de cuidar de la criatura, sus autores impusieron el principio de que un hombre no debe dedicarse a los descubrimientos ni a la invención, pues el cielo ha procurado ya todo lo necesario. Cuando este mandato se convirtió en una ley sagrada, la lámpara del genio hindú se hundió a lo más profundo de un pozo, donde, desde entonces, ha iluminado muros estrechos y aguas amargas.

"Estas alusiones, hermanos, no nacen del orgullo, como comprenderéis cuando os diga que los Shastras hablan de un Dios supremo llamado Brahm, y, además, que los Puranas, o poemas sagrados de los Up-Angas, nos hablan de la virtud de las buenas obras y del alma. De modo que, si mi hermano me permite la frase —el hindú se inclinó con deferencia hacia el griego—, siglos antes de que su pueblo fuese conocido, las dos grandes ideas, Dios y el alma, habían absorbido ya todas las energías de la mente hindú. Ampliando mi explicación, permitid que os diga que los libros citados presentan a Brahm como una Tríada: Brahma, Visnú y Shiva. De entre los tres, se dice que Brahma ha sido el autor de nuestra raza, la cual, en el curso de la creación, se dividió en cuatro castas. Primero pobló los mundos, abajo, y los cielos, arriba; después hizo la tierra para los espíritus terrenos; luego sacó de su boca la casta de los brahmanes, la más próxima a él en semejanza, la más alta y más noble, los únicos que enseñan los Vedas, los cuales fluyeron en sus labios completos, perfectos, conteniendo todos los conocimientos útiles. Luego hizo brotar de sus brazos los Kshatriya, o guerreros; de su pecho, asiento de la vida, surgieron los Visya, o productores (pastores, labriegos, mercaderes); de sus pies, en señal de degradación, saltaron los Sudras, o siervos, condenados a

realizar trabajos corporales para las otras clases (criados, domésticos, peones, artesanos). Tomad nota, además, de que la ley, nacida junto con estas castas, prohibía que el perteneciente a una casta pasase a formar parte de otra; el brahman no podría entrar en un rango inferior; si violaba las leyes de su propia esfera se convertía en un proscrito, repudiado por todos, menos por los proscritos como él.

En este punto la imaginación del griego, percibiendo en un instante todas las consecuencias de tal degradación, se sobrepuso a la profunda atención que prestaba, y le hizo exclamar:

—Oh hermanos; en semejante estado, ¡qué tremenda necesidad de un Dios amoroso!

—Sí —corroboró el egipcio—, de un Dios amoroso como el nuestro.

Las cejas del hindú se juntaron con pesar; una vez consumida aquella emoción, prosiguió con dulcificado acento:

—Yo nací brahmán. En consecuencia, mi vida estaba ordenada hasta el menor de mis actos, hasta la última de mis horas. El primer trago de alimento, el acto de darme mi primer nombre, el de sacarme por vez primera a ver el sol, el de investirme con la triple hebra por la cual me convertía en uno de los nacidos dos veces, mi consagración a la primera orden, todo se celebró según unos textos sagrados y unas ceremonias meticulosas. Yo no podía andar, comer, beber o dormir sin correr el peligro de violar una regla. Y el castigo, oh hermanos, ¡el castigo lo recibiría mi alma! Según el grado de las omisiones, mi alma iría a uno de los diversos cielos, de los cuales el de Indra es el más bajo, y el de Brahma es el más alto; o sería degradada convirtiéndose en la vida de un gusano, un insecto, un pez o un bruto. La recompensa por observar perfectamente todas las normas sería la beatitud, o absorción en el ser de Brahm, que más que una verdadera existencia es un reposo absoluto.

El hindú se concedió un momento para pensar. Luego, siguió diciendo:

—La parte de la vida de un brahmán llamada Orden Primera es la dedicada al estudio. Cuando estuve preparado para entrar en la Segunda Orden, es decir, cuando estuve en disposición de casarme y tener un hogar, lo puse todo en tela de juicio, incluso a Brahm; me volví hereje. Desde las profundidades del pozo había descubierto, arriba, una luz, y anhelaba subir para ver sobre qué derramaba su claridad. Al fin (¡después de unos cuantos años de tarea, ay de mí!), llegué al día perfecto y contemplé el principio de la vida, el elemento fundamental de la religión, el eslabón entre el alma y Dios; ¡el amor!

La arrugada faz del santo varón se enterneció visiblemente sus manos se estrecharon una a la otra con fuerza. Se hizo un silencio, durante el que los demás le estuvieron mirando; el griego, a través de las lágrimas.

Al final, prosiguió:

—El amor halla su felicidad en la acción; la prueba del amor la da lo que uno esté dispuesto a hacer por otros. Brahm había llenado el mundo con demasiadas miserias. Los sudras me daban lástima. También me la daban los innumerables devotos y víctimas. La isla de Ganga Lagor se hallaba allí donde las aguas del Ganges desaparecen en el océano Pacífico. Allá me trasladé. A la sombra del templo erigido al sabio Kapila, uniendo mis rezos a los de los discípulos que la memoria santa de aquel hombre sagrado mantiene reunidos alrededor de su casa, pensé hallar reposo. Sólo dos veces al año van allá peregrinaciones de hindúes buscando la purificación del agua. Su miseria enardecía mi amor. Pero tenía que cerrar la boca con fuerza, resistiendo el impulso de este amor por manifestarse, porque una sencilla palabra contra Brahm o la Tríada o los Shastras habría significado mi condenación. Un gesto de afecto para los brahmanes proscritos que de vez en cuando se arrastraban para ir a morir sobre la ardiente arena (una bendición recitada, el acto de darle un vaso de agua) me habría convertido en uno de ellos, arrebatándome a mi familia, mi país, mis privilegios, mi casta.

"¡Pero el amor venció! Hablé a los discípulos en el templo, y me expulsaron. Hablé a los peregrinos, y desde la isla me apedrearon. Por las carreteras intenté predicar: los oyentes huyeron de mí, o atentaron contra mi vida. Al final, en toda la India no había lugar en donde pudiese encontrar paz ni seguridad, ni aun entre los proscritos, porque, caídos incluso, seguían creyendo en Brahm. En tan extrema situación, busqué una soledad en la que esconderme de todos, menos de Dios. Recorrí el Ganges hasta sus fuentes, arriba, en las entrañas del Himalaya. Cuando entré por el paso de Hurdwar, donde el río, de inmaculada pureza, salta hacia el curso que le espera por las tierras bajas y fangosas, rogué por mi raza y me consideré separado de ella para siempre. Por cañadas y peñas, cruzando glaciares, trepando hasta la cima de picos que parecían tan altos como las estrellas, seguí mi camino hasta el Lang Tso, un lago de maravillosa belleza, dormido a los pies del Tise Gangri, el Gurla y el Kailas Parbot, gigantes que ostentan sus coronas de nieves perpetuas a las miradas del sol. Allí, en el centro de la tierra, donde el Indo, el Ganges y el Brahmaputra surgen para precipitarse hacia sus diferentes cursos, donde la humanidad tuvo su primera morada y de donde se dispersó para llenar el mundo, dejando a Balk, la madre de las ciudades, como testigo del gran acontecimiento, donde la naturaleza, retornada a su condición primaveral y segura en sus inmensidades, invita al sabio y al exilado, prometiéndole a éste seguridad y soledad al primero, allí fui a morar a solas con Dios, rezando, ayunando y esperando la muerte.

Una vez más, se apagó su voz, y las descarnadas manos se unieron en una ferviente plegaria.

—Una noche caminaba por las orillas del lago, hablando al silencio, que me escuchaba: "¿Cuándo vendrá Dios a reclamar lo que le pertenece? ¿Acaso no habrá redención?". De súbito, empezó a formarse una luz trémula en el agua; pronto se levantó una estrella, vino hacia mí y se quedó arriba, sobre mi cabeza... Su esplendor me dejó atónito. Y mientras estaba tendido sobre el suelo, oí una voz de infinita dulzura, diciendo: "Tu amor ha vencido. Bendito eres tú, ¡oh hijo de la India! La redención está al alcance de la mano. Con otros dos, venidos de rincones distantes de la tierra, tú verás al Redentor, y serás testigo de su llegada. Levántate por la mañana, ve al encuentro de tus compañeros, y pon toda tu confianza en el Espíritu que te guiará". Y desde aquel momento, la luz ha continuado conmigo, de forma que yo conocía que era la presencia visible del Espíritu. Por la mañana emprendí el regreso hacia el mundo por el mismo camino que había seguido al dejarlo. En una quiebra del monte encontré una piedra de gran valor, que vendí en Hurswar. Por Lahore, Kabul y Yedz fui a Ispahán. Allí compré el camello, y de allí fui guiado hasta Bagdad, sin esperar las caravanas. Viajaba solo, sin miedo, porque el Espíritu estaba conmigo, y está todavía. ¡Qué gloria la nuestra, oh hermanos! ¡Nosotros hemos de ver al Redentor, le hablaremos, le adoraremos! He terminado.

Capítulo V

El relato del egipcio: buenas obras

El animado griego estalló en un torrente de expresiones de gozo y de felicitaciones, después de lo cual, el egipcio dijo, con característica gravedad:

—Yo te saludo, hermano mío. Has sufrido mucho, y yo gozo con tu triunfo. Si los dos me habéis de escuchar con gusto, voy a deciros quién soy yo y cómo fue que me llamasen. Esperadme un momento.

El egipcio salió, atendió a los camellos, volvió a entrar y ocupó nuevamente su asiento.

—Vuestras palabras, hermanos, venían del Espíritu —dijo como comienzo—, y el Espíritu me ha dado el don de entenderlas. Cada uno de vosotros ha hablado particularmente de su país, en lo cual se encerraba un gran designio, que yo explicaré. Pero para que la interpretación resulte completa, permitid que hable primero de mí mismo y de mi pueblo. Yo soy Baltasar, el egipcio.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en tono sosegado, pero con tanta dignidad, que los dos oyentes se inclinaron reverentemente ante el que hablaba.

—Muchas distinciones puedo reclamar para mi raza —prosiguió éste—, pero me contentaré con una. Nosotros fuimos los primeros en perpetuar los hechos dejando noticia de ellos. De ahí que no tengamos tradiciones, y en lugar de poesía os ofrezcamos certidumbre. En las fachadas de palacios y templos, en los obeliscos, en las paredes interiores de las tumbas, escribimos los nombres de nuestros reyes y los relatos de sus hazañas. Y al delicado papiro le confiamos la sabiduría de nuestros filósofos y los secretos de nuestra religión. Todos los secretos menos uno, del cual hablaré dentro de un momento. Más antiguos que los Vedas de Para-Braham o los Up-Angas de Vyasa, ¡oh Melchor!; más viejos que los cantos de Hornero o la metafísica de Platón, ¡oh mi Gaspar!; anteriores a los libros sagrados y a los reyes de la China, o los de Siddhartha, hijo de la hermosa Maya; anteriores al Génesis del Moisés de los hebreos, los escritos humanos más antiguos son los de Menes, nuestro primer rey —haciendo una pequeña pausa, fijó una mirada cariñosa en el griego y dijo—: En la juventud de la Hélade, ¿quiénes fueron, oh Gaspar, los maestros de sus maestros?

El griego se inclinó con una sonrisa.

—Según aquellos escritos —continuó Baltasar—, sabemos que cuando los padres vinieron del lejano Oriente, de la región donde nacen los tres ríos, del centro del mundo (el viejo Irán, del cual hablabas tú, oh Melchor), vinieron trayendo con ellos la historia del mundo antes del Diluvio, y la del Diluvio mismo, tal como la enseñaron a los arios los hijos de Noé, y enseñaban la existencia de Dios, Creador y Principio de todo, y del alma, inmortal como Dios. Cuando hayamos terminado felizmente la misión que nos está encomendada ahora, si queréis acompañarme, os enseñaré la biblioteca sagrada de los sacerdotes egipcios; os mostraré, entre otros, el Libro de los Muertos, que contiene el ritual que debe observar el alma después de que la muerte la ha enviado de viaje para acudir a su juicio. Las ideas (Dios y alma inmortal) nacieron en la mente de Mizraim allá en el desierto, y por obra de Mizraim se propagaron por ambas orillas del Nilo. Entonces reinaban en toda su pureza, fáciles de comprender, como es siempre todo lo que Dios nos brinda para nuestra felicidad; parecido era también el primer culto: una canción y un rezo naturales en un alma gozosa, esperanzada y enamorada de su Creador.

Aquí el griego levantó las manos al cielo, exclamando:

—¡Oh, la luz penetra más profundamente en mi interior!

—¡Y en el mío! —dijo el hindú, con la misma devoción.

El egipcio los miró benignamente. Luego, continuó diciendo:

—La religión es, meramente, la ley que une al hombre con su Creador: en

puridad no consta de otros elementos que éstos: Dios, el alma y su mutuo reconocimiento, del cual, una vez puesto en práctica, nacen la adoración, el amor y la recompensa. Esta ley, como todas las demás de origen divino (como, por ejemplo, la que ata la Tierra al Sol), fue impuesta en el comienzo por su Autor. Tal era, hermanos míos, la religión de la primera familia; tal era la religión de nuestro padre Mizraim, quien no pudo quedar ciego ante la fórmula de la creación, en ninguna parte tan discernible como en la primera fe y en el culto más antiguo. La perfección es Dios; la simplicidad es perfección. La maldición de las maldiciones está en que los hombres no sepan respetar verdades como éstas.

Baltasar se detuvo, como si considerase de qué manera había de continuar.

—Muchas naciones han amado las dulces aguas del Nilo —dijo luego—: Los etíopes, los pali-putra, los hebreos, los asirios, los persas, los macedonios, los romanos... Y todos, excepto los hebreos, han sido dueños de ellas en uno u otro momento. Tanto ir y venir de pueblos corrompió la antigua fe mizraímica. El Valle de las Palmeras se convirtió en un Valle de los Dioses. El Ser Supremo fue dividido en ocho, cada uno de éstos personificando un principio creador de la naturaleza, con Amón Ra en cabeza, de todos. Luego fueron inventados Isis y Osiris, y su círculo, representando el agua, el fuego, el aire y otras fuerzas. Y las multiplicaciones siguieron todavía hasta que tuvimos otro orden, sugerido por las cualidades humanas, tales como la fuerza, el conocimiento, el amor y otras parecidas.

—¡En todo lo cual se manifestaba la vieja locura! —gritó impulsivamente el griego—. Sólo las cosas que están fuera de nuestro alcance continúan tal como llegaron a nosotros.

El egipcio se inclinó y prosiguió:

—Todavía un poco más, ¡oh hermanos míos!, un poco más, antes de llegar a mí mismo. Aquello a cuyo encuentro vamos parecerá todavía más sagrado en comparación con lo que existe ahora y lo que ha existido en el pasado. Las historias demuestran que Mizraim encontró el Nilo en posesión de los etíopes que se extendieron de allí por el desierto africano, un pueblo de genio fecundo y fantástico entregado por completo a adorar la naturaleza. El poético persa ofrecía sacrificios al sol, como la imagen más completa de Ormuz, su dios. Los hijos devotos del lejano Este esculpían sus deidades en madera y en marfil, pero los etíopes, sin escritura, sin libros, sin facultades mecánicas de ninguna clase, sosegaban sus almas adorando animales, pájaros, insectos, dedicando el gato sagrado a Ra, el toro a Isis, el escarabajo a Ptah. Una larga lucha contra su ruda fe terminó adoptándola como religión del nuevo imperio. Entonces se levantaron los poderosos monumentos que llenan la orilla del río y el desierto: obeliscos, laberintos, pirámides, y la tumba del rey combinada

con la del cocodrilo. ¡Hasta tal bajeza llegaron, oh hermanos, los hijos del ario!

Aquí, por primera vez, abandonó al egipcio su notable calma. Aunque su fisonomía continuase impassible, se le quebró la voz.

—No despreciéis demasiado a mis compatriotas —empezó de nuevo—. No todos olvidaron a Dios. Recordaréis que he dicho hace unos momentos que confiaron al papiro todos los secretos de nuestra religión, menos uno. De éste quiero hablaros ahora. Teníamos en cierto tiempo por rey a un determinado faraón que se entregó a toda suerte de cambios e innovaciones. A fin de asentar el nuevo sistema, puso todo su empeño en desterrar el antiguo de la memoria de las gentes. Entonces los hebreos vivían entre nosotros como esclavos. Ellos seguían fieles a su Dios, y cuando la persecución se hizo intolerable, fueron libertados de una manera que nunca se olvidará. Ahora hablo según cuentan las crónicas: Moisés, que también era hebreo, fue a palacio a pedir autorización para que los esclavos, en número de diez millones, pudieran salir del país. Hizo la petición en nombre del Señor Dios de Israel. El faraón se negó. Oíd lo que pasó luego. Primero toda el agua, lo mismo la de los lagos y los ríos que la de los pozos y depósitos, se convirtió en sangre. Pero el monarca siguió negándose. Luego vino una plaga de ranas que cubrió todo el terreno. Y el rey continuó firme. Entonces, Moisés arrojó unas cenizas al aire, y una epidemia atacó a los egipcios. A continuación murió todo el ganado, excepto el de los hebreos. Los saltamontes devoraron todo lo verde que había en el valle. Al mediodía, la oscuridad se hizo tan negra que las lámparas no querían arder. Finalmente, por la noche, todos los primogénitos de los egipcios murieron. No se libró ni el del faraón. Entonces éste cedió. Pero enseguida que los hebreos hubieron partido, los siguió con su ejército. En el último momento se separaron las aguas del mar, a fin de que los fugitivos pudieran pasarlo a pie enjuto. Cuando los perseguidores se lanzaron dentro, tras los perseguidos, las aguas volvieron a juntarse y ahogaron jinetes, infantes, conductores de carrozas y al mismo rey. Tú hablabas de revelación, mi Gaspar...

Los azules ojos del griego centelleaban.

—Yo escuché esa historia de labios del judío —exclamó—. Tú la confirmas, ¡oh Baltasar!

—Sí, pero por mis labios habla Egipto, no Moisés. Yo interpreto los mármoles. Los sacerdotes de aquel tiempo escribieron a su manera lo que habían presenciado, y la revelación ha pervivido. Y ahora llego al no anotado secreto. Desde los días del desdichado faraón, en mi país hemos tenido siempre dos religiones: una privada, otra pública. Una de muchos dioses, practicada por el pueblo. La otra, de un solo Dios, cultivada únicamente por la

clase sacerdotal. ¡Alegraos conmigo, hermanos! El paso asolador de las diversas naciones, todo el gradeo realizado por los reyes, todas las invenciones de los enemigos, todos los cambios del tiempo han sido en vano. Como una semilla debajo de las montañas esperando su hora, la verdad gloriosa ha vivido. Y éste, ¡éste es su día!

La descarnada armazón del hindú temblaba de dicha. El griego gritó con fuerza:

—¡A mí me parece que el mismo desierto está cantando!

De un odre de agua que tenía a su alcance, el egipcio bebió un trago y continuó:

—Yo nací en Alejandría, nací príncipe y sacerdote, y recibí la educación propia de los de mi clase. Pero muy pronto hizo presa en mí el descontento. Una de las creencias que imponía aquella fe era que, después de la muerte, una vez destruido el cuerpo, el alma comenzaba al momento su primera progresión, desde lo más bajo hasta llegar al hombre, última y más elevada forma de existencia. Y esto sin relación alguna con la conducta seguida durante la vida mortal. Cuando oí hablar del Reino de la Luz, de los persas, de su paraíso al otro lado del puente Chinevat, al cual sólo van los buenos, su recuerdo me obsesionó de tal modo que durante el día, lo mismo que durante la noche, reflexionaba sobre las dos ideas comparativas. Transmigración eterna y vida eterna en el cielo. Si, de acuerdo con lo que enseñaba mi maestro, Dios era justo, ¿por qué no había distinción entre los buenos y los malos? Al final vi con toda claridad (fue para mí una certidumbre, un corolario de la ley al cual reduje la religión pura) que la muerte no era sino el punto de separación en el cual los perversos quedan abandonados o perdidos, y los fieles ascienden a una vida superior. No el nirvana de Buda, ni el descanso negativo de Brahma, oh Melchor, no la mejor situación en el infierno, que es todo el cielo que concede la fe olímpica, oh Gaspar, sino la vida, la vida activa, gozosa, perdurable, ¡la vida con Dios!

"Ese descubrimiento me llevó a otra indagación. ¿Por qué había que seguir conservando la verdad como un secreto reservado para el egoísta solaz del sacerdote? La razón para callarlo había desaparecido. La filosofía nos había enseñado, por lo menos, a ser tolerantes. En Egipto teníamos a Roma en lugar de a Ramsés. Un día en el Brucheium, el barrio más espléndido y populoso de Alejandría, me puse en pie y prediqué. El este y el oeste aportaron el auditorio. Estudiantes que iban a la biblioteca, sacerdotes del Serapeium, ociosos del museo, patronos de las carreras, labriegos del Rhacotis, toda una multitud se detuvo para escucharme. Yo les hablé de Dios, del alma, del bien y del mal, del cielo, de la recompensa a una vida virtuosa. A ti, oh Melchor, te apedrearán. Mis oyentes, primero se quedaron pasmados, después se rieron.

Probé otra vez y me llenaron de epigramas, cubrieron a mi Dios de irrisión, y oscurecieron mi cielo con sus burlas. Para no extenderme en exceso: fracasé ante aquella gente. El hindú exhaló aquí un profundo suspiro, al mismo tiempo que decía:

—El enemigo del hombre es el hombre, hermano mío.

Baltasar se hundió en el silencio.

—Yo medité mucho con objeto de descubrir la causa de mi fracaso, y por fin lo conseguí —dijo, comenzando de nuevo—. Río arriba, a un día de camino de la ciudad, hay una población de pastores y hortelanos. Cogí un bote y me fui allá. Por la noche convoqué al pueblo, hombres y mujeres, los más pobres entre los pobres. Y prediqué ante ellos lo mismo exactamente que había predicado en el Bruchium. Ellos no se rieron. La noche siguiente hablé otra vez, y ellos me creyeron y se alborozaron, y extendieron la noticia por todas partes. En la tercera reunión se constituyó una sociedad dedicada a la plegaria. Entonces regresé a la ciudad. Bajando río abajo, a la luz de las estrellas, que nunca me habían parecido tan brillantes y cercanas, saqué la siguiente lección: para empezar una reforma, no vayas allá donde están los grandes y los ricos; ve más bien en busca de aquellos cuya copa de dicha continúa vacía, busca a los pobres y a los humildes. Y entonces me tracé un plan y fijé un objetivo en mi vida. Como primer paso, dispuse de mis extensos bienes de forma que percibiera una renta segura y siempre al alcance de la mano para el alivio de los que sufriesen. Desde aquel día, ¡oh hermanos!, viajé arriba y abajo del Nilo, predicando en las poblaciones y ante las tribus, hablando del Dios único, de una vida virtuosa y de la recompensa del cielo. He hecho el bien, no he de ser yo quien diga en qué medida. Sé, asimismo, que aquella porción del mundo está madura para recibir a quien nosotros vamos a buscar.

Un rubor sonrojó la mejilla morena del que hablaba, pero sobreponiéndose a la emoción, continuó:

—Durante los años vividos así, oh hermanos míos, me atormentó continuamente un pensamiento: cuando yo hubiese desaparecido, ¿qué sería de la causa que había iniciado? ¿Terminaría conmigo? Muchas veces había soñado que la organización sería la mejor corona para mi trabajo. Para no esconderos nada, intenté montarla, pero fracasé. Hermanos, el mundo se encuentra actualmente en una situación tal que, para reinstaurar la antigua fe de Mizraim, el reformador habría de contar con algo más que la sanción humana. No le bastaría venir en nombre de Dios; debería dar pruebas que acreditasen sus palabras, debería demostrar todo lo que dijese, debería incluso dar testimonio seguro de Dios. Tan preocupada está la mente de mitos y sistemas, de tal modo lo llenan todo las falsas deidades: el aire, la tierra, el cielo, de tal modo han venido a formar parte de todo, que el retorno a la

primera religión no se conseguirá sino por caminos de sangre, cruzando campos de persecución. Es decir, los que se conviertan habrán de estar dispuestos a morir antes que abjurar. Y en estos tiempos, ¿quién puede inflamar la fe de los hombres hasta este punto si no es el mismo Dios? Para redimir a la raza (no digo para destruirla), para redimir al género humano, Dios debe manifestarse una vez más: ha de venir Él mismo en persona.

Una intensa emoción se apoderó de los tres.

—¿Acaso no vamos nosotros a su encuentro? —exclamó el griego.

—Vosotros comprendéis ya por qué fracasé en mi intento de formar una organización —continuó el egipcio, pasado aquel momento de arrobó—. Yo no tenía la sanción divina. El saber que mi labor podía perderse me hacía terriblemente desdichado. Yo creía en la oración y, para que mis súplicas fuesen más puras y fuertes, lo mismo que vosotros, hermanos, me salí de los caminos trillados, me fui a donde no habían estado nunca los hombres, a donde sólo estaba Dios. Más arriba de la quinta catarata, más arriba de la confluencia de los ríos en Sennar, allá en Bahr el Abiad, el corazón lejano y desconocido del África, allá me fui. Allí, por la mañana, una montaña azul como el cielo proyecta una sombra refrescante sobre el desierto occidental, y con sus cascadas de nieve fundida alimenta un ancho lago adosado a su base oriental. El lago es la madre del gran río. Durante un año o más, la montaña fue mi hogar. El fruto de la palmera alimentó mi cuerpo; la oración, mi espíritu. Una noche salí al vergel que había junto a aquel pequeño mar. "El mundo está muriendo. ¿Cuándo vendrás? ¿Por qué no puedo presenciar la redención, oh Dios?" Así rezaba yo. El cristal del agua centelleaba de estrellas. Una de ellas pareció abandonar su sitio y subir a la superficie, donde adquirió un fulgor que quemaba la vista. Luego se movió hacia mí posándose sobre mi cabeza, en apariencia al alcance de la mano. Y me postré y escondí el rostro. Una voz no terrena me dijo: "Tus buenas obras han triunfado. ¡Bendito eres tú, oh hijo de Mizraim! La redención llega. Con otros dos, venidos de lo más remoto del mundo, verás al Salvador y darás testimonio de él. Por la mañana levántate y ve a reunirte con tus compañeros. Y cuando hayáis llegado los tres a la santa ciudad de Jerusalén, pregunta a la gente: "¿Dónde está aquel que ha nacido Rey de los judíos? Porque nosotros pernos visto su estrella en el este, y venimos enviados para adorarle." Pon toda tu confianza en el Espíritu que te guiará". Y la luz se convirtió en una claridad interior de la cual no era posible dudar. Ella me guió río abajo hasta Menfis, donde me preparé para internarme en el desierto. Compré mi camello y vine acá sin descansar, pasando por Suez y Kufileh, y subiendo por las tierras de Moab y Ammón. Dios está con nosotros, ¡oh hermanos míos!

El egipcio hizo una pausa, y con ella, obedeciendo a un impulso que no partía de ellos mismos, los tres se levantaron y se miraron recíprocamente.

—He dicho ya que en la forma particular en que describíamos a nuestros respectivos pueblos y su historia se encerraba un secreto propósito —prosiguió entonces el egipcio—. Aquel en cuya busca vamos ha sido llamado "Rey de los judíos". Por este nombre nos han ordenado que preguntemos por Él. Pero ahora que nos hemos reunido y cada uno de nosotros ha escuchado el relato hecho por los otros dos, podemos saber que es el Redentor, no de los judíos solamente, sino de todas las naciones de la tierra. El patriarca que sobrevivió al Diluvio tenía en su compañía tres hijos con sus familias, y ellos fueron los que repoblaron el mundo. En la antigua Aryana-Vaejo, la bien recordada Región de las Delicias, en el corazón del Asia, se dispersaron. India y el lejano Oriente recibieron a los hijos del mayor. Los descendientes del más joven se desparramaron por Europa, entrando por el norte. Los del mediano inundaron los desiertos que bordean el mar Rojo, pasando a África, y aunque muchos de ellos todavía viven en tiendas transportables, algunos construyeron sus moradas a lo largo del Nilo.

Movidos por simultáneo impulso, los tres juntaron sus manos.

—¿Podría encontrarse otra cosa más divinamente ordenada? —continuó Baltasar—. Cuando hayamos hallado al Señor, los hermanos y todas las generaciones que les han sucedido se arrodillarán con nosotros ante Él en homenaje. Y cuando nos separemos para seguir nuestros distintos caminos, el mundo habrá aprendido una nueva lección: que el cielo puede ganarse, no por la espada, ni por la sabiduría humana, sino por la fe, el amor y las buenas obras.

Se produjo un silencio, roto por los suspiros y santificado por las lágrimas, pues no era posible reprimir el gozo que los llenaba. Era la alegría inenarrable de unas almas en las orillas del Río de la Vida, descansando con la presencia de los redimidos en Dios. Unos momentos después, sus manos se separaron, y los tres salieron de la tienda. El desierto estaba tan callado como el cielo. El sol se hundía rápidamente. Los camellos dormían.

Transcurrido un rato, fue levantada la tienda y, junto con los restos del ágape, volvió a la parihuela. Luego, los amigos montaron en los camellos y partieron en fila india, dirigidos por el egipcio. A través de la helada noche caminaban rumbo al oeste. Los camellos avanzaban balanceándose en un trote sostenido, guardando la línea y los intervalos de separación con tanta exactitud que parecía que los dos que seguían ponían el pie en las huellas dejadas por el que iba en cabeza. Los jinetes no despegaron los labios ni una sola vez.

La luna ascendía lentamente. Las tres altas y blancas figuras, corriendo con silenciosa pisada, por entre la luz opalescente parecían espectros que huyesen de unas tinieblas aborrecibles. De súbito, ante ellos, en el aire, se encendió una ondulante llama. Mientras la miraban, aquella aparición se condensó en un

rojo de cegadora claridad. Sus corazones aceleraron sus latidos; sus almas se estremecían. Los tres gritaron como con una sola voz:

—¡La estrella! ¡La estrella! ¡Dios está con nosotros!

Capítulo VI

La puerta de Jaffa

En una abertura de la muralla occidental de Jerusalén se encuentran las hojas de roble llamadas de Belén o puerta de Jaffa. El terreno que se extiende ante ellas es uno de los lugares más notables de la ciudad. Mucho antes de que David codiciara a Sión, había allí una ciudadela. Cuando al fin el hijo de Jessé desalojó a los jebusitas y empezó a edificar, el emplazamiento de la ciudadela pasó a ser el ángulo noroeste de la muralla nueva, defendida por una torre mucho más imponente que la anterior. El emplazamiento de la puerta, empero, no sufrió cambios probablemente por la razón de que los caminos que se juntaban y salían de ella no era posible trasladarlos a otro punto, al tiempo que el terreno contiguo se había convertido en una conocida plaza de mercado.

En los días de Salomón el tráfico que allí había era grande, y en él rivalizaban los mercaderes de Egipto y los ricos negociantes de Tiro y Sidón. Han pasado cerca de tres mil años, y todavía el comercio no quiere apartarse de aquel lugar. El peregrino que necesita un alfiler o una pistola, un pepino o un camello, una casa o un caballo, un préstamo o una lenteja, un dátíl o un dragomán, un melón o un hombre, una tórtola o un asno, no tiene que hacer otra cosa sino solicitar el artículo en la puerta de Jaffa. Algunas veces la escena posee una gran animación y entonces le sugiere a uno este pensamiento: "¡Qué importante lugar había de ser el viejo mercado en los días de Herodes el Edificador!". A aquella época y al mercado aquel debe trasladarse ahora el lector.

Siguiendo el sistema hebreo, la reunión de los tres sabios descrita en los capítulos precedentes tuvo lugar la tarde del vigésimo quinto día del tercer mes del año, es decir, el día veinticinco de diciembre. El año era el segundo de la olimpiada ciento noventa y tres, o el setecientos cuarenta y siete de la fundación de Roma; el sesenta y siete de la vida de Herodes el Grande, y el treinta y cinco de su reinado; el cuarto antes del comienzo de la era cristiana. Según la costumbre judía, las horas del día empiezan con la salida del sol. De modo que es la una cuando hace una hora que está el sol encima del horizonte. Así, pues, para ser exactos, el mercado de la puerta de Jaffa durante la primera del día estaba en pleno desarrollo, y muy animado. Las macizas puertas

estaban abiertas desde el alba. Los negocios, siempre al ataque, se habían extendido desde la abovedada entrada hasta una estrecha callejuela y un patio que, pasando junto a los muros de la gran torre, conducía al interior de la ciudad. Como Jerusalén está en la región montañosa, el aire matinal era en esta ocasión no poco penetrante. Los rayos del sol, con su tibia promesa, se demoraban provocadoramente por los almenados y torreones de las grandes columnas de alrededor, de las cuales descendía el arrullo de las palomas y el revoloteo de las bandadas de aves que iban y venían.

Como para entender algunas de las páginas que seguirán será necesario haber trabado una relación, cuando menos superficial, con las personas que llenaban la Ciudad Santa, lo mismo con los forasteros que con sus vecinos, no estará de más que nos paremos en la puerta y pasemos revista a la escena. Mejor oportunidad no se nos ofrecería para echar un vistazo al populacho que un tiempo después correrá por las calles en un estado de ánimo bien distinto al que ahora le domina.

La escena nos impresiona primero por su confusión total. Confusión de acciones, sonidos, colores y objetos. Y ello especialmente en la callejuela y el patio. Allí el suelo está enlosado con anchas losas sin modelar, de las cuales se levantan gritos, chirridos y pataleos aumentando la algarabía que ruge y retumba entre las sólidas murallas que parecen descender de lo alto. Sin embargo, mezclándonos un poco con la turba, familiarizándonos un poco con los negocios que tienen lugar allí, nos será posible proceder a un análisis.

Ahí hay un asno, dormitando bajo unos cestos llenos de lentejas, habas, cebollas y pepinos recién traídos de los jardines y terrazas de Galilea. Cuando no está ocupado sirviendo a los parroquianos, el dueño pregona su mercancía con una voz que sólo los iniciados pueden comprender. Nada más simple que su atuendo: un par de sandalias y un jaique o manta sin blanquear ni teñir, cruzada sobre un hombro y sujeta a la cintura por un ceñidor.

Allí cerca, y mucho más importante y grotesco, aunque de ningún modo tan paciente como el asno, está arrodillado un camello, áspero, descarnado y gris, con grandes greñas de espeso pelo color de zorra en la garganta, cuello y cuerpo, y una carga de cajas y cestos curiosamente colocados sobre una enorme silla. Su propietario es un egipcio, pequeño, delgado y con un cutis que les debe muchísimo al polvo de los caminos y a las arenas de los desiertos. Lleva un fez descolorido, una bata holgada, sin mangas ni cinturón y que descende desde el cuello hasta las rodillas. Los pies los lleva descalzos. El camello, inquieto bajo su carga, gruñe y de vez en cuando enseña los dientes; pero el hombre pasea indiferente de acá para allá, con el ronzal en la mano y sin dejar de anunciar sus frutas frescas de los huertos del Cedrón; uvas, dátiles, higos, manzanas y granadas.

En el rincón, donde la callejuela desemboca en el patio, hay unas mujeres sentadas apoyando la espalda contra las grises piedras del muro. Su vestido es el corriente entre las clases más humildes del país: una túnica de hilo, tan larga como la persona que cubre, recogida sueltamente en la cintura, y un velo o toca suficientemente ancho para, después de cubrir la cabeza, envolver los hombros. Su mercancía está contenida en cierto número de jarras de arcilla, tales como las que todavía se usan en Oriente para traer agua de los pozos, y en unos odres de cuero. Entre las jarras y los odres, rodando por el enlosado suelo, a menudo en peligro pero sin recibir nunca ningún daño, juegan media docena de chiquillos medio desnudos cuyos cuerpos morenos, ojos de azabache y cabello negro y espeso atestiguan la sangre de Israel. A veces las madres levantan la vista por debajo de la toca, y pregonan modestamente su mercancía en lengua vernácula: en los odres, "miel de uvas"; en las jarras, "bebida fuerte". Sus invitaciones se pierden, por lo común, entre el rugido general, luchando con poca fortuna contra la multitud de competidores, sujetos morenos de piernas desnudas, sucias túnicas y largas barbas, que andan con unas botellas atadas a la espalda, gritando: "¡Miel de vino! ¡Uvas de Engedi!". Cuando el parroquiano para a uno de ellos, la botella se desliza hacia el pecho y, después de levantar el pulgar de su pico, salta a la copa que lo espera la sangre rojo oscuro de los almibarados racimos.

Poco menos vocingleros son los mercaderes de aves: tórtolas, patos y con frecuencia el canoro bulbul, o ruiseñor. Con mayor frecuencia todavía, palomas. Y los compradores, al recibirlos, saca dos de las redes, raras veces dejan de pensar en la azarosa existencia de los cazadores, que trepan audaces por las peñas, unas veces recorriendo su superficie valiéndose de las manos y los pies, otras balanceándose dentro de una cesta con la que descienden por la fisura de la montaña.

Mezclados con los vendedores de joyas (hombres agudos con capas de escarlata y azul, cubiertos por unos enormes turbantes de prodigiosa blancura, y muy percatados del poder que se encierra en el brillo de una cinta, en el destello incisivo del oro, lo mismo en un brazalete que en un collar, o en anillos para el dedo o la nariz) y con los vendedores de utensilios para el hogar, y con mercaderes de prendas de vestir y con detallistas de ungüentos para perfumar el cuerpo, y con buhoneros de toda clase de artículos, lo mismo de fantasía que necesarios, aquí y allá, tirando de cabezadas y sogas, ora chillando, ora adulando, se afanan los vendedores de animales: asnos, caballos, terneras, ovejas, taladores cabritos y torpes camellos. Animales de toda clase, menos el cerdo, proscrito por la ley. Todos éstos están allí, no de uno en uno, tal como los hemos descrito, sino repetidos muchas veces. No en un solo lugar, sino por todas partes del mercado.

Al apartarse de esta escena en la callejuela y el patio, de esta ojeada a los

vendedores y a sus artículos, el lector debe prestar atención, en primer lugar, a compradores y visitantes, en relación a los cuales los mejores estudios podrán hacerse fuera de las puertas, donde el espectáculo es tan variado como animado. Pues ciertamente debe serlo más, porque aquí se les sobreañade el efecto de las tiendas, barracas y puestos, el espacio mayor, el mayor número de gente, la más incalificable libertad y el esplendor del sol oriental.

Capítulo VII

Personajes típicos de la puerta de Jaffa

Ocupemos nuestro puesto junto a la puerta, a pocos pasos del borde de las corrientes (una que entra y otra que sale), y utilicemos, mientras estemos allí, nuestros ojos y nuestras orejas.

¡A buena hora! Ahí vienen dos hombres de una clase que merece se les preste atención.

—¡Dioses! ¡qué frío hace! —dice uno de ellos, una figura poderosa protegida por una armadura, con un yelmo de bronce en la cabeza, un brillante pectoral en el cuerpo y faldones de malla—. ¡Qué frío hace! ¿Recuerdas, Cayo, la bóveda del Comitium allá en nuestra patria, que los flaminios dicen que es la entrada del mundo inferior? ¡Por Plutón! ¡Esta mañana lo resistiría por lo menos todo el rato necesario para volver a entrar en calor!

La persona a quien se dirigen estas palabras deja caer el capuchón de su capa militar, poniendo al descubierto la cabeza y la cara, y contesta con una sonrisa irónica:

—Los yelmos de las legiones que vencieron a Marco Antonio estaban llenos de nieve de las Galias, pero tú, ¡oh pobre amigo!, tú acabas de llegar de Egipto, trayendo su verano en la sangre.

Y con esta última palabra desaparecen por la entrada. Aunque no hubiesen abierto los labios, la armadura y el recio pisar los habrían anunciado como soldados romanos. Del tropel de gente viene luego un judío, de cuerpo flaco, hombros caídos y vestido con una túnica áspera de color pardo. Sobre sus ojos y cara, y por su espalda, cuelga una mata de pelo largo, despeinado. Va solo. Los que le encuentran ríen, si no hacen algo peor. Porque es un nazarita, un miembro de una secta despreciada que rechaza los libros de Moisés y hace votos repelentes, y mientras duran tales votos no se corta el cabello.

Mientras estamos contemplando esa figura que se aleja, se produce de repente una conmoción en la turba, que se parte rápidamente corriendo hacia

la derecha o la izquierda y lanzando exclamaciones agudas e incisivas. Luego, llega la causa del alboroto: un hombre. Por la fisonomía y el traje, un hebreo. La capa de tela blanca como la nieve, sujeta a su cabeza por unos cordones de seda amarilla, flota libremente sobre sus hombros. Lleva una túnica ricamente bordada. Una roja faja con orillos de oro da varias vueltas a su cintura. Tiene un aire tranquilo. Hasta sonrío a los que, con tan ruda precipitación, le abren paso. ¿Un leproso? No, no es sino un samaritano. La turba que se aparta, si se lo preguntasen, contestaría que es un mestizo (un asirio), el solo contacto de cuya ropa significa ya una mancha, y del cual un israelita, aun estando en la agonía, no podría aceptar la vida. En realidad, no se trata de una rencilla de sangre. Cuando David asentó su trono aquí en Monte Sión, sin nadie que lo auxiliara sino Judá, las diez tribus se retiraron a Siquem, una ciudad mucho más antigua y, por aquellas fechas, infinitamente más rica en recuerdos santos. La unión de las tribus, al final, no zanjó la disputa empezada con este motivo. Los samaritanos se mantenían fieles a su tabernáculo de Gerizim, y al paso que sostenían su superior santidad, se reían de los airados doctores de Jerusalén. El tiempo no apaciguaba el odio. Bajo Herodes todo el mundo podía convertirse a la fe, menos los samaritanos. Éstos eran los únicos privados en absoluto y para siempre de la comunión con los judíos.

Mientras el samaritano cruza el arco de la puerta, salen tres hombres tan distintos a todos los que hemos visto hasta aquí que, aun sin quererlo, atraen nuestras miradas. Son de estatura sin gular y musculatura formidable. Sus ojos son azules, y su piel, tan blanca que la sangre se pinta a través de ella como unas rayas azules. Tienen el cabello rubio y corto, y la cabeza, pequeña y redonda, descansa perfectamente sobre un cuello recio y alto como los troncos de los árboles. Túnicas de lana, abiertas en el pecho, sin mangas y muy poco ceñidas adornan sus cuerpos, dejando desnudos unos brazos y unas piernas tan desarrollados que hacen pensar, al momento, en la arena del circo. Y cuando a todo esto, añadimos sus modales despreocupados, confiados, insolentes, nos admira que la gente les deje paso, y cuando han pasado, se vuelva para mirarlos de nuevo. Son gladiadores (luchadores, corredores, boxeadores, esgrimidores, gente de una profesión desconocida en Judea antes de la llegada de los romanos), sujetos a los cuales, cuando no se están entrenando, se les ve deambulando por los jardines del rey, o sentados con los soldados a las puertas del palacio. O quizá sean visitantes que vienen de Cesarea, Sebaste o Jericó, en las que Herodes (más griego que judío y partícipe del gusto de los romanos por toda suerte de juegos y espectáculos sangrientos), ha construido vastos teatros y ahora sostiene escuelas de luchadores, traídos, según es costumbre, de las provincias galas o de las tribus eslavas del Danubio.

—¡Por Baco! —dice uno de ellos, llevándose al hombro la mano cerrada—. Sus cráneos no tienen más grosor que la cáscara de un huevo.

La mirada brutal que acompaña al gesto nos disgusta, y nos fijamos contentos en algo más agradable.

Allí enfrente hay un puesto de fruta. El propietario tiene la cabeza calva, la cara larga y una nariz como el pico de un milano. Está sentado en una estera extendida sobre el polvo. Tiene el muro a su espalda; sobre él cuelga una menguada cortina. A su alrededor, al alcance de su mano y colocados sobre pequeños taburetes, hay unos cajones de mimbre llenos de almendras, uvas, higos y granadas. Hasta él se llega ahora un personaje al cual no podemos dejar de mirar, aunque por una razón diferente de la que fijó nuestros ojos sobre los gladiadores: es verdaderamente bello, es un hermoso griego. Rodeándole las sienes, sosteniendo el ondulado cabello, lleva una corona de mirto, que conserva todavía las pálidas flores y las bayas semimaduras. Su túnica, de color escarlata, es del tejido de lana más suave debajo del cingulo de cuero trabajado, que lleva sujeto delante por un fantástico ingenio de reluciente oro, la falda desciende hasta la rodilla en pliegues cargados de bordados del mismo metal. Un chal también de lana de color blanco y amarillo cruza su garganta y cae, arrastrándose, por su espalda. Sus brazos y piernas, donde quedan al descubierto, son blancos como el marfil y de una finura imposible de conseguir si no es mediante un tratamiento perfecto con baños, aceite, cepillos y pinzas.

El mercader, sin moverse de su asiento, se inclina adelante y levanta las manos hasta que se encuentran delante de él, con las palmas abajo y los dedos extendidos.

—¿Qué tienes esta mañana, oh hijo de Pafos? —pregunta el joven griego, con la vista en las cajas más que en el chipriota—. Estoy hambriento. ¿Qué tienes para desayuno?

—Frutos del Pedius, auténticos, como los que toman los cantores de Antioquía por las mañanas para restaurar el desgaste de sus voces —responde el vendedor, con un acento nasal quejumbroso.

—¡Un higo, y no de los mejores, para los cantores de Antioquía! —exclama el griego—. Tú eres un adorador de Afrodita, lo mismo que yo, como lo prueba el mirto que llevo. Por esto te digo que sus voces tienen el frío del viento del Caspio. ¿Ves este cinto? Es un don de la poderosa Salomé...

—¡La hermana del rey! —exclamo el chipriota, con otra zalema.

—Y de gusto real y juicio divino. ¿Por qué no? Ella es más griega que el rey; pero... ¡mi desayuno! Aquí tienes el dinero: rojas monedas de cobre de Chipre. Dame uvas y...

—¿No quieres tomar también dátiles?

—No, no soy árabe.

—¿Ni higos?

—Eso sería volverme judío. No, nada sino las uvas. Ningún agua se ha mezclado tan dulcemente como la sangre de un griego y la sangre de las uvas.

El cantor del mercado, ensuciado y bullente, con todos sus aires de cortesano, es una visión que no se borra demasiado pronto de las mentes de los que fijan la mirada en él, aunque como si se tratara de lograr este propósito le sigue una persona excitando toda nuestra admiración. Sube por el camino muy despacio con la cara vuelta hacia el suelo, a intervalos se para, cruza las manos sobre el pecho, pone un rostro más grave y dirige los ojos hacia el cielo, como si estuviera a punto de iniciar una oración. Un personaje así no se encuentra en ninguna parte sino en Jerusalén. En la frente, sujeta a la banda que mantiene la capa en su sitio, sobresale una filacteria de cuero de forma cuadrada. Otro cuadrado similar está atado con una correa al brazo izquierdo. Los bordes de su túnica los adorna una ancha orla, y por todos estos signos (las filacterias, las anchas orillas del vestido y la atmósfera de gran santidad que envuelve toda su persona), sabemos que es un fariseo, un miembro de una organización (en religión, una secta; en política, un partido) cuya mojigatería y cuyo poder no tardarán en acarrear grandes males al mundo.

Lo más denso de la turba de la parte de fuera de las puertas cubre la carretera que lleva a Jaffa. Desviando nuestra atención del fariseo, nos sentimos atraídos por algunos grupos que, como tema de estudio, se diferencian oportunamente de la policroma multitud. Destaca, entre ellos, un hombre de muy noble aspecto, de cutis claro y saludable, ojos negros y brillantes, barba larga y abundante, perfumada con ungüentos, y traje de buen corte, gran precio y adecuado a la estación. Lleva un bastón de mando y, suspendido del cuello por medio de un cordón, un sello de oro. Varios criados le atienden, algunos armados con unas espadas cortas, metidas dentro de sus fajas, y cuando se dirigen a él lo hacen con la mayor deferencia. El resto del grupo lo forman dos árabes de la más pura estirpe del desierto, hombres delgados y musculosos, intensamente bronceados, con las mejillas hundidas y unos ojos de brillo casi diabólico. Cubren su cabeza rojos feces, y sobre los abas, cubriendo el hombro derecho y el cuerpo de forma que quede el brazo derecho libre, llevan unos haiks, o mantas, de lana parda. Hay un animado regateo, porque los árabes han traído unos caballos y están tratando de venderlos, y empujados por su vehemencia hablan con voz aguda y chillona. El sujeto con aire cortesano deja que lleven la discusión mayormente sus criados. Alguna que otra vez contesta él con mucha dignidad. Luego, viendo al chipriota, se para y le compra unos cuantos higos. Y cuando todo el grupo ha cruzado el portal, casi pisándole los talones al fariseo, si nos acercamos al vendedor de fruta nos dirá, con una preciosa zalema, que el desconocido es

judío, uno de los príncipes de la ciudad, que ha viajado mucho y ha aprendido a distinguir la diferencia que hay entre las uvas comunes de Siria y las de Chipre, que tan exquisitas maduran con los rocíos del mar.

Y así hasta las doce del día, y a veces hasta más tarde, el flujo constante de los negocios entra y sale de la puerta de Jaffa, ofreciendo toda la variada gama de tipos humanos, incluidos representantes de todas las tribus de Israel, todas las sectas en que se ha parcelado y alambicado la vieja fe, todas las divisiones sociales y religiosas, toda la escoria de aventureros, los cuales, como hijos de la astucia y ministros del placer, acuden en tropel a gozar de las prodigalidades de Herodes, y todos los pueblos notables conquistados en algún tiempo por los césares y sus antecesores, en especial los que habitan en el circuito del Mediterráneo. En otras palabras, Jerusalén, rica en historia sacra, más rica todavía en lo tocante a profecías sagradas (la Jerusalén de Salomón, en la que la plata formaba verdaderas piedras y los cedros eran como sicómoros del valle), había pasado a ser una copia servil de Roma, un centro de prácticas impías, una base del poder pagano. Un rey judío se puso un día vestiduras sacerdotales y entró en el sanctasanctórum del primer templo a ofrecer incienso, y salió leproso. Pero en el tiempo que estamos historiando, Pompeyo entraba en el templo de Herodes y en el mismo sanctasanctórum y volvía a salir sin daño alguno.

Capítulo VIII

José y María van a Belén

Ahora rogamos al lector que regrese al patio descrito como formando parte del mercado de la puerta de Jaffa. Era la hora tercia, y mucha gente se había marchado. Con todo, la aglomeración no parecía disminuir. De los recién llegados había un grupo junto a la muralla meridional, formado por un hombre, una mujer y un asno, que requiere una noticia extensa.

El hombre se encontraba junto a la cabeza del animal, con el ronzal en la mano, y apoyándose en un palo elegido para cumplir la doble función de vara y de aguijada. Su traje era semejante a los de los judíos ordinarios que había a su alrededor, sólo que tenía la apariencia de nuevo. La capa que descendía de su cabeza y el camión o túnica que cubría su persona desde el cuello hasta los pies eran probablemente las prendas que solía ponerse para asistir a la sinagoga los sábados. Su fisonomía quedaba al descubierto y manifestaba unos cincuenta años de existencia, apreciación confirmada por las hebras grises que surcaban una barba que en otro caso habría sido completamente negra. El hombre miraba hacia todas partes con la mirada mitad curiosa y mitad

distraída de un forastero provinciano.

El asno consumía a su sabor una brazada de hierba verde, de la que había abundantes existencias en el mercado. En su soñolienta satisfacción, el animal no se dejaba distraer por el bullicio y la algarabía que reinaba por todas partes, ni prestaba mayor atención a la mujer sentada sobre su lomo en una albarda almohadillada. Una túnica exterior de tela de lana mate cubría por completo su persona, mientras una toca blanca le escondía la cabeza y el cuello. De vez en cuando, impelida por la curiosidad de ver u oír algo que pasaba, se apartaba un poco la toca, pero tan levemente que la cara continuaba invisible.

Por fin, una persona se acercó al hombre.

—¿Eres José de Nazaret?

El que esto decía se había parado muy cerca.

—Así me llaman —respondió José, volviéndose gravemente—. ¿Y tú? ¡Ah! ¡Que la paz sea contigo, rabí Samuel, amigo mío!

—Lo mismo deseo para ti. —El rabí se interrumpió, mirando a la mujer, y luego añadió—: Para ti y para tu casa y para todos los que te ayuden, sea la paz.

Con la última palabra se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza en dirección a la mujer, la cual había apartado esta vez la toca lo suficiente para dejar al descubierto la cara de una mujer que no hacía mucho tiempo era todavía una niña. Acto seguido, los viejos conocidos se cogieron mutuamente las manos, levantando cada uno la del otro como si fuera a llevársela a los labios, si bien en el último momento la soltaba y se besaba la suya propia, llevándose luego la palma de la misma a la frente.

—Veo tan poco polvo en tus vestidos —dijo familiarmente el rabí—, que infiero que habéis pasado la noche en esta ciudad de nuestros padres.

—No —respondió José—. Como sólo pudimos llegar hasta Betania antes de que cayera la noche, nos quedamos allá en el khan, y al despuntar el día hemos vuelto a emprender el camino.

—De modo que el viaje que tenéis que hacer es largo. No se para en Jaffa, confío.

—Sólo hasta Belén.

La faz del rabí, hasta aquel momento franca y acogedora, se inclinó con expresión siniestra. El hombre se aclaró la garganta con un carraspeo, o más bien con una tos.

—Sí, sí, comprendo —dijo—. Tú naciste en Belén, y allá vas ahora con tu hija a fin de que te empadronen para poder ponerte impuestos, según ha

ordenado el César. Los hijos de Jabos están como estaban las tribus en Egipto, sólo que no tienen a un Moisés ni a un Josué. ¡Hasta qué punto han caído los poderosos!

José replicó sin cambiar de postura ni de cara:

—Esta mujer no es mi hija.

Pero el rabí se aferraba a su preocupación política, y continuó, sin fijarse en la explicación de su amigo:

—¿Qué hacen los zelotes en Galilea?

—Yo soy carpintero, y Nazaret es un pueblo —respondió José, prudentemente—. La calle en que tengo el taller no es un camino que lleve a ninguna ciudad. El cortar madera y aserrar tablones no me deja tiempo para tomar parte en las discusiones de los partidos.

—Pero eres judío —replicó el rabí, con severidad—. Eres judío y descendiente de David. No es posible que te cause placer pagar ninguna tasa, excepto el siglo dado a Jehová, según antigua tradición.

José no se dejó escandalizar.

—Yo no me quejo del importe de la tasa —prosiguió su amigo—. Un denario es una bagatela. ¡Ah, no! El hecho de que la impongan es lo que me ofende. Por lo demás, ¿qué pagamos con ella sino la sumisión a la tiranía? Dime, ¿es verdad que judas afirma ser el Mesías? Tú vives en medio de sus seguidores.

—He oído decir a éstos que es el Mesías.

En este punto, la toca se apartó y por un instante quedó al descubierto toda la cara de la mujer. Los ojos del rabí se desviaron hacia aquella dirección y tuvo tiempo de contemplar una fisonomía de singular belleza, iluminada por una expresión de vivo interés. Luego, el rubor invadió las mejillas y la frente de la joven, y el velo volvió a su sitio.

El político olvidó el tema.

—Tu hija es agraciada —dijo, bajando la voz.

—No es mi hija —repitió José. Al rabí se le despertó la curiosidad. En vista de lo cual, el nazareno se apresuró a añadir—: Es hija de Joaquín y Ana, de Belén, a los cuales habrás oído mentar por lo menos, porque gozaban de gran reputación.

—Sí los conocía —afirmó el rabí, con deferencia—. Descendían en línea directa de David. Los conocía bien.

—Pues murieron —continuó el nazareno—. Murieron en Nazaret. Joaquín

no era rico. Con todo, dejó una casa y un huerto que habían de repartirse sus hijas Mariana y María. Ésta es una de las dos, pero para que pudieran heredar la parte correspondiente de la propiedad, la ley exigía que se casase con su más próximo pariente. Ahora es mi esposa.

—Y tú eras...

—Su tío.

—¡Sí, sí! Y como los dos nacisteis en Belén, los romanos te obligan a traerla aquí para que la empadrones también a ella. —El rabí juntó las manos con fuerza y levantó la vista, indignado, al cielo, exclamando—: ¡El Dios de Israel vive todavía! ¡La venganza está en sus manos!

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y partió bruscamente. Un desconocido que estaba allí cerca dijo de forma sosegada:

—El rabí Samuel es un zelote. El mismo Judas no está más obcecado.

José, que no deseaba entablar conversación con el hombre, aparentó no haberle oído y se atareó reuniendo en un pequeño montón la hierba que el asno había dispersado. Luego volvió a apoyarse en su bastón y aguardó. Una hora después, el grupo cruzaba la puerta y, doblando hacia la izquierda, cogía la ruta de Belén. La pendiente que descendía al valle de Hinnom era muy accidentada, y la adornaban de trecho en trecho unos olivos silvestres dispersos. Con el ronzal siempre en la mano, el nazareno andaba al lado de la mujer, atendiéndola con cuidado, tiernamente. A su izquierda, por la parte sur y este de Monte Sión, se levantaba la muralla de la ciudad. A su derecha, las alterosas prominencias que forman el límite occidental del valle.

Con pausada marcha, dejaron atrás el Estanque Inferior de Gihon, del cual el sol expulsaba rápidamente la sombra cada vez menor de la montaña real. Con pausada marcha siguieron adelante, paralelamente al acueducto de los Estanques de Salomón, hasta llegar cerca del emplazamiento de la casa de campo en lo que hoy se llama el monte del Mal Consejo. Y de allí empezaron a ascender hacia la llanura de Refaim. El sol caía deslumbrador sobre el rostro pétreo de la famosa localidad, y bajo su influencia María, la hija de Joaquín, dejó caer por completo la toca, quedando su cabeza al descubierto. José le refirió la historia de los filisteos, sorprendidos allí por David en su propio campamento. Su narración resultaba aburrida. Hablaba con la faz solemne y la voz monótona de un hombre rústico. María no le prestaba una atención continuada.

Por todas partes de la tierra adonde vayan los hombres y por el mar adonde vayan los barcos, la cara y el tipo del judío son familiares. El prototipo físico de la raza ha sido siempre el mismo. Sin embargo, ha habido también algunas variaciones individuales."Y ahora era sonrosado, y, además, de hermosa

fisonomía, y daba gusto mirarlos." Así era el hijo de Jessé cuando lo llevaron a presencia de Samuel. Desde entonces, la descripción ha excitado la fantasía de los hombres. La licencia poética ha extendido las peculiaridades del ancestral a sus descendientes notables. De este modo, todos nuestros Salomones ideales tienen el rostro hermoso, y el cabello y la barba castaños en la sombra y con un reflejo de oro a la luz del sol. Y nos han hecho creer que también eran así los rizos de Absalón, el muy amado. Y en ausencia de la historia auténtica, la tradición ha tratado no menos amorosamente a la que ahora vamos siguiendo hacia la ciudad natal del rubicundo rey.

No tenía más de quince años. Su cuerpo, su voz, su actitud eran los del período de transición de la adolescencia a la juventud. Tenía la cara perfectamente ovalada y el cutis más pálido que rubio. Su nariz era perfecta. Sus labios, ligeramente entreabiertos, carnosos y maduros, dando a la línea de la boca calor, ternura y confianza. Sus ojos eran grandes y azules, sombreados por curvados párpados y largas pestañas, y, armonizando con todo esto, una cascada de cabello de oro caía, según el estilo permitido a las novias judías, sin sujeción alguna, por su espalda y hasta la albarda en la que se sentaba. La garganta y el cuello tenían esa suavidad especial que se ve a veces y que deja al artista en la duda de si se trata de un efecto del contorno o del color. A estos encantos de su figura y de su persona se sumaban otros más indefinibles: un aire de pureza que sólo el alma puede proporcionar, y una abstracción que no se da sino en aquellos que creen en la existencia de muchas cosas que escapan a la percepción de nuestros sentidos.

Con los labios temblorosos, levantaba a menudo los ojos al cielo, que no tenía un azul más profundo que ellos; a menudo cruzaba las manos sobre el pecho, como en adoración y plegaria, y a menudo levantaba la cabeza como persona que escucha con anhelo, esperando una voz que ha de llamarle. De vez en cuando, sin dejar de hablar pausadamente, José se volvía para mirarla y, observando aquella expresión que embellecía la faz de la joven como con un resplandor de luz, olvidaba el tema, y con la cabeza inclinada, meditando, seguía su camino. Así fueron contorneando la extensa llanura, y al final llegaron a la elevación de Mar Elías, desde la cual, por encima de un valle, contemplaron Belén, la antigua, muy antigua Casa de Pan, cuyas blancas murallas coronaban un montículo y brillaban encima de los vergeles difuminados y sin hojas.

Allí se pararon y descansaron, mientras José señalaba los lugares de tanto renombre. Luego descendieron al valle, hacia la fuente que fue teatro de una de las maravillosas hazañas de los valerosos guerreros de David. El estrecho espacio estaba lleno de personas y animales. Un temor asaltó a José: el temor de que si la población estaba tan atestada de gente quizá no encontrase alojamiento en ninguna casa para la dulce María. Y sin demora continuó

adelante a toda prisa. Dejando atrás la columna de piedra que señalaba la tumba de Raquel, subió por la cuesta cubierta de huertos, sin saludar a ninguna de las muchas personas que encontró por el camino, hasta que se detuvo delante del portal del khan que había entonces fuera de la puerta de la población, cerca de un cruce de caminos.

Capítulo IX

La cueva de Belén

Para comprender bien lo que le pasó al nazareno en el khan, es preciso recordar al lector que las posadas orientales son distintas de las del mundo occidental. Los persas las habían llamado knanes, y en su forma simple, consistían en unos cercados sin casa ni cobertizo, a menudo sin puerta ni entrada. Su emplazamiento había sido elegido pensando en la sombra, la defensa o el agua. Tales eran las posadas que cobijaban a Jacob cuando fue a Padan-Aram a buscar esposa. Una reproducción de aquéllas puede verse en nuestros días en los puntos de parada del desierto. Por otra parte, algunas de ellas, especialmente las que se encontraban por las rutas que unían grandes ciudades, como Jerusalén y Alejandría, eran establecimientos principescos, monumentos a la piedad de los reyes que las habían construido. Por lo común, sin embargo, no eran más que la casa o propiedad de un jeque, en la que metía su tribu, como en un cruel general. Alojar a los viajeros era la menos importante de sus funciones. Servían de mercados, factorías, fuertes. Eran plazas donde se reunían y vivían mercaderes y artistas tanto como sitios donde cobijarse los caminantes retrasados o extraviados. Durante todo el año tenían lugar, dentro de sus paredes, la multitud de transacciones diarias de una población. El detalle que quizá fuera capaz de impresionar más profundamente a una mente occidental era la singular manera de regir aquellas hospederías. Allí no había dueño ni patrona, ni escribiente, ni cocinero, ni cocina tan sólo. Un dependiente en la entrada constituía la única manifestación visible de que aquello tuviera un dueño o alguien que lo rigiese. Los forasteros que llegaban permanecían allí el tiempo que quisieran sin dar cuenta nadie. Una consecuencia de aquel sistema era que todo el que llegaba había de llevarse la comida y los útiles de cocina, o comprarlos a los mercaderes que había en el khan. La misma norma valía en lo tocante a la cama y a los objetos suplementarios de ésta, así como el forraje para los animales. Agua, descanso y protección era todo lo que cuidaba de proporcionar el propietario, y eran gratuitos. La paz de las sinagogas se alteraba a veces por culpa de disputadores vocingleros. La de los khanes, nunca. Las habitaciones y todas sus pertenencias eran sagradas. Un pozo de agua potable no lo habría sido más.

El khan de Belén, ante el que se pararon José y su esposa, era un buen ejemplar de su clase, no siendo ni muy primitivo ni muy principesco. El edificio era puramente oriental, es decir, un bloque cuadrangular de piedra tosca, un piso alto, de tejado plano, abierto al exterior por una ventana y sin otra entrada que la principal, una puerta que era al mismo tiempo pasaje, entrada de vehículos, en la parte oriental o fachada. El camino pasaba tan arrimado a la puerta que el polvo de yeso semicubría el umbral. Una valla de piedras planas, que empezaba en el ángulo noroeste del edificio, se extendía por espacio de varias yardas pendiente abajo hasta un punto desde el cual se dirigía hacia el oeste hasta el saliente de peña caliza, formando la parte más esencial de un khan que se respetase: un cercado seguro para los animales. En una población como Belén, donde no había sino un jeque, no podía haber más de un khan, y aunque hubiera nacido en la localidad, como había residido tanto tiempo en otra parte, el nazareno no tenía derecho a reclamar hospitalidad a las autoridades. Además, el empadronamiento que motivaba su viaje podía requerir una estancia de semanas o de meses. Los delegados de Roma eran gente que trabajaba despacio, y no había ni que pensar en abusar, él y su esposa, de la hospitalidad de parientes o conocidos por un período de tiempo tan incierto. En consecuencia, ya antes de llegar a la espaciosa casa, mientras iba subiendo la pendiente y José cuidaba de estimular al asno en los puntos más empinados, el miedo de no encontrar alojamiento se convirtió en una penosa ansiedad, porque encontraba el camino obstruido de hombres y muchachos que, con gran ajetreo, conducían su ganado, caballos y camellos subiendo y bajando del valle, yendo algunos en busca de agua, y otros a las cuevas vecinas. Al llegar a las cercanías, no contribuyó a mitigar su alarma el descubrimiento de multitud que cegaba la puerta del establecimiento, mientras el cercado contiguo parecía ya lleno.

—No podemos llegar a la puerta —dijo José con su parsimonioso hablar—. Parémonos aquí y veamos si conseguimos saber qué ocurrido.

Sin contestar, su esposa apartó la toca con gesto delicado. La expresión de fatiga que había tenido primero su cara se trocó por otra de interés. Se encontraba junto a una reunión de gente que no podía ser para ellos sino un motivo de curiosidad, aunque fuese muy corriente en las khanes de cualquiera de las vías frecuentadas por las grandes caravanas. Había hombres a pie corriendo de un lado para otro y hablando con voces chillonas en todos los dialectos de Siria; hombres a caballo gritando órdenes a otros o a sus camellos; hombres que pugnaban inseguros con vacas reacias u ovejas asustadas; hombres que vendían pan y vino; y entre todo aquel gentío, un rebaño de muchachos que al parecer daba caza a una jauría de perros. Todos y todo parecían en movimiento a un mismo tiempo. Muy posiblemente la hermosa espectadora estuviese demasiado cansada para sentirse atraída mucho rato por aquella escena. Al cabo de unos momentos, exhaló un suspiro y se

acomodó de nuevo en la albarda, y, como si buscara paz y reposo o como si esperara la llegada de alguien, volvió los ojos hacia el sur, levantándolos hacia la cima de las elevadas peñas de Monte Paraíso, que tomaban un leve tinte rojizo bajo los rayos del sol poniente. Mientras ella se entregaba a esta contemplación, un hombre se abrió paso saliendo del tumulto y, parándose cerca del asno, miró a su alrededor con aire ceñudo.

El nazareno se dirigió a él.

—Siendo lo que pienso que tú eres también (un hijo de Judá), buen amigo, ¿puedo preguntarte la causa de que se haya congregado aquí esta multitud?

El desconocido se volvió airado. Pero viendo el rostro solemne de José, tan en consonancia con su voz pausada y su hablar calmoso, levantó la mano a guisa de saludo y contestó:

—¡La paz sea contigo, rabí! Soy un hijo de Judá y te contestaré. Vivo en Beth-Dagon, que, como tú sabes, está en la tierra que perteneció a la tribu de Dan.

—En el camino de Modin a Jaffa —dijo José.

—¡Ah! ¿Has estado en Beth-Dagon? —repuso el hombre, mientras su cara se dulcificaba todavía más—. ¡Qué vagabundos somos la gente de Judá! Yo he vivido muchos años lejos de la sierra, del viejo Ephrat, como la llamaba nuestro padre Jacob. Y he aquí que llegó la orden de que todos los hebreos fuesen empadronados en el lugar de su nacimiento. Éste es el asunto que me ha traído aquí, rabí.

La cara de José continuó impasible como una máscara, mientras comentaba:

—Por lo mismo he venido yo, y también mi esposa.

El desconocido dirigió una mirada a María y guardó silencio. Ella tenía los ojos vueltos hacia la pelada cima del Gedor. El sol acariciaba su faz levantada hacia lo alto y llenaba las profundidades violeta de sus ojos. Y sobre sus labios entreabiertos temblaba un afán impropio de una persona mortal. Por el momento, su belleza parecía purificada de todo peso humano. Era como nos imaginamos que son los que están sentados junto a la puerta del cielo y reciben su luz transfiguradora. El hombre de Beth-Dagon vio el original de lo que siglos después le vino como una visión del genio a Sanzio el divino, haciéndole inmortal.

—¿De qué estaba hablando? ¡Ah! Ya recuerdo. Iba a decir que cuando me enteré de la orden de venir acá me enfurecí. Me acordé, luego, de la vieja montaña, de la ciudad y del valle que desciende hasta las profundidades del Cedrón, de las viñas y los vergeles, de los campos de trigo, que no reposan

desde los días de Boaz y de Ruth, de los montes familiares (el Gedor aquí, el Gibeon allí, Mar Elías más allá), que cuando yo era niño representaban para mí las murallas del mundo. Y perdoné a los tiranos y vine. Vinimos yo y Raquel, mi esposa, y Deborah y Michal, nuestras dos rosas de Sarón.

El hombre se interrumpió de nuevo, mirando bruscamente a María, quien ahora le miraba a él y escuchaba. Enseguida dijo:

—Rabí, ¿no le gustaría a tu esposa ir a reunirse con la mía? Puedes verla allá con los niños, debajo del inclinado olivo del recodo del camino. Te aseguro —y ahora volvía la vista hacia José, expresándose con convicción—, te aseguro que el khan está lleno. Es inútil preguntar en la puerta.

Las decisiones de José eran lentas como su mente. Vaciló un momento, pero luego respondió:

—Tu ofrecimiento es cariñoso. Lo mismo si hay sitio para nosotros en la casa como si no lo hay, iremos a ver a tu familia. Permite que hable yo con el portero.

Regreso al instante.

Y, poniendo el ronzal en la mano del desconocido, se abrió paso por entre la agitada muchedumbre.

El guardián estaba sentado en un gran tronco de cedro, delante de la puerta. A su espalda, apoyada contra la pared, tenía una jabalina. A su lado, sentado sobre el tronco, tenía un perro.

—La paz de Jehová sea contigo —dijo José, poniéndose por fin delante del portero.

—Ojalá lo que tú das puedas volver a encontrarlo luego. Y al encontrarlo se te multiplique muchas veces para ti y para los tuyos —respondió gravemente el vigilante, aunque sin moverse.

—Soy de Belén —dijo José, del modo más intencionado—. ¿No habría sitio para...?

—No lo hay.

—Acaso hayas oído hablar de mí: José de Nazaret. Ésta es la casa de mis padres. Desciendo de la línea de David.

En estas palabras se encerraba toda la esperanza del nazareno. Si no surtían efecto, todos los demás ruegos serían inútiles; lo sería incluso el recurso de ofrecerle muchos siclos. Ser hijo de Judá era una cosa —según la opinión tribal, una gran cosa—; ser de la casa de David era otra cosa todavía. En la lengua de un hebreo no cabía alarde mayor. Más de mil años habían transcurrido desde que el pastor mozo se había convertido en el sucesor de

Saúl y había fundado una dinastía real. Guerras, calamidades, otros reyes, y los innumerables procesos niveladores del tiempo habían hecho bajar a sus descendientes, en lo que a bienes de fortuna se refieren, hasta el nivel común de los judíos. El pan que comían lo ganaban con un trabajo que ya no podía ser más humilde. Sin embargo, la historia, guardada con sagrado celo, y cuyo primer y último capítulo era la genealogía, los favorecía distinguiéndolos y elevándolos por encima de sus compatriotas. No podían llegar a ser unos desconocidos, antes al contrario, a cualquier parte que fuesen de Israel, su origen suscitaba un respeto rayano en la adoración.

Si esto sucedía en Jerusalén y en otras partes, ciertamente un descendiente de la línea sagrada tenía motivos para suponer que surtiría efecto en la puerta del khan de Belén. Decir, como había dicho José: "Ésta es la casa de mis padres" era decir la verdad del modo más simple y literal, pues aquélla era la misma casa que regía Ruth como esposa de Boaz, la misma casa en que nacieron Jessé y sus diez hijos, siendo David el más joven, la misma casa a la que fue Samuel en busca de un rey y lo encontró. La misma casa que David dio al hijo de Barzilai, el Gileadita acogedor. La misma casa en que Jeremías rescató, gracias a la oración, al resto de su raza, que huía delante de los babilonios.

La llamada no quedó sin efecto. El guardián de la puerta bajó el tronco de cedro y, apoyando la mano sobre la barba, dijo respetuosamente:

—Rabí, no puedo decirte cuándo se abrió esta puerta por primera vez dando la bienvenida al viajero, pero fue hace más de mil años. Y en todo este tiempo no se tiene noticia de que jamás se negara la entrada a un hombre de bien, excepto cuando no había sitio donde dejarle reposar. Si así se ha procedido con los extraños, una justa causa ha de tener el sirviente cuando da una negativa a un descendiente de David. Por lo cual, yo te saludo de nuevo, y si no te sabe mal acompañarme, te demostraré que no hay un solo alojamiento en toda la casa. Ni en los cuartos, ni en las cuadras, ni en el patio, ni aun en el tejado. ¿Puedo preguntarte cuándo llegaste?

—Ahora mismo.

El portero sonrió.

—"El extraño que viva contigo ha de ser considerado como si hubiera nacido entre los tuyos, y tú deberás amarle como a ti mismo." ¿No es ésta la ley, rabí?

José se quedó callado.

—Si esta es la ley, ¿puedo decirle a uno que llegó hace tiempo: "Sigue tu camino; hay otro aquí que ocupará tu puesto"?

Todavía José continuó en la misma actitud.

—Y si yo pronunciara estas palabras, ¿a quién le pertenecería el puesto libre? Ve el número de los que están aguardando. Algunos desde el mediodía.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó José, volviéndose hacia la multitud—. ¿Y por qué están aquí a esta hora?

—Lo que te ha traído a ti, rabí; el decreto del César. —El guardián dirigió una mirada interrogativa al nazareno. Luego continuó—: Trajo a la mayoría de los que están acomodados en la casa. Además, ayer llegó la caravana que va de Damasco a Arabia y al Egipto inferior. Estos que ves aquí, hombres y camellos, forman parte de ella.

José insistió todavía:

—El patio es grande.

—Sí, pero está abarrotado de mercancías, de balas de seda, de sacos de especias y de géneros de toda clase.

Entonces, por un momento, la faz del solicitante perdió su estolidez. Los ojos, fijos, sin brillo, se inclinaron hacia el suelo. Luego, dijo con cierto calor:

—Por mí no me importa, pero mi esposa está conmigo, y la noche es fría. En estas alturas es más fría que en Nazaret. Ella no puede quedarse al aire libre. ¿No hay alojamiento en la ciudad?

El guardián indicó con la mano la multitud apiñada delante de la puerta.

—Toda esta gente ha buscado por la población y asegura que todos los alojamientos están ocupados.

José tanteó el terreno, una vez más, diciendo, como si hablara consigo mismo:

—¡Ella es tan joven! Si la hago dormir en el monte, la escarcha la matará. — Luego se dirigió de nuevo al guardián—: Es posible que conozcas a sus padres, Joaquín y Ana, que también fueron vecinos de Belén, y, como yo mismo, descendían de David.

—Sí, los conocí. Eran buena gente. Eso fue en mi juventud.

Esta vez los ojos del portero recorrieron el suelo meditativamente. Luego, levantó la cabeza con gesto repentino.

—Si no puedo hacerte sitio, tampoco puedo hacerte marchar. Rabí, haré por ti todo lo que pueda. ¿Cuántos sois en tu grupo?

José reflexionó, y unos segundos después respondió:

—Mi esposa y un amigo de Beth-Dadon, pequeña población más allá de

Jaffa, con su familia. Seis personas en total.

—Muy bien. No dormiréis en el monte. Trae a tu gente y date prisa, porque ya sabes que cuando el sol se hunde tras la montaña viene la noche rápidamente y ahora ya está a punto de esconderse.

—Te doy todas las bendiciones del caminante sin hogar. Luego te daré las del morador.

Así diciendo, el nazareno escapó gozoso, en busca de María y el de Beth-Dagon. Al cabo de unos momentos, este último trajo a su familia, las mujeres montadas en asnos. Su esposa tenía aires de matrona. Las hijas eran retratos de lo que hubo de ser ella en la juventud. Mientras se acercaban a la puerta, el guardián vio que pertenecían a la clase más humilde.

—Ésta es la mujer de que te he hablado —dijo el de Nazaret—. Y éstos son nuestros amigos.

El velo de María se levantó.

—Ojos azules y cabello rubio —murmuró el empleado, no viendo sino a ella—. Así era el joven rey cuando iba a cantarle a Saúl.

Luego cogió el ronzal de manos de José, y dijo a María:

—¡Paz a ti, hija de David! —y a los otros—: ¡Paz a todos vosotros! —enseguida se dirigió a José—: Rabí, sígueme.

El portero guió al grupo por un ancho corredor, desde el cual pasaron al patio del khan. A un extranjero, la escena le habría parecido muy curiosa. Ellos, en cambio, sólo se fijaban en las cuevas que abrían sus bocas oscuras por todas partes para comentar cuán atestadas estaban. Por un corredor reservado para el almacenamiento de mercancías, y de allí por un pasaje similar al de la entrada, salieron al cercado contiguo a la casa, dando con un confusión de camellos, caballos y asnos, trabados y dormitando en apiñados grupos. Entre ellos, se veía a sus guardianes, hombres procedentes de diversas naciones, los cuales dormían también, a su vez, o vigilaban en silencio. Luego descendieron la cuesta del abarrotado patio muy lentamente, porque los obtusos transportadores de las mujeres manifestaban antojos suyos particulares. Al final desembocaron en un sendero que conducía a la peña gris de piedra caliza que dominaba el khan por la parte del oeste.

—Vamos a la cueva —dijo José, lacónicamente.

El guía aguardó hasta que María estuvo a su lado.

—La cueva hacia la cual nos dirigimos —le dijo—, hubo de ser un refugio de tu antepasado David. Desde el campo que hay más abajo y desde el pozo del valle, solía conducir allí sus rebaños buscando seguridad. Luego, cuando

fue rey, volvía a esta su antigua en busca de reposo y salud, trayendo grandes reatas de animales. Los pesebres continuaban todavía lo mismo que estaban en su tiempo. Es mejor tener un lecho en el suelo sobre el que él durmió que tenerlo en el patio, o fuera, junto al camino. ¡Ah, aquí la casa delante de la cueva!

No hay que interpretar el anterior discurso como si obedeciera al propósito de pedir excusas por el alojamiento ofrecido. No había necesidad de pedir las. El acomodo era el mejor con que se podía contar en aquel momento. Los huéspedes eran gente sencilla, con hábitos de vida que se satisfacían fácilmente. Además, para un judío de aquella época la idea de morar en una cueva no tenía nada de particular, pues los acontecimientos cotidianos la imponían, y lo que oía los sábados en las sinagogas se lo presentaba como una cosa muy natural. ¡Una gran parte de la historia del pueblo judío, muchos episodios interesantísimos de dicha historia se habían gestado en cuevas! Más aún, las personas que entraban ahora eran judíos de Belén, para los cuales la idea era más que vulgar, pues la localidad abundaba en cuevas grandes y pequeñas, algunas de las cuales servían de viviendas desde los tiempos de Emim y Horites. Ni tampoco significaba una ofensa para ellos que la cueva a que los acompañaban hubiera sido, o fuera, un establo. Descendían de una raza de pastores, cuyos rebaños compartían con ellos lo mismo la vivienda que la trashumancia. Guardando una tradición que arranca de Abraham, la tienda del beduino alberga todavía los caballos igual que a los chiquillos. Por lo tanto, nuestros caminantes obedecían alegremente al guardián, y miraban la estancia sin experimentar otra cosa que una curiosidad muy natural. Todo lo que se relacionase con la historia de David les interesaba mucho.

El edificio era bajo y estrecho, sobresaliendo poco de la peña con la que se confundía su parte posterior, y sin una ventana en toda su extensión. En su desnuda fachada había una puerta, que giraba sobre unas bisagras enormes y bien recubiertas de arcilla color ocre. Mientras hacían correr el cerrojo de madera, las mujeres bajaban de las albardas, asistidas por sus respectivos maridos.

En cuanto se abrió la puerta, el guardián les gritó:

—¡Entrad!

Los huéspedes entraron y miraron a su alrededor. Se veía claramente al momento que la construcción no servía sino para encubrir la boca de una cueva o gruta natural que tendría probablemente cuarenta pies de largo por nueve o diez de alto y doce quince de ancho. La luz que entraba por la puerta se derramaba sobre un suelo desigual, cayendo sobre pilas de grano y forraje, y cacharrería y objetos para el hogar, que ocupaban el centro de la cámara. En los costados había pesebres lo suficientemente bajos para que pudieran llegar

las ovejas y contruidos de piedras trabadas con cemento. No había compartimientos ni tabiques de ninguna clase. El polvo y la paja cubrían el suelo, llenaban todas las grietas y hoyos, y hacían más gruesos los hilos de las telarañas que colgaban del techo como jirones de ropa sucia. Por lo demás, aquello estaba limpio, y, en apariencia, era tan cómodo como cualquiera de los refugios abovedados del khan propiamente dicho. Al fine al cabo, la cueva fue el primer modelo, lo primero que hizo pensar en una bodega.

—¡Entrad! —dijo el guía—. Estos montones del suelo son para los viajeros como vosotros. Coged de ellos todo lo que necesitéis.

Entonces dirigió la palabra a María:

—¿Podrás descansar aquí?

—Este lugar es santo —respondió ella.

—Os dejo, pues. ¡La paz sea con todos vosotros!

Cuando el portero hubo salido, todos se ocuparon de hacer habitable la cueva.

Capítulo X

El fulgor en el cielo

A una determinada hora de la noche, los gritos y el bullicio de la gente en el interior y en los alrededores del khan cesaron. Al mismo tiempo, cada israelita, si no estaba ya en pie, se levantó, puso una cara solemne, miró hacia Jerusalén, cruzó las manos sobre el pecho, y rezó. Porque era la hora nona, la hora sagrada en la que se ofrecían sacrificios a Dios en el templo de la cima del Moriá, y se creía que Dios estaba presente allí para recibirlos. Cuando las manos de los devotos descendían, el alboroto empezaba de nuevo. Todo el mundo corría a devorar la cena o a prepararse el lecho. Un poco después, apagaban las luces y venía el silencio acompañado del sueño. A eso de la medianoche, uno de los que estaban en la azotea gritó:

—¿Qué luz es aquella que se ve en el cielo? ¡Despertad, hermanos, despertad y miradla!

La gente, medio dormida, se sentaba y miraba. Y enseguida se despertaba del todo, quedando paralizada de admiración. La agitación se transmitió abajo al patio y a las bodegas. Pronto todos los ocupantes de la casa, del patio y del cercado estuvieron al aire libre mirando al cielo.

He aquí lo que veían. Un rayo de luz que empezaba a una altura imposible

de medir, más allá de las estrellas cercanas, y que caía oblicuamente hacia la tierra, y si en su vértice era un punto minúsculo, en su base tenía varios estadios de anchura. Sus costados se confundían suavemente con la oscuridad de la noche; su centro brillaba con un resplandor eléctrico rosado. El fenómeno parecía descansar en la montaña más próxima al sudeste de población, formando como una pálida corona sobre la línea de la cima. El khan quedaba inundado de luz de tal forma, que los de la azotea se veían bien los rostros, cubiertos todos, sin quedar uno, por una expresión maravillada. Aquel rayo de luz permanecía fijo, invariable, largos minutos, con lo cual la admiración se convirtió en espanto y miedo. Los tímidos temblaban. Los más audaces hablaban en susurros.

—¿Habéis visto jamás una cosa parecida? —preguntaba uno.

—Parece estar exactamente encima de esa montaña. No sabría decir qué es, ni jamás vi otra cosa semejante —le respondieron.

—¿No podría ser que hubiera reventado y caído una estrella? —preguntó otro, trabándosele la lengua.

—Cuando cae una estrella, su luz se apaga.

—¡Ya lo tengo! —gritó otro, confidencialmente—. Los pastores han visto un león y encienden fuegos para mantenerlo alejado de los rebaños.

Los que estaban cerca del que así decía, exhalaban un suspiro de satisfacción, y dijeron:

—¡Sí, eso es! Hoy los rebaños han estado paciando por el valle que hay hacia aquella parte.

Uno de los presentes desautorizó el alivio fácil.

—¡No, no! Aunque pusieran junta y encendieran toda la leña de los valles de Judá, la llama no proyectaría una luz tan intensa y elevada.

Después se produjo un silencio en la azotea, interrumpido sólo una vez mientras duró el misterio.

—¡Hermanos! —exclamó un judío de semblante venerable—. Lo que estamos viendo es la escalera que nuestro padre Jacob vio en sueños. ¡Bendito sea el Dios de nuestros padres!

Capítulo XI

Nace Cristo

A una milla y media, o acaso dos, al sudeste de Belén hay una llanura separada de la ciudad por una estribación interpuesta de la montaña. Además de estar bien resguardada de los vientos del norte, el valle estaba cubierto de una espesura de sicómoros, robles enanos y pinos, mientras en las cabañas y barrancos contiguos había bosquecillos de olivos y morales; todos ellos, en estación del año, de valor inestimable para el alimento del ganado lanar, cabrío y vacuno que formaba los trashumantes rebaños.

En el extremo más alejado de la ciudad, junto a un saliente de peña, había un espacioso marah, o cobertizo para ganado lanar, de muchos siglos de antigüedad. En ocasión de algún saqueo olvidado hacía mucho tiempo, el edificio quedó sin tejado, y fue casi demolido. Sin embargo, el cercado adjunto quedó intacto; y para los pastores que conducían las bestias a su cuidado por aquellos parajes, el cercado tenía más importancia que la casa misma. La pared de piedra que rodeaba al recinto se levantaba hasta la altura de la cabeza de un hombre, aunque no lo bastante para garantizar que una pantera o un león, sacado del desierto por el hambre, no la pudiese saltar penetrando audazmente en el recinto. En la cara interior de la pared, y como precaución adicional contra el peligro constante, habían plantado un seto de espinos, invento tan útil que incluso a un gorrión se le hacía difícil pasar por entre las ramas que sobresalían del muro, armadas como estaban de grandes apiñamientos de espinas, duras como espigones.

El día que tuvieron lugar los acontecimientos que llenan los capítulos precedentes, cierto número de pastores, buscando pastos frescos para sus rebaños, los condujeron a aquella llanura; y desde primeras horas de la mañana, los bosquecillos vibraban con los cantos, los golpes de hacha, el balido de ovejas y cabras, el tintineo de las esquilas, el mugido del vacuno y los ladridos de los perros. Cuando se hundió el sol, abrieron la marcha hacia el marah y al caer la noche lo tuvieron todo acomodado en sitio seguro; con lo cual encendieron un fuego cerca de la puerta, se restauraron con una humilde cena y se sentaron a descansar y conversar, dejando a uno de ellos de vigilancia.

Sin contar al que estaba de centinela, eran seis los pastores que se reunieron en grupo al cabo de un rato alrededor del fuego, unos sentados y otros tendidos boca abajo. Como habitualmente llevaban la cabeza descubierta, su pelo formaba unas greñas espesas, ásperas, quemadas por el sol; las barbas les cubrían la garganta y caían como esteras sobre el pecho; unas zamarras de pieles de cordero y de cabrito, con el vellón intacto, les cubrían desde el cuello hasta las rodillas, dejando los brazos al desnudo; anchos cinturones sujetaban las toscas prendas a sus cinturas; llevaban las sandalias de la clase más tosca; de sus hombros colgaban zurroneos llenos de provisiones y piedras seleccionadas para las hondas de que iban armados, y en

el suelo cerca de cada uno de ellos yacía el respectivo cayado, símbolo de su profesión y arma ofensiva a un mismo tiempo.

¡Así eran los pastores de Judea! En apariencia, toscos y salvajes como los enflaquecidos perros sentados con ellos alrededor de la lumbre; pero en realidad gente sencilla, de corazón tierno, afectos debidos en parte a la vida primitiva que llevaban, pero en grado superlativo al hecho de pasarse los días cuidando seres indefensos e inspiradores de amor. Reposaban y conversaban; hablaban de sus rebaños, tema aburrido para el mundo, pero que era para ellos todo el mundo. Si en sus narraciones se entretenían demasiado en cuestiones de muy poca importancia, si uno de ellos no omitía detalle al explicar cómo había perdido un cordero, había que recordar la relación existente entre él y el infortunado animalito. Al parecer quedaba a su cuidado, ya estaba bajo su vigilancia por todos los días de su existencia, y el pastor tendría que ayudarlo a pasar los ríos en avenida, tendría que transportarlo en las depresiones, tendría que llamarlo y domesticarlo; habría de ser su compañero. Tendría que hacerlo objeto de sus pensamientos y de su interés, centro de su voluntad; tendría que animar y compartir sus escapadas; en defensa del animal quizá tuviera que enfrentarse al león, o con los ladrones de ganado, y hasta era posible que perdiese la vida.

Los grandes acontecimientos, los que borraban naciones de la faz de la tierra y cambiaban de unas manos a otras el dominio del mundo, eran para ellos nimiedades si es que, por azar, llegaban a su conocimiento. De tarde en tarde se enteraban de lo que hacía Herodes en ésta o en aquella ciudad, construyendo palacios y gimnasios, y entregándose a prácticas prohibidas. Según era su costumbre, en aquellos días, Roma no aguardaba a que la gente rezagada preguntase por ella; era ella la que iba a su encuentro. Sobre las colinas por las cuales iba conduciendo su desparramado rebaño, o en los rincones agrestes donde lo escondía, no era raro que estremeciese al pastor el estrépito de las trompetas, y, mirando con cautela, pudiera ver una cohorte y, a veces, una legión en marcha. Y cuando los centelleantes airones de los cascos habían desaparecido, y la excitación provocada por su presencia se había calmado, se ponía a meditar para deducir el significado de las águilas y los globos dorados de la tropa, y los atractivos de una vida tan opuesta a la suya propia.

Sin embargo, aquellos hombres, pese a ser toscos y sencillos, poseían unos conocimientos y una sabiduría peculiares y exclusivos. Los sábados solían purificarse y entrar en las sinagogas, sentándose en los bancos más alejados del arca. Cuando el chazan paseaba la Torá por el templo, nadie la besaba con mayor celo; cuando el seliach leía el texto, nadie escuchaba al intérprete con más absoluta fe; y nadie se llevaba en el recuerdo más sustancia del sermón del hermano mayor, ni dedicaba luego más ratos a meditarlo. En un verso del

Shema encontraban toda la ciencia y toda la ley de sus vidas sencillas; veían que su Señor era un Dios único, y que debían amarle con toda el alma. Y le amaban en efecto; y en ello consistía su sabiduría, mayor que la de los reyes.

Mientras hablaban, y antes de que hubiera terminado la primera guardia, los pastores se fueron durmiendo uno tras otro, cada uno tendido donde había estado sentado.

La noche, como la mayoría de las noches de invierno en la región de los montes, era clara, despejada, y poblada por el centelleo de las estrellas. No soplaba ni un aliento de aire. La atmósfera no había parecido nunca tan pura, y la quietud era más que un simple silencio; era un recogimiento sagrado, el anuncio que el cielo se inclinaba, descendía para susurrar alguna buena nueva a la tierra, que estaba escuchando.

Junto a la puerta, apretándose la capa contra el cuerpo, andaba el guardián. En ciertos momentos se paraba, atraído por una agitación que notaba en los rebaños dormidos, o por el grito de un chacal en la ladera del monte. La medianoche llegaba lentamente; pero llegó por fin. Había terminado su tarea; ¡ahora podía entregarse al sueño sin sueños con que el trabajo bendice a sus fatigados hijos! El buen hombre dio unos pasos en dirección a la lumbre, pero se detuvo; a su alrededor surgía una luz, blanca y suave, como la de la luna. Aguardó sin aliento. La luz se hizo más viva; los objetos hasta entonces invisibles se divisaban perfectamente; se veía todo el campo, y todo inundado de claridad. Un escalofrío más penetrante que el causado por el aire de invierno (un escalofrío de miedo) sacudió su cuerpo. Levantó la vista; las estrellas habían desaparecido; la luz descendía de una ventana del cielo. Mientras él miraba, aquella claridad se convirtió en un gran esplendor, y entonces, aterrorizado, el buen hombre gritó:

—¡Despertad, despertad!

Los perros dieron un salto y marcharon ululando. Los rebaños se apelotonaron desorientados.

Los hombres se pusieron en pie y empuñaron las armas.

—¿Qué hay? —preguntaban al unísono.

—¡Mirad! —les gritó el guardián—. ¡El cielo está en llamas!

De súbito la luz adquirió un fulgor irresistible, obligándolos a cubrirse los ojos y a ponerse de rodillas; luego, mientras el miedo empequeñecía sus almas, cayeron sobre sus rostros, cegados y desmayándose, y hubieran muerto si una voz no les hubiese gritado:

—¡No temáis!

Y entonces ellos se pusieron a escuchar.

—No temáis, porque, mirad, yo os traigo buenas noticias, noticias dichosas que alegrarán a todas las gentes.

Aquella voz, baja y clara y de una dulzura apaciguadora sobrehumana, penetró todo su ser, llenándolos de confianza. Los hombres se incorporaron sobre las rodillas y, mirando con aire de adoración, contemplaron en el centro de una gran aureola la aparición de un hombre vestido con una túnica intensamente blanca. Por encima de los hombros sobresalían las puntas de unas alas brillantes y plegadas; sobre su frente lucía una estrella de vivo resplandor, brillante como la Hespéride; tenía las manos extendidas hacia ellos en ademán de bendecirlos, y su cara era serena y de una hermosura divina. A menudo habían oído hablar, y ellos mismos habían hablado, a su sencillo modo, de ángeles; ahora no dudaban, sino que, en su corazón, decían: "La gloria de Dios nos envuelve, y éste es que se presentó al profeta junto al río Ulai".

El ángel continuó enseguida:

—¡Porque entre vosotros ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es Cristo, el Señor!

Hubo otro momento de calma, mientras aquellas palabras se clavaban en sus mentes.

—Y ésta será la señal que os guíe —dijo luego el ángel anunciador—: encontraréis al niño, envuelto en pañales, tendido en un pesebre.

El heraldo ya no dijo más; la buena nueva había sido pronunciada; no obstante, permaneció todavía un rato visible. De pronto la luz, cuyo centro parecía constituirlo él, se volvió rosácea y empezó a temblar; luego, por las alturas, hasta donde alcanzaba la vista de los hombres, se vio una rauda agitación de alas blancas, un ir y venir de formas radiantes, y se oyó lo que parecían las voces de una multitud cantando al unísono.

—¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz y buena voluntad para los hombres!

No se oyó una vez sino muchas la anterior alabanza.

Luego el heraldo levantó los ojos, como buscando la aprobación de un ser muy distante; sus alas se agitaron y se extendieron lenta y majestuosamente, blancas como la nieve por su parte superior, variopintas como madreperlas en la parte inferior, y cuando estuvieron extendidas a varios codos más arriba de su cabeza se levantó ligeramente, y sin ningún esfuerzo, flotó y desapareció de la vista, llevándose la luz consigo. Mucho rato después de haberse marchado, descendía aún del cielo el canto de alabanza, amortiguado cada vez más por la distancia:

—¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz y buena voluntad para los hombres!

Cuando los pastores recobraron el sentido por completo, se miraron unos a otros con aire estúpido, hasta que uno de ellos dijo:

—Era Gabriel, el mensajero del Señor para los hombres.

Ninguno le respondió.

—Cristo el Señor ha nacido, ¿no ha dicho esto?

Entonces otro pastor recobró la voz, contestando:

—Eso es lo que ha dicho.

—¿Y no ha dicho también en la ciudad de David, que es la Belén nuestra que tenemos allá? ¿Y que le encontraríamos bajo la figura de un niño en pañales?

—Y tendido en un pesebre.

El primero que había hablado se quedó contemplando el fuego pensativamente, pero al fin dijo, como persona poseída una repentina resolución:

—No existe sino un lugar en Belén donde haya pesebre; uno sólo, y es la cueva cercana al antiguo khan. Hermanos, vayamos ver lo que ha pasado. Hace tiempo que los sacerdotes y doctores esperan y buscan al Cristo. Ahora ha nacido, y el Señor nos ha dado una señal por la que podremos reconocerle. Vamos allá y le adoraremos.

—Pero, ¿y los rebaños?

—El Señor velará por ellos. Démonos prisa.

Entonces todos se levantaron y salieron de la marah.

Los pastores rodearon el monte, cruzaron la ciudad, llegaron a la puerta del khan, donde había un hombre de guardia.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

—Esta noche hemos visto y oído grandes cosas —le contestaron.

—Ah, también nosotros hemos visto grandes cosas, pero oír no hemos oído nada. ¿Qué habéis oído vosotros?

—Bajaremos a la cueva del cercado, a fin de cerciorarnos; luego te lo explicaremos todo. Ven con nosotros y velo por ti mismo.

—Es una tontería dar ese paseo.

—No; ha nacido el Cristo.

—¡El Cristo! ¿Cómo lo sabéis?

—Vamos a ver primero.

El guardián se rió con desdén.

—¡El Cristo! ¿De verdad? ¿Cómo vais a conocerle?

—Ha nacido esta noche, y ahora reposa en un pesebre. Eso nos han dicho. Y en Belén no hay sino un lugar que tenga pesebres.

—¿La cueva?

—Sí. Ven con nosotros.

Y atravesaron el patio sin que nadie se fijara en ellos, a pesar de que todavía había algunos que estaban despiertos hablando de la maravillosa luz que habían visto. La puerta de la cueva estaba abierta; en el interior ardía una linterna. Los pastores y el guardián entraron sin ceremonia.

—Yo os doy la paz —dijo el portero a José y al vecino de Beth-Dagon—. Aquí hay una gente que busca a un niño nacido esta noche, al cual conocerán porque han de hallarle en pañales y acostado en un pesebre.

La cara del estólido nazareno manifestó por unos momentos una viva emoción; luego, desviándola, dijo:

—El niño está aquí.

Y acompañaron a los visitantes hasta uno de los pesebres. Y allí estaba el niño. Trajeron la linterna, y los pastores se quedaron inmóviles, mudos. El infantito no daba muestras de nada; era como los demás recién nacidos.

—¿Dónde está la madre? —preguntó el portero.

Una de las mujeres cogió al niño, se acercó a María, acostada allí cerca, y se lo puso en los brazos. Entonces los circunstantes se reunieron junto a los dos.

—¡Es el Cristo! —dijo por fin uno de los pastores.

—¡El Cristo! —repitieron todos, cayendo de rodillas para adorarle.

Uno de ellos dijo y repitió varias veces:

—Es el Señor, y su gloria está por encima de la tierra y los cielos.

Y aquellos hombres sencillos, sin dejarse asaltar ni un momento por la duda, besaron el borde del vestido de la madre, y partieron con cara gozosa. En el khan contaron la historia a toda la gente, que se había levantado y se agolpaba a su alrededor; y por toda la ciudad, y por el camino, regresando al aprisco, entonaban el himno de alabanza de los ángeles.

—¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, y buena voluntad para los hombres!

La historia se propagó, confirmada por la luz vista por tanta gente; y el siguiente día, y durante otros muchos más, multitudes curiosas visitaron la cueva, y algunos creyeron; aunque la mayor parte se rio y se burló.

Capítulo XII

Los magos llegan a Jerusalén

El undécimo día después del nacimiento del niño en la cueva, a eso de la media tarde, los tres sabios se acercaban a Jerusalén por carretera de Siquem. Después de cruzar el arroyo Cedrón, encontraron a muchas personas, ninguna de las cuales dejó de pararse y mirarlos con curiosidad. Judea era una avenida internacional obligatoria; un estrecho puente, levantado, al parecer, por la presión del desierto en el este y del mar en el oeste. Eso era y no podría pretender que fuese otra cosa. Por encima de ese puente, empero, la naturaleza había fijado el cauce de una corriente comercial entre el este y el sur, y de aquí nacía la riqueza del país. En otras palabras, la riqueza de Jerusalén provenía de los impuestos que cobraba al comercio que pasaba por allí. Con la excepción de Roma, en ninguna otra parte se encontraba constantemente reunido, tan gran número de personas de tantas y tan distintas naciones; y en ninguna otra ciudad era el extranjero menos extraño a los avecindados en ella como dentro de sus muros y aledaños. A pesar de lo cual aquellos tres hombres excitaban la admiración de todos los que encontraban en su marcha hacia las puertas de la ciudad.

El hijo de una de las mujeres sentadas a la orilla del camino enfrente de las Tumbas de los Reyes vio al grupo que se acercaba, e inmediatamente se puso a batir palmas y a gritar:

—¡Mira, mira! ¡Qué hermosas campanillas! ¡Qué camellos tan grandes!

Las campanillas eran de plata; los camellos, como hemos visto, eran de una talla y una blancura extraordinaria, y se movían con singular majestad; los arreos hablaban del desierto, de largas travesías a través de él, y también de que sus poseedores estaban en posesión de abundantes medios. Y los tres jinetes iban sentados debajo de los pequeños toldos del mismo modo en que aparecieron en el lugar de reunión al otro lado del Jebel. Sin embargo, no eran las campanillas, ni las guarniciones, ni el aire de los jinetes lo que resultaba tan maravilloso; sino la pregunta que formulaba el que iba en cabeza.

La entrada a Jerusalén por el norte discurre por una llanura que se inclina

hacia el sur, dejando la puerta de Damasco en un valle u hondonada. El camino es estrecho, y el prolongado uso lo ha hundido profundamente: en ciertos puntos lo hacen difícil los guijarros que el agua de las lluvias ha puesto al descubierto y ha dejado sueltos. Sin embargo, a uno y otro lado se extendían, antaño, fértiles campos y bosques de olivos que cuando crecían con toda su lozanía habían de ser muy hermosos y en especial habían de parecerlo a los viajeros recién llegados de las arideces del desierto. Yendo por dicho camino, los tres sabios se detuvieron delante del grupo que había enfrente de las Tumbas.

—Buena gente —dijo Baltasar, acariciándose la trenzada barba e inclinándose fuera de su litera—, ¿no está cerca Jerusalén?

—Sí —respondió la mujer, en cuyos brazos se había acurrucado el niño—. Si los árboles de aquella eminencia de allá fuesen un poco más bajos, veríais las torres de la plaza del mercado.

Baltasar dirigió una mirada al griego y al hindú, y luego preguntó:

—¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?

Las mujeres se miraron unas a otras sin responder.

—¿No habéis tenido noticias de él?

—No.

—Pues decid a todo el mundo que nosotros hemos visto su estrella en el este, y hemos venido a adorarle.

Dicho lo cual, los jinetes siguieron en marcha. A otras personas formularon la misma pregunta, con idéntico resultado. Un gran grupo de gentes que encontraron camino de la gruta de Jeremías quedaron tan pasmados por la pregunta y el aspecto de los viajeros que dieron media vuelta y los siguieron hacia la ciudad. Tan obsesionados iban los tres con la idea de la misión que los traía que no prestaban atención a la perspectiva que se ofrecía ante ellos con la mayor magnificencia, ni al poblado que primero los recibió en Bezeth, ni a Mizpah, y Olivete, a su izquierda ni a la muralla del otro lado de la población, con sus cuarenta torres, altas y sólidas, sobreañadidas en parte para proporcionarle mayor fortaleza, y en parte para satisfacer el gusto exigente de su real constructor, ni al muro que las contenía y doblaba hacia la derecha formando varios ángulos, y ofreciendo aquí y allá una puerta almenada, ascendiendo hasta las tres grandes columnas blancas de Phaselos, Marianmo e Hippico; ni a Sión, el más alto de los montes, coronado de palacios de mármol, jamás tan hermosos; ni a las deslumbrantes terrazas del templo de María, reconocido como una de las maravillas del mundo; ni a las montañas regias que bordeaban en círculo la ciudad Santa de modo que parecía situada

en el fondo de una inmensa taza.

Llegaron al fin a una torre de gran altura y poder que dominaba la entrada que en aquel tiempo correspondía a la actual puerta de Damasco y señalaba el punto de reunión de las tres carreteras de Siquem, Jericó y Gebeón. Un soldado romano guardaba el pasaje. En ese momento la gente que seguía detrás de los camellos formaba una comitiva suficiente para arrastrar a los ociosos apostados en las cercanías del portal; de modo que, cuando Baltasar se detuvo para hablar con el centinela, los tres jinetes quedaron convertidos instantáneamente en el centro de un apretado círculo ansioso de oír lo que ocurría.

—Yo te doy la paz —dijo el egipcio con voz clara. El centinela no respondió.

—Hemos recorrido grandes distancias en busca de uno que ha nacido Rey de los judíos. ¿Puedes decirnos dónde está?

El soldado levantó la visera de su celada y llamó con voz fuerte. De un departamento de la derecha del pasaje salió un oficial.

—Dejad paso —gritó a la multitud, cada vez más apiñada. Y como parecían un tanto remisos a obedecer, avanzó haciendo girar vigorosamente su jabalina, ora a la derecha, ora a la izquierda; y de este modo fue ganando terreno.

—¿Qué queréis? —le preguntó a Baltasar en el idioma de la ciudad.

En la misma lengua respondió Baltasar:

—¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

—¿Herodes? —preguntó confundido el oficial.

—La realeza de Herodes viene del César; no me refiero a Herodes.

—No hay otro Rey de los judíos.

—Sin embargo, nosotros hemos visto la estrella de aquel cual buscamos, y venimos para adorarlo.

El romano estaba perplejo.

—Seguid más adelante —dijo por fin—. Seguid más adelante. Yo no soy judío. Id a preguntar a los doctores del templo, o al sacerdote Anás, o, mejor todavía, al mismo Herodes. Si hubiese otro Rey de los judíos, él lo encontrará.

Con lo cual abrió paso para los extranjeros, los cuales cruzaron el corredor. Pero antes de entrar en la angosta calle, Baltasar se detuvo para decir a sus amigos:

—Ya nos hemos anunciado bastante. Hacia la medianoche toda la ciudad estará enterada de nuestra presencia y de nuestra misión. Ahoyá vayámonos al khan.

Capítulo XIII

Los testigos en presencia de Herodes

Aquella tarde, antes de la puesta del sol, unas mujeres estaban lavando ropa en el peldaño superior del tramo que conducía a la piscina del estanque de Siloam. Todas ellas estaban arrodilladas ante sendos recipientes de tierra cocida. Al final de las escaleras, una muchacha las iba abasteciendo de agua, y mientras llenaba el cántaro cantaba. Era una canción alegre; sin duda aligeraba su tarea. De vez en cuando las lavanderas se sentaban sobre los talones y levantaban la vista hacia la pendiente de Ophel, recorriendo con los ojos la cima de lo que ahora es el Monte de la Ofensa, en aquel momento teñido de leve esplendor por el sol muriente.

Mientras doblaban las manos, frotando y escurriendo la ropa en los grandes barreños, otras dos mujeres se acercaron a ellas, cada una con un cántaro vacío sobre el hombro.

—La paz sea con vosotras —saludó una de las que llegaban.

Las lavanderas interrumpieron el trabajo, se sentaron, se secaron las manos y devolvieron el saludo.

—Es casi de noche; hay que dejar la tarea.

—El trabajo nunca termina —les respondieron.

—Pero llega la hora del descanso, y...

—De escuchar lo que haya ocurrido —interpuso otra.

—¿Qué noticia traéis?

—¿Es que no lo habéis oído?

—No.

—Dicen que ha nacido el Cristo —dijo la portadora de noticias, lanzándose a recitar su historia.

Era curioso ver los rostros de las trabajadoras iluminados por el interés; por parte de las otras, los cántaros descendieron al suelo, y puestos boca abajo quedaron convertidos al momento en asientos para sus propietarias.

—¡El Cristo! —exclamaron las oyentes.

—Así dicen.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo; es de dominio público.

—¿Y alguien lo cree acaso?

—Esta tarde han venido tres hombres cruzando el arroyo de Cedrón por el camino de Sichem —respondió la noticiera, puntualizando a fin de mitigar las dudas—. Cada uno montaba un camello de una blancura inmaculada, y mayor que todos los se hayan visto nunca en Jerusalén.

Las oyentes abrieron de par en par ojos y boca.

—Para demostrar la opulencia de sus dueños —prosiguió la narradora—, iban éstos sentados bajo toldillos de seda; las hebillas de los arreos eran de oro, así como la orla de las bridas; y las campanillas eran de plata, y hacían una verdadera música. Nadie los conocía; tenían el aire de haber llegado del fin del mundo. Sólo uno de ellos tomaba la palabra, y a todas las personas que encontraba en el camino, incluso a las mujeres y a los niños, les hacía esta pregunta: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?". Nadie le ha contestado; nadie ha entendido qué quería decir; con lo cual han seguido en marcha, sembrando a su paso la siguiente afirmación: "Porque nosotros hemos visto su estrella en el este, y hemos venido a adorarlo". Han preguntado luego al romano que había en la entrada, y éste, no más enterado que las gentes sencillas halladas por el camino, los ha enviado a Herodes.

—¿Dónde están ahora?

—En el khan. Centenares de personas han ido ya a verlos, otros centenares más van ahora.

—¿Quiénes son esos viajeros?

—Nadie lo sabe. Se dice que son persas (hombres sabios que hablan con las estrellas); puede que sean profetas, como Elías y Jeremías.

—¿A quién se refieren al decir el Rey de los judíos?

—Al Cristo, y afirman que ha nacido hace poco.

Una de las mujeres se puso a reír y reanudó la tarea, diciendo:

—Bien, cuando le vea lo creeré.

Otra siguió su ejemplo.

—Y yo... Yo sí, también, cuando vea que resucita a los muertos, creeré.

Una tercera comentó sosegadamente:

—Hace mucho tiempo que lo tenemos prometido. A mí me bastará con ver que cure a un leproso.

Y el grupo continuó sentado y hablando hasta que llegó la noche, que, auxiliada por la frialdad del aire, las hizo marcharse a casa.

Algo más tarde, hacia el principio de la primera guardia, se reunió en el palacio de Monte Sión una asamblea de unas cincuenta personas que nunca se juntaban excepto por orden de Herodes, u aún así, únicamente cuando éste había pedido que le informaran sobre uno o varios de los misterios más profundos de la ley historia judía. Era, en resumen, una reunión de profesores de los colegios, sacerdotes principales, doctores de la ciudad, los más notables por su saber; jefes de los grupos de opinión, doctrinarios de los diferentes credos; príncipes de los saduceos, argumentadores fariseos; filósofos estoicos, sosegados, de suave elocuencia, y socialistas esenios. La cámara en que tenía lugar la reunión pertenecía a uno de los patios interiores del palacio; era muy espaciosa y de estilo romano. El suelo estaba enlosado con bloques de mármol; las paredes, no interrumpidas por ninguna ventana, estaban pintadas al fresco en entrepaños de un amarillo azafranado. Un diván ocupaba el centro del aposento; estaba cubierto de cojines de un paño color amarillo vivo, y tenía forma de u, con la abertura dirigida hacia la puerta. En el arco del mismo, o sea, en la curva de la letra, había un gran trípode de bronce, curiosamente incrustado de oro y plata, sobre el cual descendía del techo un candelabro de siete brazos, cada uno sosteniendo una lámpara encendida. El diván y la lámpara eran genuinamente judíos. Los reunidos estaban sentados en el diván al estilo de los orientales, y vestían con singular uniformidad, excepto por el color de las telas. Eran en su mayoría hombres entrados en años; inmensas barbas cubrían sus rostros; a sus largas narices se añadía el efecto de unos ojos grandes y negros, profundamente sombreados por las atrevidas cejas. Tenían todos un aire grave, hasta patriarcal. En resumen, la reunión de que hablamos era una sesión del Sanedrín.

El que estaba sentado delante del trípode, en el lugar que podríamos llamar la presidencia del diván, teniendo a los demás a su derecha y a su izquierda y al mismo tiempo de cara a él, habría acaparado instantáneamente la atención de un espectador. Su cuerpo había sido formado en un aventajado molde, aunque ya se había encogido y estaba tan encorvado que mostraba un aspecto decrepito; la blanca túnica descendía de sus hombros en pliegues bajo los cuales no se adivinaba la menor indicación de un músculo ni de otra cosa que no fuera un anguloso esqueleto. Sus manos, medio escondidas por las mangas de seda, blanca y con rayas carmesí, se enlazaban sobre las rodillas. Al hablar extendía a veces el trémulo índice de la mano derecha; parecía incapaz de otro gesto. Pero su cabeza formaba una cúpula espléndida. Unos cabellos escasos,

más blancos que la plata extendida en hebras finas, orlaban la base; la piel se pegaba a un cráneo ancho, completamente esférico, y resplandecía a la luz con un brillo intenso; las sienes formaban profundas cavidades de las cuales sobresalía la frente como un risco arrugado; los ojos eran desvaídos y apagados; la nariz era estrecha, y toda la parte inferior de la cara la abrigaban los raudales de una barba venerable como la de Aarón. ¡Así era Hillel el Babilonio!

La línea de los profetas, extinguida mucho tiempo en Israel tenía entonces como sucesora a una dinastía de eruditos de los cuales Hillel era el primero en saber, ¡un profeta en todo menos en inspiración divina! A la edad de ciento seis años era todavía el rector del Gran Colegio.

Ante él, sobre la mesa, había desplegado un rollo o volumen de pergamino, escrito en caracteres hebraicos; detrás de él, a sus órdenes, estaba un paje ricamente vestido.

Se había discutido, pero en el momento en que los presentamos los reunidos habían llegado a una conclusión; todos estaban en actitud de reposo, y el venerable Hillel, sin moverse, llamaba al paje.

—¡Chss!

El joven se adelantó respetuosamente.

—Ve a decir al rey que estamos dispuestos a darle una respuesta.

El muchacho se alejó a toda prisa.

Al cabo de un rato entraron dos oficiales y se pararon, uno a cada lado de la puerta. Tras ellos seguía muy despacio un personaje que causaba una tremenda impresión; un anciano con un eje color púrpura orlado de escarlata y sujeto a la cintura por una faja de oro de malla tan fina que se doblaba como el cuero. Las hebillas de sus zapatos lanzaban destellos de piedras preciosas; una estrecha corona trabajada en filigrana brillaba sobre un fez de la felpa carmesí más suave, el cual encuadraba la cabeza y caía hasta los hombros, dejando al descubierto la garganta y el cuello. En lugar de sello, colgaba de su cintura una daga. El recién llegado andaba con paso vacilante, apoyándose pesadamente en un bastón. Hasta llegar a la abertura del diván no se detuvo, ni levantó los ojos del suelo; entonces, como si por primera vez tomara noticia de los reunidos y se animara con su presencia, se irguió y paseó una mirada altanera en su derredor, como el que se sobresalta y busca a un enemigo; tan hosca, celosa y amenazadora era aquella mirada. Así era Herodes el Grande; un cuerpo quebrantado por la enfermedad, una conciencia manchada por los crímenes, una mente de potencia magnífica, un alma dotada para hermanarse con los césares; un hombre de sesenta y siete años, pero velando por su trono con un celo nunca tan aguzado, un poder jamás tan despótico y una crueldad

en ningún tiempo tan inexorable.

Hubo un movimiento general por parte de la asamblea; los más ancianos se inclinaron en la zalema de una reverencia; los más aduladores se pusieron en pie, bajándose en profundas genuflexiones, con las manos sobre las barbas, o sobre el pecho.

Recogidas sus saluciones, Herodes se adelantó hasta el trípode, delante del venerable Hillel, quien respondió a su mirada glacial con una inclinación y una ligera elevación de manos.

—¡La respuesta! —ordenó el rey con imperiosa simplicidad, dirigiéndose a Hillel y plantando ante él el palo con ambas manos—. ¡La respuesta!

Los ojos del patriarca se inflamaron levemente. Levantando la cabeza y mirando al inquisidor cara a cara, respondió, mientras sus asociados le prestaban la más viva atención:

—¡Sea contigo, oh rey, la paz de Dios, de Abraham, de Isaac y de Jacob!

Había hablado en tono de invocación; ahora, cambiándolo, añadió:

—Tú nos has preguntado dónde deberá nacer el Cristo.

El rey asintió inclinándose, pero sus ojos malignos permanecieron clavados en la cara del sabio.

—Ésta es la pregunta.

—Pues bien, oh rey, hablando en mi nombre, así como en el de mis hermanos aquí presentes, sin que uno solo disienta, yo respondo: en Belén de Judea.

Hillel miró al pergamino del trípode y, señalando con el tembloroso índice, continuó:

—En Belén de Judea, porque así escribió el profeta: "Y tú, Belén, en la tierra de Judea, no eres el menor entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un gobernante que regirá mi pueblo de Israel".

El rostro de Herodes se nubló; sus ojos descendieron hacia el pergamino, y él se sumió en una profunda meditación. Los que le miraban no se atrevían a respirar, no despegaban los labios, ni tampoco habló él. Por último, giró sobre sus talones y salió de la cámara.

—Hermanos —dijo Hillel—, ya no nos necesitan.

Entonces los reunidos se levantaron y salieron por grupos.

—Simeón —dijo de nuevo Hillel.

Un hombre de unos cincuenta años bien cumplidos, pero en lo mejor de su vida, respondió y se acercó al sacerdote.

—Coge el pergamino sagrado, hijo mío; enróllalo con tierna precaución.

La orden fue obedecida.

—Ahora préstame tu brazo; quiero ir a mi litera.

El vigoroso Simeón se inclinó; con sus arrugadas manos tomó el anciano el apoyo que se le ofrecía y, levantándose, avanzó con paso débil hacia la puerta. De este modo salieron el famoso rector y Simeón, su hijo, el que había de sucederle en sabidurías, erudición y cargo.

Todavía más tarde aquella misma noche los sabios estaban acostados en un departamento del khan, pero despiertos. Las piedras que les servían de almohadas mantenían sus cabezas elevadas de modo que podían contemplar por el pórtico abierto las profundidades del cielo. Y mientras miraban las centelleantes estrellas pensaban en la próxima manifestación. ¿Cómo vendría? ¿Qué sería? Estaban por fin en Jerusalén; en su entrada habían preguntado por aquel al cual buscaban; habían dado testimonio de su nacimiento; sólo faltaba encontrarle; y en cuanto a esto, ponían toda su confianza en el Espíritu. Los que esperan la voz de Dios, o aguardan una señal de los cielos no pueden dormir.

Mientras estaban en tal situación, apareció un hombre bajo la arcada, oscureciendo el albergue.

—¡Despertad! —les dijo—. Os traigo un mensaje que no es posible desoír.

Todos se sentaron.

—¿De quién? —preguntó el egipcio.

—De Herodes, el rey.

Cada uno de ellos sintió un estremecimiento en su espíritu.

—¿No eres el criado del khan? —preguntó luego Baltasar.

—Lo soy.

—¿Qué quiere el rey de nosotros?

—Su mensajero está ahí fuera; él os responderá.

—Dile pues que aguarde, que vamos.

—¡Tú tenías razón, oh hermano mío! —exclamó el griego, cuando hubo salido el criado—. La pregunta hecha a la gente del camino y al guardia de la puerta nos ha proporcionado una pronta notoriedad. Estoy impaciente: levantémonos deprisa.

Los tres se levantaron, se pusieron las sandalias, se envolvieron en las capas y salieron.

—Yo os saludo y os deseo paz, y ruego que me perdonéis; pero mi amo, el rey, me ha enviado para que os invite a ir a palacio, donde quiere hablar en privado con vosotros.

De este modo cumplió el encargo el mensajero.

Una lámpara ardía en la entrada. A su luz se miraron el uno al otro, y conocieron que el Espíritu estaba sobre ellos. Entonces el egipcio se acercó al criado, y dijo de modo que no fuese oído por los otros:

—Ya sabes dónde tenemos las cosas en el patio y dónde reposan nuestros camellos. Mientras estemos fuera prepáralo todo para partir, por si fuese necesario.

—Ve a tu quehacer tranquilo; confía en mí —respondió el dependiente.

—La voluntad del rey es nuestra voluntad —le dijo Baltasar al mensajero—. Te seguiremos.

Las calles de la Ciudad Santa eran estrechas entonces lo mismo que ahora, pero no tan desiguales y sucias, porque el gran constructor, no contento con la belleza, obligaba también a la limpieza y a la buena conservación. Siguiendo a su guía, los tres sabios hermanos caminaban sin decir palabra. Bajo la incierta luz estelar, más incierta todavía a causa de las paredes de uno y otro lado y que a veces en absoluto flota bajo los puentes que unían las cimas de las casas, salieron del terreno bajo y subieron a una colina. Al final llegaron a un portal elevado que cerraba el paso. A la luz de la lumbre que ardía en dos grandes braseros divisaron confusamente la estructura del edificio, así como a unos guardianes inmóviles, apoyados en sus armas. Entraron sin que nadie les pidiese el santo y seña. Luego, cruzando pasillos y corredores abovedados, atravesando patios y bajo columnatas no siempre iluminadas, ascendieron tramos de escaleras, dejando atrás claustros y cámaras, fueron conducidos a una torre de gran altura. El guía se detuvo de pronto, y, señalando hacia una puerta abierta, les dijo:

—Entrad. El rey está ahí.

El aire de la cámara estaba cargado de perfume de madera de sándalo, y todos los muebles y adornos eran de un lujo afeminado. En el suelo, cubriendo el espacio central, se extendía una mullida alfombra, sobre la cual se levantaba un trono. Sin embargo, los visitantes no tuvieron tiempo sino para hacerse una idea confusa del aposento, de las otomanas y los lechos esculpidos y dorados, de los abanicos y los instrumentos musicales, de los candelabros de oro que centelleaban reflejando su propia luz, de las paredes pintadas al estilo de la

voluptuosa escuela griega, una sola mirada a las cuales habría obligado a un fariseo a esconder la cara, presa de un santo horror. Herodes, sentado en el trono para recibirlos y vestido como en la conferencia con los doctores y hombres de leyes, reclamaba toda la atención de sus entendimientos.

En el borde de la alfombra, hasta donde avanzaron sin esperar a que los invitasen, se prosternaron. El rey tocó una campanilla. Un sirviente entró y colocó tres sillas delante del trono.

—Sentaos —dijo el monarca con aire benévolo. Cuando se hubieron acomodado prosiguió—: De la puerta del Norte me han comunicado esta tarde la llegada de tres extranjeros, en curiosas cabalgaduras, y con aspecto de venir de lejanos países. ¿Sois vosotros?

El egipcio recogió el signo que le hacían el griego y el hindú, y respondió con la más profunda zalema:

—Si fuésemos otros que los que somos, el poderoso Herodes, cuya fama es un incienso para el mundo entero, no nos habría enviado a buscar. No podemos dudar de que nosotros somos los extranjeros.

Herodes acogió el discurso con un ademán de la mano.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —preguntó, añadiendo en tono significativo

—: Que cada uno hable por sí.

Cada uno a su vez, los tres sabios satisficieron su demanda, refiriéndose con sencillez a las ciudades y los países en que habían nacido y a las rutas seguidas para ir a Jerusalén. Un tanto desencantado, Herodes los acosó más directamente.

—¿Cuál era la pregunta que habéis hecho al oficial de servicio en la puerta?

—Le hemos preguntado: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—Ahora comprendo por qué la gente sentía tanta curiosidad. No excitáis menos la mía. ¿Hay otro Rey de los judíos?

El egipcio no cambió de color.

—Ha nacido uno recientemente.

Una expresión de sufrimiento contrajo la oscura faz del monarca, como si un recuerdo atormentador cruzara por su mente.

—¡No de mí, no de mí! —exclamó.

Posiblemente revoloteaban delante de él las imágenes acusadoras de sus hijos asesinados. Pero, recobrándose de la emoción, fuese la que fuese, inquirió con firmeza:

—¿Dónde está el nuevo rey?

—Esto, oh rey, es lo que nosotros quisiéramos preguntar.

—Me planteáis una adivinanza, un acertijo que sobrepasa a los de Salomón —replicó entonces el inquisidor—. Como veis, estoy en la época de la vida en que la curiosidad es tan ingobernable como lo era en la niñez, cuando el jugar con ella es una treta cruel. Decidme más, y yo os corresponderé como los reyes se corresponden unos a otros. Comunicadme todo lo que sepáis acerca del recién nacido, y yo uniré mis esfuerzos a los vuestros para buscarle. Y cuando le hayamos encontrado, haré lo que vosotros queríais, le traeré a Jerusalén y le enseñaré el arte de gobernar. Pondré en juego mi influencia sobre el César para que sea proclamado y glorificado. Los celos no se interpondrán entre nosotros: lo juro. Pero explicadme primero cómo, estando tan notablemente separados mares y desiertos, los tres habéis llegado a tener noticias de él.

—Te diré la verdad, oh rey.

—Sigue —insistió Herodes.

Baltasar se puso en pie, y dijo en tono solemne:

—Hay un Dios todopoderoso.

Herodes estaba visiblemente trastornado.

—Él nos ordenó venir, prometiéndonos que encontraríamos al Redentor del mundo; que le veríamos y le adoraríamos, y daríamos testimonio de su llegada; y como signo, cada uno de nosotros vería una estrella. Su Espíritu nos ha acompañado. ¡Oh rey, su Espíritu está ahora con nosotros!

Un sentimiento avasallador se adueñó de los tres. Al griego le costó trabajo reprimir una exclamación. La mirada de Herodes pasó rápidamente del uno al otro. Estaba más receloso e insatisfecho que antes.

—Os burláis de mí —dijo—. Si no, decidme más. ¿Qué ha de venir después del advenimiento del nuevo rey?

—La salvación de los hombres.

—¿De qué?

—Del mal.

—¿Cómo?

—Mediante los tres agentes divinos: fe, amor y buenas obras.

—Entonces... —Herodes hizo una pausa, y por su expresión nadie habría podido afirmar qué sentimientos le animaban cuando continuó—. Entonces vosotros sois los heraldos del Cristo. ¿Es eso todo?

Baltasar se inclinó con una profunda reverencia.

—Nosotros somos tus servidores, oh rey.

El monarca agitó una campanilla, y apareció el sirviente.

—Trae los regalos —dijo su dueño.

El criado salió, pero unos momentos después regresaba, y, arrodillándose delante de los huéspedes, dio a cada uno una túnica exterior o manto escarlata y azul, y un cinto de oro. Los visitantes recibieron el honor que les hacían prosternándose a la manera oriental.

—Una palabra más —dijo Herodes, terminada la ceremonia—. Al oficial de la puerta, y hace unos momentos a mí mismo, le hablasteis de haber visto una estrella en el este.

—Sí —dijo Baltasar—. Su estrella, la estrella del recién nacido.

—¿En qué tiempo apareció?

—Cuando nos ordenaron venir.

Herodes se levantó, dando a entender que la audiencia había terminado. Bajando del trono y dirigiéndose hacia los visitantes, les dijo con toda benevolencia:

—Si, como yo creo, oh ilustres varones, sois en verdad los heraldos del Cristo recién nacido, sabed que esta noche he consultado a los más sabios en cosas judías y todos al unísono dicen que había de nacer en Belén de Judea. Yo os digo: id allá; id y buscad con diligencia al tierno infante, y cuando lo hayáis encontrado traedme noticias de nuevo, para que pueda ir yo y adorarle. Ningún obstáculo ni oposición encontraréis en vuestro viaje. ¡La paz sea vosotros!

Y, envolviéndose en el manto, salió de la cámara.

El guía vino inmediatamente y los condujo de nuevo a la calle y de ésta al khan, en cuyo portal el griego dijo impulsivamente:

—Vayamos a Belén, oh hermanos míos, tal como nos ha aconsejado el rey.

—Sí —gritó el hindú—. El Espíritu arde en mi interior.

—Así sea —asintió Baltasar tan calurosamente como los otros—. Los camellos están preparados.

Hicieron regalos al criado del khan, montaron en sus sillas, se informaron del camino que les llevaría a la puerta de Jaffa y partieron. Al acercarse ellos, los guardianes desatrancaron las grandes hojas de la puerta, y los viajeros salieron a campo libre, tomando el camino tan recientemente recorrido por José y María. Al salir fuera de Hinnon, en la llanura de Rephaim, apareció una luz, al principio desparramada y leve. Los pulsos de los tres sabios latieron aceleradamente. La luz cobró intensidad con gran rapidez, obligándolos a cerrar los ojos ante su ardiente resplandor. Cuando los abrieron de nuevo, ¡he ahí la estrella!, perfecta como la primera del cielo, pero muy baja y moviéndose lentamente delante de ellos. Y ellos juntaron las manos y gritaron, y se alegraron con un regocijo inenarrable.

—¡Dios está con nosotros! ¡Dios está con nosotros! —repetían frecuentemente, en una aclamación, hasta que la estrella, levantándose del valle del otro lado de Mar Elías, se quedó inmóvil sobre una casa arriba de la ladera del monte cercano a la ciudad.

Capítulo XIV

Los sabios encuentran al niño

Era el comienzo de la tercera guardia, y en Belén la mañana despuntaba sobre los montes del este, pero tan débilmente que en el valle todavía era de noche. El vigilante de la azotea del khan, tiritando por la frialdad del aire, escuchaba con oído atento los primeros sonos discernibles con los cuales la vida, al despertar, saluda a la aurora, cuando, de pronto, apareció sobre la montaña una luz que se movía en dirección al edificio. El guardián pensó en una antorcha en manos de alguna persona; un momento después lo creyó un meteoro; pero aquel fulgor aumentó hasta convertirse en una estrella. Terriblemente asustado gritó con voz fuerte, atrayendo a todo el recinto limitado por las paredes de la azotea. El fenómeno, continuando su movimiento insólito, seguía acercándose. Bajo él, los árboles, las rocas y el camino brillaban como a la luz de un relámpago; mirada cara a cara, su claridad se hacía cegadora. Los espectadores más tímidos cayeron de rodillas y rezaron, escondidos los rostros; los más audaces se acurrucaron, cubriéndose los ojos, aventurando alguna que otra vez una mirada temerosa.

Al cabo de un rato, el khan y todos sus alrededores estaban bañados por aquel resplandor irresistible. Los que se atrevieron a mirar vieron la estrella parada encima mismo de la casa, delante de la cueva donde había nacido el Niño. En el momento culminante de aquella escena aparecieron los tres sabios, y, al llegar a la puerta, bajaron de los camellos y gritaron solicitando entrada.

Cuando el criado dominó su terror lo suficiente para prestarles atención, quitó las barras y abrió. En medio de aquella luz extraña, los camellos tenían un aire espectral, y, además de su aspecto exótico, los rostros y la actitud de los tres visitantes tenían una vehemencia y una exaltación que contribuían a excitar todavía más los temores y la fantasía del guardián, que retrocedió y por algún tiempo fue incapaz de contestar la pregunta que le hacían:

—¿No es esto Belén de Judea?

Pero otros se acercaron, y con su presencia le dieron ánimos.

—No, esto es el khan. La ciudad está más allá.

—¿No hay aquí un niño recién nacido?

Los que allí se encontraban se miraban unos a otros maravillados, y algunos respondieron:

—Sí, sí.

—¡Llebadnos a su presencia! —pidió el griego, impaciente.

—¡Llebadnos a su presencia! —gritó Baltasar, despojándose de su aire grave—. Porque hemos visto su estrella, esta misma que contempláis encima de la casa, y hemos venido a adorarle.

El hindú juntó las manos exclamando:

—¡Ciertamente, Dios vive! ¡Daos prisa, daos prisa! Hemos hallado al Salvador. ¡Benditos somos, somos benditos entre todos los hombres!

La gente de la azotea bajó y siguió a los extranjeros, a los cuales guiaban a través del patio hasta penetrar en el recinto. A la vista de la estrella, todavía parada encima de la cueva, pero menos incandescente que antes, algunos se volvieron atemorizados, aunque la mayor parte siguió adelante. Cuando los extranjeros se acercaban a la casa, el disco se levantó. Al llegar a la puerta se desvaneció, perdiéndose de vista. En los testigos de lo que entonces tuvo lugar nació el convencimiento de que había una relación divina entre la estrella y los extranjeros, y de que esa relación se extendía también hasta algunos, cuando menos, de los ocupantes de la cueva. Cuando la puerta de ésta se abrió, se metieron dentro en tropel. La estancia estaba iluminada por una linterna suficiente nada más para permitir que los extranjeros contemplaran a la madre y al hijo, despierto en su regazo.

—¿Es tuyo el niño? —preguntó Baltasar a María.

Y ella, que había guardado en el recuerdo todo lo que se relacionase, aun levemente, con el niño, y lo había meditado en su corazón, lo levantó hacia la luz, diciendo:

—¡Es mi hijo!

Y los tres sabios cayeron de rodillas y le adoraron.

Vieron que aquel niño era como los demás, No rodeaba su cabeza ningún nimbo, ninguna corona material. Sus labios no se abrían para hablar. Si oía sus expresiones de gozo, sus invocaciones, sus plegarias, no lo manifestaba en modo alguno, sino que, como era propio en un niño de pañales, miraba más tiempo la llama de la linterna que a ellos. Al cabo de un corto rato se levantaron, y volviendo a donde estaban los camellos, trajeron dones consistentes en oro, incienso y mirra, y los depositaron delante del niño, sin cesar en sus frases de adoración, de las cuales nada ha quedado escrito, porque el hombre reflexivo sabe que la pura adoración de un corazón puro era entonces lo que es ahora, y ha sido siempre: una inspirada canción.

¡Y aquél era el Salvador que de tan lejos habían venido a buscar!

Mas ellos le adoraban sin dejarse asaltar por la duda.

¿Por qué?

Su fe descansaba en las señales que les había enviado aquel al cual desde entonces hemos dado en conocer por el nombre de Padre. Y ellos pertenecían a esa clase de hombres para los cuales las promesas del Padre bastan de tal modo por sí mismas que no preguntaban nada acerca de su manera de obrar. Pocos eran los que habían visto las señales y oído las promesas: la Madre y José, los pastores y los tres sabios. Sin embargo, todos creyeron por igual, es decir, en este período del plan de salvación, Dios lo era todo y el Niño nada. Pero sigue adelante, ¡oh, lector! Tiempo llegará en que todas las señales procedan del Hijo. ¡Dichosos los que entonces crean en Él!

Aguardemos a aquel período.

LIBRO II

Capítulo I

Jerusalén bajo los romanos

Es preciso ahora acompañar al lector hasta veintiún años después, al comienzo de la administración de Valerio Grato, el cuarto gobernador imperial de Judea, un período que, se recordará, estuvo desgarrado por las agitaciones políticas habidas en Jerusalén, si bien, ciertamente, no fue el momento exacto

en que estalló la querella entre los judíos y los romanos.

En el intervalo, Judea había estado sujeta a cambios que la afectaron de muy diversas maneras, pero en ninguna tan profundamente como en su estatuto político. Herodes el Grande murió antes del año de haber nacido el Niño. Murió tan miserablemente que el mundo cristiano tuvo razón al creer que lo había fulminado la ira divina. Como todos los grandes gobernantes que han dedicado su vida a consolidar el poder por ellos creado, soñaba con transmitir su trono y su corona, en ser el fundador de una dinastía.

Con tal propósito, dejó un testamento dividiendo sus territorios entre sus tres hijos, Antipas, Felipe y Arquelao, el último de los cuales quedaba designado para sucederle en el título. Naturalmente, fue preciso someter el testamento a la sanción de Augusto, el emperador, quien ratificó todas sus provisiones con una sola excepción; la de retirarle a Arquelao el título de rey hasta que hubiera dado pruebas de su aptitud y de su lealtad. En vez de concederle dicho título, el emperador le hizo etnarca, y en calidad de tal le permitió que gobernara nueve años, al cabo de los cuales, por su mala conducta y por no haber sabido apaciguar a los elementos turbulentos que crecían y se fortalecían a su alrededor, fue desterrado a la Galia. César no se contentó con deponer a Arquelao. Castigó al pueblo de Jerusalén de un modo que hirió el orgullo judío y lastimó vivamente la sensibilidad de los altivos frequentadores del templo. Augusto redujo Judea a una provincia romana, anexionándola a la prefectura de Siria. De modo que, en lugar de ser gobernada por un rey desde el palacio que erigió Herodes en Monte Sión, la ciudad cayó en manos de un oficial de segunda categoría, de un delegado llamado procurador, el cual se comunicaba con Roma a través del legado de Siria, residente en Antioquía. Para hacer la herida aún más dolorosa, al procurador no se le permitía establecerse en Jerusalén. La sede de su gobierno era Cesarea. Y humillante todavía, más exasperante, más estudiada la medida: entre todas, Samaria era despreciada con desprecio más profundo. ¡Samaria quedaba unida a Judea como una parte de la misma provincia! ¡Qué insufrible tormento sentían los mojigatos separatistas o fariseos al encontrarse en Cesarea y en presencia del curador, codo a codo con los adoradores de Garizim y sufriendo sus burlas!

En semejante diluvio de pesares, un consuelo, uno nada más, le quedaba al pueblo caído: el sumo sacerdote ocupaba el palacio herodiano de la plaza del mercado, manteniendo allí una apariencia de corte. Cuál fuera su verdadera autoridad, es cosa que se calcula fácilmente. El juicio de vida o muerte quedaba en manos del procurador. La justicia se administraba en nombre y según los decretos de Roma. Detalle más significativo todavía, compartían la casa real el administrador de rentas y toda su cohorte de asistentes, registradores, recaudadores, publicanos, informadores y espías.

Sin embargo, a los que soñaban en una futura libertad, les causaba cierta satisfacción el hecho de que la persona de más autoridad del palacio fuese un judío. Su mera presencia en ella día tras día refrescaba en su memoria las alianzas y promesas de los profetas, y las épocas en que Jehová gobernaba las tribus por conducto de los hijos de Aarón, siendo para ellos un signo cierto de que no los había abandonado. Con esto alimentaban sus esperanzas, las cuales les ayudaban a tener paciencia y aguardar torvamente al hijo de Judá que había de gobernar Israel. Judea era provincia romana desde hacía ochenta años, tiempo sobrado para que los césaes estudiasen la idiosincrasia del pueblo, tiempo suficiente, cuando menos, para advertir que a los judíos, con todo su orgullo, se les podía gobernar pacíficamente si se les respetaba la religión. Siguiendo esta política, los antecesores de Grato se habían abstenido cuidadosamente de interferir con ninguna de las prácticas sagradas de sus vasallos. Pero Grato eligió un proceder distinto: casi puede decirse que su primer acto oficial consistió en quitar a Anás la dignidad de sumo sacerdote, y dársela a Ismael, hijo de Fabo.

Tanto si la medida fue ordenada por Augusto como si venía del mismo Grato, su improcedencia se puso de relieve con gran celeridad. Ahorraremos al lector un capítulo sobre política judía; sin embargo, para los que quieran seguir la narración con sentido crítico, son esenciales unas cuantas palabras sobre el tema. En esta época, prescindiendo de su origen, había en Judea el partido de los nobles o saduceos, y el separatista o partido popular. A la muerte de Herodes, los dos partidos se unieron contra Arquelao. Desde el templo al palacio, desde Jerusalén a Roma, le combatieron por todas partes. A veces con las armas de la intriga, a veces las armas materiales de la guerra. Más de una vez resonaron los claustros sagrados de Moria con los gritos de los combatientes. Acabaron por enviarlo al exilio. Pero mientras duraba esta lucha, cada uno de los aliados perseguía sus propios objetivos. Los nobles cuidaban a Joazar, el sumo sacerdote. Por su parte, los separatistas eran sus más celosos adictos. Cuando la caída de Arquelao deshizo los planes trazados por Herodes, Joazar siguió la misma suerte. Anás, el hijo de Seth, fue elegido por los nobles para desempeñar tan elevada función, con lo cual los aliados se dividieron. El nombramiento del hijo de Seth los enfrentó en feroz hostilidad.

En el curso de la lucha con el infortunado etnarca, los nobles habían se habían acogido al recurso expeditivo de aliarse con Roma. Comprendiendo que cuando se suprimiera el protectorado había de sucederle necesariamente alguna forma de gobierno, sugirieron que Judea fuese convertida en una provincia. Tal hecho proporcionó a los separatistas un motivo más para atacarlos, y cuando Samaria entró a formar parte de la provincia, los nobles quedaron en minoría, sin otro sostén que la corte imperial y el prestigio que les daba su rango y su riqueza. Sin embargo, por espacio de quince años (hasta el advenimiento, por lo tanto, de Valerio Grato), consiguieron mantenerse tanto

en el palacio como templo. Anás, el ídolo de su partido, había utilizado fielmente su poder en provecho de su amo imperial. Una guarnición romana ocupaba la Torre Antonia. Una guardia romana vigilaba las puertas del palacio. Un juez romano administraba justicia en lo civil y lo criminal. Un sistema romano de impuestos aplicado despiadadamente aplastaba a un tiempo al campo y a la ciudad. Día tras día, hora tras hora, la gente sufría atropellos físicos y morales, y aprendía la gran diferencia que hay entre una vida independiente y una vida de sujeción. Sin embargo, Anás los mantenía en relativa calma. Roma no tenía amigo más sincero. De tal modo que, cuando él salió del cargo, su pérdida se notó al instante. Al entregar la investidura a Ismael, el nuevo designado se convirtió en el jefe de una nueva combinación entre los de Beth y los de Seth.

Grato, el procurador, que con ellos se había quedado sin ningún partido, vio cómo los fuegos ahogados durante quince años en un rescoldo que sólo producía humo, empezaban a encenderse de nuevo, retornando a la vida; un mes después de ocupar el puesto Ismael, los romanos creyeron necesario ir a visitarle a Jerusalén. Cuando los judíos, que estaban en las murallas gritándole y abucheándole, vieron entrar a su guardia por la puerta norte de la ciudad y dirigirse a la Torre Antonia, comprendieron el objetivo de la visita: una cohorte entera de legionarios venía a engrosar la primitiva guarnición. Ahora sería posible apretar impunemente los pernos de su yugo. Si el procurador creía conveniente hacer un escarmiento, ¡ay del primero que desobedeciese!

Capítulo II

Ben-Hur y Messala

Invitamos al lector a que, con la anterior explicación en la mente, se fije en uno de los jardines del palacio de Monte Sión. Era un mediodía de mediados de julio, cuando el calor del verano estaba en su punto máximo.

El jardín estaba limitado a uno y otro lado por edificios, en algunos sitios de dos pisos de altura, con pórticos que daban sombra a las puertas y ventanas en el piso inferior, mientras unas galerías reculadas, protegidas por fuertes balaustradas, adornaban y defendían el superior. Aquí y allá, además, las estructuras se apoyaban en lo que parecían unas columnatas bajas, permitiendo el paso de los vientos que soplasen y dejando a la vista otras partes del edificio para que ostentasen mejor su belleza y grandiosidad. El arreglo del suelo resultaba igualmente placentero para los ojos. Había paseos, parterres de césped y arbustos, y unos cuantos árboles grandes, especies raras de palmera, agrupadas con el algarrobo, el albaricoque y el nogal. En el centro, desde

donde el terreno descendía suavemente en todas direcciones, había un depósito o profundo recipiente de mármol, cortado a intervalos por pequeñas compuertas, que, una vez levantadas, vaciaban el agua en las acequias que bordeaban los paseos, ingenioso medio de librar el paraje de la sequía que imperaba en exceso en todas las demás partes de la región.

No lejos de la fuente había un pequeño estanque de agua límpida alimentando una espesura de cañas y adelfas de las que crecen en el Jordán y por las orillas del mar Muerto. Entre la espesura y el estanque, sin parar mientes en el sol que caía de lleno sobre ellos, dos muchachos, uno de unos diecinueve años, el otro de diecisiete, estaban sentados sosteniendo una interesante conversación. Ambos eran hermosos y a la primera mirada se les habría tomado por hermanos. Ambos tenían el cabello y los ojos negros. Sus rostros eran muy morenos, y, sentados, el desarrollo de su cuerpo parecía apropiado a su edad.

El mayor iba con la cabeza descubierta. Una túnica suelta, que le caía hasta las rodillas, constituía todo su atuendo, salvo por las sandalias y una capa azul claro que tenía extendida debajo de su cuerpo, sobre el asiento. El vestido dejaba al descubierto los brazos y las piernas, morenos como la cara. Y, no obstante, cierta gracia de sus maneras, cierto refinamiento de la fisonomía y la cultivada voz, revelaban su alcurnia. La túnica, de la lana más suave, teñida de gris y orlada de rojo en el cuello, las mangas y el borde de la falda, atada a la cintura por un cordón de seda terminado en borla, certificaban su naturaleza romana. Y si al hablar miraba altaneramente alguna que otra vez a su compañero y se dirigía a él como a un inferior, casi podía excusársele; porque pertenecía a una familia notable y distinguida, incluso en Roma, circunstancia que en aquella época justificaba la arrogancia.

En la terrible guerra entre el primer César y sus enemigos, un Messala había sido el amigo de Brutus. Según Filippo, luego se reconcilió con Octavio, sin que tuviera que sacrificar su honor. Todavía más tarde, cuando Octavio pretendía el imperio, Messala le apoyó. Octavio, al llegar a la dignidad de emperador Augusto, se acordó del servicio recibido y derramó sobre la familia Messala un diluvio de honores. Entre otras cosas, habiendo sido reducida Judea a la condición de provincia, envió a su hijo a Jerusalén, encargado de recibir y administrar los impuestos recaudados en aquella región. Y en dicho empleo había continuado el hijo desde entonces, compartiendo el palacio con el sumo sacerdote. El joven descrito era su hijo, y seguía la costumbre de remedar con excesiva fidelidad las relaciones que tenía su abuelo con los grandes romanos de su tiempo.

El compañero de Messala tenía el cuerpo más delgado. Las prendas que llevaba eran de blanco y fino hilo, del estilo que prevalecía en Jerusalén. Un paño sujeto por un cordón amarillo y dispuesto de modo que dejase libre la

frente, cayendo por detrás casi hasta la espalda, cubría su cabeza. Un observador avezado a distinguir unas razas de otras y a estudiar las fisonomías mejor que los trajes, pronto habría descubierto que aquel adolescente descendía de judíos. La frente del romano era alta y estrecha; la nariz, afilada y aquilina, al tiempo que tenía los labios delgados y rectos y los ojos fríos y muy juntos debajo de las cejas. En cambio, el israelita tenía la frente baja y ancha, la nariz larga, con las aletas muy separadas, el labio superior, sombreando ligeramente al otro, corto y arqueado hacia los hoyuelos de las comisuras, cual un arco de Cupido, detalles que, relacionados con el redondo mentón embellecido por un hoyuelo, los ojos grandes y las mejillas ovaladas y enrojecidas por un brillo vinoso, daban a su cara la suavidad, la energía y la belleza peculiares de su raza. El romano poseía un encanto severo y casto. El judío, rico y voluptuoso.

—¿No decías que el nuevo procurador ha de llegar mañana?

La pregunta procedía del más joven de los dos amigos y había sido formulada en griego, lengua que en aquella época, por una singular paradoja, prevalecía en todos los círculos más refinados de Judea, habiéndose propagado del palacio al campo y al colegio. De ahí, sin que nadie supiera exactamente cuándo ni cómo, había entrado en el mismo templo, y no sólo eso, sino que, ya dentro, no se había limitado a las puertas y a los claustros. Había invadido, incluso, recintos de una santidad tal que no admitía la presencia de gentiles.

—Sí, mañana —respondió Messala.

—¿Quién te lo ha dicho?

—He oído que Ismael, el nuevo gobernador del palacio (vosotros le llamáis sumo sacerdote), se lo decía anoche a mi padre. La noticia habría merecido más crédito, te lo aseguro, viniendo de un egipcio (que es una raza que ha olvidado la esencia de la verdad) o incluso de un idumeo (un pueblo que jamás supo lo que era la verdad); pero para cerciorarme bien, he visto esta mañana a un centurión de la Torre y me ha dicho que seguían haciendo preparativos para la recepción, que los armeros estaban bruñendo los cascos y escudos, y volviendo a dorar los globos y las águilas, y que limpiaban y aireaban apartamentos que llevaban mucho tiempo sin ser utilizados, como si la guarnición hubiera de aumentar. Se tratará probablemente de la guardia personal del gran hombre.

Es imposible dar una idea perfecta del estilo y la manera en que fue pronunciada la anterior respuesta, pues sus detalles más finos escapan continuamente al poder que maneja la pluma. El lector deberá ayudarse de su fantasía, y para ello será conveniente recordar que la piedad iba perdiendo terreno rápidamente en el cerebro y en el corazón de los hombres, o quizá lo expresaríamos mejor diciendo que estaba pasada de moda. Podría decirse

incluso que la religión antigua había dejado casi de ser una fe. A lo más, había quedado reducida a un mero hábito de pensamiento y de expresión, cultivado con esmero, principalmente por los sacerdotes, que veían que el servicio del templo les resultaba provechoso, y por los poetas, los cuales en las rimas de sus versos no podían prescindir de las deidades familiares. En nuestros tiempos, hay cantores que se encuentran en un caso parecido.

A medida que la filosofía iba ocupando el lugar de la religión, la sátira sustituía rápidamente al respeto, hasta tal punto que, en opinión de los latinos, la sátira era para todo discurso, incluso para las pequeñas diatribas de la conversación, como la sal para las viandas y el aroma para el vino. El joven Messala, educado en Roma y recién llegado, había adquirido aquel hábito y aquellos modales. El movimiento apenas perceptible del ángulo del párpado inferior, el claro gesto de elevar la aleta del lado correspondiente de la nariz, y de una manera lánguida de decir las cosas, parecían el mejor vehículo para transmitir la idea de una indiferencia general, sobre todo por las oportunidades que ofrecían para ciertas pausas retóricas, consideradas de importancia primordial para permitir que el oyente captase bien la ocurrencia feliz o recibiese el virus del epigrama mordaz. Una de tales pausas se produjo en la respuesta recién anotada después de la alusión al egipcio y al idumeo. El color de las mejillas del muchacho judío se intensificó. El chico permaneció callado, contemplando abstraído las profundidades del estanque.

—Nos dijimos adiós en este jardín. "¡La paz del Señor sea contigo!", fueron tus últimas palabras. "¡Los dioses te guarden!", dije yo. ¿Te acuerdas? ¿Cuántos años han pasado desde entonces?

—Cinco —respondió el judío, siempre mirando al agua.

—Pues bien, tienes motivos para estarle agradecido a... ¿a quien diré? ¿A los dioses? No importa. Te has hecho muy hermoso. Los griegos dirían que eres bello. ¡Obra feliz de los años! Si Júpiter se regocija con su Ganímedes, ¡vaya copero harías tú para el emperador! Dime, mi Judá, ¿cómo es que la llegada del procurador te interesa de tal modo?

Judá fijó sus grandes ojos en el que le preguntaba. Su mirada grave y pensativa atrajo a la del romano y la retuvo mientras contestaba:

—Sí, cinco años. Recuerdo la separación. Tú te ibas a Roma. Yo te vi partir, y lloré, porque te quería. Los años han pasado, y tú has vuelto perfeccionado, refinado como un príncipe... No, no me burlo. Y sin embargo... y sin embargo, me gustaría que fueses el mismo Messala que se marchó.

Las finas aletas del satirizador se agitaron, y al contestar lo hizo con un tonillo más acentuado.

—No, no un Gánimedes, sino un oráculo, mi Judá. Unas lecciones de mi maestro de retórica, endurecido por el Foro (te daré una carta para él cuando tengas el buen criterio suficiente para seguir una indicación que quería hacerte), un poco de práctica en las artes del misterio, y Delfos te recibiría como al mismo Apolo en persona. Al oír el sonido de tu voz solemne, la pitia iría a recibirte y te daría su corona. En serio, oh, amigo mío, ¿en qué me diferencio del Messala que se marchó? En cierta ocasión escuchaba al mejor lógico del mundo. Hablaba sobre el tema: "Discusión". Y recuerdo una de sus frases: "Antes de contestarle, comprende a tu antagonista". Veamos si te comprendo a ti.

El muchacho se sonrojó bajo la mirada cínica que tenía que soportar. Pero replicó con firmeza:

—Veo que te has aprovechado de las oportunidades que tuviste. De tus maestros has sabido cosechar y traer aquí muchos conocimientos y habilidades. Hablas con la facilidad de un maestro, mas tus palabras esconden un aguijón. Mi Messala, cuando se marchó, no tenía veneno en el cuerpo, y por nada del mundo habría herido los sentimientos de un amigo.

El romano sonrió como si le hubiesen dirigido un cumplido y levantó con una sacudida su patricia cabeza.

—Oh, mi solemne Judá. Ahora no estamos en Dodona ni en Pytho. Deja ese estilo de oráculo y habla claro. ¿En qué te he ofendido?

El otro inspiró profundamente y dijo, tirando del cordón que le rodeaba la cintura:

—En estos cinco años también yo he aprendido algo. Hillel quizá no esté a la altura del maestro de lógica al cual escuchabas, y Simeón y Shammai son, sin duda, inferiores a tu profesor bregado por el Foro. Pero su ciencia no se extravía por senderos prohibidos. Los que se sientan a sus pies se levantan enriquecidos simplemente con el conocimiento de Dios, de la ley y de Israel. Y el efecto de tal enseñanza se manifiesta acrecentando el amor y el respeto para todo lo perteneciente a ellos. La asistencia al Gran Colegio y el estudio de lo que allí nos decían me han enseñado que Judea no es lo que había sido. Sé la diferencia que hay entre un reino independiente y la pequeña provincia que es Judea. Sería yo más bajo y vil que un samaritano si no lamentara la degradación de mi país. Ismael no es legalmente el sumo sacerdote, ni puede serlo mientras viva el noble Anás. No obstante, es un levita, uno de los consagrados que durante miles de años han servido aceptablemente al Señor Dios, en quien creemos y al cual adoramos. Su...

Messala le interrumpió con una carcajada mordaz.

—Ah, ahora te comprendo. Ismael, dices tú, es un usurpador. No obstante,

creer a un idumeo antes que a Ismael es morder como una víbora. ¡Por el borracho hijo de Semele, vaya cosa ser judío! Los hombres y las cosas, incluso el cielo y la tierra, cambian. Pero un judío, nunca. Para él no hay atrás ni adelante. Es lo que fue su primer antepasado en el comienzo. Sobre esta arena te dibujo un círculo... ¡Ya está! Ahora, dime, ¿qué otra cosa más es la vida de un judío? Siempre el mismo rodar: Abraham aquí, Isaac y Jacob allá, y Dios en el centro. Pero el círculo (¡por el dueño de todos los truenos!) es demasiado grande. Volveré a dibujarlo. —Y se inclinó, apoyó el pulgar en el suelo e hizo rodar los otros dedos a su alrededor—. ¿Ves? El punto del pulgar es el templo, el índice circunda Judea. Fuera de este pequeño espacio, ¿no hay nada de valor? ¡Las artes! Herodes levantó grandes edificios, y por ello le maldicen. ¡La pintura, la escultura! Mirarlas es pecado. Ante la poesía corréis hacia vuestros altares. Excepto en la sinagoga, ¿quién de vosotros se atreve a practicar la elocuencia? En la guerra, todo lo que conquistáis en seis días lo perdéis en el séptimo. Siendo tales vuestra vida y vuestros límites, ¿quién me lo reprochará si me río de vosotros? Satisfecho con el culto de un pueblo tal, ¿qué es vuestro Dios al lado de nuestro Júpiter romano, que nos presta sus águilas para que podamos aprisionar el universo con nuestros brazos? Hillel, Simeón, Shamai, Abtalión..., ¿qué son al lado de los maestros que nos enseñan que todo lo que se puede saber vale la pena saberlo? El judío se levantó con la cara vivamente sonrojada.

—No, no. Sigue en tu puesto, mi Judá, sigue en tu puesto —gritó Messala, extendiendo la mano.

—Te burlas de mí.

—Escucha un poco más. Inmediatamente... —El romano sonrió con sonrisa irónica—, inmediatamente vendrán a ayudarme Júpiter y toda su familia, griega y latina, y pondrán un final grandilocuente a mi discurso. Yo aprecio tu bondad al venir de casa de tus padres para darme la bienvenida y renovar el cariño que nos teníamos en la infancia... , si es posible. "Id —dijo mi maestro en su última lección—. Id y, para vivir plenamente vuestras vidas, recordad que Marte reina y Eros ha encontrado los ojos." Con ello quería decir que el amor no es nada y la guerra lo es todo. En Roma ocurre así. El matrimonio es el primer paso para el divorcio. La virtud es una joya que se compra y se vende. Cleopatra, al morir, nos legó sus artes. Ahora tiene una sucesora en todos los hogares romanos. El mundo sigue el mismo camino. Por lo tanto, en lo tocante a nuestro futuro, ¡abajo Eros; arriba Marte! Yo seré soldado. ¿Y tú (oh, mi Judá, te compadezco), tú qué podrás ser?

Judá se acercó más al estanque. Messala le habló con voz pausada y enfática.

—Sí, te compadezco, mi buen Judá. Del colegio a la sinagoga. Luego, al

templo. Después (¡ah, la culminación de la gloria!), el asiento en el Sanedrín. Una vida sin oportunidades. ¡Oh que los dioses te ayuden! En cambio, yo...

Judá le miró y vio la oleada de orgullo que se encendía en su faz altanera, mientras seguía diciendo:

—En cambio, yo... Ah, todavía no está conquistado todo el mundo entero. El mar guarda islas que nadie ha visto. En el norte hay naciones que nadie ha visitado. La gloria de completar la expedición de Alejandro al lejano Oriente aguarda al hombre que quiera conquistarla. Mira cuántas posibilidades se le ofrecen a un romano.

Un instante después, se expresaba de nuevo en tono lánguido.

—Una campaña en África, otra en busca del Scyta, luego ¡una legión! Muchas carreras terminan ahí. La mía, no. Yo (por Júpiter, qué ocurrencia!), yo cambiaré mi legión por una prefectura. Piensa en la vida de Roma con dinero. Dinero, vino, mujeres, juegos, poetas en el banquete, intrigas en la Corte, dados todo el año. Es perfectamente posible procurarse una vida tan regalada. Logro una buena prefectura, y ya la tengo. ¡Oh, Judá mío, aquí está Siria! Judea es rica. Antioquía es una capital para los dioses. Yo sucederé a Cirineo, y tú compartirás mi fortuna.

Los sofistas y retóricos que llenaban los establecimientos públicos de Roma, monopolizando casi la labor de enseñar a la juventud patricia, quizás habrían aprobado aquellas palabras de Messala, porque eran el exponente del sentir popular. Sin embargo, para el joven judío eran nuevas, y completamente distintas del estilo solemne de los discursos y conversaciones a estaba habituado. Pertenece, además, a una raza cuyas leyes, usos y hábitos mentales excluían la sátira y la ironía. Era muy natural, pues, que escuchase agitado por distintos sentimientos. Este momento indignado, y un momento después sin saber si debía tomar en serio a su compañero. Los aires de superioridad que éste asumía le habían ofendido al comienzo.

Pronto le resultaron irritantes, y al final se convirtieron en un vivo escozor. Al llegar a este punto, nos encontramos muy cerca de la cólera, pero el satírico la desató de otro modo. Para el judío del período herodiano, el patriotismo era una pasión salvaje apenas escondida bajo su humor habitual, y tan ligada a su historia, su religión y su Dios, que reaccionaba de inmediato cuando alguien hacía burla de ellos. Por todo lo cual, no es una exageración afirmar que el rato que tardó Messala en llegar a la última pausa representó un refinado tormento para su oyente. El cual, en este punto, dijo con forzada sonrisa:

—He oído decir que son pocos los que pueden permitirse el tomar a guasa su futuro. Tú me convences, oh mi Messala, de que yo no soy uno de ellos.

El romano le observó atentamente. Luego, replicó:

—¿Por qué no encerrar la verdad dentro de una broma, lo mismo que dentro de una parábola? El otro día la gran Fulvia fue a pescar y sacó más que entre todos los otros que la acompañaban. Y dijeron que fue porque su anzuelo tenía la punta cubierta de oro.

—¿Entonces no estabas, simplemente, bromeando?

—Mi Judá, veo que no te había ofrecido bastante —se apresuró a responder el romano, con los ojos centelleando—. Cuando yo sea prefecto y Judea me haga rico, te... te nombraré sumo sacerdote.

El judío giró sobre sus talones encolerizado.

—No te vayas —dijo Messala.

El otro se detuvo, indeciso.

—¡Dioses, Judá, cómo abrasa el sol! —gritó el patricio, observando la perplejidad de su compañero—. Busquemos una sombra.

Judá respondió, fríamente:

—Será mejor que nos separemos. Ojalá no hubiese venido. Buscaba a un amigo y he encontrado a un...

—Romano —respondió Messala, rápido.

Las manos del judío se crisparon, pero, dominándose de nuevo, fijó la mirada a lo lejos. Messala se levantó, cogió el manto de encima del banco, se lo echó sobre el hombro y siguió al judío. Cuando le hubo alcanzado, le puso la mano en el hombro y caminó a su lado.

—Así, con mi mano puesta de este modo, es como solíamos pasear de pequeños. Sigamos igual hasta la puerta.

Se veía claramente que Messala procuraba ser serio y afectuoso, aunque no conseguía desterrar de su rostro la expresión satírica. Judá le consintió la familiaridad.

—Tú eres un muchacho. Yo soy un hombre. Permite que te hable como tal.

El romano hacía gala de una benignidad soberbia. No se habría encontrado más a sus anchas Mentor enseñando al joven Telémaco.

—¿Crees en las Parcas? Ah, olvidaba que eres saduceo. Los esenios son la gente sensata que hay entre vosotros. Ellos creen en las hermanas. Yo también. ¡Cuán invariablemente se cruzan las tres en nuestro camino, impidiéndonos obrar como nos plazca! Yo me siento a trazar planes. Empiezo a señalar caminos aquí y allá. ¡Por Pólux! En el preciso momento en que estiraba los brazos para coger el mundo, siento detrás de mí el chirriar de unas tijeras. Miro y ¡allí está la maldita Átropos! Pero, mi Judá, ¿por qué te has puesto tan

furioso cuando yo he hablado de suceder al viejo Cirineo? Has pensado que yo proyectaba enriquecerme esquilmando a tu Judea. Supongamos que fuera así. Es lo que algún romano hará. ¿Por qué no puedo ser yo?

Judá acortó el paso.

—Otros extranjeros han sido dueños de Judea antes que los romanos —dijo, levantando la mano—. ¿Dónde están, Messala? Judea ha sobrevivido a todos. Y lo que ya ha sucedido volverá a suceder.

Messala recurrió otra vez a la ironía.

—Las Parcas tienen creyentes en otros sectores, además de los esenios. ¡Bienvenido, Judá, bienvenido a la nueva fe!

—No, Messala, no me cuentes en su número. Mi fe descansa en la peña que sirvió de fundamento a la de mis antepasados en tiempos muy anteriores a los de Abraham. Descansa en los pactos del Señor Dios de Israel.

—Demasiada pasión, mi Judá. ¡Qué sorpresa habría manifestado mi maestro si yo me hubiese hecho culpable de tanto calor en su presencia! Tenía que comunicarte otras cosas todavía, pero temo decirlas.

Después de haber seguido adelante unas cuantas yardas, el romano tomó la palabra, de nuevo.

—Creo que ahora puedes escucharme, mayormente dado que lo que tengo que decirte se refiere a ti mismo. Yo te ayudaría, oh amigo tan hermoso como Ganimedes. Yo te ayudaría con verdadera buena voluntad. Te amo... todo lo que yo puedo amar. Te he dicho que quería ser soldado. ¿Por qué no salir fuera del estrecho círculo en el que, según te he mostrado, se encierra toda la ambición que vuestras leyes y costumbres permiten?

Judá no respondió.

—¿Quiénes son los sabios de nuestros días? —prosiguió Messala—. No los que agotan los años de su existencia peleándose por cosas muertas, por Baales, Júpiteres y Jehovás, y por filosofía y religiones. Dime un nombre importante, oh Judá, y no me importa dónde vayas a buscarlo (a Roma, a Egipto, a Oriente, o aquí, en Jerusalén), y que Plutón me lleve si no pertenece a un hombre que sacó la fama de los materiales que le proporcionó el presente, y no tuvo por sagrado nada que no le ayudara a lograr su fin, ¡ni hizo escarnio de nada que le favoreciera! ¿Cómo actuó Herodes? ¿Cómo actuaron los Macabeos? ¿Cómo actuaron los césares I y II? Imítalos. Empieza enseguida. Mira lo que tienes en la mano: Roma, tan dispuesta a ayudarte como lo estuvo con el idumeo Antípater.

El muchacho judío temblaba de rabia, y, como la puerta del jardín estaba ya muy cerca, aceleró el paso, anhelando escapar.

—¡Ah, Roma, Roma! —murmuró.

—Sé cuerdo —prosiguió Messala—. Abandona las locuras de Moisés y las tradiciones. Mira la situación tal como está. Atrévete a mirar a las Parcas a la cara, y ellas te lo dirán: "Roma es el mundo". Pregúntales por Judea, y te contestarán: "Judea es lo que quiere que sea".

Habían llegado a la puerta. Judá se detuvo, apartó dulcemente la mano que se apoyaba en su hombro y miró a Messala, cara a cara, mientras las lágrimas temblaban en sus ojos.

—Te comprendo porque eres romano. Tú no puedes comprenderme. Yo soy israelita. Hoy me has hecho sufrir convenciéndome de que ya nunca podremos ser amigos como fuimos. ¡Nunca más! Aquí nos separaremos. ¡La paz del Dios de mis padres sea contigo!

Messala le ofreció la mano. El judío cruzó la puerta. Cuando hubo desaparecido, el romano estuvo callado un rato. Luego cruzó la puerta, a su vez, diciendo para sí mismo mientras sacudía la cabeza:

—Sea así, pues. ¡Eros ha muerto! ¡Marte reina!

Capítulo III

Un hogar judío

Desde la entrada a la Ciudad Santa correspondiente a la que ahora se llama puerta de San Esteban, se extendía una calle hacia el oeste, paralela a la cara norte de la Torre Antonia, cruzando un patio de aquel famoso castillo. Siguiendo el curso hasta el valle de Tyropoeon, que continuaba un trecho hacia el sur, doblaba y volvía a correr hacia el oeste hasta una corta distancia del punto donde la tradición nos dice que estaba la puerta del Juicio y desde allí se dirigía bruscamente hacia el sur. El viajero o el estudioso familiarizado con aquella localidad reconocerá la avenida descrita como una parte de la Vía Dolorosa, que tiene para los cristianos más interés, si bien un interés muy penoso, que cualquier otra calle del mundo. Como el objetivo que ahora perseguimos no requiere que nos ocupemos de la calle entera, será suficiente señalar una casa que se levanta en el ángulo antes mencionado como marcando el cambio de dirección hacia el sur, la cual, ya que constituye un punto importante y reclama mucho interés, necesita ser descrita con cierta particularidad.

El edificio daba frente al norte y al oeste, unos cuatrocientos pies probablemente en cada dirección, y, como las construcciones más pretenciosas

de Oriente, tenía dos pisos de altura y era perfectamente cuadrangular. La calle de la parte oeste tenía unos doce pies de anchura; la del norte, no más de diez. De modo que el que caminase junto a los muros y mirase hacia arriba debía de sentirse profundamente impresionado por el aspecto tosco, inacabado, mas bien repelente, pero fuerte e imponente, que presentaban, porque eran de grandes sillares de piedra sin desbastar. Por la cara exterior, estaban, en realidad, tal como habían salido de la cantera. Un crítico de aquel tiempo habría decidido que la casa tenía carácter de fortaleza, excepto por las ventanas, de las cuales estaba inusitadamente provista y por el afiligranado acabado de arcos y puertas. Las ventanas que daban al oeste eran cuatro en número; las que daban al norte, solamente dos, todas abiertas a la altura del segundo piso, de tal manera que formaban un mirador saliente sobre la avenida de abajo. Las puertas eran las únicas aberturas visibles que cortaban la pared en el primer piso, y, además de estar copiosamente reforzadas con cerrojos de hierro, como sugiriendo el afán de que resistieran bien el empuje y los golpes de las perchas de ataque, aparecían protegidas por cornisas de mármol, bellamente trabajado, y de tan atrevida proyección como para asegurar a los visitantes bien informados de las peculiaridades de aquel pueblo que el rico señor que residía allí era saduceo, lo mismo en política que en credo religioso.

No mucho después de haberse separado del romano en el palacio de la parte alta de la plaza del mercado, el muchacho judío se detuvo delante de la puerta oriental de la casa descrita y llamó. El portillo (una puerta practicada en una de las dos grandes hojas de la entrada) se abrió para dejarle pasar. El chico entró precipitadamente, sin pararse a corresponder a la profunda zalema del portero. Para hacernos una idea de la distribución interior de la fábrica, así como para ver qué más le ocurrió al muchacho, le seguiremos.

El pasaje al que había entrado no se diferenciaba mucho de un estrecho túnel de paredes artesonadas y abovedado techo. A uno y otro lado, el largo uso había manchado y bruñido unos bancos de piedra. Doce o quince pasos le llevaron a un patio oblongo, orientado en dirección norte-sur y limitado en sus cuatro arcos, excepto en el oriental, por una construcción que parecía la fachada de una casa de dos pisos, de los cuales el inferior estaba dividido en cuadras, mientras el superior estaba almenado y defendido por una robusta balaustrada. Los criados que iban y venían por las terrazas; el ruido de los molinos, trabajando; las prendas colgadas de unas cuerdas tendidas desde un poste a otro; los pollos y palomas que se divertían corriendo por allí; las cabras, vacas, pollinos y caballos encerrados en las cuadras; una maciza pila de agua, destinada, al parecer, al servicio de todos ellos: todo denotaba que el propietario reservaba aquel patio para los servicios interiores de la casa. Hacia el este se levantaba un muro de separación perforado por otro pasaje semejante en todos sus aspectos al primero.

Emergiendo de este segundo pasillo, el muchacho penetró en otro patio espacioso, cuadrado, poblado de arbustos y parras y embellecido y refrescado por el agua de una pila levantada cerca de un porche de la parte septentrional. Aquí los compartimientos eran altos, ventilados y sombreados por unas cortinas a rayas blancas y rojas. Los arcos de aquéllos descansaban sobre apiñados grupos de columnas. En el sur, un tramo de escaleras ascendía a las terrazas del piso superior, defendidas del sol por medio de grandes toldos. Otra escalera subía de las terrazas al tejado, el borde del cual quedaba señalado en todo su cuadrado perímetro por una cornisa esculpida y un pasamanos de ladrillos de barro cocido, hexagonales de forma y de un rojo vivo en color. En esta parte, por lo demás, se notaba una limpieza esmerada que, no consintiendo el polvo en los rincones y ni siquiera una hoja amarilla en los arbustos, contribuía tanto como todo lo demás a darle un aspecto de conjunto delicioso y acogedor, de tal modo que, al respirar aquel aire agradable, el visitante adivinaba, aun antes de haber sido presentado, que iba a entrar en relación con una familia singularmente distinguida y refinada.

Habiendo caminado unos pasos por este segundo patio, el zagal dobló hacia la derecha y, escogiendo un sendero entre los arbustos, parte de los cuales estaba en flor, llegó a la escalera y subió a la terraza, ancho pavimento de losas blancas y pardas, perfectamente unidas, pero muy desgastadas. Pasando por debajo del toldo hasta una puerta de la parte norte, entró en un aposento que, al caer detrás de él el cortinaje, quedó de nuevo en la oscuridad. Sin embargo, el muchacho siguió avanzando por el embaldosado suelo hasta un diván, sobre el cual se arrojó cara a tierra, tendiéndose en posición de reposo, con la frente apoyada sobre los brazos cruzados.

Al caer la noche, una mujer se acercó a la puerta y llamó. El joven respondió y la mujer entró en el aposento.

—La cena está lista, y es de noche. ¿No tienes hambre, hijo mío? —le preguntó.

—No —respondió él.

—¿Estás enfermo?

—Tengo sueño.

—Tu madre ha preguntado por ti.

—¿Dónde está?

—En el pabellón de verano, en la azotea.

El muchacho se revolvió un poco y se sentó.

—Muy bien. Tráeme algo que comer.

—¿Qué quieres?

—Lo que te plazca, Amrah. No estoy enfermo, sino apático. La vida no parece tan agradable como esta mañana. Es una dolencia nueva, oh Amrah mía, y tú, que me conoces tan bien y nunca me has defraudado, puedes imaginar ahora algo que me sirva de alimento y de medicina. Tráeme lo que se te antoje.

Las preguntas de Amrah y el tono de voz con que las formuló —bajo, compasivo, solícito—, revelaban el afectuoso lazo que los unía. La mujer puso la mano sobre la frente del chico. Luego, como tranquilizada, salió diciendo: Voy a ver. Al cabo de un rato regresó trayendo en una bandeja de madera un tazón de leche, unas rebanadas de pan, un exquisito pastel de trigo triturado, un pájaro asado, miel y sal. En una punta de la bandeja había una copa de plata llena de vino. En la otra, un candelabro de latón, encendido.

Entonces, el aposento apareció claramente a la vista. Sus paredes finamente estucadas, el techo cruzado de grandes vigas de roble, oscurecidas por las manchas de la lluvia y del tiempo; el suelo, de baldosas pequeñas, blancas y azules y de forma hexagonal, muy firme y sufrido; unos cuantos taburetes con las patas esculpidas imitando las de los leones; un diván levantado un poco del suelo, tapizado de paño azul y cubierto parcialmente por una inmensa manta o bufanda de lana listada... En resumen, un dormitorio hebreo.

La misma luz puso también al descubierto la figura de la mujer, la cual, acercando un taburete al diván, colocó la bandeja sobre él y luego se arrodilló disponiéndose a servir al mancebo. Tenía la cara de una mujer de cincuenta años, de cutis moreno y ojos negros, dulcificados en aquel instante por la ternura de una mirada casi maternal. Un blanco turbante cubría su cabeza, dejando al descubierto los lóbulos de las orejas, y en ellos, el signo que revelaba su condición: un orificio practicado con una lezna gruesa. Era una esclava, egipcia de origen, a la que ni la redención del año quincuagésimo, el año sagrado, había podido traer una libertad que ella, por su parte, no habría aceptado, porque el muchacho al que estaba sirviendo era su vida. Le había cuidado desde que iba en pañales, le había atendido durante su infancia, y no habría sabido resignarse a dejar su servicio. Para sus amorosos ojos, aquel muchacho jamás sería un hombre.

El sólo habló una vez durante la comida.

—Recuerdas, oh Amrah mía, al Messala que solía venir a verme muchos días.

—Sí, le recuerdo.

—Se fue a Roma hace unos años, y ahora ha regresado. Hoy he ido a

visitarle.

Un estremecimiento de disgusto recorrió el cuerpo del muchacho.

—Sabía que te había pasado algo —respondió la mujer, profundamente interesada

—. Los Messala jamás me gustaron. Cuéntamelo todo.

Pero el chico se sumió en la meditación y, ante la insistencia de las preguntas, dijo únicamente:

—Ha venido muy cambiado y no quiero más tratos con él.

Cuando Amrah se llevó la bandeja, salió también el muchacho, subiendo de la terraza a la azotea.

Se supone al lector más o menos enterado del aprovechamiento de las cimas de las casas, común en Oriente. En materia de costumbre, el clima es, en todas partes, quien dicta las leyes. El verano de Siria encierra al que busca comodidad en el oscuro compartimiento. Pero por la noche le invita temprano a salir. Las sombras que descienden sobre las cimas de los montes parecen velos que cubren vagamente a unas Circes cantoras, pero están muy lejos, mientras que la azotea está ahí mismo y suficientemente elevada por encima de las copas de los árboles para atraer a las estrellas, invitándolas a descender, por lo menos a bajar lo bastante para que brillen esplendorosas. Así, la azotea se convertía en un punto de reunión: era campo de juego, dormitorio, tocador, lugar de cita de la familia, sala de música, de danza, de conversación, de fantasiosas meditaciones y de oración.

Los mismos motivos que impulsan, en climas más fríos, a decorar a cualquier precio los interiores, inducen al oriental a embellecer la cima de su casa. El parapeto ordenado por Moisés se convirtió en el triunfo del ceramista. Encima de él se levantaron, más tarde, torres, sencillas o caprichosas. Y, todavía más tarde, reyes y príncipes coronaron sus azoteas con pabellones de verano de mármol y oro. Cuando los babilonios colgaron jardines en el aire, el capricho no pudo ya llevar aquella tendencia a extremos mayores.

El muchacho al que vamos siguiendo andaba despacio por la azotea en dirección a una torre construida en el ángulo noroeste del palacio. Si hubiese sido un extraño, acaso hubiera dedicado una mirada a la estructura a la cual se estaba acercando, viendo de ella todo lo que la confusa luz le permitiese: una masa oscura, baja, con celosías, pilares y cúpulas. Pasando por debajo de una cortina levantada a medias, entró en el pabellón. En el interior reinaba una oscuridad total, excepto en los cuatro costados, donde había unas aberturas arqueadas, semejantes a portales, por las cuales era visible el cielo, encendido de estrellas. En una de tales aberturas y recostadas sobre el cojín de un diván,

vio la figura de una mujer, poco discernible, a pesar de estar ataviada con una blanca y holgada prenda. Al sonido de los pies del muchacho hiriendo el suelo, el abanico que aquella figura tenía en la mano detuvo su movimiento, lanzando destellos allí donde la luz de las estrellas hería las joyas que lo esmaltaban. La mujer se sentó y pronunció el nombre del joven.

—¡Judá, hijo mío!

—Soy yo, madre —respondió él, acercándosele más deprisa. Al llegar junto a ella, se arrodilló. La madre le rodeó con los brazos y lo llenó de besos, al mismo tiempo que lo estrechaba contra su seno.

Capítulo IV

Las extrañas cosas que Ben-Hur quiere saber

La madre tomó de nuevo la cómoda actitud anterior en el cojín, mientras el hijo se sentaba en el diván, apoyando la cabeza en su regazo. Mirando por la abertura, ambos podían ver una buena extensión de azotea en la vecindad, un banco de azul oscuridad allá en el oeste, que sabían que eran montañas, y el cielo, con sus sombreadas profundidades, en el que brillaban las estrellas. La ciudad estaba silenciosa. Sólo se agitaba el viento.

—Amrah me dice que te ha pasado algo —empezó la madre, acariciándole la mejilla—. Cuando mi Judá era un niño, yo consentía que se atormentase por nimiedades, pero ahora es un hombre. No debe olvidar —y aquí su voz se hizo muy suave—, que un día ha de ser mi héroe.

Hablaba en un lenguaje casi olvidado en el país, pero que unos cuantos (eran invariablemente gente notable, tanto por su sangre como por sus posesiones) cultivaban con cariño en toda su pureza, a fin de que se les distinguiera más claramente de los pueblos gentiles. El idioma en que las adoradas Rebeca y Raquel cantaban a Benjamín. Aquellas palabras parecieron suscitar en el cerebro del muchacho una nueva sucesión de pensamientos. Sin embargo, al cabo de un rato cogió la mano con que su madre lo abanicaba, y dijo:

—Oh madre mía, hoy me han hecho pensar en muchas cosas que nunca habían tenido cabida en mi mente. Dime, primero: ¿qué he de ser yo?

—¿No te lo he dicho? Tú has de ser mi héroe.

Aunque no podía ver la cara de su madre, el muchacho comprendió que hablaba jocosamente. Él se puso más serio.

—Tú eres muy buena y muy cariñosa, oh madre mía. Nadie me amará como tú.

Y le llenó la mano de besos. Después, prosiguió:

—Creo comprender por qué eludes mi pregunta. Hasta ahora mi vida te ha pertenecido. ¡Con qué amor, con qué dulzura me has gobernado! ¡Ojalá pudiera seguir siempre igual! Pero eso es imposible. Es voluntad del Señor que un día sea yo dueño de mí mismo. Un día de separación, y por lo mismo, penoso para ti. Seamos valientes y hablemos en serio. Yo quiero ser tu héroe, pero tú me has de poner en camino de serlo. Sabes lo que manda la ley: todo hijo de Israel ha de ocuparse en algo. Yo, que no soy una excepción, te pregunto: ¿cuidaré los rebaños? ¿O labraré la tierra? ¿O moveré la sierra? ¿O seré escribiente o abogado? ¿Qué seré yo? Madre amada y buena, ayúdame a encontrar la respuesta.

—Gamaliel ha dado hoy una conferencia —contestó ella, pensativamente.

—Si la ha dado, yo no le he oído.

—Entonces has paseado con Simeón, quien, según me han dicho, hereda el genio de su familia.

—No, no le he visto. He estado en la plaza del mercado, aunque no en el templo. He visitado al joven Messala.

Un ligero cambio en la voz del muchacho atrajo la atención de la madre. Un presentimiento aceleró los latidos de su corazón. El abanico volvió a quedar inmóvil.

—¡Messala! —exclamó—. ¿Qué ha podido decirte para impresionarte de este modo?

—Ha venido muy cambiado.

—Quieres decir que ha vuelto convertido en un romano.

—Sí.

—¡Romano! —continuó la mujer, casi hablando consigo misma—. Para todo el mundo, esta palabra significa dueño. ¿Cuánto tiempo ha estado fuera?

—Cinco años.

La madre irguió la cabeza, mirando hacia lo lejos, a través de la noche.

—Los aires de la vía Sacra han invadido sin dificultad las calles de los egipcios y de Babilonia. Pero en Jerusalén, en nuestra Jerusalén, mora la alianza.

Y, embargada por este pensamiento, descansó la cabeza en su cómodo

apoyo. El joven fue el primero en tomar la palabra.

—Lo que Messala me ha dicho, madre mía, era bastante duro en sí mismo. Pero, unido a la manera de decirlo, ha hecho que alguna de sus frases fuera intolerable.

—Creo comprenderte. Toda Roma (sus poetas, oradores, senadores, cortesanos) anda loca por eso que ellos llaman sátira.

—Supongo que todas las naciones grandes son orgullosas —prosiguió el adolescente, casi sin tomar nota de la interrupción—. Pero el orgullo de esa gente no se parece al de los demás. En estos últimos tiempos ha crecido tanto que ni los mismos dioses se libran de su mordacidad.

—¡Los dioses sí se libran! —replicó prestamente la madre—. ¿Más de un romano ha aceptado que le rindiesen culto, como si tuviera derecho a recibirlo!

—Pues, bien. Messala siempre ha poseído una buena dosis de esa desagradable cualidad. Cuando él era niño, le vi burlarse de extranjeros a los cuales hasta el mismo Herodes se dignaba recibir con todos los honores. Sin embargo, sus mofas siempre habían respetado a Judea. Por primera vez, hablando hoy conmigo, se ha referido con sarcasmo a nuestras costumbres y a nuestro Dios. Como tú habrías querido que hiciese, yo he roto definitivamente con él. Y ahora, oh mi madre adorada, yo quisiera saber si hay base para que los romanos nos desprecien. ¿En qué le soy inferior? ¿Pertenece nuestro pueblo a una categoría inferior? ¿Por qué he de sentir yo, ni aún en presencia del César, el encogimiento de un esclavo? Dime, en especial, si este es mi ánimo y el camino que escojo. ¿No puedo perseguir los honores del mundo en todos los campos? ¿Por qué no puedo tomar la espada y gustar la pasión de la guerra? Como poeta, ¿por qué no puedo cantar todos los temas? Puedo trabajar los metales, puedo guardar los rebaños, puedo ser mercader... ¿Por qué no puedo ser un artista como los griegos? Dime, oh madre mía (y en esto se condensa toda mi inquietud), ¿por qué un hijo de Israel no puede hacer todo lo que hace un romano?

El lector relacionará las preguntas anteriores con la conversación que había tenido el muchacho en la plaza del mercado. La madre, escuchando con todas las facultades despiertas por algo que una persona menos interesada en el adolescente no habría captado, no tardó más en establecer la misma relación, sugerida por las conexiones del tema, la dirección que tomaban las preguntas, y posiblemente por el tono y el acento en que habían sido formuladas. Tomó asiento y, con voz tan pronta e incisiva como la de su hijo, respondió:

—¡Comprendo, comprendo! Debido al ambiente, durante su infancia, Messala era casi judío. Si se hubiese quedado aquí, habría podido convertirse

en un prosélito, pues hasta tal punto acogemos las influencias que maduran nuestras vidas. Pero los años pasados en Roma han pesado excesivamente en él. Nome maravilla el cambio, pero —y aquí su voz se quebró—, podía haber sido más tierno, por lo menos contigo. Duro y cruel es el temperamento del hombre que ya en la juventud sabe olvidar sus primeros afectos.

La mano de la mujer descendió suavemente sobre la frente del chico. Se introdujo entre sus cabellos y se entretuvo acariciándolos amorosamente, mientras sus ojos buscaban las estrellas más altas que descubría la mirada. Su orgullo respondía al del muchacho, no meramente como un eco, sino al unísono de una compenetración perfecta. Quería contestarle. Pero, al mismo tiempo, por nada del mundo habría querido darle una contestación poco satisfactoria: admitiendo que existiese una inferioridad podía debilitar el ánimo del hijo para toda la vida. La desconfianza en su propia capacidad le hacía tartamudear.

—El tema que me propones, oh mi Judá, no es para ser tratado por una mujer. Déjame que lo aplace hasta mañana, y yo haré que el sabio Simeón...

—No me remitas al rector —pidió él, bruscamente.

—Haré que venga a vernos.

—No. Yo busco algo más que una información. Y si bien él podría dárme la mejor que tú, oh, madre mía, tú puedes darme lo que por su parte sería imposible dar: la decisión, que es el alma del alma de un hombre.

La madre recorrió el firmamento con una rápida mirada, tratando de abarcar todo el significado de las preguntas del hijo.

—Cuando anhelamos justicia para nosotros mismos, jamás es prudente ser injustos con los demás. Al negar valor en el enemigo al cual hemos derrotado, rebajamos nuestra victoria. Si el enemigo ha sido lo bastante fuerte para mantenernos a distancia y mucho más si lo ha sido para vencernos... —la madre vacilaba—, nuestra propia estimación nos obliga a buscar otras explicaciones a nuestras desgracias que la de acusarle de poseer cualidades inferiores a las nuestras propias.

Hablando luego más consigo misma que para su hijo, la madre empezó a decir:

—Fortalece tu corazón, hijo mío. Messala descende de noble linaje. Su familia ha sido ilustre durante muchas generaciones. En los días de la Roma republicana (hasta qué tiempo remoto, es cosa que no puedo decirte), sus antepasados fueron famosos, algunos como soldados, otros en funciones civiles. No recuerdo sino a un cónsul de este nombre. Tenían el rango de senadores, y la gente buscó siempre su patronazgo porque siempre fueron

ricos. No obstante, si tu amigo se vanagloriaba hoy de su ascendencia, podías tú dejarle corrido enumerándole la tuya. Si él se refería a las edades a través de las cuales puede seguirse el árbol familiar o las hazañas, jerarquías o riquezas (y tales alusiones, excepto cuando las grandes ocasiones las exigen, son prenda de mentes mezquinas), si las mencionaba en prueba de superioridad, tú sin miedo y tomándolas una por una, podías haberle desafiado a comparar nuestros respectivos historiales.

Parándose a meditar un momento, la madre prosiguió:

—Una de las ideas que se impone prontamente en esta época es la de que el tiempo tiene mucho que ver con la nobleza de las razas y las familias. El romano que se jacte sobre este particular comparándose con un hijo de Israel, quedará confundido en cuanto se someta a una prueba. La fundación de Roma marca su punto de arranque, y pocos de ellos pueden seguir su ascendencia hasta dicho período. Pocos de ellos lo pretenden, y de los pocos que lo intentan te digo yo que ninguno podría sostener su alegato sin recurrir al testimonio de la tradición. Ciertamente, Messala no podría. Volvamos la vista ahora a nosotros. ¿Le aventajamos?

Un poco más de luz habría permitido al hijo observar la expresión de orgullo que se difundía por la faz de su madre.

—Imaginemos que el romano nos plantea semejante trato. Yo le respondería sin vacilación y sin jactancia.

Su voz titubeó. Un pensamiento más tierno le hizo cambiar la índole del argumento.

—Tu padre, oh mi Judá, descansa con los suyos. Sin embargo yo recuerdo, como si fuese esta misma noche, el día que él y yo en compañía de muchos amigos alborozados, subimos al templo a presentarte al Señor. Sacrificamos las palomas, y yo le di al sacerdote tu nombre, que él escribió en mi presencia: "Judá, hijo de Ithamar, de la Casa de Hur". Entonces se llevaron el nombre al registro y lo escribieron en un libro de la sección de historiales de la santa familia. No puedo decirte cuándo empezó la costumbre de inscribir a las personas de este modo. Sabemos que estaba en boga antes de la huida de Egipto. He oído decir a Hillel que Abraham hizo abrir el registro con su propio nombre y los de sus hijos, movidos por las promesas del Señor que lo separaban a él y a los suyos de todas las demás razas concediéndoles la alcuña más alta y selecta, haciéndolos los escogidos de la tierra. El pacto con Jacob tuvo un efecto semejante. "En tu simiente serán bendecidas las naciones de la tierra." Así dijo el ángel a Abraham en el lugar de Jehovajireh. "Y el terreno en donde descansas, a ti te lo daré, y a tu simiente", dijo el Señor a Jacob, dormido en Bethel, camino de Harán. Más tarde, los sabios pensaron en la conveniencia de una justa distribución de la tierra prometida. Y para que el

día de la partición se supiera quiénes tenían derecho a recibir parcelas, se abrió el Libro de las Generaciones. Pero no fue solamente por eso. La promesa de bendecir a toda la tierra a través del patriarca apuntaba a un futuro lejano. Un solo nombre se mencionaba relacionado con aquella bendición. El benefactor podía ser el más humilde de la familia elegida, porque el Señor nuestro Dios no sabe de distinciones de rango ni de fortuna. Así, para que la generación que debía presenciarlo viera el hecho más claro, y a fin de que sus componentes pudieran dar la gloria a quien perteneciese, era preciso que se llevara el registro con una meticulosidad absoluta. ¿Ha sido llevado así?

El abanico se movió en vaivén, hasta que, agitado por la impaciencia, el adolescente repitió la pregunta.

—¿Es absolutamente fiel a ese registro?

—Hillel dijo que lo era, y de todos los hombres que han existido, ninguno mejor informado de esta cuestión. En determinadas épocas, nuestro pueblo ha prestado poca atención a ciertos aspectos de la ley, pero jamás olvidó éste. El excelente rector ha seguido los Libros de las Generaciones a lo largo de tres períodos: desde las promesas hasta la apertura del templo, de ahí hasta la cautividad, y de ahí hasta el presente. Sólo en una ocasión sufrieron contratiempos los registros, y fue al final del segundo período. Pero en cuanto la nación regresó de su largo exilio, como atención debida a Dios, Zorobabel restauró los Libros, permitiéndonos, una vez más, seguir ininterrumpidamente los linajes de la descendencia judía por espacio de dos mil años. Y ahora...

La madre hizo una pausa como para dar ocasión al oyente de medir el tiempo que había mencionado.

—Y ahora —prosiguió—, ¿cómo queda el gesto romano de vanagloriarse de una sangre enriquecida por las edades? Según esa prueba, los hijos de Israel que guardan los rebaños allá en el viejo Rephaim, son más nobles que el más noble de los Marcios.

—Pero, madre... Según los libros, ¿quién soy yo?

—Lo que he dicho hasta aquí, hijo mío, estaba relacionado con tu pregunta. Te contestaré. Si Messala estuviera presente, tal vez objetara como otros han hecho, que el rastro exacto de tu linaje se interrumpió cuando los asirios tomaron Jerusalén y desviaron el templo, con todas sus preciosas reliquias. Pero tú podrías alegar la piadosa acción de Zorobabel, y replicar que toda certeza con respecto a las genealogías romanas terminó cuando los bárbaros de Occidente tomaron Roma y acamparon durante seis meses en su asolado emplazamiento. ¿El gobierno recogía la historia de las familias? No, no. Nuestros Libros de las Generaciones dicen la verdad, y siguiéndolos en sentido retrospectivo hasta llegar a la cautividad, hasta la fundación del primer

templo y hasta la salida de Egipto, tenemos la certeza absoluta de que descendes en línea directa de Hur, el asociado de Josué. Si el tiempo santifica el linaje, ¿cabe un honor más grande y perfecto? ¿Deseas llevar la investigación más atrás? De ser así, coge la Torá, busca el Libro de los Números y, entre las setenta y dos generaciones que sucedieron a Adán, puedes encontrar al mismo progenitor de tu estirpe.

Hubo un rato de silencio en la cámara de la azotea.

—Te doy las gracias, madre mía —exclamó después Judá, estrechando en la suya las dos manos de su madre—. Te doy las gracias de todo corazón. Hice bien al no querer que llamasen al buen rector. No habría podido dejarme más satisfecho de lo que me has dejado tú. Sin embargo, para que una familia sea verdaderamente noble, ¿es suficiente el tiempo nada más?

—Ah, lo olvidas, lo olvidas. Nuestro alegato no se funda meramente en el tiempo. La preferencia de Dios constituye nuestro timbre especial de gloria.

—Tú hablas de la raza, madre. Yo hablo de la familia, de nuestra familia. En los años que se han sucedido desde nuestro padre Abraham, ¿qué hazañas ha realizado? ¿Qué ha hecho? ¿Qué grandes cosas ha llevado a cabo que la eleven por encima del nivel de las otras?

La madre titubeó, temiendo que hubiera estado todo el rato interpretando mal el propósito de su hijo. Las noticias que éste buscaba podían significar mucho más una simple satisfacción de la voluntad herida. La juventud no es sino la pintada concha dentro de la cual, en continuo crecimiento, vive ese ente maravilloso que es el espíritu del hombre, solicitando el momento de hacer aparición, que en unos se da antes que en otros. La madre se estremecía al percibir que en aquel instante quizá sonase para su hijo el momento supremo; que, cual los niños al nacer extienden las inexpertas manos tentando las sombras mientras el llanto abre sus labios, así quizá su espíritu luchase, en medio de una ceguera temporal, por asirse a su impalpable futuro. Aquellos a los cuales acude un muchacho preguntando: "¿Quién soy yo y qué he de ser?", deben andar con muchísimo cuidado. Cada palabra de la respuesta puede resultar para su vida futura lo que el toque de cada dedo del artista en la arcilla que está modelando.

—Tengo la sensación, oh Judá mío —dijo la mujer, dándole unas palmaditas en la mejilla con la misma mano que él había estado acariciando—, tengo la sensación de que todo lo que he dicho ha sido una escaramuza con un antagonista más real que imaginario. Si Messala es el enemigo, no me dejes combatiendo con él a oscuras. Cuéntame todo lo que te ha dicho.

Capítulo V

Roma e Israel: una comparación

El joven israelita tomó entonces la palabra y reprodujo la conversación con Messala, deteniéndose de un modo particular en las frases despectivas que éste había tenido para los judíos, sus costumbres y el muy limitado círculo de su existencia. Temerosa de interrumpir, la madre escuchaba, discerniendo claramente la cuestión. Judá había ido al palacio de la plaza del mercado atraído por el afecto de un compañero de juego a quien esperaba encontrar exactamente igual que cuando se separaron, años atrás. Y se enfrentó con un hombre, y en vez de reír y recordar los juegos pretéritos, el hombre no había tenido palabras sino para el futuro, refiriéndose a la gloria que tenía que conquistar, a las riquezas y al poder. Inconsciente del origen de aquello, el visitante se había marchado herido en su orgullo, aunque estimulado por una ambición natural. Pero la madre lo veía, y no sabiendo qué inclinación podían tomar aquellas aspiraciones, se sintió de pronto invadida por un temor genuinamente judío. ¿Qué sería si aquellas ambiciones se convertían en un señuelo que le apartaba de la fe patriarcal? A sus ojos, tal consecuencia era más temible que todas las demás. Se le ocurría una sola manera de evitarlo, y se puso a la tarea inmediatamente, y el amor vino a reforzar el ascendiente que siempre tuvo sobre su hijo, de tal manera que su discurso adquirió a ratos una energía viril, y a ratos el fervor de un poeta.

—Jamás hubo un pueblo —empezó diciendo—, que no se creyese igual, por lo menos, a cualquier otro, ni ninguna gran nación que no se creyese la superior. Cuando los romanos miran por encima del hombro a Israel y se ríen, repiten meramente la locura de los egipcios, los asirios y los macedonios. Y como su carcajada va contra Dios, el resultado será el mismo.

Ahora su voz se hizo más firme.

—No existe una norma según la cual determinar la superioridad de las naciones. De ahí la vanidad de tal pretensión y la ociosidad de disputar sobre ella. Un pueblo se levanta, corre su carrera y muere, bien por su propia mano, bien por mano de otro, que sucediéndole en el poder ocupa su puesto e inscribe nombres nuevos sobre los monumentos antiguos. Así es la historia. Si me pidieran que simbolizara a Dios y al hombre de la forma más sencilla, dibujaría una línea recta y un círculo, y de la línea diría: "Éste es Dios, porque sólo Él se mueve eternamente hacia delante". Y del círculo: "Éste es el hombre. Tales son sus movimientos". No quiero decir que no haya diferencia entre las carreras de las naciones. No hallarás dos iguales. Pero la diferencia no está en la extensión del círculo que describen, ni en el espacio de tierra que cubren, sino en la esfera en que se mueven, siendo la más alta la más próxima

a Dios. Pararme aquí, hijo mío, sería dejar el tema en el punto en que lo hemos empezado. Prosigamos. Existen señales para medir el radio del círculo que cada nación describe durante su curso. Comparemos, según ellas, a hebreos y romanos. La señal más simple la proporciona la vida cotidiana del pueblo. Sobre esto sólo diré que Israel ha olvidado en ocasiones a Dios, mientras que los romanos jamás lo conocieron. En consecuencia, no es posible la comparación. Tu amigo o mejor dicho, tu antiguo amigo, nos acusaba, si te he comprendido bien, de que no tenemos poetas, ni artistas, ni guerreros. Con lo cual se proponía, supongo, negar que hayamos tenido grandes hombres: el otro signo más infalible de todos, después del primero. Un gran hombre, oh hijo mío, es aquel cuya vida demuestra que ha sido reconocido, si no llamado, por Dios. Un persa sirvió de instrumento para castigar a nuestros padres apóstatas. Otro persa fue elegido para devolver a los hijos de aquéllos a Tierra Santa. Mayor que ambos fue, sin embargo, el macedonio cuya mano vengó la destrucción de Judea y del templo. Lo que distinguió esencialmente a aquellos hombres fue que fueron elegidos por Dios, cada cual para llevar a cabo un designio divino. Su calidad de gentiles no disminuye su gloria. No pierdas de vista esta definición mientras prosigo.

"Se supone que la guerra es la más noble ocupación de los hombres y que la mayor grandeza consiste en ensanchar los campos de batalla. Aunque el mundo haya aceptado esta idea, no te dejes engañar. Que debemos adorar algo es una ley que continuará en vigor mientras haya algo que no podamos comprender. La oración del bárbaro es un gemido de miedo dirigido a la Fuerza, la única cualidad divina que puede concebir claramente. De ahí su fe en los héroes. ¿Qué es Júpiter sino un héroe romano? La excelsa gloria de los griegos radica en haber sido los primeros que elevaron a la Razón por encima de la Fuerza. En Atenas, al orador y al filósofo los reverenciaban más que al guerrero. El conductor de carrozas y el que gana carreras pedestres siguen siendo los ídolos de la arena. Pero la inmortalidad queda reservada para el cantor más dulce. Varias ciudades se disputan el honor de haber sido la cuna de un mismo poeta. Pero, ¿fue el heleno el primero en negar la antigua fe de los bárbaros? No. Hijo mío, esa gloria nos pertenece a nosotros. Contra la brutalidad, nuestros padres erigieron a Dios. En nuestro culto, el gemido del miedo dejó lugar al hosanna y al salmo. Los hebreos y los griegos habrían hecho progresar en sentido ascendente a toda la humanidad. Más, ¡ay!, los que gobiernan el mundo presuponen que la guerra es una constante eterna, por lo cual por encima de la razón y por encima de Dios, los romanos han entronizado al César, el que absorbe todo poder asequible, el que prohíbe toda otra grandeza.

"La época griega fue un período de florecimiento del genio. En premio de la libertad que entonces se disfrutó, ¡qué pléyade de pensadores ofreció la razón! Todas las ramas del saber alcanzaron un esplendor tal y una perfección

tan absoluta, que en todo menos en la guerra, los romanos han recurrido a la imitación. Un griego es actualmente el modelo de los oradores del Foro. Escucha bien, y en todas las canciones romanas oirás el ritmo de los griegos. Si un romano abre la boca para hablar sabiamente de moral o de lucubraciones abstractas, es un plagiario o es el discípulo de alguna escuela que tuvo por fundador a un heleno. En nada sino en la guerra, lo repito, tiene derecho Roma a reclamar para sí la originalidad. Sus juegos y espectáculos son inventos griegos salpicados de sangre para halagar la ferocidad de su populacho. Su religión, si merece tal nombre, está hecha con las aportaciones de la fe de todos los demás. Sus dioses más venerados vienen del Olimpo, incluso su Marte, y hasta el Júpiter que Roma ensalza de tal modo. De modo, hijo mío, que entre el mundo entero sólo Israel puede disputar la superioridad a los griegos, y pretender arrebatárles la palma del genio más genuino.

"Para las excelencias de los otros pueblos, el egocentrismo no es una coraza, impenetrable como el peto de su armadura. ¡Ah, esos saqueadores implacables! Bajo sus pisadas, la tierra tiembla como un suelo azotado a latigazos. Junto con los demás, hemos caído nosotros. ¡Ay qué pena, hijo mío, que tenga que decírtelo! Ellos son dueños de nuestros puestos más elevados y más santos, y nadie puede aventurar cómo terminará esta ciudad. Pero una cosa sé, y es que ellos pueden triturar a Judea como una almendra machacada a martillazos y devorar a Jerusalén, que es el aceite y la miel del mundo. Y, no obstante, la gloria de los hombres de Israel perdurará como una luz en el firmamento elevada a cimas que ellos no alcanzarán. Porque su historia es la historia de Dios, que la escribió con las manos de aquellos hombres, lo proclamó con sus lenguas, y estuvo Él mismo en todo lo bueno que hicieron, hasta en lo más nimio. Dios, que habitó con ellos, en el Sinaí como Legislador, en el desierto como Guía, en la guerra como Capitán, en el gobierno como Rey... Dios, que muchas veces apartó las cortinas del pabellón en que tiene su lugar de reposo, de esplendor irresistible, y, como un hombre que habla a otros hombres, les enseñó el camino del bien y de la felicidad, y cómo debían vivir, y les hizo promesas por las cuales han de continuar eternamente en vigor. Oh, hijo mío, ¿será posible que aquellos con los cuales habitó Jehová así, con una familiaridad tan pasmosa, no recogieran algo de Él? ¿Que en sus vidas y gestas las cualidades humanas comunes no se mezclaran y tiñeran hasta cierto punto con lo divino? ¿Que sus genios no encerrasen en sí, aun después del transcurso de las edades, algo de celestial?

Por un buen rato, el susurro del abanico fue el único sonido que se percibía en la cámara.

—Si consideramos el arte limitado a la escultura y a la pintura, es cierto —dijo luego la madre—. Israel no ha tenido artistas.

Tal confesión salió con pesar de sus labios, porque debe recordarse que

aquella mujer era saducea, y su fe, al contrario de la de los fariseos, permitía amar lo bello en todas sus formas y sin atender a su origen.

—Sin embargo, quien quiera hacernos justicia —prosiguió luego—, no olvidará que la habilidad de nuestras manos quedó atada por la prohibición: "No levantarás ante ti ninguna imagen esculpida, ni nada que se parezca a un ser cualquiera", que el Sopherim extendió perversamente más allá de su propósito y de su tiempo. Como tampoco debe olvidarse que mucho antes de que apareciera Dédalo en el Ática y con sus estatuas de madera transformase la escultura hasta hacer posibles las escuelas de Corinto y Egina, con sus últimos triunfos de Poecilo y el Capitolio, mucho antes de Dédalo, repito, dos israelitas, Bezaleel y Aholiab, los maestros constructores del primer tabernáculo, se dice que fueron expertos "en todas las artes manuales" y esculpieron los querubines del trono de la misericordia encima del arca. Eran de oro batido, no cincelado. Unas estatuas a la vez humanas y divinas. "Y deberán extender sus alas hacia lo alto... y sus caras se mirarán mutuamente." ¿Quién afirmará que no eran hermosos, o que no fueron las primeras estatuas?

—¡Oh, ahora veo que los griegos nos han dejado atrás! —exclamó Judá, vivamente interesado—. Y el arca... ¡malditos sean los babilonios que la destruyeron!

—No, Judá, no te apartes de la fe. No quedó destruida, sino únicamente perdida, escondida con demasiada precaución en alguna cueva de las montañas. Un día (tanto Hillel como Shammai lo aseguran), un día, cuando el Señor señale la hora, la encontrarán y la traerán, e Israel danzará ante ella, cantando como en los antiguos tiempos. Y los que entonces vean las caras de los querubines, por más que hayan visto el rostro de la Minerva de marfil, se mostrarán dispuestos a besar la mano del judío, por amor a su genio, dormido por espacio de millares de años.

La madre, en su vehemencia, había levantado la voz y pronunciado estas frases casi con la viveza y la pasión de un orador. Para recobrase, o para recoger de nuevo el hilo de su pensamiento, descansó un rato.

—Qué buena eres, madre! —dijo el adolescente, agradecido—. Jamás me cansaré de repetirlo. Shammai no habría podido hablar mejor, ni tampoco Hillel. Yo vuelvo a ser un verdadero hijo de Israel.

—¡Adulador! —dijo ella—. Tú no sabes que no hago otra cosa que repetir lo que oí a Hillel en una discusión que tuvo un día en mi presencia con un sofista de Roma.

—No importa. El calor y el sentimiento son tuyos.

La madre recobró al momento la seriedad.

—¿Dónde estaba? Ah, sí, reclamaba para nuestros padres el honor de haber fabricado las primeras estatuas. La habilidad del escultor no acapara todo el campo del arte, como tampoco el arte condensa en sí toda la grandeza. Siempre me imagino a los grandes hombres desfilando a lo largo de los siglos en grupos, en vistosas compañías, separables según sus nacionalidades. Aquí los hindúes, allí los egipcios, más allá los asirios. Sobre ellos, la música de las trompetas y el esplendor de las banderas. Y a derecha e izquierda, como espectadores reverentes, las generaciones, innumerables, que han vivido desde el comienzo. Mientras desfilan, me imagino a los griegos gritando: "¡Mirad! La Hélade abre la marcha". Entonces los romanos replican: "¡Silencio! El lugar que vosotros ocupabais, ahora nos corresponde a nosotros. Os hemos dejado atrás como polvo hollado" Y todo el rato, desde la cabeza hasta la zaga de la columna que desfila, así como hasta el más lejano futuro, se extiende un chorro de luz del cual los caminantes no saben nada, excepto que los guía eternamente adelante... ¡la luz de la revelación! ¿Quiénes son los que la llevan? ¡Ah, son los de la antigua sangre judía! ¡Cómo brinca en nuestras venas al pensarlo! Por la luz los conoceremos. ¡Tres veces benditos, oh padres nuestros, servidores de Dios, guardadores de las alianzas! Vosotros sois los hombres, tanto de los vivos como de los muertos. La primera línea es vuestra y, aunque cada romano fuese un César, ¡no podríais perderla!.

Judá estaba profundamente conmovido.

—No te interrumpas, te lo ruego —exclamó—. Tú me haces oír el son de los tamboriles. Espero ver a Miriam y a las mujeres que la seguían bailando y cantando.

La madre captó los sentimientos del hijo y, con despierto criterio, los entretejió en su discurso.

—Muy bien, hijo mío. Si sabes oír los tamboriles de la profetisa, serás capaz de hacer lo que iba a pedirte. Puedes echar mano de tu fantasía y quedarte a mi lado, como a un lado de la comitiva, mientras los escogidos de Israel pasan ante nosotros, a la cabeza de la procesión. Ahí vienen. Los patriarcas, primero. Luego, los padres de las tribus. Casi oigo las campanillas de sus camellos y el balar de sus rebaños. ¿Quién es ese que anda solo entre las compañías? Un anciano. Aunque su ojo no ha perdido el brillo, ni su fuerza natural, aparece decaído. ¡Él vio a Dios cara a cara! Guerrero, orador, poeta, legislador, profeta; su grandeza es como la del sol de la mañana, el raudal de su esplendor apaga las otras luces, incluso las de los primeros y más nobles de los Césares. Detrás de él vienen los jueces. Y luego, los reyes. El hijo de Jessé, un héroe en la guerra y un cantor de himnos, eternos como el del mar. Y su hijo, el cual, aventajando a todos los otros reyes en riquezas y sabiduría, hizo habitable el desierto y fundó ciudades en extensos territorios, sin olvidar nunca a Jerusalén, escogido por Dios para sede suya en la tierra. ¡Inclínate, hijo mío!

Los que vienen ahora son los primeros de su estirpe, y los últimos. Levantan el rostro, como si oyesen una voz en el cielo y aguzaran el oído. Sus vidas estuvieron saturadas de pesares. Sus vestidos huelen a tumbas y a cavernas. Escucha a una mujer entre ellos. "Cantad al Señor, porque ha triunfado gloriosamente!". ¡No, baja la frente hasta el polvo ante ellos! Fueron lenguas de Dios, sirvientes suyos que escudriñaron los cielos y, viendo todo el futuro, escribieron lo que habían visto, dejando lo escrito para que fuese confirmado por el tiempo. Los reyes palidecían cuando los veían acercarse. Las naciones temblaban al son de sus voces. Los elementos se convertían en sus criados. En las manos llevaban todos los bienes y todas las plagas. ¡Ve al Tishbita y a su criada Elihsa! ¡Ve al entristecido hijo de Hilkiah, y al primero, el que contempló visiones junto al río Chebar! Y de los tres hijos de Judá que rechazaron la imagen de los babilonios, ¡mira!, mira aquel que en el festín de los mil señores confundió de tal modo a los astrólogos. Y más allá (¡oh, hijo mío, besa el polvo de nuevo!), al dulce hijo de Amos, ¡de quien el mundo recibió la promesa del Mesías que ha de venir!

Durante este párrafo el abanico se había movido rápidamente. Entonces se detuvo, y la voz de la mujer se amortiguó.

—Estás cansado —dijo.

—No —respondió el muchacho—. Estaba escuchando un nuevo himno de Israel.

La madre seguía atenta a su propósito y pasó por alto el halagador comentario.

—Bajo la luz que me ha sido posible, Judá mío, he presentado ante ti a nuestros grandes hombres: patriarcas, legisladores, guerreros, cantores, profetas. Volvamos la mirada hacia lo mejor de Roma. Delante de Moisés, coloquemos a César; y a Tarquino, delante de David. Sila, ante cualquiera de los Macabeos. El mejor de los cónsules, junto a los jueces; Augusto, junto a Salomón, y habremos terminado: la comparación acaba aquí. Pero piensa entonces en los profetas: los mayores de los mayores.

La mujer se rió con desdén.

—Perdóname. Estaba pensando en el adivino que prevenía a Cayo Julio contra los idus de marzo, y me lo imaginaba buscando en las entrañas de un pollo los malos agüeros que su amo despreciaba. Desde este cuadro vuelve la vista hacia Elijah sentado en la cima del monte, camino de Samaria, entre los cuerpos humeantes de Ahab de la cólera de nuestro Dios. Finalmente, oh Judá mío, si podemos permitirnos sin irreverencia la comparación, ¿cómo juzgaremos a Jehová y a Júpiter, si no es por lo que sus servidores han hecho en sus respectivos nombres? Y en cuanto a lo que vas a hacer... —La madre

pronunció estas últimas palabras muy lentamente, y con voz temblorosa—. En cuanto a lo que vas a hacer, hijo mío, será servir al Señor, al Señor Dios de Israel, no a Roma. Para un hijo de Abraham no existe la gloria sino en los caminos del Señor. En ellos, por el contrario, se encuentra en abundancia.

—¿Podré ser, pues, soldado?

—¿Por qué no? ¿No llamó Moisés a Dios capitán de guerra?

En el pabellón de verano hubo un largo silencio.

—Tienes mi consentimiento —dijo por último la madre—, con tal de que sirvas al Señor y no al César.

El muchacho se conformó con la condición y, poco a poco, quedó dormido.

Entonces la madre se levantó, le puso el cojín debajo de la cabeza, le arrojó con una manta y, besándole tiernamente, se alejó.

Capítulo VI

El accidente de Grato

El hombre bueno, lo mismo que el malo, ha de morir. Pero, recordando las enseñanzas de nuestra fe, de él y de tal acontecimiento decimos: "No importa; abrirá los ojos en el cielo". Lo más aproximado a ello en la vida es el despertar pasando de un sueño saludable y reparador a una percepción pronta y clara de cuadros y sonos deliciosos.

Cuando Judá despertó, el sol estaba muy alto sobre los montes, las palomas habían salido a bandadas, llenando el aire con los destellos de sus blancas alas, y hacia el sudoeste contemplaba el templo, una aparición áurea en el azul del cielo. Sin embargo, aquellos eran objetos familiares y no merecieron sino una mirada fugitiva. En el borde del diván, muy próxima a él, estaba sentada una muchachita de apenas quince años, que cantaba acompañándose de un nebel, apoyado en sus rodillas, y que tocaba con delicada gracia. El joven se volvió hacia ella, escuchando. He aquí lo que cantaba:

EL SUEÑO

¡Sin despertar, escúchame, amor!

Errando, errando del sueño por el mar,
tu espíritu al mío ha venido a llamar.

¡Sin despertar, escúchame, amor!

Un don del sueño, el rey del descanso,
los sueños felices, dichosos te traigo.
¡Sin despertar, escúchame, amor!
De todo el mundo de sueños, sea el que a ti vino
el que ahora tú escojas, el más dulce y divino.
¡Escoge, pues, y duerme, mi amor!
Pero nunca más puedas elegir,
a menos, a menos... que sueños en mí.

La niña dejó el instrumento y, abandonando las manos sobre el regazo, aguardó a que él hablase. Y como se hace necesario que digamos algo de ella, aprovecharemos la oportunidad, añadiendo todos los datos particulares de la familia en la cual nos hemos introducido que el lector desee conocer. Los favores de Herodes habían dejado a su muerte a muchas personas enriquecidas con vastas posesiones. Cuando a la fortuna material se unía la de descender en línea directa e indiscutible de algún hijo famoso de una de las tribus, especialmente si era la Judá, el dichoso mortal quedaba erigido en príncipe de Jerusalén. Una distinción que bastaba para depararle los homenajes de sus compatriotas menos favorecidos, y el respeto, si no algo más, de los gentiles con los cuales le ponían en contacto los negocios o el trato social. De los componentes de este estamento, ninguno se había conquistado, así en la vida privada como en la pública, una consideración mayor que el padre del muchacho al que venimos siguiendo. Sin dejar de acordarse ni por un momento de su país, supo ser, no obstante, leal al rey, sirviéndole fielmente en el interior y en el extranjero. Determinadas misiones lo llevaron a Roma, donde su conducta llamó la atención de Augusto, el cual se esforzó sin disimulo en ganarse su amistad. De ahí que guardase en su casa muchos regalos que hubieran halagado la vanidad de los reyes (togas de púrpura, sillones de marfil, páteras de oro), mucho más valiosos todavía por haber sido la mano imperial la que los había entregado como prenda de distinción. Un hombre tal no podía por menos de ser rico. No obstante, su opulencia no derivaba únicamente de la largueza de sus regios protectores. El había obedecido gustoso la ley que le obligaba a tener una ocupación, y en vez de una había abarcado varias. De los pastores que cuidaban rebaños por las llanuras y las faldas de los montes hasta el antiguo Líbano, un buen número le rendía cuentas en calidad de dueño del ganado. En las ciudades del litoral, así como en las del interior, había fundado casas de tráfico. Sus barcos le traían plata de Hispania, cuyas minas eran entonces las más ricas que se conocían, mientras sus caravanas llegaban de Oriente dos veces al año, cargadas de sedas y especias. En cuestiones de fe, era hebreo, observador de la ley y de todos los

ritos esenciales. Sus puestos en la sinagoga y en el templo no tenían que llorar su ausencia. Conocía a fondo las Escrituras. Se recreaba con el trato de los profesores de los colegios, y llevaba su respeto por Hillel casi hasta el extremo de la adoración. Sin embargo, no era en ningún aspecto un separatista. Su hospitalidad incluía a los extranjeros y había sentado a su mesa hasta a los samaritanos. Si hubiese sido un gentil y hubiese vivido, el mundo quizá le habría oído nombrar como rival de Herodes Atico. El caso es que pereció en el mar unos diez años antes de este segundo período de nuestra historia. Hemos entrado ya en relación con dos miembros de su familia: su viuda y su hijo. El único que nos faltaba conocer era una hija, la niña a quien hemos visto cantándole a su hermano.

Tirzah se llamaba la muchacha, y mientras ella y su hermano se miraban mutuamente, su parecido resaltaba con toda claridad. La fisonomía de la niña tenía la misma regularidad que la del muchacho, y era del mismo tipo judío. Poseían también en común el encanto de la inocencia infantil en la expresión. La vida hogareña y el confiado amor que suele engendrar permitía el negligente atavío en que se presentaba la niña. Una camisa abotonada sobre el hombro derecho, que pasaba holgadamente por encima del pecho y la espalda y por debajo del brazo izquierdo, no escondía sino a medias su persona más arriba de la cintura, al paso que dejaba los brazos completamente desnudos. Un ceñidor recogía los pliegues de la prenda, señalando el principio de la falda. La cabeza la llevaba cubierta de un modo muy sencillo y elegante con un pañuelo listado, de la misma tela, con hermosos bordados y atado en estrechas bandas, de modo que descubriese la forma de su cabeza sin hacerla aparecer más grande, y el conjunto lo coronaba una borla que descendía de la coronilla del gorro. Llevaba pendientes en las orejas y anillos en los dedos, brazaletes, y ajorcas en los tobillos, todo de oro. En el cuello llevaba un collar de oro curiosamente adornado con una red de finas, delicadas cadenitas, de las cuales partían colgantes de perlas. Llevaba las puntas de las pestañas y las yemas de los dedos pintadas. El cabello le colgaba en dos largas trenzas por la espalda. Un rizado bucle reposaba sobre cada mejilla, delante de la oreja respectiva. Habría sido imposible negar su gracia, su refinamiento y su belleza.

—¡Muy hermosa, Tirzah mía, muy hermosa! —exclamó el adolescente, con gran animación.

—¿La canción? —preguntó ella.

—Sí, y la cantante también. Tiene una fantasía griega. ¿Dónde la aprendiste?

—¿Te acuerdas del griego que actuaba en el teatro el mes pasado? Decían que solía cantar en la corte para Herodes y su hermana Salomé. Salió

precisamente un instante después de una exhibición de luchadores y en la sala todo era ruido. Pero a la primera nota se hizo un silencio tan grande, que oí hasta la menor palabra. De él aprendí la canción.

—Pero la cantaba en griego.

—Y yo en hebreo.

—Ah, sí. Estoy orgulloso de mi hermanita. ¿Sabes otra igualmente bella?

—Muchas. Pero ahora dejémoslas. Amrah me ha enviado a decirte que te subirá el desayuno, y no es preciso que baje. En estos momentos ya debería estar aquí. Te cree enfermo; se figura que ayer te ocurrió un accidente terrible. ¿Qué fue? Cuéntamelo y ayudaré a Amrah a medicarte. Ella conoce los remedios de los egipcios, que siempre fueron una colección de estúpidos, pero yo tengo muchas recetas de los árabes, los cuales...

—Son todavía más estúpidos que los egipcios —concluyó el muchacho, meneando la cabeza.

—¿Lo crees así? Muy bien, pues —replicó ella casi sin pausa, y llevándose las manos a la oreja izquierda—. No queremos saber nada de las recetas de los unos ni de las de los otros. Aquí tengo una cosa mucho mejor y más segura: el amuleto que un mago persa dio a un miembro de nuestra familia, no sé cuándo, hace muchísimo tiempo. Mira. La inscripción está casi completamente borrada.

La niña ofreció el pendiente a su hermano, el cual lo cogió, lo miró y se lo devolvió riendo.

—Aunque me estuviese muriendo, Tirzah, no podría servirme de su poder. Es una reliquia de la idolatría, prohibida a todos los hijos e hijas creyentes de Abraham. Tómallo, pero no lo lles más.

—¿Prohibido? No hay tal —objetó la hermana—. La madre de nuestro padre lo llevó no sé cuántos sábados de su vida. Ha curado no sé a cuánta gente. Por lo menos, pasan de tres. Y está aprobado. Mira, ahí verás la señal de los rabíes.

—No tengo fe en amuletos.

Tirzah levantó los ojos atónita hasta encontrar los del muchacho.

—¿Qué diría Amrah?

—Los padres de Ámrah se dedicaban a un trabajo muy humilde, a las orillas del Nilo.

—¿Y Gramaliel?

—Gramaliel dice que son invenciones impías de descreídos y siquemitas.

Tirzah contempló el aro, asaltada por la duda.

—¿Qué haré con él?

—Llévalo, hermanita. Te favorece. Contribuye a embellecerte, aunque yo te juzgo muy hermosa hasta sin su ayuda.

La muchacha, muy satisfecha, se puso otra vez el amuleto en la oreja, a tiempo que entraba Amrah al pabellón de verano, trayendo una bandeja con una jofaina, agua y toallas.

Como Judá no era fariseo, la ablución fue breve y sencilla. La sirvienta volvió a salir, dejando a Tirzah en la tarea de peinar al hermano. Cuando tenía un bucle colocado a su gusto, se desataba el espejito metálico que, siguiendo la moda de sus compatriotas, llevaba colgado del cinturón, y se lo daba a Judá a fin de que pudiera fijarse en sus triunfos y en qué apuesto le dejaba. Entretanto, no dejaban de conversar.

—¿Qué te parece, Tirzah? Yo me marchó.

Ella dejó caer las manos, asombrada.

—¿Marcharte? ¿Cuándo? ¿A dónde? ¿Para qué?

El soltó la carcajada.

—¡Tres preguntas de un solo tirón! ¡Vaya mujer! —Un segundo después se puso serio—. Ya sabes que la ley me ordena elegir alguna ocupación. Y nuestro buen padre me dio el ejemplo. Hasta tú me despreciarías si gastase en la ociosidad los frutos de su industria y sus conocimientos. Me iré a Roma.

—Ay, yo quiero acompañarte.

—Tú debes quedarte con nuestra madre. Si la abandonásemos los dos, moriría.

La cara de la niña perdió la expresión luminosa.

—¡Ah, sí, sí! Pero ¿y tú? ¿Es preciso que marches? Aquí en Jerusalén puedes aprender todo lo que se necesita para ser un buen comerciante. Si ésa es la actividad que quieres escoger.

—No, no es la profesión en que estoy pensando. La ley no existe que el hijo sea lo que fue el padre.

—¿Qué otra cosa puedes ser?

—Soldado —replicó él, con cierto deje de orgullo en la voz.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—Te matarán.

—Si tal es la voluntad de Dios, sea. Pero, Tirzah, no todos los soldados mueren en la guerra.

Tirzah le rodeó el cuello con los brazos, como para retenerle a su lado.

—¡Somos tan felices! Quédate en casa, hermano mío.

—Nuestra casa no puede continuar siempre como ahora. Tú misma te marcharás antes de mucho tiempo.

—Jamás!

La vehemencia de la exclamación hizo sonreír al adolescente.

—Un príncipe de Judá u otro de alguna de las tribus vendrá pronto a pedir a mi Tirzah y se la llevará a la grupa para que sea la luz de otro hogar. ¿Qué será de mí entonces?

La muchacha respondió con sollozos.

—La guerra es una profesión —continuó él, con mayor seriedad—. Para aprenderla bien, hay que ir a la escuela, y ninguna escuela como un campamento romano.

—¿Verdad que no lucharías por Roma? —preguntó Tirzah, conteniendo la respiración.

—Ni tú. Hasta tú la odias. El mundo entero la odia. En esto puedes buscar, oh Tirzah, la razón de la respuesta que voy a darte: sí, lucharé por ella, si, en pago, ella me enseña la manera de luchar un día contra ella.

—¿Cuándo te irás?

En aquel momento se oyeron las pisadas de Amrah, que regresaba.

—¡Silencio! —recomendó el muchacho—. Que no se entere de mi propósito.

La fiel esclava entró trayendo el desayuno y colocó la bandeja que lo contenía sobre un taburete situado ante los dos hermanos; luego, con las blancas servilletas sobre el brazo, se quedó para servirles. Los dos hermanos se habían mojado los dedos en la jofaina de agua y se disponían a secárselos cuando un ruido llamó su atención. Se pararon a escuchar y percibieron una música marcial que venía de la fachada norte de la casa.

—¡Soldados del Pretorio! ¡Debo verlos! —gritó Judá, saltando del diván y precipitándose fuera del aposento.

Un momento después, estaba inclinado sobre el parapeto de ladrillos que limitaba la azotea en el ángulo noroeste, y tan abstraído que no se daba cuenta de que tenía a Tirzah a su lado, apoyando una mano sobre el hombro. Siendo

la azotea la más alta de la localidad, desde donde estaban se dominaban todas las cimas de los edificios, que se extendían hacia el este hasta la enorme e irregular Torre Antonia, mencionada ya como ciudadela de la guarnición y cuartel general del gobernador. La calle, de no más de diez pies de anchura, aparecía cruzada aquí y allá por puentes, que, lo mismo que las otras azoteas a lo largo del trayecto, empezaban a ocupar hombres, mujeres y niños atraídos por la música. Aunque la palabra era muy poco apropiada. Lo que llegaba a los oídos de la gente que salía era más bien un estrépito de trompetas y los estridentes litui, los clarines que tanto gustaban a los soldados.

Al cabo de un rato, el destacamento llegó a la vista de los dos adolescentes apostados sobre la casa de los Hur. Venía primero una vanguardia armada con armas ligeras (honderos y arqueros, en su mayor parte), marchando en filas e hileras notablemente distanciadas. Luego, un cuerpo de infantería pesada, dotada de grandes escudos y de hastae longae, es decir, de lanzas idénticas a las utilizadas en los duelos delante de Ilion. Luego, los músicos, y luego todavía un oficial a caballo, solo, pero seguido inmediatamente de una guardia de caballería, tras de la cual venía aún una columna de infantería también con armas pesadas, que, avanzando en apiñada formación, llenaba la calle desde una a otra pared, y parecía no tener fin. Las tostadas piernas de los hombres, el cadencioso ritmo con que se movían los escudos de derecha a izquierda, el destello de las escamas metálicas, hebillas, petos y yelmos, todos perfectamente bruñidos; las plumas meciéndose en los altos airones; el balanceo de las insignias y las lanzas calzadas de hierro; el paso audaz y confiado, acompasado y medido con rigurosa exactitud; el aire tan grave y tan vigilante, al mismo tiempo, de la tropa; la unidad casi mecánica de toda la masa en movimiento, causaron una tremenda impresión en Judá, como viniendo de algo más bien sentido que visto. Dos objetos fijaron principalmente su atención: el águila de la legión primero, una efigie dorada sostenida encima de una larga asta con las alas extendidas reuniéndose encima de la cabeza. El muchacho sabía que cuando la sacaban de su cámara en la Torre, la recibían con honores divinos.

El segundo objeto era el oficial que cabalgaba solo en medio de la columna. Excepto por la cabeza, que mostraba desnuda, llevaba la armadura completa. De su cadera izquierda colgaba una espada corta, y en la mano ostentaba un bastón de mando, que tenía el aspecto de un rollo de papel blanco. En vez de silla, se sentaba sobre una gualdrapa color púrpura, la cual, junto con una brida adornada de oro y unas riendas de seda formando una ancha orla en la parte que cogían las manos, completaba los arreos del caballo.

Cuando aquel hombre se encontraba todavía bastante lejos, Judá observó que bastaba su presencia para suscitar una colérica excitación en los que le miraban. La gente se apoyaba en los barandales, o se ponía osadamente en pie

fuera de ellos, amenazándole con los puños. Le seguía dando fuertes gritos y le escupía al pasar por debajo de los puentes que unían los terrados. Las mujeres hasta le arrojaban las sandalias, a veces con tan buena puntería que le tocaban. Cuando estuvo más cerca, los gritos se hicieron claros, distintos:

—¡Ladrón, tirano, perro de los romanos! ¡Fuera Ismael! ¡Devolvednos a nuestro Amas!

Cuando lo tuvo muy cerca, Judá vio que, como era más que natural, el hombre no compartía la indiferencia de la cual tan soberbio alarde hacían los soldados. Tenía la cara nublada y huraña, y las miradas que dirigía de vez en cuando a sus perseguidores estaban cargadas de amenazas, de tal modo que los más tímidos retrocedían ante ellas.

El adolescente había oído hablar de la costumbre, copiada de la que tenía el primer César, según la cual los comandantes en jefe, para indicar su rango, aparecían en público sin otro distintivo que una corona de laurel en la cabeza. Por este signo conoció al oficial: ¡Valerio Grato, el nuevo procurador de Judea! A decir verdad, aquel romano que soportaba la no provocada tormenta despertaba las simpatías del joven judío, el cual, cuando el jinete llegó a la esquina de la casa, se asomó todavía más para verle pasar, y al realizar este movimiento apoyó una mano sobre un ladrillo que, sin que nadie se hubiese fijado, hacía mucho tiempo que estaba partido. La presión bastó para arrancar el trozo exterior, iniciando su caída. Un estremecimiento de horror agitó el cuerpo del muchacho. Pero al estirar el brazo para coger el improvisado proyectil, su gesto se pareció exactamente al de la persona que arroja algo lejos de sí. Su intento no solamente fracasó, sino que sirvió para dar impulso al fragmento que caía. El chico gritó con todas sus fuerzas. Los soldados de la guardia levantaron la vista. El gran hombre los imitó, y en aquel momento le hirió el proyectil, derribándole del asiento, como muerto.

La cohorte se detuvo. Los guardias saltaron de sus caballos y se apresuraron a cubrir al jefe con sus escudos. Por otra parte, la gente que presenciaba el suceso, no dudando ni por un instante que lo había hecho de intento, vitoreaba al muchacho todavía bien visible arriba en el parapeto, petrificado por el cuadro que contemplaban sus ojos, y por las consecuencias que su imaginación representaba sin equívoco ninguno. Un espíritu maligno se propagó con velocidad increíble de una azotea a la otra por todo el curso del desfile, apoderándose de todo el mundo, empujando a todos en el mismo sentido. Las manos arrancaban febriles los ladrillos y el barro tostado al sol con los que estaban construidas en su mayor parte las casas, y empezaban a arrojarlos con furia contra los legionarios parados abajo. Con ello estalló una batalla. Pero, por supuesto, la disciplina se impuso. No es necesario para nuestro relato describir la lucha, la degollina, la pericia de uno de los dos bandos, la desesperación del otro... Será mejor que volvamos la vista hacia el

apabullado promotor de todo aquello. El adolescente se levantó del parapeto con la faz en extremo pálida.

—¡Oh Tirzah, Tirzah! ¿Qué será de nosotros?

La niña no había visto lo que pasaba abajo, pero estaba escuchando los gritos y contemplando la loca actividad de la gente que se agitaba ante su mirada en la cima de las casas. Sabía que estaba ocurriendo algo terrible. Pero, por lo demás, ignoraba la causa que lo había originado, y no se imaginaba que ella o alguno de sus seres queridos estuviese en peligro.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué significa todo esto? —preguntó, en súbita alarma.

—He matado al gobernador romano. El ladrillo le ha caído en la cabeza.

Parecía como si una mano invisible hubiese rociado su cara de fina ceniza, ¡tan pálida se puso al instante! Rodeó a su hermano con el brazo, y le miró pensativa a los ojos, aunque sin pronunciar palabra. Los temores del muchacho se transmitieron a Tirzah, pero al notarlo, él recobró parte de su valor.

—No lo hice a propósito, Tirzah. Ha sido un accidente —dijo más calmado.

—¿Qué harán los soldados? —preguntó ella.

El adolescente dirigió la mirada al tumulto que aumentaba por momentos así en la calle como en las azoteas y se acordó del hosco semblante de Grato. Si no había muerto, ¿hasta dónde llegaría su venganza? Y si había fallecido, ¿hasta qué punto la violencia del pueblo excitaría el furor de los legionarios? Para evitar la respuesta, se asomó para mirar otra vez por encima el parapeto en el preciso momento en que los guardias ayudaban al romano a montar de nuevo sobre su caballo.

—¡Vive, vive, Tirzah! ¡Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres!

Con tal exclamación, y con un rostro más luminoso, retrocedió para contestar la pregunta de su hermana.

—No temas, Tirzah. Explicaré cómo ha sido. Ellos se acordarán de nuestro padre y de los servicios por él prestados, y no nos harán ningún daño.

Estaba acompañando a la muchacha al pabellón de verano, cuando el techo crujió bajo sus pies y de abajo del patio, al parecer, subió el estrépito de robustos maderos cediendo a los golpes, seguido por un grito de sorpresa y dolor. El muchacho se detuvo a escuchar. El grito se repitió. Luego vino un ruido de muchas pisadas precipitadas y de voces enardecidas de rabia mezcladas con otras levantadas en oración. Después se oyeron gritos de

mujeres presas de un terror mortal. Los soldados habían derribado la puerta septentrional y eran dueños de la casa. La terrible sensación de que iban a darle caza estremeció al adolescente. Su primer impulso fue el de huir, pero ¿adonde? Nada, sino unas alas, hubiera podido facilitarle un recurso. Con los ojos alocados de miedo, Tirzah le cogió del brazo.

—¡Oh Judá! ¿Qué significa esto?

Los criados caían asesinados. ¿Y su madre? ¿No era la suya una de las voces que había oído?

Con toda la energía que le quedaba, el muchacho dijo:

—Quédate aquí, Tirzah. Yo bajaré a ver lo que pasa y volveré luego a buscarte.

Su voz no tenía la firmeza que habría querido darle. Tirzah le cogió con más fuerza, arrimándose a él.

Más claro, más agudo, ya no una ficción de la fantasía, se levantó el grito de la madre. El hijo no vaciló más.

—Ven, pues. Vamos allá.

Al final de las escaleras, la terraza o galería estaba llena de soldados. Otros entraban y salían corriendo de las habitaciones, con las espadas desenvainadas. Allá, cierto número de mujeres se apiñaban unas contra otras o rezaban pidiendo misericordia. Apartada de ellas, una cuyo vestido aparecía desgarrado y cuyo largo pelo se derramaba sobre el rostro, luchaba por liberarse de un hombre que tenía que poner a contribución todo su poder para conservar la presa. Los gritos de aquella mujer eran los más agudos de todos. Abriéndose paso a través del tremendo estrépito, habían llegado, perfectamente distinguibles, hasta la azotea. Hacia ella se lanzó Judá con pasos largos y rápidos, cual si le llevarsen unas alas.

—¡Madre, madre! —gritó.

La madre extendió los brazos hacia él. Pero cuando sus manos ya casi le tocaban, alguien cogió al muchacho y lo apartó a un lado. Entonces, éste oyó que uno decía a grandes gritos:

—¡Es él!

Judá miró y vio... a Messala.

—¿Qué? ¿Ése es el asesino? —preguntó un hombre alto, con armadura de legionario bellamente trabajada—. ¡Caramba, si no es más que un niño!

—¡Dioses! —exclamó Messala, sin olvidar su tonillo—. ¡Una nueva filosofía! ¿Qué diría Séneca de la proposición que sostiene que un hombre ha

de llegar a la madurez antes de odiar lo suficiente para ser capaz de matar? Ya le tenéis. Aquélla es su madre, y la de allá, su hermana. Tenéis a toda la familia.

Por amor a ellas, Judá olvidó el resentimiento.

—¡Ayúdalas, oh mi Messala! Acuérdate de nuestra infancia, y ayúdalas. Yo, Judá, te lo ruego.

Messala fingió no oírle.

—Ya no puedo continuar siéndote útil aquí —le dijo al oficial—. En la calle, uno se divierte más. ¡Abajo Eros! ¡Arriba Marte!

Con estas últimas palabras, desapareció. Judá le comprendió bien, y con la amargura en el alma, elevó una oración al cielo.

—¡En la hora de tu venganza, oh Señor, que sea mi mano la que la descargue sobre él! —suplicó.

Haciendo un supremo esfuerzo, consiguió entonces acercarse al oficial.

—Oh señor, la mujer que estás oyendo es mi madre. ¡Perdónala! Perdona a mi hermana, aquella niña de allá. Dios es justo y corresponderá a tu misericordia con su misericordia.

El oficial pareció impresionado.

—¡Las mujeres, a la Torre! —gritó—. Pero no les hagáis ningún daño. Os pediré cuentas de lo que les pase —luego, dirigiéndose a los que sujetaban a Judá, dijo—: Buscad cuerdas, atadle las manos y sacadlo a la calle. Su castigo será decidido más tarde.

Los soldados se llevaron a la madre. La pequeña Tirzah, vestida con el traje hogareño y atontada por el miedo, siguió pasivamente a sus guardianes. Judá les dirigió una última mirada y se cubrió la cara con las manos, como si quisiera grabarse indeleblemente el recuerdo de aquella escena. Es posible que derramara lágrimas, aunque nadie las vio. Y en aquel momento y lugar, se operó en él lo que puede recibir justamente el nombre de maravilla de la vida. El lector reflexivo de estas páginas ha discernido lo suficiente para adivinar que el joven judío era un muchacho de natural tierno casi hasta el afeminamiento, resultado que pocas veces deja de seguir al hábito de amar y ser amado. El ambiente en que había crecido no había estimulado los elementos más rudos de su naturaleza, si es que poseía alguno. En ocasiones había sentido la inquietud y los impulsos de la ambición, pero no habían sido como los sueños informes de un niño caminando por la orilla del mar y contemplando el ir y venir de majestuosos barcos. Mas si sabemos imaginarnos un ídolo, sensible al culto a que estaba habituado, arrojado de pronto fuera de su altar y echado en medio de las ruinas de su pequeño

universo de amor, podremos hacernos una idea de lo que le había ocurrido ahora al joven Ben-Hur, y del efecto que ello causaba en todo su ser. Sin embargo, ningún signo apareció, nada vino a indicar que hubiese sufrido una transformación, excepto que, cuando levantó la cabeza, y presentó las manos para que se las atasen, el arco de Cupido que antes formaban había desaparecido de sus labios. En aquel instante, se despojó de la infancia y pasó a ser un hombre. Una trompeta sonó en el patio. Al cesar la llamada, la galería quedó limpia de soldados, muchos de los cuales, no atreviéndose a presentarse a las filas con muestras visibles del saqueo en las manos, arrojaban al suelo lo que habían cogido, hasta sembrarlo de géneros de gran valor. Cuando bajó Judá, la formación estaba completa y el oficial aguardaba a que se cumpliera su última orden. La madre, la hija y toda la servidumbre salieron por la puerta del norte, cuyas ruinas obstruían el pasillo. Los criados, algunos de ellos nacidos en la casa, daban unos gritos lastimeros. Cuando por fin vio desfilar ante él los caballos y a todos los ocupantes mudos de la morada, Judá empezó a comprender el alcance de la venganza del procurador. El edificio entero había sido sentenciado. Hasta donde fuera posible ejecutar la orden, ningún ser viviente quedaría dentro de sus paredes. Si en Judea había otras gentes bastante temerarias para concebir la idea de asesinar a un gobernador romano, la historia del escarmiento hecho en la principesca familia de Hur les serviría de advertencia, al paso que la ruina de la morada conservaría viva la historia.

El oficial esperó fuera mientras un destacamento de hombres recomponía provisionalmente la puerta.

En la calle, la lucha había cesado casi por completo. Encima de las viviendas, unas nubes de polvo revelaban aquí y allá los puntos en los que se seguía combatiendo. En su mayor parte, la cohorte formaba en posición de descanso, sin que ni su esplendor ni sus filas hubiesen disminuido en modo alguno. Habiendo llegado al punto de no pensar ya en sí mismo, Judá no prestaba atención a otra cosa que a los prisioneros, entre los cuales buscaba en vano a su madre y a Tirzah. De pronto, del suelo donde había estado tendida, se levantó una mujer y retrocedió prestamente hacia la puerta. Algunos guardias estiraron los brazos para cogerla y lanzaron un sonoro grito al fracasar en el intento. La fugitiva se precipitó hacia Judá y, echándose al suelo, le abrazó las rodillas. El áspero cabello negro, sucio de polvo, le cubría los ojos.

—Oh Amrah, mi buena Amrah —le dijo el muchacho—. Dios te ayude, que yo no puedo ayudarte.

La mujer no podía articular palabra.

Judá se inclinó y le dijo en voz baja:

—Vive, Amrah, por Tirzah y por mi madre. Ellas volverán y...

Un soldado apartó a la esclava. Ésta se puso en pie de un salto y, echando a correr, cruzó la puerta y el pasillo, internándose en el vacío patio.

—Dejadla —gritó el oficial—. Sellaremos la casa y morirá de hambre.

Los hombres reanudaron su tarea, y cuando hubieron terminado dieron la vuelta hasta la parte oeste. Cuando la puerta correspondiente hubo quedado cerrada también, el palacio de los Hur dejó de ser una morada habitable. Finalmente, la cohorte regresó a la Torre, donde permanecía el gobernador con objeto de recobrarse de los daños sufridos y disponer de sus prisioneros. Al décimo día después de estos hechos, visitó la plaza del mercado.

Capítulo VII

Un esclavo a galeras

Al día siguiente, un destacamento de legionarios fue al devastado edificio, cerró las puertas definitivamente, selló los ángulos con cera, y a ambos lados clavó un rótulo en latín:

Esta casa es propiedad del Emperador.

Aconsejados por su altivo orgullo, los romanos consideraron que el anuncio sería suficiente para el caso. Y lo fue.

Al día siguiente, a eso de las doce, un decurión con su tropa de diez hombres a caballo se acercaba a Nazaret desde el sur, o sea, viniendo de la parte de Jerusalén. Nazaret era entonces un poblado disperso, colgado en la ladera del monte, y tan insignificante que su única calle era poco más que un sendero profusamente hollado por el ir y venir de hatos y rebaños. La gran llanura de Esdraelón llegaba hasta sus cercanías por el sur, y desde la elevación del oeste se divisaban las costas del Mediterráneo, la región del otro lado del Jordán y el monte Hermón. Abajo, el valle y los terrenos de uno y otro lado estaban dedicados a huertos, viñas, vergeles y pastos. Bosquecillos de palmeras daban un aire oriental al panorama. Las casas, apiñadas irregularmente, pertenecían a la categoría más humilde. Eran cuadradas, de un solo piso, tejado plano y cubiertas de parras de un verde brillante. La sequía que había requemado las montañas de Judea, dejándolas agostadas, pardas y sin vida, se había detenido en los límites de Galilea.

Cuando la cabalgata estuvo cerca del poblado, sonó la trompeta, produciendo un efecto mágico en los vecinos. Los pasillos de entrada y las puertas de las fachadas dieron paso a grupos de personas ansiosas por ser las primeras en descubrir el significado de una visita tan poco corriente.

Debe recordarse que Nazaret no sólo estaba apartada de toda ruta importante, sino enclavada en los dominios de Judas de Gamala, por lo cual no es difícil imaginar los sentimientos que despertó la llegada de los legionarios. Pero cuando éstos estuvieron en el pueblo y cruzaron la calle, el menester que desempeñaban se hizo evidente, y entonces el miedo y el odio cedieron el lugar a la curiosidad, bajo cuyo impulso la gente, sabiendo que se pararían inevitablemente junto al pozo de la parte noroeste de la población, abandonaron entradas y puertas y se apiñaron detrás de la comitiva. Un prisionero escoltado por los jinetes constituía el centro de la curiosidad. Iba a pie, con la cabeza descubierta, medio desnudo y con las manos atadas a la espalda. Una correa sujeta a sus muñecas lo ataba al cuello de un caballo. El polvo se levantaba siguiendo el progreso del grupo y envolvía al prisionero en una niebla amarilla, que a ratos se convertía en una verdadera nube. Débil, con los pies doloridos, parecía caerse hacia delante. Los aldeanos pudieron ver que era muy joven. En el pozo, el decurión hizo alto y, junto con la mayoría de sus hombres, bajó de la silla. El prisionero se derrumbó sobre el polvo, atontado, sin preguntar nada. Se veía que se encontraba en la última fase del agotamiento. Comprobando, al acercarse más, que era todavía un adolescente, los vecinos le hubieran ayudado... si se hubiesen atrevido.

En medio de su perplejidad, y mientras los picheles pasaban de mano en mano entre los soldados, se avistó a un hombre que bajaba por el camino de Sephoris.

Al divisarle, una mujer gritó:

—¡Mirad! Allá viene el carpintero. Ahora sabremos algo.

La persona a la cual se refería tenía un aspecto muy venerable. Finos y blancos bucles caían de debajo de los bordes de su abultado turbante, y la mata de pelo todavía más blanco de su barba se desparramaba sobre la pechera de su túnica gris y basta. Se acercaba despacio, porque, en adición a su edad, llevaba algunas herramientas (un hacha, una sierra, un cepillo, todos muy pesados) y se comprendía que había recorrido una larga distancia sin reposar.

Cuando estuvo cerca, el hombre se detuvo para observar a los reunidos.

—¡Oh rabí, buen rabí José! —gritó una mujer, corriendo hacia él—. Aquí hay un prisionero. Ven a preguntar a los soldados para que sepamos quién es, qué ha hecho y qué harán con él.

El rostro del rabí permaneció inexpresivo. Dirigió, sin embargo, una mirada al prisionero, y un momento después fue a donde estaba el oficial.

—¡La paz del Señor sea contigo! —le saludó, con inalterable gravedad.

—Y la de los dioses contigo —respondió el decurión.

—¿Eres de Jerusalén?

—Sí.

—Tu prisionero es joven.

—En años, sí.

—¿Puedo preguntarte qué ha hecho?

—Es un asesino.

La gente repitió la palabra con asombro, pero el rabí José prosiguió el interrogatorio.

—¿Es un hijo de Israel?

—Es judío —contestó, secamente, el romano.

La fluctuante compasión de los espectadores volvió a ganar terreno.

—No sé nada de vuestras tribus, pero puedo hablar de su familia —continuó el decurión—. Quizás hayas oído nombrar a un príncipe de Jerusalén llamado Hur, Ben- Hur es el nombre que le dan. Vivió en los tiempos de Herodes.

—Le había visto —dijo José.

—Pues ése es su hijo.

Las exclamaciones se generalizaban, y el decurión se apresuró a ponerles fin.

—Anteayer, en las calles de Jerusalén le faltó poco para matar al noble Grato arrojándole un ladrillo a la cabeza, desde la azotea, de un palacio. El de su padre, creo.

Hubo una pausa en la conversación, durante la cual los nazarenos miraban al joven Ben-Hur como a una fiera salvaje.

—¿Le mató? —preguntó el rabí.

—No.

—¿Cumple condena?

—Sí, a galeras para toda la vida.

—¡El Señor le ayude! —exclamó José, saliendo por una vez de su impasibilidad.

En esto, un jovencito que había llegado con José, pero había permanecido detrás de él inobservado, dejó en el suelo un hacha que llevaba y, yendo hasta la enorme piedra plantada junto al pozo, cogió un jarro de agua. Su

movimiento había sido tan silencioso, que antes de que los guardianes hubieran podido oponerse, si tal hubiese sido su designio, el zagal se inclinó delante del prisionero y le ofreció de beber. La mano posada amorosamente sobre su hombro despertó al infortunado Judá, quien, levantando los ojos, vio una faz que no había de olvidar nunca: la faz de un muchacho de su misma edad sombreada por unos rizos de un color castaño rubio; una faz iluminada por unos ojos azul oscuro, a la vez tan dulces, tan atractivos, tan llenos de amor y de santa intención, que ejercían sobre quien se posaban todo el poder del mando y de la voluntad.

El espíritu del judío, a pesar de lo endurecido que estaba por los días y las noches de sufrimientos, y de que la amargura de la injusticia sufrida le hiciese incluir en sus sueños de venganza a todo el mundo, se derritió bajo la mirada del desconocido, volviendo a ser el de un niño. Acercando los labios al jarro, bebió larga y copiosamente. No le habían dirigido ni una palabra; ninguna pronunció él. Cuando hubo acabado de beber, la mano que había descansado sobre el hombro del sufriente se colocó sobre su cabeza y permaneció allí entre los polvorientos rizos el tiempo suficiente para rezar una bendición; luego el desconocido llevó el jarro a su puesto, sobre la piedra, y, cogiendo de nuevo el hacha, volvió al lado del rabí José. Todos los ojos le siguieron, los del decurión lo mismo que los de los aldeanos. Así terminó la escena en el pozo. Cuando hombres y caballos hubieron bebido, reemprendieron la marcha. Pero el humor del decurión no era el mismo de antes; por su propia mano ayudó al prisionero a levantarse del polvo y lo montó sobre un caballo, detrás de un soldado. Los nazarenos regresaron a sus casas; entre ellos, el rabí José y su aprendiz.

Y de este modo, por vez primera, Judá y el hijo de María se encontraron y se separaron.

LIBRO III

Capítulo I

Quinto Arrio embarca

La ciudad de Misenum daba nombre al promontorio que coronaba, unas millas al sudoeste de Nápoles. Un montón de ruinas es todo lo que de ellas queda en la actualidad; pero en el año 24 de Nuestro Señor (al cual es conveniente trasladar al lector) era una de las poblaciones más importantes de

la costa occidental de Italia.

En el año mencionado, el viajero que hubiese ido al promontorio a regalarle con la vista que desde allí se ofrecía, habría trepado a una muralla y, con la ciudad a su espalda, habría contemplado abajo la bahía de Nápoles, tan deliciosa entonces como ahora; y luego, lo mismo que hoy, habría visto aquella costa sin par, el cono humeante, el cielo y las olas de un azul delicado e intenso, aquí Ischia, allá Capri; y su mirada habría viajado de la una a la otra, regresando nuevamente, a través del aire violado. Y al final (porque los ojos se fatigan de lo bello como el paladar de los dulces), al final se habría parado en un espectáculo que el turista moderno no puede contemplar; la mitad de la escuadra de reserva de Roma navegando o meciéndose anclada a sus pies. Así mirado, Misenum era un lugar altamente indicado para que se reunieran tres grandes señores y con toda calma se repartiesen el mundo entre ellos. Además, en los antiguos tiempos había en la muralla, en determinado punto que daba frente al mar, una puerta abierta formando el extremo de una calle que, después de aquella salida, se extendía en forma de ancho dique, penetrando varios estadios olas adentro.

Una fresca mañana de septiembre, el sosiego del guardián de la muralla se vio alterado por un grupo que bajaba por la calle en ruidosa conversación. El centinela les dirigió una mirada; luego se puso otra vez a dormir.

El grupo lo constituían veinte o treinta personas, en su mayoría esclavos, llevando antorchas que daban mucho humo y poca llama, dejando en el aire el perfume del nardo hindú. Los amos iban delante, dándose el brazo. Uno de ellos, que representaba unos cincuenta años de edad, ligeramente calvo y con una corona de laurel sobre sus escasos cabellos, parecía por las atenciones que le prodigaban los otros el objeto central de una afectuosa ceremonia. Todos lucían amplias togas de lana blanca adornada por una ancha faja de púrpura. Al centinela le había bastado una sola mirada. Conoció, sin dudarle un momento, que se trataba de gente de elevado rango que acompañaba a un amigo al barco después de una noche de jolgorio. Más detalladas explicaciones las proporcionará la conversación que sostenían.

—No, Quinto mío —decía uno, dirigiéndose al que llevaba la corona—. La fortuna hace mal arrebatándote tan pronto de nuestro lado. Ayer nada más regresaste de los mares de más allá de las Columnas. ¡Canastos, si todavía no has habituado las piernas a caminar por tierra firme!

—¡Por Castor! Si un hombre puede emplear un juramento femenino —interpuso otro al cual el vino había afectado algo más—. No nos lamentemos. Nuestro Quinto no va sino a buscar lo que perdió anoche. Los dados en un barco que se balancea no son lo mismo que los dados en la costa, ¿eh, Quinto?

—¡No ofendas a la Fortuna! —exclamó un tercero—. No es ciega, ni

voluble. En Antium, donde nuestro Arrio la interroga, le contesta con movimientos afirmativos, y en el mar le acompaña empuñando el timón. Se lo lleva de nuestro lado, pero ¿no nos lo devuelve siempre con una nueva victoria?

—Los griegos son quienes nos lo quitan —interrumpió otro—. Reprochémosles a ellos, no a los dioses. Aprenden a comerciar olvidando el pelear.

Con estas palabras el grupo cruzó la puerta y salió al dique, teniendo ante sí la bahía embellecida por la luz de la mañana. Para el marino veterano el chapoteo de las olas era como un saludo. Aspiró largamente, como si el perfume del agua fuese más dulce que el de los nardos, y levantó la mano al aire.

—Los favores los coseché en Praeneste, no en Antium... y, ¡mirad! Viento del oeste ¡Gracias, oh Fortuna, madre mía! —exclamó formalmente.

Todos los amigos repitieron la exclamación, y los esclavos blandieron las antorchas.

—¡Allá viene! —continuó él, señalando a una galera fuera del dique—. ¿Qué necesidad tiene un marino de otra querida? ¿Es más graciosa tu Lucrecia, Cayo mío?

Y, mirando el navío que se acercaba, justificó su orgullo. Una vela blanca estaba atada al mástil bajo; los remos se hundían, se levantaban, permanecían un momento inmóviles, luego se hundían otra vez, cual el movimiento de un ala, y con un ritmo perfecto.

—Sí, dejad tranquilos a los dioses —dijo en tono serio, con los ojos fijos en el bajel—. Ellos nos envían oportunidades. Nuestra es la culpa si las perdemos. En cuanto a los griegos, tú olvidas, oh mi Léntulo, que los piratas que voy a castigar son griegos. Una victoria sobre ellos tiene más importancia que cien sobre los africanos.

—¿De modo que te diriges hacia el mar Egeo?

El marino no tenía ojos sino para su barco.

—¡Qué gracia, qué agilidad! Un pájaro no desdeñaría más la irritación de las olas. ¡Mirad! —exclamó, pero añadió casi inmediatamente—: Perdona, mi Léntulo; voy al Egeo; y como la partida está tan próxima os diré el motivo; pero mantenedlo en secreto. No quisiera que ofendieseis al duunviro cuando le encontréis. Es un amigo mío. El tráfico entre Grecia y Alejandría, como quizás hayáis oído decir, es poco inferior al existente entre Alejandría y Roma. El pueblo de aquella parte del mundo olvidó celebrar la Cerealia, y Triptolemo les ha recompensado con una cosecha que no vale la pena recoger. Sea como

fuere, el tráfico ha aumentado de tal modo que no consiente una interrupción de un solo día. También es posible que tengáis noticias de los piratas del Quersoneso agazapados en sus madrigueras del Euxino. ¡Por Baco, que no los hay más atrevidos! Ayer llegó aviso a Roma de que habían penetrado en tropel en el Bósforo, hundido las galeras en Bizancio y Calcedonia, invadido el Propóntide, y que, no saciados todavía, habían hecho irrupción en el Egeo. Los mercaderes de trigo que tienen barcos en el Mediterráneo oriental están amedrentados. Han celebrado una audiencia con el mismo emperador, y de Ravena sale hoy un centenar de galeras, y de Misenum... —aquí hizo una pausa, como para excitar la curiosidad de sus amigos, y terminó con un enfático—: ¡Una!

—¡Afortunado Quinto! ¡Te felicitamos!

—La preferencia es heraldo de un ascenso. Te saludamos, duunviro, nada menos.

—Quinto Arrio, el duunviro, suena mejor que Quinto Arrio, el tribuno.

De este modo derramaban sobre él un diluvio de felicitaciones.

—Yo me alegro junto con los demás —dijo el amigo empapado de vino—, me alegro mucho; pero debo ser práctico, oh mi duunviro, y mientras no sepa si el ascenso te ayuda a mejorar los conocimientos sobre los dados, no sabré si los dioses te han querido bien o mal en este... en este negocio.

—¡Gracias, muchas gracias! —respondió Arrio, dirigiéndose a todos colectivamente—. Si llevarais linternas me pareceríais augures. ¡Perpo! ¡Diré más y os mostraré qué grandes adivinos sois! Ved, y leed.

De los pliegues de la toga sacó un rollo de papel, y se lo entregó diciendo:

—Recibido mientras estaba anoche a la mesa. De Sejano.

El nombre era ya grande en el mundo romano. Grande y no tan infamante como se hizo después.

—¡Sejano! —exclamaron a coro, apiñándose para leer lo que había escrito el ministro.

Sejano a C. Caecilio Rufo, Duunviro Roma, XIX. Kal. Sept. César ha recogido buenos informes de Quinto Arrio, el tribuno. El particular ha tenido noticias de su valor, manifestado en los mares occidentales; de tal modo que es voluntad suya que el mencionado Quinto sea transferido instantáneamente a Oriente. Es voluntad del César, además, que tú cuides de que se despachen sin demora cien trirremes de primera clase, con la dotación completa, contra los piratas que han aparecido en el Egeo, y que Quinto sea designado para el mando de la flota enviada.

Los detalles corren de tu cuenta, mi Caecilio. Es cosa urgente, como te demostrarán las informaciones adjuntadas para que las examines, y los informes sobre el mencionado Quinto. Sejano.

Arrio concedió poca atención a la lectura. A medida que el barco se acercaba y se hacía perfectamente visible, se convertía cada vez más en una poderosa atracción para él, que lo miraba con los ojos de un entusiasta. Al final levantó al aire los sueltos pliegues de su toga; en respuesta a la señal del otro lado del aplustro, u obra muerta en forma de abanico de la popa del barco, desplegaron una bandera escarlata; mientras, varios marineros aparecían en las amuradas y se lanzaban a trepar por las cuerdas de la antena, o verga, y recoger la vela. La proa viró en redondo, y el compás de los remos se aceleró en un cincuenta por ciento; con lo cual el barco emprendió la carrera lanzándose derechamente hacia Quinto y sus amigos. El marino observó la maniobra con un brillo bien perceptible en los ojos. La docilidad con que el navío respondía al timón y la seguridad con que mantenía su carrera eran detalles que se hacían notar especialmente como excelentes virtudes en las que se podría confiar en el momento de la acción.

—¡Por las ninfas! —exclamó uno de los amigos, devolviendo el rollo de papel—. Ya no podemos seguir diciendo que nuestro Quinto será grande; lo es en la actualidad. Nuestro afecto tendrá ahora grandes hazañas de que alimentarse. ¿Qué otras cosas debes presentarnos?

—Ninguna más —respiró Arrio—. Lo que vosotros conocéis del asunto es en estos momentos noticia sabida entre el palacio y el Foro. El duunviro es discreto; la misión que me encomiendan y en qué lugar encontraré mi flota me lo dirá en el barco, donde me aguarda un paquete sellado. De todos modos, si tenéis algo que ofrecer hoy en alguno de los altares, rogad a los dioses en favor de un amigo que marcha a remo y a vela en dirección a Sicilia. Pero ahí está el barco, y viene hacia acá —añadió, fijando de nuevo la atención en el bajel—. Me interesa observar a sus jefes; navegarán y lucharán junto a mí. No es cosa fácil arrimar un barco de costado a una orilla como ésta; veamos, pues, su entrenamiento y pericia.

—¿Qué? ¿No conocías la embarcación?

—Jamás la había visto; y hasta el momento ignoro si me trae a algún conocido.

—¿Da esto igual?

—No importa mucho. Nosotros, la gente de mar, nos conocemos muy pronto; nuestros amores, como nuestros odios, nacen de los peligros súbitos.

El bajel pertenecía a la clase llamada naves liburnicae; era largo, estrecho, sobresalía poco del agua y estaba modelado para alcanzar gran velocidad y

rápida maniobra. Tenía una hermosa proa. De sus pies se levantaba un surtidor de agua al acercarse, salpicando toda la proa, que elevaba su curva graciosa como dos veces la altura de un hombre sobre el plano de cubierta. Sobre los costillajes de los costados había unas figuras de tritones soplando en unas conchas. Debajo de la amura, fija a la quilla y sobresaliendo bajo la línea de flotación, se veía el rostrum o pico, una pieza de sólida madera, reforzada con hierro, que en las acciones se usaba como espolón. Una recia moldura se extendía desde la proa por todo lo largo de los costados del barco, señalando la altura de las bordas perforadas a uno y otro lado por las saeteras; debajo de las amuradas, en tres hileras, cada una de ellas cubierta con una capa o escudo de piel de toro, estaban los agujeros en los que se movían los remos: sesenta a derecha y sesenta a izquierda. Como mayor ornamentación, unos caduceos se apoyaban contra la altanera proa. Dos inmensas sogas que cruzaban la proa señalaban el número de anclas almacenadas en aquella parte. La simplicidad de la obra superior declaraba que los remos constituían el recurso principal de la tripulación. Unos refuerzos situados delante y detrás y unos obenques fijos en anillas sujetas en la cara interior de las bordas sostenían un mástil colocado algo más adelante de la mitad del barco. El aparejo era el necesario para maniobrar una gran vela cuadrada y la verga de la que colgaba. Por encima de las amuradas era visible la cubierta.

Excepto por los marinos que habían recogido la vela y se demoraban todavía en la verga, el grupo del dique no veía sino a un hombre, que estaba en la proa, cubierto con un yelmo y protegido por un escudo.

Las ciento veinte palas de roble de los remos, blancas y brillantes por obra de la piedra pómez y del constante lavado de las aguas, se levantaban y caían como movidas por una sola mano, y empujaban a la galera a una velocidad que rivalizaba con la de un moderno barco de vapor.

Tan rápida y, en apariencia, alocadamente venía el navío que los hombres de tierra que acompañaban al tribuno estaban alarmados. De pronto, el hombre de proa levantó la mano en un gesto peculiar, ante el cual todos los remos se levantaron, permanecieron un momento quietos en el aire, y cayeron luego aplomados. El agua hervía y burbujeaba alrededor de éstos; la galera se estremeció en todo su maderamen y se detuvo como espantada. Otro gesto de la mano, y de nuevo se levantaron los remos, sus palas quedaron horizontales, y cayeron; pero esta vez los de la derecha, bajando en dirección a la popa, empujaban adelante, mientras los de la izquierda, descendiendo hacia la proa, empujaban atrás. Tres veces bajaron y empujaron los remos de este modo, unos en sentido contrario a los otros. El barco giró hacia la derecha, como rodando sobre un eje; entonces, bajo la acción del viento, se arrimó suavemente, de costado, al dique.

El movimiento puso la popa a la vista, con todos sus adornos: tritones

como en la proa, el nombre en grandes letras en relieve, el timón a un costado; la elevada plataforma en la que se sentaba el hombre del yelmo (majestuosa figura con la armadura completa y las manos sobre la cuerda del timón) y el aplustro, alto, dorado, esculpido e inclinado sobre el timonel, como una hoja grandiosa y rizada. En medio de la maniobra, sonó, breve y estentórea, la trompeta, y de las escotillas se derramaron los marineros, todos soberbiamente equipados, con yelmos de bronce, bruñidos escudos y jabalinas. Mientras los hombres de combate ocupaban sus puestos como para una acción, los marineros se encaramaban prestamente a los obenques y se colgaban de la verga. Oficiales y músicos pasaron a sus respectivos puestos. No hubo griterío, ni ruido alguno innecesario. Cuando los remos tocaron el dique, desde la cubierta del timonel lanzaron una pasarela. Entonces el tribuno se volvió hacia sus acompañantes y con una gravedad hasta entonces no manifestada les dijo:

—Al deber ahora, amigos míos.

Y quitándose la guirnalda de la cabeza, la dio al jugador de dados.

—¡Toma tú el mirto, oh favorito del cubilete! —le dijo—. Si regreso, buscaré de nuevo mis sestercios; pero si no triunfo no regresaré. Cuelga mi corona en tu atrio.

Luego abrió los brazos, y los que le acompañaban se acercaron uno por uno a recibir el abrazo de despedida.

—¡Los dioses vayan contigo, oh Quinto! —decían.

—Adiós —contestaba él.

A los esclavos que blandían las antorchas los saludó con la mano. Luego se volvió hacia el barco que aguardaba, luciendo hermoso las bien ordenadas hileras de hombres con los gallardos airones en los yelmos, los escudos y las jabalinas. Mientras subía por la pasarela sonaron las trompetas, y sobre el aplustro se levantó el vexillum purpureum, o insignia del comandante de una flota.

Capítulo II

Al remo

El tribuno, de pie en la cubierta del timonel y con la orden del duunviro abierta en la mano, se dirigió al jefe de los remeros, u hortator.

—¿Qué fuerza tienes?

—En remeros, ciento veintidós, con diez suplentes.

—Formando relevos de...

—Ochenta y cuatro.

—¿Y tu costumbre?

—Ha sido de relevar y volver al banco cada dos horas.

El tribuno meditó un momento.

—La distribución es dura, y yo la reformaré, pero no enseguida. Los remos no deben descansar, ni de día ni de noche.

Luego le dijo al encargado de la vela:

—El viento es favorable. Haz que la vela ayude a los remos.

Cuando los que habían escuchado sus órdenes se alejaron, se dirigió al piloto jefe, o rector.

—¿Qué tiempo de servicio llevas?

—Treinta y dos años.

—¿En qué mares, principalmente?

—Entre nuestra Roma y Oriente.

—Tú eres el hombre que yo habría elegido.

El tribuno volvió a leer las órdenes recibidas.

—Pasado el cabo de Camponella, pondremos rumbo a Mesina. Desde allí sigue la curva de la costa calabresa, hasta que Melito quede a tu izquierda; entonces... ¿Conoces las estrellas que gobiernan en el mar Jónico?

—Las conozco bien.

—Entonces, desde Melito pondremos rumbo al este hacia Citerea. Si los dioses nos ayudan, no anclaré hasta la bahía de Antemona. La misión es urgente. Confío en ti.

Era un hombre prudente Arrio; prudente y de los que, aun enriqueciendo los altares de Praeneste en Antium, opinan, no obstante, que el favor de la diosa ciega depende más del cuidado y buen criterio del que solicita sus favores que de las dádivas y promesas que haga. Como anfitrión en el banquete, se había pasado la noche bebiendo y jugando; pero el olor del mar le había devuelto el espíritu del navegante, y no descansaría hasta conocer bien su barco. El conocimiento no deja sitio al azar. Habiendo empezado por el jefe de los remeros y el piloto, pasó revista a los otros oficiales (el comandante de los soldados, el jefe de almacén, el jefe de las máquinas, el superintendente de las cocinas o fuegos) recorriendo las diversas dependencias. Nada escapaba a

su inspección. Cuando hubo terminado, de toda la comunidad encerrada entre aquellas estrechas paredes, él solo conocía perfectamente todos los elementos materiales dispuestos para el viaje y para los incidentes que pudieran ocurrir; viendo que los preparativos no dejaban nada que desear, no le restaba ya sino una cosa: llegar a conocer a fondo al personal que tenía bajo su mando. Y como ésta era la parte más delicada y difícil de su tarea, y requería mucho tiempo, se puso a ella según su estilo particular.

A las doce de aquel día, la galera estaba surcando el mar a la altura de Paestum. El viento seguía soplando del oeste, hinchando la vela a satisfacción del jefe. Habían quedado establecidas las guardias. En la antecubierta se había levantado el altar, rodándolo con sal y cebada, y ante él había dirigido el tribuno solemnes plegarias a Júpiter, a Neptuno y a todas las Oceánidas, haciendo votos, derramando el vino y quemando el incienso. Y ahora, para mejor estudiar a sus hombres, estaba sentado (figura verdaderamente marcial) en el espacioso camarote. Tal camarote, conviene decirlo, era el compartimiento central de la galera; tenía sus buenos sesenta y cinco pies por treinta, y estaba iluminado por tres anchas escotillas. Una hilera de puntales corría de un extremo a otro sosteniendo el techo, y cerca del centro se veía el mástil, todo erizado de hachas, lanzas y jabalinas. Por cada escotilla descendían dobles tramos de escaleras a derecha e izquierda, provistos de un eje de giro en la cima, que permitía sujetar al techo los extremos inferiores; y como ahora estaban levantados, el compartimiento tenía el aspecto de un salón que recibiese la luz del firmamento.

El lector comprenderá fácilmente que aquello era el corazón del barco, el hogar de todos los que iban a bordo: comedor, dormitorio, campo de ejercicios y lugar de solaz para los libres de servicio; diversos usos que hacía posible el hecho de que la vida estuviera sujeta allí a una ordenación minuciosa en todos los detalles y a una rutina implacable como la muerte.

En el extremo posterior del camarote había una plataforma, a la que se subía por varios peldaños. Sobre ella se sentaba el jefe de los remeros, teniendo delante una mesa hueca, sobre la cual llevaba el compás con un mazo. A su derecha había una clepsidra, o reloj de agua, para medir los relevos y guardias. Sobre él, en una plataforma más bien alta, bien protegida por un dorado barandal, el tribuno tenía sus cuarteles (dominándolo todo), amueblados con un lecho, una mesa y una cátedra o sillón almohadillado y provisto de brazos y alto respaldo; enseres todos ellos que, por permiso imperial, podían ser de la más refinada elegancia.

Así acomodado, arrellanado en el gran sillón, meciéndose con el balanceo del bajel, la capa militar envolviendo a medias su túnica, espada al cinto, Arrio observaba con ojo vigilante a sus subordinados, y era no menos cuidadosamente observado por ellos. Con ojo crítico examinaba todo lo que

tenía a la vista, parándose, empero, más largo rato en los remeros. Sin duda el lector habría hecho lo mismo; sólo que los habría mirado con más simpatía, mientras que la mente del tribuno, como suele acontecer entre los jefes, se adelantaba a lo que estaba viendo, inquirendo los resultados de todo ello.

En sí mismo, el espectáculo era bien simple. A lo largo de los costados del camarote, sujetos al maderamen del barco, había lo que a primera vista parecían tres hileras de bancos; una inspección más detallada mostraba, empero, que se trataba de una sucesión de asientos escalonados; en cada una de las escaleras, el segundo asiento estaba encima y detrás del primero, y el tercero, encima y detrás del segundo. Para acomodar a los sesenta remeros en un costado, el espacio que se les había destinado admitía diecinueve bancos triples separados por intervalos de una yarda, así como un vigésimo banco distribuido de tal modo que su asiento superior estaba situado encima exactamente del más bajo, del primer banco. Tal ordenación concedía a cada remero espacio sobrado para sus movimientos, cuando estaba entregado a su tarea, siempre que los acompasase con los de sus compañeros, del mismo modo que los acompasan los soldados que marchan con cadencioso paso en formación cerrada. Además, tal distribución permitía multiplicar los bancos, sin otro límite que el de la longitud de la galera.

En cuanto a los remeros, los de los bancos primero y segundo iban sentados, mientras que a los del tercero, que tenían que manejar unos remos más largos, se les consentía que estuvieran de pie. Los remos tenían las empuñaduras lastradas con plomo, y cerca del punto de equilibrio estaban atados a unas correas flexibles, lo cual hacía posible elevarlos en posición casi horizontal; aunque, al mismo tiempo, exigía una habilidad mayor, dado que una ola caprichosa podía sorprender en cualquier momento a un individuo y despedirle fuera de su asiento. Los agujeros para los remos servían de ventanillas por las que el galeote recibía aire puro en abundancia. La luz descendía sobre ellos por la reja que formaba el suelo entre la cubierta y la amurada que tenían sobre sus cabezas. De ahí que en algunos aspectos aquellos hombres habían podido encontrarse en condiciones mucho peores. Sin embargo, no hay que pensar que su vida tuviera nada de agradable. No se les permitía comunicarse entre ellos. Día tras día ocupaban sus puestos sin hablar; durante las horas de trabajo ninguno podía ver las caras de los demás; los cortos ratos de descanso había que destinarlos al sueño, o a ingerir apresuradamente algún alimento. Jamás reían; nadie oyó nunca que alguno cantase. ¿De qué sirve la lengua cuando un suspiro o un gemido expresan todo lo que los hombres sienten, mientras, obligados por las circunstancias, piensan en silencio? La existencia de aquellos infelices penados era como una corriente subterránea que discurriese lenta, laboriosamente hacia la desembocadura, fuese ésta la que pudiese ser.

¡Oh Hijo de María! ¡La espada tiene ahora un corazón; y tuya es la gloria! Esto es actualmente; pero en los días en que transcurre esta historia, para los cautivos no había sino fatigas en las murallas, y en las calles, y en las minas; y las galeras, tanto de guerra como de comercio, eran vientres insaciables. Cuando Druilio conquistó para su país la primera victoria naval, los romanos se aplicaron a los remos, y la gloria fue para el remero no menos que para el soldado de marina. Aquellos bancos que ahora tratamos de imaginarnos daban testimonio del cambio operado con las conquistas, y sirven de ilustración lo mismo a la política que a las hazañas de Roma. Casi todas las naciones tenían hijos en ellos, en su mayor parte prisioneros de guerra, escogidos por sus músculos y resistencia. Aquí, un bretón; delante de él, un libio; detrás, un hijo de Crimea. En otra parte, un escita, un galo, uno de Tebas. Penados romanos, arrojados en confusión con godos y longobardos, judíos, etíopes y bárbaros de las costas de Maeotis. Aquí, un ateniense; allí, un salvaje pelirrojo de Hibernia; más allá, unos gigantes de ojos azules de Cimbria.

El trabajo de los remeros no requería arte suficiente para tener sus mentes ocupadas, a pesar de lo toscas y simples que eran. Extender los brazos delante, tirar, poner la pala horizontal, volver a hundirla... En eso se resumía todo; unos movimientos tanto más perfectos cuanto más automáticos. Incluso la atención que tenían que prestar al exterior, al mar, llegaba a ser con el tiempo una cosa instintiva más bien que de pensamiento. Así, como fruto de un largo servicio, los pobres desdichados se embrutecían (se volvían pacientes, obedientes, sin espíritu), eran criaturas de poderoso músculo e intelecto exhausto que vivían de recuerdos y al final descendían a un estado alquímico semiinconsciente en el cual la miseria se convierte en un hábito y el alma lo resiste todo sin rebelarse.

Hora tras hora, el tribuno se mecía en su sillón volviéndose de derecha a izquierda, pensando en todo menos en la desdicha de los esclavos sentados en los bancos. Sus movimientos, precisos y exactamente iguales en uno y otro costado del bajel, se hacían monótonos al cabo de un tiempo; y entonces él se distraía fijándose en los individuos uno a uno, por turno. Con su estilete tomaba nota de los reparos que le sugerían, pensando que, si todo iba bien, hallaría entre los piratas a cuyo encuentro iban hombres mejores para llenar los puestos.

No era necesario conservar los nombres propios de los esclavos traídos a la tumba de las galeras; por ello se echaba mano del recurso, más cómodo, de identificarlos por los números pintados en los bancos respectivos. Pasando de un asiento a otro, de uno y otro costado, los perspicaces ojos del gran hombre llegaron por fin al número sesenta, que, como se ha dicho, correspondía propiamente al último banco de mano izquierda, pero que, por falta de espacio a popa, había sido pintado sobre el primer asiento del primer banco. Allí se

detuvieron.

El banco del número sesenta estaba algo más arriba del nivel de la plataforma, y sólo a unos pies de distancia. La luz que se filtraba por la rejilla de arriba permitía que la mirada del tribuno distinguiera perfectamente al remero; erecto y, al igual que sus compañeros, desnudo, excepto por un paño atado más abajo de la cintura. Se descubrían, empero, algunos puntos a su favor. Era muy joven, no pasaría de los veinte años. Arrio no estaba aficionado únicamente a los dados; era entendido, en lo que respecta al físico, en hombres, y cuando se encontraba en tierra tenía la costumbre de visitar gimnasios para ver y admirar a los atletas más famosos. Indudablemente, de algún profesor había recogido el concepto de que la fuerza dependía tanto de la calidad como del volumen de los músculos, al paso que para sobresalir en su empleo se necesitaba cierta dosis de inteligencia, además de la fuerza propiamente dicha. A semejanza de muchos hombres obsesionados por una pasión favorita, aceptaba la tesis, estaba siempre buscando ejemplos que la ilustrasen y la confirmasen.

Puede creer el lector que si bien el tribuno, en su búsqueda de la perfección, encontraba a menudo objetos en los que pararse a estudiarlos, raras veces se sentía completamente satisfecho; en realidad pocas veces reclamaron su atención tan largo rato como en esta circunstancia.

Al comienzo de cada movimiento del remo, el cuerpo y el rostro del remero se veían desde la plataforma de perfil; al terminar el movimiento el cuerpo quedaba de espaldas y en la actitud de tirar el remo. La gracia y la facilidad de la acción sugería al principio una duda sobre la sinceridad del esfuerzo realizado; duda que pronto se desechaba; la firmeza con que el esclavo sostenía el remo al echar los brazos adelante y el modo en que se doblaba bajo su empuje eran pruebas de la fuerza que aplicaba al mismo; y no sólo eso, sino que manifestaban también la pericia del remero, absorbiendo al observador sentado en el ancho sillón en la búsqueda de la combinación de fuerza e inteligencia que constituía la idea central de su teoría. En el curso de su estudio, Arrio observó la juventud de aquel sujeto y, completamente desprovisto de toda ternura a este respecto, notó también que parecía, de buena estatura, y que sus extremidades, superiores e inferiores, eran singularmente perfectas. Quizá los brazos fuesen demasiado largos, pero el reparo quedaba eliminado bajo una masa de músculos que, en algunos movimientos, se hinchaban como retorcidas sogas. En el redondo busto todas las costillas se hacían visibles; sin embargo, aquella delgadez no era sino la reducción tan afanosamente buscada por los que frecuentan las palestras. En conjunto, los movimientos del remero poseían cierta armonía, lo cual, además de confirmar la teoría del tribuno, estimulaba a la vez su curiosidad y su interés general.

Arrio no tardó en sorprenderse esperando el momento de ver por completo

la cara de aquel hombre. Y observó que tenía la cabeza bien formada, sostenida sobre un cuello ancho en su base, pero de una flexibilidad y una gracia extremas. De perfil, su fisonomía tenía un corte oriental y esa delicadeza de expresión que se ha tomado siempre como prenda de pureza de sangre y prueba de espíritu de fina sensibilidad. Hechas estas observaciones, el interés del tribuno por aquel hombre subió de punto.

"¡Por los dioses —se dijo a sí mismo—, ese sujeto me causa una gran impresión! Promete mucho. He de saber algo más acerca de él".

Inmediatamente pudo ver lo que deseaba; el remero se volvió y le miró.

—¡Un judío! ¡Un muchacho!

Bajo la mirada perfectamente fija en él, en aquellos momentos, los grandes ojos del esclavo se abrieron todavía más; la sangre le sonrojó hasta las mismas cejas; la pala se demoró en sus manos. Pero, al instante, el mazo del hortator cayó con enojado golpe. El remero se estremeció, desvió la mirada del observador y, cual si le hubieran reprendido personalmente, bajó el remo que tenía a medio levantar. Cuando volvió a mirar al tribuno, su sorpresa fue muchísimo mayor; sus ojos se encontraron con una sonrisa cariñosa.

Entretanto la galera penetró en el estrecho de Mesina y, dejando atrás la ciudad de este nombre, viró al cabo de un tiempo hacia el este, quedando la nube que coronaba el Etna en el cielo de la parte de popa. Cuantas veces volvía Arrio a su plataforma del camarote reanudaba otra vez el estudio del remero, y no cesaba de decirse a sí mismo: "Este muchacho tiene espíritu. Un judío no es un bárbaro. He de saber algo más acerca de él".

Capítulo III

Arrio y Ben-Hur en cubierta

Había transcurrido el cuarto día y la Astrea (así se llamaba la galera) volaba por el mar Jónico. El cielo estaba sereno y el viento soplaba como desatado por la benevolencia de todos los dioses.

Siendo posible alcanzar a la flota antes de llegar a la bahía del este de la isla de Citerea, designada como punto de concentración, Arrio, un tanto impaciente, pasaba mucho tiempo en cubierta. Con gran diligencia, tomaba nota de todo lo concerniente al barco, y, por lo general, quedaba satisfecho. En el camarote, meciéndose en el gran sillón, su pensamiento volvía continuamente al número sesenta.

—¿Conoces al hombre que acaba de salir de aquel banco? —le preguntó al

hortator.

En aquel momento tenía lugar un relevo.

—¿Del número sesenta? —dijo el jefe.

—Sí.

El jefe miró vivamente al remero que se alejaba.

—Como sabes —contestó—, no hace sino un mes que el barco ha salido de manos de su constructor, y sus hombres son tan nuevos para mí como el barco.

—Es judío —comentó Arrio, pensativamente.

—El noble Quinto es muy sagaz.

—Es muy joven —prosiguió Arrio.

—Pero es el mejor remero que tenemos —repuso el otro—. He visto doblarse su remo casi hasta romperse.

—¿Qué disposición tiene?

—Es obediente; otra cosa no la sé. Una vez me presentó una petición.

—¿Cuál?

—Deseaba que le dejase alternar el trabajo, un tiempo en el costado derecho, otro en el izquierdo.

—¿No dio ninguna razón para ello?

—Él había observado que los hombres confinados siempre al mismo costado acaban deformes. Dijo además que un día de tempestad o de combate podía presentarse de súbito la necesidad de cambiar de costado, y entonces no estaría en condiciones de prestar el servicio.

—¡Perpo! La idea es nueva. ¿Qué más has observado de él?

—Es mucho más limpio que sus compañeros.

—En eso es romano —comentó Arrio en tono de aprobación—. ¿No sabes nada de su historia?

—Ni una palabra.

El tribuno meditó un rato, y se volvió para ocupar de nuevo su asiento.

—Si me encuentro en cubierta cuando él haya terminado el servicio —se paró para decir—, envíamelo. Que venga solo.

Unas dos horas después, Arrio estaba bajo el aplustro de la galera, en el estado de ánimo del que, viéndose arrastrado rápidamente hacia un

acontecimiento de grandísima trascendencia, no tiene otra cosa que hacer sino esperar, el estado de ánimo en el que la filosofía concede al hombre de recto criterio la mayor calma, y que siempre da los mejores frutos. El piloto estaba sentado con la mano sobre la soga mediante la cual se manejan las palas del timón, una a cada costado del bajel. Unos cuantos marineros dormían a la sombra de la vela, y arriba en la verga había un vigía. Levantando la vista del solárium colocado bajo el aplustro, a fin de que sirviera de referencia para mantener el rumbo, Arrio vio que se le acercaba el remero.

—El jefe te ha nombrado, noble Arrio, y ha dicho que tú habías dispuesto que viniera a buscarte. Aquí estoy.

Arrio inspeccionó la figura, alta, musculosa, la tez que brillaba bajo los rayos del sol teñida por una sangre rica; la examinó admirativamente, y pensó en la arena del circo. Pero también los modales del joven le produjeron una excelente impresión: la voz tenía un acento que parecía aludir a una vida vivida, al menos en parte, bajo refinadoras influencias; los ojos eran claros y abiertos, y más curiosos que retadores. Bajo la mirada experta, inquisitiva y dominadora fija en ella, la cara del muchacho no revelaba nada que empañase su gracia juvenil, ninguna acusación, hosquedad o amenaza; sólo dejaba ver las huellas que imprime un gran pesar largo tiempo prolongado, un poco como la pátina del tiempo modifica la superficie de los cuadros. Como reconociendo tácitamente el efecto que todo ello le producía, el romano habló como un hombre maduro a otro más joven, no como el dueño al esclavo.

—El hortator me dice que eres su mejor remero.

—El hortator es muy amable —respondió el joven.

—¿Has servido mucho tiempo?

—Unos tres años.

—¿En los remos?

—No recuerdo haber descansado de ellos un solo día.

—El trabajo es duro; pocos hombres lo resisten un año sin derrumbarse, y tú... tú no eres sino un muchacho.

—El noble Arrio olvida que el espíritu tiene mucho que ver con la resistencia de un hombre. Con su ayuda a veces el débil medra, mientras el fuerte perece.

—Por tu modo de hablar, eres judío.

—Mis antepasados, muy anteriores a los primeros romanos, fueron hebreos.

—El obstinado orgullo de tu raza no te ha abandonado —dijo Arrio,

observando el sonrojo de la faz del remero.

—El orgullo jamás es tan vivo como cuando está encadenado.

—¿Qué motivos tienes para sentirlo?

—El ser judío.

Arrio sonrió.

—Jamás estuve en Jerusalén —dijo—; pero me han hablado de sus príncipes. Y conocí a uno de ellos. Era mercader y surcaba los mares. Poseía cualidades que le habrían hecho apto para rey. ¿A qué categoría perteneces tú?

—Debo responderte desde el banco de una galera. Pertenezco a la categoría de los esclavos. Mi padre era un príncipe de Jerusalén y, como mercader, surcaba los mares. En la cámara de los huéspedes de Augusto le conocían y honraban.

—¿Su nombre?

—Ithamar, de la casa de Hur.

El tribuno levantó la mano atónito.

—¿Un hijo de Hur, tú?

Después de un silencio preguntó:

—¿Qué es lo que te ha traído aquí?

Judá bajó la cabeza; su pecho inspiraba el aire con dificultad. Cuando hubo dominado bastante sus sentimientos, miró al tribuno a la cara y respondió:

—Me acusaron de intento de asesinato contra Valerio Grato, el procurador.

—¿Tú? —gritó Arrio, todavía más pasmado y retrocediendo un paso—. ¿Tú aquel asesino? El relato de aquel hecho retumbaba por toda Roma, y llegó hasta mi barco en el río, junto a Lodinum.

Los dos hombres se miraron en silencio.

—Creía a la familia de Hur barrida de la faz de la tierra —dijo Arrio, tomando la palabra el primero.

Una oleada de tiernos recuerdos barrió el orgullo del joven, y las lágrimas brillaron sobre sus mejillas.

—¡Madre, madre! ¡Y mi pequeña Tirzah! ¿Dónde estarán? Oh tribuno, noble tribuno, si algo supieras de ellas —y el muchacho unía las manos en actitud suplicante—, dime todo lo que sepas. Dime si viven; y si viven, dónde están, y en qué situación. ¡Oh, te lo ruego, dímelo!

Y se acercaba, a Arrio, tanto que sus manos rozaban los pliegues de la capa

que descendían de los cruzados brazos del tribuno.

—Aquel día horrible hace tres años que pasó —siguió diciendo—. Tres años, oh tribuno, cada hora de los cuales vale por toda una vida de desdicha (una vida en un abismo sin fondo, sin otra compañía que la muerte, sin otro alivio que el trabajo) y en todo este tiempo ni una palabra de nadie, ni un murmullo. ¡Oh, si al ser olvidados pudiésemos, por lo menos, olvidar! ¡Si pudiera esconderme de aquella escena, de cuando me arrebataron a mi hermana, de la última mirada de mi madre! Yo he sentido el aliento de la peste, y el choque de los navíos en la batalla; he oído la tempestad azotando el mar, y he reído, aunque los otros rezaban: la muerte habría sido una liberación. Doblaban el remo; sí, en un esfuerzo supremo por librarme de la obsesión de lo que ocurrió aquel día. Piensa en cuan poca cosa me consolará. Dime que han muerto, si no algo peor, pues felices no pueden ser mientras yo les falte. Las he oído llamarme por la noche; las he visto caminar sobre el agua. ¡Ah, jamás encontraré nada más verdadero que el amor de mi madre! Y Tirzah... Su aliento era como el perfume de los lirios blancos. Era la rama más joven de la palmera, ¡tan fresca, tan tierna, tan graciosa, tan hermosa! Con ella, todo el día era luminosa mañana. Entraba y salía haciendo música. ¡Y mi mano fue la que las hundió!

—¿Admites tu delito? —preguntó severamente Arrio.

Causaba admiración ver el cambio operado en Ben-Hur; tan instantáneo y total fue. Su voz se hizo incisiva; las manos se levantaron crispadas; todas las fibras de su cuerpo se estremecieron; sus ojos se inflamaron.

—Tú has oído hablar del Dios de mis padres —dijo—, de Jehová infinito. ¡Por su verdad y su omnipotencia, y por el amor con que ha seguido a Israel desde el comienzo, juro que soy inocente!

El tribuno se conmovió profundamente.

—¡Oh noble romano —continuó Ben-Hur—, dame un poco de esperanza y envía una luz a mi oscuridad, más intensa cada día!

Arrio le volvió la espalda y se puso a caminar por la cubierta.

—¿No te juzgaron? —preguntó, parándose de repente.

—¡No!

El romano levantó la cabeza, sorprendido.

—¡Sin juicio, sin testigos! ¿Quién te sentenció?

En aquel tiempo los romanos, es preciso recordarlo, no eran tan amantes de la justicia y de sus formalismos como en la época de su decadencia.

—Me ataron con cuerdas y me llevaron a un calabozo de la Torre. No vi a

nadie. Nadie me habló. Al día siguiente unos soldados me llevaron a la orilla del mar. Desde entonces he sido un esclavo de galeras.

—¿Qué habrías podido demostrar?

—Que yo era un muchacho, demasiado joven para ser un conspirador. Grato era para mí un desconocido. Si hubiera tenido intención de matarle, no era aquél el momento ni el lugar. Él cabalgaba en medio de una legión, y estábamos en pleno día. Yo no podía escapar. Por lo demás, yo pertenecía a una clase que estaba en muy buenas relaciones con Roma. Mi padre había recibido distinciones por los buenos servicios prestados al emperador. Teníamos muchos bienes que perder. Aquello significaba una ruina cierta para mí, para mi madre y para mi hermana. Yo no tenía motivo alguno para quererle mal a Grato, al paso que todas las demás consideraciones (propiedad, vida, familia, conciencia, la ley, que para un hijo de Israel es como el aire para nuestro pecho) habrían detenido mi mano, por fuerte que hubiese sido el propósito. Yo no estaba loco. La muerte era preferible al deshonor. Y, créeme, te lo ruego, lo es todavía.

—¿Quién estaba contigo cuando se dio el golpe?

—Yo estaba en la azotea, en la casa de mi padre. Tirzah, el alma de la ternura, estaba conmigo, a mi lado. Ambos nos apoyábamos en el parapeto por ver pasar a la legión. Un ladrillo cedió a la presión de mi mano y cayó sobre Grato. Yo creí que le había matado. ¡Ah, qué horror sentí!

—¿Dónde estaba tu madre?

—Abajo, en su cuarto.

—¿Qué fue de ella?

Ben-Hur cerró los puños y exhaló el aliento casi como un gemido.

—No lo sé. Vi cómo la arrastraban fuera de allí. Es todo lo que sé. Sacaron de la casa todo ser viviente, hasta el ganado irracional, y sellaron las puertas. Habían decidido que mi madre no debía volver. Yo también pregunto por ella. ¡Ah, una palabra nada más! Ella, por lo menos, era inocente. Yo sé perdonar... Pero ¡perdóname tú, noble tribuno! Un esclavo como yo no debe hablar de perdón ni venganza. Estoy atado a un remo para toda la vida.

Arrio escuchaba con viva atención, tratando de sacar partido de su experiencia con esclavos. Si el sentimiento manifestado en esta ocasión era fingido, el muchacho interpretaba perfectamente su papel. Por otra parte, si era real, no cabía dudar de la inocencia del judío. Y si éste era inocente, ¿de qué modo tan ciego habían hecho uso del poder! ¡Toda una familia suprimida como castigo por un accidente! La idea le trastornó.

No hay providencia mejor que la que impide que nuestras ocupaciones, por

rudas o sanguinarias que sean, destruyan por completo nuestro sentido moral, y hace que cualidades tales como la justicia y la misericordia, si realmente nos iluminaron, sigan viviendo bajo aquellas ocupaciones, cual flores bajo la nieve. El tribuno sabía ser inexorable; de otro modo, no habría sido apto para los menesteres de su cargo. Pero también sabía ser justo; hacerle comprender que una cosa era injusta equivalía a ponerle en el camino de enmendarla. Las dotaciones de los barcos en que servía daban con el tiempo en llamarle el buen tribuno. Los lectores inteligentes no necesitarán mejor definición de su carácter.

En esta ocasión, eran muchas las circunstancias que favorecían evidentemente al joven, y hasta cabía suponer que otras menos palmarias le beneficiaban también. Posiblemente, Arrio conociese a Valerio Grato y no le amase. Posiblemente había conocido al difunto Hur. Al dirigirle la súplica, Judá se lo había preguntado, y como se habrá notado, él no respondió.

Por una vez, el tribuno se quedó perplejo sin saber qué hacer, titubeando. Gozaba de amplias facultades. En el barco era el dueño absoluto. Todas sus predisposiciones le inclinaban a la clemencia. No obstante, se decía que no había prisa, o mejor, la había por llegar a Citerea. En aquel momento no podían privarse de su mejor remero. Aguardaría, recogería más datos, se aseguraría al menos de que aquel muchacho era el príncipe de Hur y de que poseía un carácter bueno. De ordinario, los esclavos solían ser embusteros.

—Hay bastante —dijo en voz alta—. Vuelve a tu puesto.

Ben-Hur hizo una reverencia. Luego levantó los ojos de nuevo hasta la cara de su dueño, pero no vio nada que alentase la esperanza. Se volvió lentamente, miró atrás y dijo:

—Si te acuerdas de mí nuevamente, oh tribuno, no dejes de tener en cuenta que te he suplicado sólo en favor de mi familia: de mi madre y de mi hermana.

Y se marchó.

Arrio le siguió con ojo admirado. "¡Perpo! —pensó—. Con algún adiestramiento, ¡qué hombre para la arena! ¡Qué corredor! ¡Oh dioses! ¡Qué brazo para la espada o el cesto!".

Y en voz alta, gritó:

—¡Detente!

Ben-Hur se detuvo. Arrio fue hasta él.

—Si fueses libre, ¿qué harías?

—¡El noble Arrio se burla de mí!

—¡No! ¡Por los dioses, no!

—En tal caso, te contestaré gozoso. Me entregaría a un deber que considero el primero de la vida. No reconocería otro. No descansaría hasta que mi madre y Tirzah estuvieran acomodadas de nuevo en casa. Dedicaría todos los días, todas las horas a labrar su felicidad. Cuidaría de ellas. Nunca un esclavo habría sido más fiel. Han perdido mucho, pero, ¡por el Dios de mis padres!, yo les proporcionaría más.

El romano no esperaba semejante respuesta. Por un momento se olvidó de su propósito.

—Yo hablaba a tu ambición —dijo, recobrándose—. Si tu madre y tu hermana hubiesen muerto, o no pudieses hallarlas, ¿qué harías?

Una visible palidez se extendió por la faz de Ben-Hur, que volvió la mirada hacia el mar. Luchaba con un sentimiento poderoso. Cuando lo hubo vencido, miró al tribuno.

—¿Qué camino seguiría? —preguntó.

—Sí.

—Tribuno, te diré la verdad. La noche antes del día a que me he referido, obtuve permiso para ser soldado. Sigo con la misma intención. Y como en toda la tierra no hay sino una escuela de guerra, allá iría.

—¿A la palestra?

—No, a un campamento romano.

—Pero primero tendrías que familiarizarte con el manejo de las armas.

Como un amo nunca obra cuerdamente aconsejando a un esclavo, Arrio comprendió que había sido imprudente. Su voz y su actitud tomaron, de pronto, un acento frío.

—Ahora, vete —le dijo—. Y no te ilusiones con lo que ha habido entre nosotros. Quizá no hice sino jugar contigo —mirando a lo lejos pensativamente, añadió—: O si vuelves a pensar en ello con alguna esperanza, escoge entre la fama de un gladiador y el servicio de un soldado. El primero puede ganarse los favores del emperador. No hay recompensa para el segundo. Además tú no eres romano. ¡Vete!

Poco después, Ben-Hur estaba otra vez en su banco. La tarea siempre es ligera si uno tiene el corazón ligero. El manejo del remo no le parecía tan pesado a Judá. Como un pájaro canoro, había llegado hasta él una esperanza. Apenas podía ver a tal visitante, ni oír su canto. Sin embargo, que estaba allí lo sabía. Sus sentimientos se lo declaraban. La advertencia del tribuno: "Quizá no hice sino jugar contigo", la rechazaba cuantas veces volvía a su mente. El hecho de que el gran hombre le hubiese llamado y le hubiese preguntado su

historia era el pan con que alimentaba su espíritu hambriento. Algo bueno saldría de ello, sin duda. Sobre su banco descendía una luz clara, brillante de promesa. Y rezó.

—¡Oh Dios! ¡Yo soy un fiel hijo de ese Israel que Tú has amado tanto! ¡Ayúdame, te lo ruego!

Capítulo IV

Número sesenta

En el golfo de Antemona, al este de la isla de Citerea, anclaron las cien galeras. Allí, el tribuno dedicó un día a una labor de inspección. Luego puso rumbo a Naxos, la mayor de las Cicladas, a mitad del camino entre Grecia y Asia, semejante a una gran piedra plantada en mitad de una ruta, desde la cual podría retar a todo el que pasase, al mismo tiempo que estaría en situación de marchar instantáneamente contra los piratas, tanto si estaban en el Egeo como fuera, en el Mediterráneo.

Mientras la flota, en buen orden, remaba en dirección a las montañosas costas de la isla, se avistó una galera que venía del norte. Arrio fue a su encuentro. Resultó ser un transporte recién salido de Bizancio, y de boca de su capitán supo los datos que más necesitaba.

Los piratas procedían de las más alejadas costas del mar Negro. Hasta Tañáis, la de la boca del río Don, que, se suponía, alimentaba al mar Azof, estaba representada entre ellos. Habían realizado los preparativos en el mayor secreto. La primera noticia que se supo fue cuando aparecieron a la entrada del Bósforo tracio y a continuación destruyeron la flota estacionada allí. Desde aquel punto hasta la salida del Helesponto, todo lo que flotaba por el mar había caído bajo sus garras. Sesenta galeras, o más, formaban el escuadrón, todas bien organizadas y abastecidas. Unas cuantas eran birremes. El resto, poderosas trirremes. Un griego las mandaba, y los pilotos, a los que se tenía por familiarizados con todos los mares orientales, eran griegos también. Habían recogido un botín incalculable. En consecuencia, el pánico no cundía por el mar solamente. Cerradas sus puertas, muchas ciudades enviaban todas las noches a sus moradores a las murallas. El tráfico había cesado casi en absoluto. ¿Dónde estaban ahora los piratas?

A esta pregunta, del mayor interés, recibió Arrio respuesta.

Después de saquear Hefestia, en la isla de Lemnos, el enemigo había cruzado por entre el grupo tesálico y, según las últimas noticias, había desaparecido en los golfos entre Eubea y la Hélade.

Tales eran las noticias.

Entonces los habitantes de la isla, a los que el raro espectáculo de un centenar de barcos lanzados a la carrera en compacto escuadrón había atraído a las cimas de los montes, vio que la vanguardia de la división viraba súbitamente hacia el norte, y cómo los demás navíos la seguían, girando todos en el mismo punto, como una columna de caballería. Hasta ellos habían llegado las noticias de la piratería, y al contemplar las blancas velas hasta que desaparecieron entre Rhene y Syro, los más sensatos sintieron profundo alivio e inmenso agradecimiento. Roma siempre defendía lo que había conquistado con recia mano. En recompensa a los tributos que exigía, daba seguridad.

El tribuno estaba más que contento de los movimientos del enemigo. Estaba doblemente agradecido a la fortuna, la cual le había proporcionado informes dignos de confianza y había atraído a los enemigos a unas aguas en las que, más que en ningunas otras, su destrucción quedaba garantizada. Conocía el tremendo estrago que hasta una galera sola podía causar en un mar abierto como el Mediterráneo, y la dificultad que ofrecía el descubrirla y darle alcance. Sabía también de qué modo las circunstancias que concurrían en aquella ocasión contribuirían a dar mayor realce a sus servicios y a su gloria si de un solo golpe lograba destrozar toda la hueste de los piratas.

Si el lector coge un mapa de Grecia y el Egeo, se fijará en que la isla de Eubea está situada a lo largo de las costas clásicas como un baluarte que las defiende de Asia, dejando entre ella y el continente un canal de sus buenas ciento veinte millas de largo con un promedio de apenas ocho millas de ancho. La entrada del norte había admitido la flota de Jerjes. Ahora recibía a los audaces incursores del Euxino. Las ricas ciudades de los golfos de Pelasgo y Melia ofrecían un botín seductor. Por lo cual, y consideradas todas las circunstancias, Arrio juzgó que encontraría a los piratas en algún punto más allá de las Termópilas, y, alegrándose de que así fuera, resolvió cerrarles el paso por el norte y por el sur, para lo cual era preciso no perder ni una hora, renunciando incluso a gozar de los vinos y las mujeres de Naxos. En consecuencia, siguió adelante sin tregua ni descanso hasta que, poco antes de oscurecer, se vio el monte Ochoa irguiéndose hacia el cielo, y el piloto anunció que había aparecido la costa eubea.

A una señal, la flota descansó sobre los remos. Reanudada la marcha, Arrio se puso al mando de cincuenta galeras, con el designio de hacerlas subir canal arriba, mientras otra división, igualmente nutrida, volvía la proa hacia la parte exterior, o sea, la que miraba al mar libre de la isla, con la orden de correr a toda prisa hacia el acceso superior y descender luego desplegado, cual una red que no dejara pasar nada entre sus mallas. En verdad, ninguna de ambas divisiones igualaba en número a los piratas, pero, en cambio, cada cual gozaba de ventajas, entre las que la menor no era, en modo alguno, una disciplina con

la que la horda de los sin ley no podía contar, por grande que fuera la bravura de sus componentes. Por lo demás, el tribuno había calculado astutamente que si por azar una de las dos divisiones era derrotada, la otra sorprendería al enemigo desorganizado por la victoria y en situación de ser aniquilado fácilmente.

Entretanto, Ben-Hur continuaba en su banco, relevado de seis en seis horas. El descanso en el golfo de Antemona había reparado sus fuerzas. El remo no se le hacía fatigoso, y el jefe que vigilaba en la plataforma no tenía nada que objetar. Por lo general, la gente no advierte la tranquilidad de espíritu que proporciona el saber dónde se encuentra uno y hacia dónde se dirige. La sensación de haberse perdido origina un profundo malestar, y todavía peor es la que se experimenta al marchar a ciegas hacia lugares desconocidos. En Ben-Hur, el hábito había embotado sólo en cierta medida tales sensaciones. Empujando hora tras hora, a veces días y noches enteros, consciente en todo momento de que la galera se deslizaba rauda por alguna de las múltiples rutas del ancho mar, el anhelo de saber dónde se encontraba y adonde iba, no se apartaba de su mente. En ese momento cobraba mayor intensidad alentado por la esperanza reavivada en su pecho desde la conversación sostenida con el tribuno. Cuanto más estrecho es el lugar en que uno se mueve, tanto más intenso es el afán. Y Ben-Hur no dejó de observarlo. Le parecía oír todos los ruidos del barco en movimiento, y los escuchaba uno por uno como si fueran voces que vinieran a revelar algo. Levantaba los ojos hacia la rejilla de encima de su cabeza y a través de ésta contemplaba aquella luz de la cual le correspondía una porción tan pequeña, esperando, sin saber qué. Y muchas veces se sorprendió a sí mismo a punto de ceder a la tentación de dirigir la palabra al jefe de la plataforma, dignatario al que ningún incidente de la batalla habría dejado atónito.

Durante el largo tiempo de servicio que llevaba, observando los escasos rayos de sol que caían sobre el suelo del camarote había llegado a conocer, generalmente, el cuadrante hacia el que ponía rumbo el navío cuando estaba en marcha. Por supuesto, esto sólo ocurría en días claros, como los que su buena fortuna enviaba al tribuno. Semejante cálculo no le había fallado en todo el tiempo desde que partieron de Citerea, y pensando que se dirigían hacia Judea, su vieja patria, notaba con fina percepción todas las variaciones del rumbo. Con un zarpazo de dolor había observado el súbito cambio hacia el norte que, como se recordará, tuvo lugar cerca de Naxos. Sin embargo, no podía conjeturar siquiera su motivo, pues debe tenerse presente que, al igual que los otros esclavos compañeros suyos, nada sabía de la situación ni le interesaba lo más mínimo el viaje. Su puesto estaba junto al remo, y allí lo tenían inexorablemente, estuviese el barco anclado o navegando. En el espacio de tres años, una vez nada más se le permitió mirar desde cubierta. Y ya sabemos cuándo fue. No tenía idea de que un poderoso escuadrón en orden

cerrado siguiese al bajel que él contribuía a empujar. Ignoraba, asimismo, el objetivo que aquel escuadrón perseguía. Cuando al ponerse el sol retiró sus últimos rayos del camarote, la galera seguía enfilando hacia el norte. Vino la noche, y Ben-Hur no pudo notar que se produjera cambio alguno. En aquellos momentos, el perfume del incienso se esparcía por los corredores.

"El tribuno está delante del altar —pensó—. ¿Será que vamos a entrar en combate?".

Ben-Hur se puso a observar atentamente.

Había participado en muchas batallas sin haber visto ninguna. Desde el banco había oído su estrépito arriba y a su alrededor, y estaba familiarizado con todas sus notas, casi como lo está un cantante con las de una canción. Se había familiarizado también con muchos preliminares de un encuentro, de los cuales, entre los romanos igual que entre los griegos, el más invariable era el sacrificio a los dioses. Eran los mismos ritos celebrados al emprender una travesía, y en él, al percibirlos, hacían el efecto de una advertencia.

Hay que tener en cuenta que para él y para los otros esclavos compañeros suyos, una batalla ofrecía un interés muy distinto al que tenía para un soldado o para un marino. No les interesaba el peligro que pudiera presentarse, sino el hecho de que una derrota podía significar un cambio de condición para los que sobreviviesen. Podía representar la libertad o, por lo menos, un cambio de dueño que quizá mejorase su existencia. A su debido tiempo fueron encendidas las linternas y colgadas junto a las escaleras, y el tribuno bajó de cubierta. A una orden suya, los soldados se pusieron las armaduras. A otra, fueron revisadas las máquinas y el suelo quedó sembrado de lanzas, jabalinas y flechas en grandes carcajes, junto con recipientes de aceite inflamable y cestos de pelotas de algodón arrollado sueltamente como las torcidas de las velas de cera. Y cuando por fin Ben-Hur vio al tribuno, subido a su plataforma, ponerse la armadura y sacar el yelmo y el escudo, ya no pudo dudar más el significado de aquellos preparativos, y se dispuso a soportar la última ignominia de su servicio.

Fija en cada banco había una cadena provista de pesadas argollas. El hortator procedió entonces a colocarlas a los remeros, pasando de uno a otro, sin dejarles otra elección que la de obedecer, ni posibilidad alguna de escapar, en caso de desastre. En el camarote se hizo un silencio absoluto, roto solamente al principio por el roce de los remos en sus prisiones de cuero. Todos los ocupantes de los bancos compartían los mismos sentimientos, y Ben-Hur más intensamente que los otros. Unos sentimientos que hubiera querido rechazar a toda costa. El choque de los grillos le informó pronto de los progresos que hacía el jefe en su recorrido. A su momento le tocaría el turno a él. Pero ¿no intercedería el tribuno en su favor?

El lector puede cargar, según le plazca, tal ocurrencia a la cuenta de la vanidad o a la del egoísmo. Lo cierto es que en aquel momento se adueñó del cerebro de Ben- Hur. Este creía en una intervención del romano. Sea como fuere, la contingencia pondría al descubierto los sentimientos de aquel hombre. Si en medio de las preocupaciones de la batalla inminente se acordaba de él, daría prueba de haberse formado una opinión. Daría prueba de que, tácitamente, lo había elevado por encima de sus asociados en el infortunio. Sería un gesto que justificaría la esperanza. Ben-Hur esperaba con ansiedad. Le parecía que transcurrían siglos enteros. A cada golpe de remo miraba al tribuno, quien, terminados sus sencillos preparativos, se tendió sobre el lecho y se dispuso a descansar, ante lo cual el número sesenta se burló de sí mismo, sonrió tristemente y decidió no mirar más en aquella dirección. El hortator se acercaba. Ahora estaba en el número uno. Los grillos chirriaban de un modo horrible. ¡El número sesenta, por fin! Saliendo de su desesperación, Ben- Hur mantuvo el remo inmóvil y presentó el pie al oficial. En aquel momento, el tribuno se revolvió, se sentó e hizo una seña al jefe.

Una fuerte conmoción sacudió el cuerpo del judío. El gran hombre apartó los ojos del hortator para mirarle a él. Cuando volvió a hundir el remo, toda aquella sección del barco parecía haber cobrado vida. Ben-Hur no había oído nada de lo que le dijeron. Le bastaba con que la cadena, ociosa, colgase de su anilla en el banco y el jefe, volviendo a su asiento, se pusiese a marcar el compás con el mazo. Jamás aquellas notas se habían parecido tanto a una música. Arrimando el pecho al emplomado mango, el judío empujaba con todo su poder. Empujaba hasta que el remo estaba a punto de quebrarse.

El jefe fue a donde estaba el tribuno y señaló sonriendo al número sesenta.

—¡Qué fuerza! —exclamó.

—¡Y qué espíritu! —respondió el tribuno—. ¡Por Pólux! Trabaja mejor sin grillos. No se los pongas nunca más.

Diciendo lo cual, se tendió de nuevo en el lecho.

Bajo el empuje de los remos, la nave se deslizaba hora tras hora sobre un agua apenas rizada por el viento. Los que tenían servicio dormían; Arrio, en su lecho; los soldados, en el suelo.

Una, dos veces relevaron a Ben-Hur. Pero él no podía dormir. ¡Tres años de noche y, por fin, un rayo de sol rasgando la oscuridad! ¡Perdido sin rumbo por el mar, y ahora, tierra! Muerto tanto tiempo y, ¡verdad!, el estremecimiento y el revolverse de la resurrección. En una hora semejante no cabía el sueño. La esperanza se lanza hacia el futuro. El presente y el pasado no son sino criados que le sirven dándole aliento y embelleciendo las circunstancias. Partiendo del favor del tribuno, la esperanza empujaba a Ben-Hur adelante indefinidamente.

Lo que maravilla no es que unos objetos tan imaginarios como los frutos que nos presenta nos puedan hacer tan dichosos, sino que podamos admitirlos como tan reales. Es preciso que sean como brillantes adormideras bajo cuya influencia, bajo su escarlata, su oro y su púrpura, la razón retrocede y no actúa en todo el rato. Los sufrimientos quedarían calmados. Serían recobrados el hogar y los bienes de su familia. Su madre y su hermana estarían de nuevo en sus brazos... Tales eran los pensamientos centrales que daban en aquel momento a Ben-Hur una felicidad desconocida hasta entonces. El hecho de que estuviera corriendo como sobre alas hacia una batalla horrible no entraba para nada en sus pensamientos. La duda no se mezclaba con los objetos que acariciaba su esperanza, y que brillaban únicos y esplendorosos. De ahí que su gozo fuese tan completo y tan perfecto que en su corazón no quedaba lugar para la venganza. Messala, Grato, Roma y todos los recuerdos amargos y apasionados ligados a ellos eran como calamidades desvanecidas, miasmas de la tierra sobre los cuales flotaba él, lejos, sin riesgo, escuchando el cantar de las estrellas.

La oscuridad más intensa que precede al alba dormía sobre las aguas, y todo marchaba bien en la Astrea, cuando un hombre, bajando de cubierta, fue a toda prisa hasta la plataforma en la que dormía el tribuno, y le despertó. Arrio se levantó, se puso el yelmo, se colocó la espada, cogió el escudo y se acercó al comandante de los soldados de marina.

—Los piratas están muy cerca. ¡Levántate y prepárate! —le dijo.

Y pasó hacia las escaleras, tranquilo, confiado, de tal modo que uno podía pensar:

"¡Dichoso él! Apicio le tiene preparado un festín".

Capítulo V

El combate naval

A bordo, todo el mundo, hasta el mismo barco, despertó. Los oficiales corrían a sus puestos. Los soldados empuñaban las armas y eran conducidos a cubierta. En todos los aspectos parecían legionarios. Unos subían a cubierta carcajes de flechas y brazadas de jabalinas. Junto a la escalera central, otros preparaban para su empleo las vasijas de aceite y las pelotas incendiarias. Otros encendían linternas adicionales. Otros llenaban cubos de agua. Los remeros de relevo estaban formados delante del jefe. La providencia había querido que Ben-Hur fuese uno de éstos. Oía arriba el ruido apagado de los preparativos finales: los marineros arriando la vela, extendiendo las jaretas,

desatando las máquinas y colgando sobre el costado la armadura de piel de toro. Al cabo de un rato, el silencio volvió a reinar en la galera. Un silencio preñado de vago temor y ansiedad, que, bien interpretado, significa: todo a punto.

A una señal transmitida desde cubierta y comunicada al hortator por un elegante oficial situado en las escaleras, los remos pararon súbitamente.

¿Qué significaba aquello?

De los ciento veinte esclavos encadenados a los bancos, ni uno solo se hizo la pregunta. Ningún incentivo los movía. Patriotismo, sentido del honor y del deber eran cosas que nada les decían. Sentían únicamente la emoción común en los hombres lanzados a ciegas y sin remedio hacia el peligro. Puede suponerse que el más embrutecido de todos, sujetando el remo inmóvil, pensaba en lo que podía ocurrir, pero no podía prometerse nada. La victoria no serviría más que para remachar más sólidamente sus cadenas, mientras que en la derrota seguirían el mismo destino que el barco. Hundiéndose o en llamas, la suerte del navío sería la suya propia.

De lo que ocurriese en el exterior, nada les era permitido preguntar. ¿Quiénes eran los enemigos? ¿Y qué importaba si eran amigos, hermanos o paisanos suyos? Si el lector extrema las preguntas, comprenderá la necesidad que obligaba a los romanos cuando en tales casos amarraban a los desventurados a sus asientos. Poco tiempo tuvieron, sin embargo, para tales pensamientos. Un sonido parecido a un remar de galeras por la parte de proa llamó la atención de Ben-Hur, y la Astrea se balanceó como en medio de innumerables olas. Por su mente cruzó la idea de una flota congregada y maniobrando, formando probablemente para un ataque. Aquella imagen aceleró la sangre en sus venas.

De cubierta descendió otra señal. Los remos se hundieron, y la galera se puso en marcha imperceptiblemente. Ni un sonido exterior, ni uno tampoco del interior, y, sin embargo, todos los hombres del camarote se habían aprestado instintivamente para un choque. El mismo barco parecía compartir aquella predisposición y contener el aliento, avanzando agazapado como un tigre.

En situaciones tales, se pierde la noción del tiempo. Por ello, Ben-Hur no podía formarse idea del camino andado. Al final se levantó en el puente un clamor de trompetas, fuerte, claro, prolongado. Los golpes del jefe hacían retumbar la mesa hueca. Los remeros estiraron los brazos adelante en toda su longitud y, hundiéndose más profundamente que antes las palas de los remos, empujaron de súbito todos a una. La galera se estremeció en todo su maderamen y respondió dando un salto. Otras trompetas unieron sus voces al estruendo. Todas sonaban en la parte trasera, ninguna delante. De esa parte

sólo llegó brevemente un tumulto creciente de voces. Hubo un choque tremendo. Los remeros de enfrente de la plataforma del jefe se tambalearon, y algunos cayeron. El barco dio un salto hacia atrás, se recobró luego y se lanzó hacia delante con mayor impulso que antes. Vibrantes y agudos gritos de terror daban los nombres, haciéndose oír sobre el estrépito de las trompetas y sobre el ruido del golpe y de los chirridos de la colisión. Luego, Ben-Hur sintió que bajo sus pies la quilla se había subido sobre algo que se hacía pedazos. Los hombres que le rodeaban se miraban unos a otros amedrentados. Un grito de triunfo retumbó en la cubierta. ¡El espolón de los romanos había vencido! Pero ¿quiénes eran los que se había tragado el mar? ¿Qué lengua hablaban? ¿De qué país procedían?

¡Ni pausa, ni reposo! La Astrea se lanzó adelante. Entretanto, unos cuantos marineros bajaron corriendo al camarote y, sumergiendo las bolas de algodón en las vasijas de aceite, las arrojaron a los camaradas de la cima de las escaleras. El fuego se sumaría a los demás horrores del combate.

Inmediatamente, la galera escoró de tal modo que a los hombres del costado que se levantaba se les hacía difícil mantenerse en sus bancos. Y otra vez los calurosos vivos de los romanos, acompañados de gritos de desesperación. Un barco enemigo, cogido por los apresadores garfios del gran arbotante que se balanceaba en la proa, se levantaba en el aire presto a caer y hundirse. El griterío aumentaba a derecha y a izquierda. Delante y detrás se levantaba un clamoreo indescriptible. De vez en cuando se producía un choque seguido de súbitos alaridos de espanto, dando testimonio de otros barcos embestidos y de sus dotaciones sumergiéndose en los remolinos.

La lucha no se desarrollaba a costa de un solo bando. Una y otra vez bajaban a un romano por la escotilla y le dejaban sangrando, a veces agonizando, en el suelo. También a veces penetraban en el camarote bocanadas de humo mezclado con vapor hediondo que traían un olor a carne humana quemada, y la mezquina luz se convertía entonces en una opaca niebla amarilla. Esforzándose en todo momento por encontrar aire, Ben-Hur comprendió que estaban atravesando la nube de un barco en llamas. Un barco incendiado con sus remeros encadenados a los bancos. Entretanto, la Astrea no cesaba de avanzar. De repente, se paró. Los remos salieron disparados de las manos de los remeros, y éstos de sus asientos. En la cubierta hubo entonces un furioso martillar de pisadas, y en los costados, el rechinar de los barcos enredados el uno en el otro. Por primera vez, el estrépito ahogó el redoble de la maza. Los hombres se desplomaban al suelo presa del pánico, o miraban a su alrededor buscando un lugar donde esconderse. En medio de aquella escena espantosa, un cuerpo cayó o fue arrojado por la escotilla, yendo a parar cerca de Ben-Hur. Este contempló la semidesnuda ruina, cuyo rostro oscurecía un apolotonamiento de cabello, y, debajo de éste, el escudo de piel de toro

descubriendo el tejido de mimbre: un bárbaro procedente de las naciones de blanco cutis del norte al cual la muerte había privado del botín y de la venganza.

¿Cómo había llegado allí? Una mano de hierro lo habría arrebatado de la cubierta adversaria... ¡No! ¡La Astrea había sido abordada! ¡Los romanos luchaban sobre su propia cubierta! Un escalofrío paralizó al joven hebreo. Arrio se hallaba en una situación apurada. Quizás estuviera defendiendo su propia vida. ¿Y si le matasen? ¡Dios de Abraham, presérvalo! Las esperanzas y los sueños tan tardíamente amanecidos ¿serían solamente sueños y esperanzas? Madre, hermana, casa, hogar, Tierra Santa... Después de todo, ¿no llegaría a verlos? Sobre su cabeza, tronaba el tumulto. Ben-Hur miró a su alrededor. En el camarote todo era confusión: remeros paralizados en sus bancos, soldados y marineros corriendo a ciegas de un lado para otro. Sólo el jefe continuaba imperturbable en su asiento, batiendo inútilmente el tablero sonoro y esperando la orden del tribuno. Ejemplo viviente en medio de aquella niebla amarilla de la disciplina sin igual que había sojuzgado el mundo. Su ejemplo ejerció un efecto benéfico en Ben-Hur, que se dominó lo suficiente para pensar. El honor y el deber atacaban al romano a su plataforma. Pero él ¿qué tenía que ver, entonces, con aquellos imperativos? El banco no era sino un lugar del cual huir, mientras que si moría como un esclavo, ¿quién se beneficiaría de su sacrificio? En cambio, conservando la vida, quedaba por delante el deber, si no el honor. Su vida pertenecía a los suyos. Ahora se levantaban ante él, más reales que nunca. Los veía abriendo los brazos, los oía implorándole. ¡Correría a ellos! Dio un paso, pero se detuvo. ¡Ay! Una sentencia romana le tenía encadenado. Mientras siguiera en vigor, sería inútil escapar. En todo el ancho mundo no había lugar alguno donde estuviera a salvo del requerimiento imperial. Ni lo había en tierra ni tampoco en el mar.

Ben-Hur se pronunció por obtener la libertad bajo las normas de la ley a fin de poder morar en Judea y llevar a cabo la empresa a la cual dedicaría sus días y todos sus desvelos de buen hijo. En otro país no quería vivir. ¡Dios santo! ¡Cuánto había esperado, mirado y rogado para que se presentase semejante liberación! ¡Y cuánto tardaba en conseguirla! Pero al final la había entrevisto en la promesa del tribuno. ¿Qué otra cosa había podido significar la simpatía del gran hombre? ¡Y si ahora matasen a un bienhechor tan tardíamente aparecido! Los muertos no vuelven para redimir a los vivos de sus cuitas. No debía suceder. Arrio no debía morir. Mejor sería, al menos, morir con él que sobrevivir siendo un galeote.

Ben-Hur volvió a mirar a su alrededor. Sobre el techo del camarote seguía librándose la batalla. Los barcos enemigos seguían rechinando y oprimiendo los flancos de la nave. En los bancos, los esclavos pugnaban por librarse de las cadenas y, viendo fracasados sus esfuerzos, aullaban como dementes. Las

guardias habían subido a cubierta. La disciplina había cedido el puesto al pánico. No, el jefe seguía en su asiento, inalterable, tranquilo como siempre, y, excepto por el mazo, desarmado. En vano llenaba con su tamborileo los huecos del estrépito. Ben-Hur le dirigió la última mirada. Luego se alejó de allí, no en fuga, sino para buscar al tribuno. Un corto trecho le separaba de la escotilla de popa. Lo salvó de un salto, y estaba a mitad de las escaleras, a suficiente altura para divisar por un momento el cielo encendido por el rojo de sangre del incendio, el mar lleno de barcos y de despojos, la lucha que se libraba alrededor de la dependencia del piloto, la multitud de asaltantes, la escasez de defensores, cuando, de súbito, sus pies perdieron el apoyo y cayó hacia atrás. Al llegar al suelo, le pareció que éste se levantaba y se hacía pedazos. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, la parte delantera del casco se partió en dos, y el mar, cual si hubiera permanecido todo el rato al acecho, se lanzó dentro silbando y echando espumarajos, y para Ben-Hur todo se convirtió en oscuridad y encabritadas olas.

No se puede afirmar que el joven judío se valiera por sí mismo en aquel trance. Aunque además de su energía habitual poseía la fuerza suplementaria indefinida que la naturaleza guarda en reserva para cuando pelagra la vida, la oscuridad y el rugir y arremolinarse del agua le dejaron atontado. Incluso el contener la respiración fue un acto involuntario.

El aflujo de agua le arrojó como un leño hacia el interior del camarote, donde habría perecido ahogado de no ser por el refluo que originó el barco al hundirse. Estando así a varias brazas por debajo de la superficie, la hueca masa le vomitó fuera y se elevó junto con los despojos sueltos. En este movimiento de ascenso topó con algo, y se agarró a ello. El tiempo pasado bajo las olas le parecía un siglo más largo de lo que realmente fue. Al final emergió fuera del agua. Abriendo desmesuradamente la boca, llenó de nuevo los pulmones de aire, libró el cabello y los ojos de agua, se acomodó mejor en el tablón al que se había cogido y paseó una mirada por su alrededor.

Bajo las olas, la muerte le había perseguido de cerca. Salido a la superficie la encontró esperándole, aguardando bajo múltiples formas.

Aquí y allá, por entre el humo que se había extendido sobre el mar como una niebla semitransparente, brillaban núcleos de intenso fulgor. Una rápida percepción le dijo que eran barcos en llamas. La batalla continuaba. No podía adivinar quién era el vencedor. De vez en cuando cruzaban barcos por el radio de su visión, proyectando sombras contra las luces. Entre las opacas nubes de más allá, percibía el estampido de otros barcos chocando unos con otros. Sin embargo, el peligro acechaba mucho más cerca. Cuando la Astrea se hundió, en su cubierta estaban, como se recordará, su propia dotación y las de las dos galeras que la habían atacado a un mismo tiempo, y las tres fueron engullidas por el abismo. Muchos de aquellos hombres salieron a la superficie juntos, y

sobre los tablones o los soportes de diversa índole continuaba un combate empezado quizás en el fondo del torbellino, varias brazadas debajo.

Encogiéndose y retorciéndose en un abrazo mortal, atacando a veces con la espada o la jabalina, mantenían en agitación las aguas que los rodeaban, aquí negras como la tinta, allá inflamadas en espantosos reflejos. Nada tenía que ver él en sus luchas. Todos eran enemigos. Ni uno habría hecho otra cosa que matarle para arrebatarse el tablón en que flotaba. Ben-Hur procuró alejarse a toda prisa.

En tales circunstancias, percibió el ruido de unos remos en rapidísimo movimiento y vio que se le echaba encima una galera. La alta proa parecía doblemente alta y la roja luz que jugueteaba sobre sus dorados y esculpidos le daba el aspecto de una serpiente viva. Bajo su casco, el agua hervía levantando nubes de voladora espuma.

Ben-Hur se apartó empujando la tabla, excesivamente ancha e ingobernable. Los segundos eran preciosos. La mitad de uno podía salvarle o perderle. En el momento crítico, cuando estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano, un yelmo emergió del mar como un destello de oro, al alcance de su mano. Luego salieron dos manos con los dedos extendidos. Grandes y fuertes eran. Una vez cogidas a algo no habría sido posible hacerles soltar la presa. El yelmo se elevó más, y con él, el rostro que encuadraba. Luego aparecieron dos brazos que se pusieron a azotar el agua furiosamente. La cabeza se volvió atrás, y la luz le dio en la cara. Una boca desencajada. Unos ojos abiertos, pero sin vista. La palidez sin sangre de un hombre que se ahoga... ¡No puede imaginarse nada más lúgubre! Sin embargo, Ben-Hur soltó un grito de gozo ante aquel cuadro. Cuando el rostro se hundía de nuevo, cogió al desventurado por la cadena del yelmo que pasaba por debajo de la barbilla y le arrastró hacia el tablón.

Aquel hombre era Arrio, el tribuno.

Durante un rato, el agua escupió espuma y se arremolinó violentamente alrededor de Ben-Hur, que puso a contribución todas sus fuerzas para continuar agarrado al madero y al mismo tiempo sostener fuera de la superficie la cabeza del romano. La galera había pasado, librándose por poco espacio del golpe de sus remos y cruzando por medio de los hombres que flotaban, aplastando cabezas cubiertas de yelmos lo mismo que otras desnudas, y no dejando otra cosa en su estela que el mar encendido en chispas de fuego. Un choque apagado, seguido de un alarido tremendo, hizo que el salvador apartase la vista de su protegido. Y cierto alborozo salvaje invadió su corazón. La Astrea había sido vengada.

Después de aquello, la batalla cambió de signo. La resistencia se transformó en huida. Pero ¿quiénes eran los vencedores? Ben-Hur comprendía

bien hasta qué punto su libertad y la vida del tribuno dependían de aquella contingencia. Poco a poco empujó el tablón debajo del cuerpo del segundo hasta que la madera lo sostuvo a flote, después de lo cual pudo limitarse a mantenerlo en aquella posición. La aurora venía lentamente. Ben-Hur contemplaba su despliegue, a ratos esperanzado, a ratos con temor. ¿Traería ante sus ojos a los romanos o a los piratas? Si eran los piratas, el tribuno estaba perdido.

Al fin, la mañana se abrió por completo. No soplaba ni un aliento de aire. Lejos, a la izquierda, se veía la tierra. Demasiado distante para intentar ganarla. Aquí y allá flotaban hombres a la deriva, como él mismo. En algunos puntos, fragmentos chamuscados y a veces todavía humeantes ennegrecían el mar. Allá delante, muy lejos, una galera, reposaba con la destrozada vela colgando de una inclinada verga y los remos parados. Todavía más lejos distinguía unos puntos en movimiento, y pensó que acaso fueran barcos en fuga o persiguiendo a otros. O también podían ser blancas aves volando.

Así transcurrió una hora. Su ansiedad crecía. Si no recibían auxilio rápidamente, Arrio moriría. A veces estaba tan quieto que parecía un cadáver. Ben-Hur le quitó el yelmo. Después, con gran dificultad, la coraza. El corazón le latía débilmente. Aquello le dio esperanza, y siguió resistiendo. No podía hacer otra cosa que esperar y, según el estilo de su pueblo, rezar.

Capítulo VI

Arrio adopta a Ben-Hur

Las angustias que sufre el que ha estado a punto de ahogarse y vuelve a la vida son más colorosas que las sufridas cuando se ahogaba. Arrio tuvo que soportarlas, y al final, con gran regocijo de Ben-Hur, estuvo en condiciones de hablar.

De una serie de preguntas incoherentes acerca de dónde estaba y de quién le había salvado y cómo, su mente revirtió a la batalla. La duda sobre quién habría vencido estimuló sus facultades hasta despertarlas por completo, resultado al que contribuía no poco el prolongado descanso. Por lo menos el que pudo disfrutar sobre aquel sostén. Al cabo de un rato, se sintió comunicativo.

—Comprendo que nuestra salvación depende del resultado de la lucha. Veo también lo que has hecho por mí. Para ser justo debo reconocer que me has salvado la vida arriesgando la tuya propia. Lo reconozco abiertamente, y, pase lo que pase, puedes contar con mi agradecimiento. Más aún, si la fortuna me

trata generosamente y salimos con bien de este peligro, te favoreceré como corresponde a un romano que cuenta con medios y oportunidades para demostrar su gratitud. Sin embargo..., sin embargo, queda por ver si, animado por tus buenas intenciones, me has hecho realmente un favor. O más bien, apelando a tu buena voluntad —el romano titubeaba —, quisiera exigirte una promesa de que, si ocurre determinado acontecimiento, me prestarás el mayor servicio que un hombre puede prestar a otro. Y a ello quiero que te obligues ahora.

—Si no se trata de una cosa prohibida, la haré —contestó Ben-Hur.

—¿Eres, en verdad, un hijo de Hur, el judío? —inquirió luego.

—Es como te dije.

—Yo conocí a tu padre...

Judá se acercó más, porque el tribuno tenía la voz muy débil. Se acercó y escuchó con ansiedad. Creía que al final iban a hablarle de su hogar.

—Le conocía y le apreciaba —prosiguió Arrio.

Hubo otra pausa, durante la cual algo desvió los pensamientos del romano.

—No puede ser —continuó después—, que tú, un hijo suyo, no hayas oído hablar de Catón y de Bruto. Fueron grandes, y nunca tan grandes como su muerte. Al morir dejaron esta ley: un romano no puede sobrevivir a su buena fortuna. ¿Me escuchas?

—Te oigo.

—Los patricios de Roma tienen la costumbre de llevar un anillo. Verás uno en mi mano. Cógelo ahora.

Y le presentó la mano a Judá, quien hizo lo que le ordenaban.

—Póntelo en la tuya propia.

Ben-Hur lo hizo.

—La joya sirve para algo —continuó Arrio enseguida—. Yo poseo bienes y dinero. Hasta en la misma Roma me consideran rico. No tengo familia. Enseña el anillo a mi liberto, que gobierna en mi ausencia. Le encontrarás en una villa cerca de Misenum. Dile cómo ha llegado a tu poder y pídele lo que quieras, o todo lo que tenga. No se negará a tu demanda. Si vivo, todavía haré algo mejor por ti. Te haré libre y te restituiré a tu hogar y a tu pueblo, y tú podrás entregarte a la ocupación que más te plazca. ¿Me oyes?

—No tengo más remedio que oírte.

—Entonces, jura. Por los dioses...

—No, buen tribuno. Yo soy judío.

—En este caso, por Dios, o según la fórmula más sagrada para los que pertenecen a tu credo, júrame que harás lo que voy a decirte ahora y del mismo modo que te lo diga. Estoy esperando. Dame tu promesa.

—Noble Arrio, tus maneras me advierten que debo esperar algo de mayor trascendencia. Dime primero lo que desees.

—¿Lo prometerás, entonces?

—Eso sería obligarme de antemano al juramento y... ¡Bendito sea el Dios de mis padres! ¡Allá viene un barco!

—¿En qué dirección?

—Del norte.

—¿Puedes determinar su nacionalidad por algunas señales externas?

—No. Yo siempre serví en los remos.

—¿Luce una bandera?

—No veo ninguna.

Arrio permaneció callado cierto tiempo, al parecer sumido en profunda reflexión.

—¿Continúa hacia acá todavía el barco? —preguntó al final.

—Todavía.

—Mira ahora si ves la bandera.

—No trae ninguna.

—¿Ni algún otro signo?

—Tiene la vela desplegada y es de tres bancos. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Un romano victorioso enarbolaría muchas banderas. Ha de ser un enemigo. Escucha ahora —dijo Arrio, poniéndose otra vez muy serio—. Oye mientras todavía puedo hablar. Si es una galera pirata, tu vida está a salvo. Quizá no te den la libertad. Acaso te pongan de nuevo en el remo, pero no te matarán. En cambio, a mí...

El tribuno tartamudeó.

—¡Por Pólux! —continuó resueltamente—. Soy demasiado viejo para someterme al deshonor. En Roma dirás que Quinto Arrio, como es propio de un tribuno romano, se hundió con su barco en medio del enemigo. Eso es lo que quería que hicieses. Si la galera pertenece a los piratas, empújame fuera

del tablón y ahógame. ¿Me oyes? Jura que lo harás así.

—No quiero jurar —replicó Ben-Hur, con fuerza—. Ni haré lo que me pides. La ley, que es lo que para mí tiene mayor fuerza, oh tribuno, me pediría cuentas de tu vida. Toma tu anillo —añadió, quitandoselo del dedo—, tómallo y retira con él todas las promesas de favorecerme si nos libramos de este peligro. La condena que me envió a galeras por toda la vida me hizo esclavo. Sin embargo, no lo soy, como tampoco soy tu liberto. Soy un hijo de Israel, y en estos momentos, por lo menos, mi propio dueño. Toma el anillo.

Arrio no se movió.

—¿No quieres? —continuó Judá—. Entonces, no por enojo ni empujado por ningún despecho, sino para librarme de una obligación odiosa, daré tu regalo al mar. ¡Mira, oh tribuno!

Y arrojó el anillo lejos de sí. Aunque sin mirar, Arrio oyó el choque de la joya con el agua, en cuyo seno se hundió.

—Has hecho una tontería —dijo—. Una tontería mayúscula en una persona que se encuentre en tu situación. No dependo de ti para morir. La vida es un hilo que puedo romper sin tu ayuda. Y si lo rompo, ¿qué será de ti? Los hombres resueltos a morir prefieren perecer a manos de otros, por la razón de que el alma que Platón nos dio se rebela ante la idea de destruirse a sí misma. Eso es todo. Si la galera es de los piratas, escaparé de este mundo. Estoy decidido. Soy romano. La victoria y el honor lo son todo. Sin embargo, yo te habría servido y tú no has querido. El sello era lo único que podía atestiguar mi voluntad en estos momentos. Ambos estamos perdidos. Yo moriré echando de menos el triunfo y la gloria que me habrían arrebatado. Tú vivirás para morir uní poco más tarde, lamentando haber cometido la locura de no cumplir los piadosos deberes que te exigía. Te compadezco.

Ben-Hur vio con más claridad que antes las consecuencias de su gesto, pero no vaciló.

—En mis tres años de esclavitud, oh tribuno, tú has sido el primero que me miró con afecto. ¡No, no! Hubo otro —su voz descendió de tono, los ojos se le humedecieron y vio claramente, como si la tuviera delante en aquel mismo momento, la cara del muchacho que le dio de beber junto al antiguo pozo de Nazaret—. Por lo menos, tú fuiste el primero que me preguntó quién era. Y si al extender el brazo para cogerte cuando estabas ciego e ibas a hundirte por última vez también yo pensé en los muchos beneficios que podrías reportarme en mi calamidad, no lo hice, a pesar de todo, por puro egoísmo. Te ruego que lo creas. Por otra parte, según la manera de entender que Dios me concede en esta ocasión, los fines que mis sueños acarician han de ser conseguidos únicamente por medios lícitos. El imperativo de mi conciencia me ordena que

muera contigo antes que ser tu asesino. Mi resolución es tan firme como la tuya, oh tribuno. Aunque me ofrecieras toda Roma y la oferta fuese válida porque tú fueras el dueño de ella, no te mataría. Tu Catón y tu Bruto no eran sino niños pequeños comparados con los hebreos cuya ley debe obedecer todo judío.

—Pero yo te lo he ordenado. ¿Has...?

—Aunque tu mundo fuese mucho más elevado, no me impresionaría. No tengo más que decir.

Ambos se quedaron callados, esperando.

Ben-Hur miraba a menudo hacia el barco que se acercaba. Arrio reposaba con los ojos cerrados, indiferente.

—¿Estás seguro de que es un enemigo? —preguntó Ben-Hur.

—Así lo creo —respondió el otro.

—Ahora se para y baja un bote por el costado.

—¿Ves su bandera?

—¿No hay ningún otro signo por el cual podamos conocer si es romano?

—Si lo fuese, traería un yelmo sobre la punta del mástil.

—Entonces, alégrate. Veo el yelmo.

Arrio todavía no se tranquilizaba.

—Los ocupantes del bote están recogiendo a los náufragos —dijo Ben-Hur—. Los piratas no son humanitarios.

—Acaso necesiten remeros —replicó Arrio, acordándose posiblemente de las ocasiones en que había rescatado gente para ese propósito.

Ben-Hur estaba atento a las acciones de los desconocidos.

—El barco se aleja —dijo.

—¿Hacia dónde?

—Allá a nuestra derecha hay una galera que parece abandonada. La que venía pone rumbo hacia ella. Ahora está a su lado. Ahora envía hombres a bordo.

Entonces, Arrio abrió los ojos y salió de su impasibilidad.

—Da gracias a tu Dios —le dijo a Ben-Hur, después de haber dirigido una mirada a las galeras—. Da gracias a tu Dios, como yo las doy a mis numerosos dioses. Un pirata no salvaría un barco. Lo hundiría. Por esta acción y por el yelmo del mástil, conozco que es romano. La victoria es mía. No me ha

abandonado la Fortuna. Estamos salvados. Agita la mano, llámalos. Tráelos acá prestamente. Yo seré duunviro y tú... Yo conocía a tu padre y le amaba. Era realmente un príncipe. Él me enseñó que un judío no es un bárbaro. Te llevaré conmigo. Serás mi hijo. Da gracias a tu Dios y llama a los marineros. ¡Deprisa! Hay que continuar la persecución. No ha de escapar ni un solo pirata. ¡Dales prisa!

Judá se incorporó sobre el tablón, agitó la mano y gritó con todas sus fuerzas. Al final llamó la atención de los marineros del bote, que fueron enseguida a recogerlos. Arrio fue recibido en la galera con todos los honores de un héroe singularmente favorecido por la Fortuna. Tendido sobre un lecho de cubierta, escuchaba los detalles de la conclusión de la lucha. Cuando todos los supervivientes que flotaban en el mar estuvieron a salvo, y el premio de la victoria asegurado, enarboló de nuevo su bandera de comandante y se lanzó hacia el norte para reunirse con la flota y completar la victoria. A su debido tiempo, los cincuenta navíos que bajaban por el canal cerraron sobre los piratas fugitivos y los aplastaron por completo. Ni uno escapó. Acrecentando la gloria del tribuno, veinte galeras enemigas fueron capturadas.

En el dique de Misenum, al regresar de su crucero, Arrio fue objeto de una cálida recepción. El joven que le acompañaba atrajo pronto la curiosidad de los amigos congregados allí, y, cuando preguntaron quién era, el tribuno se puso a explicarles con profundo afecto de qué modo había sido salvado, y les presentó al extranjero, omitiendo cuidadosamente todo lo relativo a la historia anterior de éste. Al terminar su narración, llamó a Ben-Hur a su lado y dijo, apoyando una mano cariñosa sobre su hombro:

—Buenos amigos, éste es mi hijo y heredero, al cual, ya que ha de heredar mis bienes (si es voluntad de los dioses que deje alguno), conoceréis por mi nombre. Os ruego que le améis como me amáis a mí.

Con toda la rapidez que permitía la ocasión, llevaron los requisitos legales necesarios para que Ben-Hur pasase a ser hijo adoptivo de Arrio. De esta manera, cumplió el valiente romano la promesa hecha a Ben-Hur, introduciéndole felizmente en el mundo imperial. Al mes siguiente del regreso de Arrio, en el teatro de Scauros se celebró con toda magnificencia el Armilustrium. Un costado del edificio quedó engalanado con trofeos militares entre los cuales los más visibles eran veinte proas complementadas por sus correspondientes aplustros, audazmente arrancadas de otras tantas galeras. Y sobre ellas, de modo que los ochenta mil espectadores allí sentados pudieran leerla, había esta inscripción:

CAPTURADAS A LOS PIRATAS
EN EL ESTRECHO DE EURIPO

POR
QUINTO ARRIO
DUUNVIRO

LIBRO IV

Capítulo I
En Antioquía

Llegamos ahora al mes de julio del año 29 del Señor, a Antioquía, la Reina de Oriente y, después de Roma, la ciudad más fuerte, si no la más populosa del mundo.

Hay quien opina que los vicios y extravagancias de aquella época tuvieron su origen en Roma y de allí se propagaron a todo el Imperio, y que las grandes ciudades no hacían otra cosa sino reflejar los estilos de su dueña, la del Tíber. Debemos poner en duda el acierto de semejante opinión. Los conquistadores reaccionaron influyendo en la moral del conquistador. Roma encontró en Grecia una fuente de corrupción, y lo mismo en Egipto. De modo que, cuando haya agotado el tema, el erudito cerrará los libros, seguro y convencido de que el río desmoralizador corría desde Oriente hacia Occidente, y de que esa ciudad, Antioquía, una de las más antiguas sedes del poder y el esplendor asirios, era una de las fuentes principales del mortífero caudal.

Una galera de transporte entraba por la desembocadura del río Orontes, procedente de las azules aguas del mar. Era por la mañana. Hacía mucho calor y, sin embargo, todos los que podían concederse tal privilegio se encontraban en cubierta. Ben-Hur, entre otros.

Los cinco años transcurridos habían dejado al joven judío en plena virilidad. A pesar de que la túnica de blanco lino con que se vestía disimulaba algo su figura, su presencia poseía un atractivo inusitado. Hacía una hora o más que había ocupado un asiento a la sombra de la vela, y durante aquel rato, varios pasajeros de su propia nacionalidad habían intentado trabar conversación con él, pero había sido en vano. Ben-Hur había contestado a sus preguntas brevemente, si bien con grave cortesía, y en lengua latina. La pureza de su dicción, sus cultivados modales, su reserva, todo servía para estimular todavía más la curiosidad. A los que le observaban de cerca les llamaba la atención cierta incongruencia entre su porte, que tenía la soltura y la gracia del

de un patricio, y ciertos detalles de su persona. Así, sus brazos eran desproporcionadamente largos, y cuando se cogía a algún sitio para protegerse de los movimientos del barco, se hacía notar el tamaño de sus manos y la fuerza innegable que se adivinaba en ellas, de modo que a la curiosidad por saber qué y quién era, se mezclaba continuamente el deseo de conocer los pormenores de su vida. En resumen, no se puede describir mejor su aspecto que con la siguiente frase: este hombre tiene una historia que contar.

Durante el viaje, la galera se había parado en uno de los puertos de Chipre, donde habían recogido a un hebreo de aspecto muy venerable, callado, reservado, paternal. Ben-Hur se aventuró a dirigirle algunas preguntas. Las respuestas ganaron su confianza, y el intento terminó en una animada conversación.

Quiso la casualidad que cuando la galera, procedente de Chipre, penetraba en la bahía del Orontes, otros dos barcos a los cuales habían avistado en el mar entraran en el río al mismo tiempo; al pasar, los dos enarbolaron unas banderolas del amarillo más brillante. Se hicieron muchas conjeturas acerca del significado de aquellas señales. Por fin, un pasajero se dirigió al respetable hebreo solicitando información sobre aquel particular.

—Sí, conozco el significado de las banderas —contestó éste—. No indican ninguna nacionalidad. Declaran meramente a quién pertenece el navío.

—¿Posee otros muchos su propietario?

—En efecto.

—¿Le conoces?

—He tratado con él.

Los pasajeros miraban al hebreo como pidiéndole que continuara. Ben-Hur escuchaba con interés.

—Vive en Antioquía —prosiguió el hebreo, con su sosiego característico—. Las inmensas riquezas que posee le han hecho popular, y no siempre se habla de él con afecto. Había antes en Jerusalén un príncipe perteneciente a una familia muy antigua llamado Hur.

Judá hizo un esfuerzo para conservar la compostura, pero su corazón latía aceleradamente.

—El tal príncipe era mercader, y poseía un genio especial para los negocios. Montó muchas empresas. Unas con ramificaciones hacia el lejano Oriente, otras ramificándose hacia el oeste. Tenía sucursales en las grandes ciudades. Cuidaba de la de Antioquía un hombre llamado Simónides, que al decir de algunos, había sido un siervo de la familia, y, aunque llevara nombre griego, era israelita. El amo murió ahogado en el mar. No obstante, sus

empresas continuaron en marcha y casi con la misma prosperidad. Pero al cabo de un tiempo, el infortunio se cebó en su familia. El único hijo del príncipe, ya mayorcito, intentó matar al procurador Graco en una de las calles de Jerusalén. Poco faltó para lograr su empeño, y desde entonces no se ha sabido nada más de él. Lo cierto es que el furor romano se descargó contra toda la familia. No quedó con vida nadie que llevase aquel nombre. Su palacio fue sellado, y ahora sirve de refugio a las palomas. Sus bienes fueron confiscados. Todo lo que se pudo averiguar que pertenecía a los Hur fue confiscado. El procurador se curó la herida con bálsamo de oro.

—Quieres decir que se apropió los bienes —puntualizó uno de los oyentes.

—Eso dicen —contestó el hebreo—. Yo me limito a contar la historia tal como me la contaron a mí. Siguiendo con nuestro relato, Simónides, que había sido el representante del príncipe aquí en Antioquía, al cabo de poco tiempo se puso a comerciar por su propia cuenta, y en un tiempo increíblemente corto se convirtió en el más poderoso de los mercaderes de la ciudad. Imitando a su antiguo dueño, envió caravanas a la India. Y actualmente tiene en el mar galeras suficientes para formar una flota regia. Dicen que nada le sale mal. Sus camellos nunca mueren, si no es de viejos. Sus barcos jamás se hunden. Si echa una piedra al río la sacará luego convertida en oro.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Menos de diez años.

—Hubo de arrancar con una buena base.

—Sí, dicen que de los bienes de príncipe el procurador sólo cogió los que encontró al alcance de su mano: caballos, ganados, casas, tierras, barcos, mercancías. El dinero no pudieron hallarlo, aunque tenía que haber sumas inmensas. Qué se hiciera del mismo, ha sido un misterio que ha quedado sin solución.

—Para mí, no —dijo un pasajero, en tono de mofa.

—Te comprendo —respondió el hebreo—. Otros han tenido la misma idea. Es creencia común que le sirvió de base de partida a Simónides. El mismo procurador comparte esta opinión (o la compartía, por lo menos), pues en el espacio de cinco años, dos veces ha cogido al mercader y lo ha sometido a tormento.

La mano de Judá estrujaba la cuerda que tenía asida.

—Se dice —prosiguió el narrador—, que en el cuerpo de aquel hombre no queda hueso sano. La última vez que le vi estaba sentado en un sillón, inválido e informe, sostenido por almohadones.

—¡Qué modo de torturarlo! —exclamaron varios oyentes en un aliento de

VOZ.

—Ninguna dolencia habría podido producir una deformidad tal. Sin embargo, los sufrimientos no hicieron mella en él. Todo lo que tenía le pertenecía legalmente, y lo utilizaba de acuerdo con la ley. No pudieron arrancarle otra confesión. Ahora, empero, está fuera del alcance de toda persecución. Tiene una licencia para comerciar firmada por el mismo Tiberio.

—La ha pagado con creces, lo garantizo.

—Esos barcos son suyos —continuó el hebreo, pasando por alto el comentario—. Es costumbre entre sus marineros saludarse cuando se encuentran por el mar desplegando banderas amarillas, consigna que significa: "Hemos tenido un viaje afortunado".

La historia terminó aquí. Cuando el transporte estuvo bien adentro del canal del río, Judá se dirigió al hebreo.

—¿Cómo se llamaba el amo del mercader?

—Ben-Hur, príncipe de Jerusalén.

—¿Qué fue de la familia del príncipe?

—Al muchacho lo enviaron a galeras. Yo diría que ha muerto. El plazo de vida que permite semejante sentencia suele ser de un año. De la viuda y de la hija, nada se ha sabido. Los que saben la suerte que corrieron no quieren hablar. Sin duda murieron en uno de los castillos que bordean los caminos de Judea.

Judá se acercó a la dependencia del piloto. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que no se fijaba en las orillas del río, de una soberana belleza desde el mar hasta la ciudad, con vergeles de parras y todas las frutas de Siria, y pobladas de villas tan lujosas como las de Nápoles. Tampoco observaba los navíos pasando como una flota interminable, ni oía los cantos y los gritos de los marineros, unos trabajando y otros divirtiéndose. La luz del sol inundaba el firmamento, desparramando una cálida bruma sobre la tierra y el agua. En ninguna parte sino en su vida había la menor sombra. Una sola vez despertó, momentáneamente interesado, y fue cuando uno señaló el bosque de Dafne, divisible desde un recodo del río.

Capítulo II

En el Orontes

Cuando la ciudad se desplegó ante su vista, los pasajeros estaban a

cubierta, afanosos de no perderse nada de aquella escena. El respetable judío ya presentado al lector era el que más se distinguía dando detalles.

—Aquí el río corre en dirección oeste —decía, como respondiendo a todos en general—. Recuerdo cuando lamía la base de las murallas. Pero desde que somos súbditos romanos hemos vivido en paz. Y como ocurre siempre en épocas así, el comercio ha conseguido lo que quería: toda la orilla del río está llena de muelles y desembarcaderos. Allá —y el hebreo señalaba hacia el sur—, está el monte Casio, o, como la gente de aquí le gusta llamarle, la montaña del Orontes, mirando hacia su hermana Amnio, en el norte. Y entre los dos se extiende la llanura de Antioquía. Más lejos están las Montañas Negras, de donde los Acueductos de los Reyes traen el agua más pura a las sedientas calles y a sus pobladores, a pesar de que dichas montañas son una espesura de bosques agrestes, salvajes, densos y llenos de pájaros y de animales salvajes.

—¿Dónde está el lago? —preguntó uno.

—Allí, hacia el norte. Provéete de un caballo, si quieres visitarlo, o, mejor aún, de un bote, porque un tributario lo une con el río.

—¡El bosque de Dafne! —exclamó, dirigiéndose a un tercer interrogador—. Nadie sería capaz de describirlo, pero mira, Apolo lo empezó y lo terminó. Lo prefiere al Olimpo. La gente va para verlo un momento (un momento nada más) y nunca se marcha de allí. Tienen un refrán que lo explica todo: "Mejor ser un gusano y alimentarse en los morales de Dafne que huésped del rey".

—¿De modo que me aconsejas que me mantenga apartado de aquel paraje?

—¡De ningún modo! Tú irás. Todo el mundo va: el filósofo cínico, el muchacho viril, las mujeres, los sacerdotes... Todos van. Tan seguro estoy de que lo harás que me tomo la molestia de darte un consejo. No busques alojamiento en la ciudad. Sería perder el tiempo. Vete enseguida a la población que se levanta a la orilla del bosque. Se pasa por un jardín rociado por muchas fuentes. Los adoradores del dios y de su doncella Penaea edificaron la villa, y en sus pórticos y senderos hallarás tipos, trajes, dulzuras y linajes en otro sitio imposibles. Pero, ¡ah, la muralla de la población!, allí está, la obra maestra de Xeraeus, el maestro de la arquitectura mural.

Todos los ojos siguieron la dirección que señalaba su índice.

—Aquella parte fue construida por orden del primer seléucida. Trescientos años de vida lo han hecho un trozo más de la peña sobre la cual descansa.

El defensivo muro justificaba el encomio. Alto, sólido, con muchos y atrevidos ángulos, doblaba hacia el sur hasta perderse de vista.

—En su cima hay cuatrocientas torres, y cada una es un depósito de reserva de agua —continuó el hebreo—. ¡Mirad ahora! Por encima del muro, a

pesar de su altura, se ven en la distancia dos montes, que quizá conozcáis como las crestas rivales del Sulpio. La edificación que se levanta sobre el que está más lejos es la ciudadela; la guarnece todo el año una legión romana. Enfrente de ella y por esta parte se levanta el templo de Júpiter, y más abajo, la fachada de la residencia del legado, a un tiempo palacio lleno de dependencias y fortaleza contra la cual se estrellaría la turba inofensivamente como un viento del sur.

En ese punto, los marineros empezaron a reducir vela, con lo cual el hebreo exclamó apasionadamente:

—Los que odiáis el mar y los que estáis acostumbrados a pronunciar votos por llegar, ¡mirad! Preparad ya vuestras maldiciones y vuestras plegarias. Aquel puente de allá, sobre el cual pasa el camino hacia Seleucia, señala el límite de la navegación. Allí los camellos cargan lo que han descargado los buques, si va destinado a otros lugares. Más allá del puente empieza la isla en la que Calínico edificó su ciudad nueva, enlazándola con cinco grandes viaductos, tan sólidos que ni el tiempo ni las avenidas del río ni los terremotos han dejado huella en ellos. De la ciudad principal os diré, amigos míos, que el haberla visto iluminaría todos los días de vuestras respectivas vidas.

Cuando el informador terminaba, el barco viró y se acercó lentamente al desembarcadero contiguo a la muralla, poniendo más claramente a la vista la vida que bullía a lo largo del río en aquel paraje. Por fin echaron las pasarelas y guardaron los remos. El viaje había terminado. Entonces Ben-Hur buscó al respetable hebreo.

—Permíteme molestarte un poco antes de decirte adiós.

El hombre asintió con una inclinación.

—La historia del mercader ha despertado mi curiosidad y me ha hecho concebir la idea de verle. ¿Has dicho que se llama Simónides?

—Sí. Es judío con nombre griego.

—¿Dónde lo podría encontrar?

El conocido del mercader le dirigió una mirada penetrante antes de contestar:

—Quizá vale la pena que te ahorre una mortificación. Simónides no es un prestamista.

—Tampoco soy yo uno que pide dinero prestado —dijo Ben-Hur, sonriéndose de la malicia del otro.

El hombre levantó la cabeza y reflexionó unos instantes.

—Podría imaginarse —respondió luego—, que el comerciante más rico de

Antioquía tuviera para su negocio una casa en consonancia con su riqueza. Pero si quieres encontrarle de día, sigue el río hasta aquel puente de allá, bajo el cual tiene sus cuarteles en un edificio que parece un contrafuerte de la muralla. Delante de las puertas hay un inmenso desembarcadero, siempre cubierto de mercancías que han llegado o que hay que desembarcar. La flota allí encallada es suya. No puedes equivocarte. Le encontrarás.

—Muchas gracias.

—La paz de nuestros padres sea contigo.

—Y contigo.

Dos mozos de cuerda cargados con el equipaje de Ben-Hur recibieron las órdenes que éste les dio en el muelle.

—A la ciudadela —les dijo.

El mandato indicaba que el recién llegado traía algún encargo militar oficial. Dos grandes calles que se cortaban en ángulo recto dividían la ciudad en cuatro sectores. Al principio de una de ellas se levantaba un edificio curioso e inmenso, llamado el Nymphaeum, que corría en dirección norte. A pesar de haber salido recientemente de Roma, cuando los mozos, tras haber llegado a la avenida, doblaron hacia el sur, la magnificencia de aquella arteria urbana dejó maravillado al joven judío. A derecha e izquierda se sucedían los palacios, y entre ellos se extendían indefinidamente dobles columnatas de mármol, dejando espacios separados para peatones, animales de carga y vehículos rodados, todos bajo la sombra y refrescados por fuentes que fluían incesantemente. Ben-Hur no estaba de humor para gozar del espectáculo. La historia de Simónides absorbía todos sus pensamientos. Llegado al Omphalo, un monumento de cuatro arcos anchos como las calles que Epiphanes, el octavo de los seléucidas, se había erigido a sí mismo, cambió repentinamente de idea.

—Esta noche no quiero ir a la ciudadela —les dijo a los mozos—. Llévame al khan más cercano al puente de la calzada, de Seleucia.

El grupo dio media vuelta, y antes de mucho rato, Ben-Hur se encontró acomodado en una taberna de construcción primitiva, si bien anchurosa, a la distancia de una pedrada del puente debajo del cual tenía sus cuarteles Simónides. Toda la noche la pasó en la azotea. En su mente se mantenía vivo un pensamiento: "Ahora, ahora tendré noticias de mi casa, de mi madre, de mi querida hermanita Tirzah. Si siguen en este mundo, las encontraré".

Capítulo III

La petición de Simónides

Al día siguiente, temprano, a fin de pasar desapercibido, Ben-Hur buscó la casa de Simónides. Penetrando por una entrada almenada, pasó a una sucesión de muelles, desde los cuales subió río arriba en medio de un tráfico febril hasta llegar al puente seleucio, bajo el cual se detuvo a contemplar la escena. Allí, inmediatamente debajo del puente, estaba la casa del mercader, mole de piedra gris sin trabajar, a la que no era posible atribuir ningún estilo y que ofrecía el aspecto descrito por el viajero, es decir, el de un contrafuerte de la muralla contra la que se recostaba. En la fachada, dos inmensas puertas comunicaban con el muelle. Unos agujeros de la parte superior, provistos de gruesas rejas, hacían el oficio de ventanas. En las grietas de las paredes se mecía la hierba y, en algunos sitios, un musgo negro salpicaba las piedras, por todo lo demás desnudas.

Las puertas estaban abiertas. Por una entraban los géneros; por la otra salían. Y todo el mundo se movía con gran prisa, precipitadamente.

En el muelle había montones de géneros enfardados de todas las maneras posibles y grupos de esclavos, desnudos hasta la cintura, yendo y viniendo con la despreocupación del que no piensa sino en el trabajo. Debajo del puente había una flota de galeras, unas cargando y otras descargando. Todos los mástiles ostentaban una banderola amarilla. Del muelle a la flota y de barco en barco, los servidores del tráfico iban y venían formando bulliciosas contracorrientes.

Encima del puente y al otro lado del río, de la orilla del agua se levantaba un muro sobre el cual se erguían las caprichosas cornisas y los torreones de un palacio imperial, cubriendo todo el espacio de la isla mencionada por el hebreo en su descripción. Pero, a pesar de todos sus atractivos, Ben-Hur apenas se fijó en ella. No se ocupaba sino de pensar que al fin sabría noticias de su familia, siempre que fuese verdad que Simónides había sido un esclavo de su padre. Sin embargo, ¿querría reconocer aquel hombre la relación que hubo entre él y el príncipe? Eso equivaldría a renunciar a sus riquezas y al emporio comercial del que tan regia muestra aparecía desplegada en el muelle y en el río. Y otra cosa de trascendencia todavía mayor para el mercader: significaría abandonar la carrera en medio de un éxito pasmoso, y declararse a sí mismo esclavo otra vez. Nada más pensarlo un momento, una petición tal parecía una monstruosidad. Desnudándola de ropajes diplomáticos, era lo mismo que decir: "Tú eres un esclavo mío. Dame todo lo que posees, y hasta tu misma persona".

Sin embargo, la fe en sus derechos y la esperanza, que ocupaba mayor espacio en su corazón, daban ánimo a Ben-Hur para la entrevista. Si la historia

a la que había prestado oídos era cierta, Simónides le pertenecía, con todo lo que poseyese. Haciendo honor a la justicia, sea dicho que a Ben-Hur le importaban poco las riquezas. Cuando se encaminó hacia la puerta, bien tomada su determinación, se hizo una promesa a sí mismo: "Que me dé noticias de mi madre y de Tirzah, y yo le daré la libertad sin pedirle cuentas".

El interior de la casa era el de un vasto almacén dividido en ordenados departamentos en los que, cuidadosamente colocados, se amontonaban en pilas separadas géneros de todas clases. Aunque la luz era escasa y triste y el aire sofocante, los hombres iban de un lado para otro con paso vivo. En algunos sitios vio Ben-Hur a hombres armados de sierras y martillos embalando mercancías. Caminando despacio por la callejuela que formaban las pilas, se preguntaba si el hombre de cuyo genio se le ofrecían tan abundantes pruebas había podido ser un esclavo de su padre. Y en caso afirmativo, ¿a qué clase perteneció? Si era judío, ¿había nacido de algún sirviente? ¿O era un deudor, o el hijo de alguno? ¿O le habían condenado por ladrón? Esta sucesión de pensamientos no alteraba lo más mínimo el respeto creciente que le inspiraba el mercader. Un respeto del que él mismo se daba cuenta cada vez con mayor claridad. Una de las características de la admiración que sentimos por otra persona es la de que busca continuamente circunstancias que la justifiquen.

Al fin se le acercó un hombre y le dirigió la palabra.

—¿Qué deseas?

—Quiero ver a Simónides, el mercader.

—¿Quieres venir por aquí?

Siguiendo un buen número de callejuelas del almacén llegaron por último a un tramo de escaleras, ascendiendo las cuales se encontró Ben-Hur en el techo del depósito de mercancías y delante de una construcción que podría describirse diciendo que se trataba de una casa menor, de piedra, edificada sobre otra, invisible desde el desembarcadero y sobresaliendo al oeste del puente bajo el cielo libre. La azotea, encerrada por un muro bajo, parecía una tenaza, cuya abundancia de brillantes flores asombraba al visitante. En medio de aquel precioso cinturón se hallaba la casa, simple bloque cuadrado, sin otra abertura que una entrada en la fachada. Un sendero limpio de polvo conducía hasta la puerta, por entre una doble hilera de rosales persas en plena floración. Respirando el dulce perfume de las rosas, Ben-Hur siguió al guía. Al extremo de un oscuro pasillo interior, se detuvieron delante de una cortina entreabierta.

El sirviente dijo, con voz sonora:

—Hay un extranjero que quiere ver al dueño.

Una voz clara respondió:

—Que entre, en nombre de Dios.

Al departamento en el que fue introducido el visitante romano le habría dado el nombre de atrio. Las paredes estaban artesonadas. Cada panel formaba un compartimiento semejante a un despacho moderno y todos los compartimientos estaban llenos de folios debidamente rotulados, teñidos por el tiempo y el uso. Entre los paneles y encima y debajo de éstos corrían bordillos de madera, en otro tiempo blanca y entonces teñida de un color crema, trabajada en una filigrana de maravilloso dibujo. Encima de una cornisa de bolas doradas, se levantaba el techo a modo de pabellón, interrumpido luego en una cúpula de poca altura formada de centenares de panes de mica violeta, que daban paso a un chorro de luz deliciosamente sedante. El suelo estaba cubierto con alfombras grises, de un grosor tal que el pie que las invadía quedaba medio enterrado y no producía el menor ruido.

Bajo la luz central del aposento había dos personas: un hombre descansaba en un sillón de elevado respaldo y anchos brazos, tapizado de doblados almohadones, y, a su izquierda, apoyándose en el respaldo del asiento, una joven que era como un capullo de rosa presto a abrirse en esplendorosa mujer. Al verla, Ben-Hur sintió que la sangre sonrojaba su frente, y habiéndose inclinado, tanto para recobrar la presencia de ánimo como en señal de respeto, no pudo ver el gesto de levantar las manos, ni el estremecimiento y el movimiento de sorpresa exteriorizados por el ocupante del sillón en el momento de fijar la mirada en el recién llegado. Una emoción que se fue con la misma rapidez con que se había presentado. Cuando Ben-Hur levantó los ojos, hombre y muchacha estaban en la misma posición, excepto que la mano de la muchacha había descendido y ahora descansaba sobre el hombro del inválido. Ambos le miraban fijamente.

—Si eres Simónides, el mercader, y eres judío... —Ben-Hur se interrumpió un instante—, que la paz del Dios de Abraham sea contigo y con los tuyos.

Las últimas palabras se dirigían a la joven.

—Yo soy el Simónides que dices, judío por derecho de nacimiento —respondió el hombre, con una voz singularmente clara—. Soy Simónides y soy judío, y correspondo a tu saludo, rogándote enseguida que me permitas saber quién ha venido a verme.

Mientras Ben-Hur escuchaba la respuesta, sus ojos advertían que la figura del hombre, en vez de tener la forma que corresponde a una persona sana, no era sino un montón informe hundido en las profundidades de los cojines, cubierta por una acolchada bata de seda oscura. Sobre aquella deformidad

destacaba una cabeza de proporciones regias (el tipo ideal de cabeza de estadista y de conquistador), una testa de ancha base y abovedada por delante, tal como Miguel Ángel la habría modelado para su César. El blanco cabello descendía en despoblados mechones sobre las blancas cejas, acentuando la negrura de los ojos que brillaban entre ellos como luces melancólicas. La cara parecía huérfana de sangre, y la arrugaban múltiples pliegues, especialmente debajo de la barbilla. En otras palabras, aquella cabeza y aquella cara eran las de un hombre más capaz de mover al mundo que el mundo de moverle a él. Un hombre con temple suficiente para sufrir dos veces doce sesiones de tortura hasta terminar en el deforme inválido que era, sin un gemido, y mucho menos una confesión. Un hombre dispuesto a renunciar a la vida, pero jamás a un propósito, ni tampoco a una resolución. Un hombre nacido con armadura, vulnerable sólo a través de lo que amaba. Hacia él extendió Ben-Hur las manos, abiertas y con la palma hacia arriba, como ofreciéndole la paz al mismo tiempo que se la pedía.

—Yo soy Judá, hijo de Ithamar, el difunto jefe de la casa de Hur, y príncipe de Jerusalén.

La mano derecha del mercader (una mano larga y delgada, que se había adaptado a fuerza de sufrimientos a su deformidad), extendida fuera de la túnica, se cerró con fuerza. Por lo demás, su dueño no dio la menor prueba de emoción. No hizo nada que permitiese suponer en él sorpresa ni interés alguno. No exteriorizó nada sino esta sosegada respuesta:

—Los príncipes de Jerusalén, de sangre pura, son siempre bienvenidos a mi casa. Bienvenido seas tú. Dale un asiento al joven, Esther.

La muchacha cogió una otomana que había allí cerca y la llevó a donde estaba Ben-Hur. Al levantarse, después de haber colocado el asiento, los ojos de ambos se encontraron.

—La paz del Señor sea contigo —le dijo pudorosamente—. Siéntate y descansa.

La muchacha volvió a su puesto junto al sillón sin haber adivinado el objetivo del visitante. Las facultades de la mujer no llegan hasta ese punto. Si se trata de sentimientos más delicados, tales como la compasión, la misericordia, la simpatía, éstos sí los perciben. Y en ello radica la diferencia entre ella y el hombre. Una diferencia que perdurará mientras la mujer continúe siendo, por naturaleza, más sensible a los sentimientos mencionados. Con espontánea simplicidad, la joven daba por seguro que aquel joven venía a curarse una herida que su vida había sufrido. Sin ocupar el asiento que le ofrecían, Ben-Hur dijo con profunda deferencia:

—Ruego al buen amo Simónides que no me tome por un intruso. Subiendo

ayer por el río, me enteré de que conocías a mi padre.

—Conocí al príncipe Hur. Estuvimos asociados para ciertas empresas permitidas a los mercaderes que buscan ganancias en países situados al otro lado del mar y del desierto. Pero, siéntate, te lo ruego... Esther, tráele vino al joven. Nohemías habla de un hijo de Hur que en otro tiempo gobernó la mitad de Jerusalén. ¡Vieja casa la de Hur! ¡Vieja de verdad, por nuestra fe! En los días de Moisés y de Josué, incluso hubo algunos de sus vástagos que hallaron gracia a los ojos de Dios y participaron de los honores tributados a los príncipes de los hombres. Apenas cabe suponer que su descendiente, venido de línea directa hasta nosotros, rechace un vaso de vino generoso, del auténtico vino de Sorek, criado en las faldas meridionales del Hebrón.

Cuando el discurso del mercader hubo terminado, Esther se encontraba ya delante de Ben-Hur con una taza de plata llenada de un jarrón que había encima de una mesa algo apartada del sillón. Ofrecía la bebida con la faz inclinada hacia el suelo. Ben-Hur le tocó la mano ligeramente para apartar la taza. Sus ojos se encontraron de nuevo, y en ese instante el joven advirtió que era bajita, no le llegaba ni a la altura del hombro, pero muy graciosa y de cara hermosa y dulce, con unos ojos negros e indeciblemente suaves. "Es cariñosa y bonita —pensó—, y tiene el mismo aire que tendría Tirzah si viviera. ¡Pobre Tirzah!".

Luego, dijo en voz alta:

—No, tu padre, si lo es...

—Yo soy Esther, la hija de Simónides —respondió ella, con dignidad.

—Entonces, hermosa Esther, cuando tu padre haya escuchado lo que voy a decirle no formará mala opinión de mí, aunque no me apresure a probar su vino, de famosa cosecha, como tampoco espero perder gracia ante ti. ¡Quédate aquí conmigo un momento!

Ambos jóvenes se volvieron hacia el mercader, como haciendo causa común.

—¡Simónides! —dijo entonces Ben-Hur, con tristeza—. ¡Mi padre, al morir, tenía un sirviente de tu nombre y me han dicho que aquel sirviente eres tú!

Las piernas del mercader se movieron bruscamente debajo de la túnica, y la delgada mano se crispó.

—¡Esther, Esther! —llamó, con voz severa—. ¡Aquí, no ahí, pues tú eres hija de tu madre y mía! ¡Aquí, no ahí, te digo!

La joven miró al padre y luego al visitante. Después, dejó la taza sobre la mesa y se fue, obediente, al lado de aquél. En su cara se pintaban visiblemente

la admiración y el temor.

Simónides levantó la mano izquierda, abandonándola en la de la muchacha, que se había apoyado amorosa en su hombro y dijo, desapasionadamente:

—He envejecido tratando con los hombres. Si el que te dijo lo que has referido era un amigo enterado de mi historia y no pasó demasiado someramente sobre ella, hubo de persuadirte de que soy un hombre que no puede por menos de desconfiar de los de su estirpe. El Dios de Israel ayude al que, al final de su vida, se ve precisado a hacer tal confesión. Son pocos los amores que tengo, pero los tengo. Uno de ellos es un alma —y aquí se llevó la mano que sostenía la suya a los labios, en un gesto inconfundible—, un alma que hasta este momento se ha entregado a mí despojada de todo egoísmo, sirviéndome de un consuelo tan grande que si me lo arrebataran me moriría.

Esther dejó caer la cabeza, hasta que su mejilla estuvo en contacto con la de su padre.

—El otro amor no es sino un recuerdo. Acerca del cual añadiré que, como una bendición del Señor, abarcaba a toda una familia. ¡Y ojalá —la voz de Simónides bajó de tono y se puso temblorosa—, ojalá supiera dónde están los que la formaban! La cara de Ben-Hur se coloreó, y dando un paso adelante, gritó impulsivamente:

—¡Mi madre y mi hermana! ¡Ah, es a ella a quien te refieres! Esther levantó la cabeza como si el joven le hubiese dirigido aquellas palabras a ella.

Pero Simónides, recobrando la calma, respondió fríamente:

—Escúchame hasta que termine. Por ser yo lo que soy, y por los amores de que te he hablado, antes de contestar a tu pregunta acerca de mis relaciones con el príncipe Hur, y como eres tú: ¿tienes algún testimonio escrito? ¿O ha venido en persona?

La pregunta era clarísima, y el derecho a hacerla, indiscutible. Ben-Hur se sonrojó, juntó las manos, balbuceó y se volvió sin saber qué hacer. Simónides le insistió:

—¡Las pruebas, las pruebas, digo yo! ¡Preséntamelas! ¡Deposítalas en mis manos!

Ben-Hur no contestó nada. No había previsto la demanda, y ahora que se producía, se dio cuenta, como nunca se había dado, de que los tres años de galeote habían borrado y destruido todas las pruebas de su identidad. Su madre y su hermana habían desaparecido, y ningún ser humano tenía noticia de que él siguiera existiendo. Eran muchas las personas con las que estaba en relación, pero todo terminaba ahí. Si Quinto Arrio hubiese estado presente,

¿qué podría haber dicho más sino dónde lo encontró y que le creía firmemente cuando afirmaba que era hijo de Hur? Pero, como se verá luego con todo detalle, el bravo marino romano había muerto. Judá había sentido la soledad anteriormente. Ahora esa sensación penetró hasta lo más profundo e íntimo de su vida. Se quedó de pie, con las manos enlazadas, anonadado. Simónides respetó su sufrimiento y aguardó en silencio.

—Maestro Simónides —dijo al final—, lo único que puedo hacer es contarte mi historia.

Y no lo haré si tú no aplazas, entretanto, el juicio y te dignas escucharme con la mejor voluntad.

—Habla —respondió Simónides, ahora verdadero dueño de la situación—, habla y te escucharé, tanto mejor dispuesto cuanto que no he negado que seas la persona que afirmas ser.

Ben-Hur tomó la palabra y narró su vida apresuradamente, aunque con ese sentimiento que es la fuente de la elocuencia. Pero, como nosotros ya la conocemos hasta el momento en que desembarcó en Misenum, en compañía de Arrio, regresando victorioso del Egeo, en este punto recogeremos sus palabras.

—Mi benefactor se ganó el aprecio y la confianza del emperador, que le colmó de honrosas recompensas. Los comerciantes de Oriente contribuyeron también con magníficos regalos. De modo que vino a ser doblemente rico entre los más opulentos de Roma. ¿Es posible que un judío olvide su religión, o el país donde nació, siendo éste la Tierra Santa de nuestros padres? El buen hombre me adoptó por hijo, según todas las formalidades legales, y yo me esforcé en corresponderle justamente. Ningún hijo cumplió más fielmente sus deberes con un padre verdadero que yo con él. Quiso hacerme estudiar arte, filosofía, retórica, oratoria. Me habría proporcionado al maestro más famoso. Decliné sus insistentes ofrecimientos porque yo era judío y no podía olvidar al Señor mi Dios, ni la gloria de los profetas, ni la ciudad edificada en los montes por David y Salomón. Ah, pregúntame por qué acepté los favores del romano. En primer lugar, le amaba. Pensé, además, que con su ayuda podría reunir influencias que me permitiesen un día desvelar el misterio que rodeaba por completo a la suerte corrida por mi madre y mi hermana. Y a todos estos motivos todavía se añadía otro del cual no quiero hablar. Diré solamente que me dominaba de tal modo, que me entregué al manejo de las armas y la adquisición de los conocimientos que se consideran esenciales para dominar a fondo el arte de la guerra. En la palestra y en los circos de la ciudad, me esforcé sin descanso, y no menos en los campamentos, y en todos ellos soy conocido, pero no con el nombre de mis padres. Las coronas que gané (y las paredes de una villa de las afueras de Misenum sostiene muchas), todas fueron

concedidas al hijo de Arrio, el duunviro. Únicamente en calidad de tal soy conocido entre los romanos. Siempre persiguiendo tenazmente mi secreto objetivo, dejé Roma y me vine a Antioquía, con la intención de acompañar al cónsul Majencio en la campaña que está organizando contra los partos. Ya maestro en el manejo individual de todas las armas, busco ahora los más elevados conocimientos relativos a la dirección de los cuerpos militares en el campo de batalla. El cónsul me ha admitido como un miembro más de su familia militar. Pero ayer, cuando nuestro barco entraba en el Orontes, otros dos pasaron junto al nuestro desplegando banderas amarillas. Un compañero de viaje y paisano nuestro de Chipre explicó que aquellos navíos pertenecían a Simónides, el primero de los mercaderes de Antioquía; nos dio también noticias de tal comerciante, de sus maravillosos éxitos en los negocios, de sus flotas y caravanas, y del continuo ir y venir de todas ellas, e ignorando que todo ello me interesaba mucho más que a los otros oyentes, dijo que Simónides era judío y que en otro tiempo fue un sirviente del príncipe Hur; y tampoco se calló las crueldades de Craso, ni qué fin habían pretendido conseguir.

Ante esta alusión, Simónides inclinó la cabeza; y la hija, como para ayudarle a esconder sus sentimientos, disimulando al mismo tiempo la profunda compasión que la conmovía, escondió la cara en el cuello de su padre. Éste levantó enseguida los ojos, y dijo con voz clara:

—Te escucho.

—¡Oh buen Simónides! —exclamó entonces Ben-Hur, dando un paso adelante mientras toda su alma buscaba la manera de expresarse—. Veo que no quedas convencido, y que sigo envuelto todavía en las sombras de tu desconfianza.

El mercader mantuvo los rasgos de su cara inmóviles como el mármol, y su lengua permaneció quieta.

—Y veo no menos claramente la difícil situación en que me encuentro —prosiguió Ben-Hur—. Todo lo referente a mí que esté relacionado con los romanos, puedo probarlo; me bastaría visitar al cónsul, huésped actualmente del gobernador de la ciudad; pero no puedo probar que sea hijo de mi padre. Los que podrían ayudarme a ello, ¡ay de mí!, han muerto, o no se sabe dónde se encuentran.

Ben-Hur se cubrió la cara con las manos; en este momento Esther se levantó y, acercándole la rechazada copa, le dijo:

—¡Este vino es del país que todos amamos tanto! ¡Bébelo, te lo ruego!

Su voz sonaba tan dulce como la de Rebeca, ofreciendo de beber en el pozo cercano a la ciudad de Nahor; el joven vio que sus ojos estaban bañados

de lágrimas, y bebió diciendo:

—Hija de Simónides, tu corazón está lleno de bondad; eres muy generosa al dejarme compartir este vino con tu padre. ¡Que nuestro Dios te bendiga! Yo te doy las gracias.

Luego se dirigió otra vez al mercader:

—No poseyendo pruebas de que sea el hijo de mi padre, retiraré la demanda que te había hecho, oh Simónides, y saldré de aquí para no molestarte más. Permíteme decir solamente que no pensaba hacerte volver a la servidumbre, ni pedirte cuentas de tu fortuna. En cualquier circunstancia habría dicho, como ahora digo, que todos los frutos de tu trabajo y de tu genio te pertenecen. Guárdalos en buena hora. No necesito parte alguna de ellos. Cuando el buen Quinto, mi segundo padre, se hizo a la mar para el que fue su último viaje, me declaró heredero suyo, dejándome una fortuna principesca. Por lo cual, si vuelves a pensar en mí, que sea recordando esta pregunta, que por los profetas y por Jehová, Dios tuyo y mío, juro era mi objetivo principal al venir aquí. ¿Qué sabes? ¿Qué puedes decirme de mi madre, y de Tirzah, mi hermana, la que estaría en la plenitud de su belleza y de su gracia, lo mismo que esta joven, dulzura de tu vida, si no tu vida misma? Oh, ¿qué puedes contarme de ellas?

Las lágrimas corrían por las mejillas de Esther. Pero el hombre era obstinado. Con voz clara, respondió:

—He dicho ya que conocía al príncipe Ben-Hur. Recuerdo que me enteré de la desgracia que sobrevino a su familia. Recuerdo la amargura que esa noticia me causó. La misma que abrumó con tan grandes calamidades a la viuda de mi amigo, se ha cebado desde entonces en mí, y con idéntico espíritu. Iré más allá y te diré que he realizado diligentes indagaciones en relación a tu familia. Pero... no puedo decirte nada de ellas. Han desaparecido.

Ben-Hur exhaló un gran gemido.

—¡Entonces... , entonces, otra esperanza arruinada! —exclamó, luchando con sus sentimientos—. Estoy habituado a las desilusiones. Te ruego que perdones que me haya presentado a ti, y si te he causado alguna molestia dispénsame en atención a mi pena. Ahora no le queda a mi vida ningún otro objetivo que la venganza. Adiós.

Al llegar a la cortina, se volvió un momento, y dijo sencillamente:

—Os doy las gracias a los dos.

—La paz te acompañe —respondió el comerciante.

Esther no pudo hablar. Sollozaba.

Y así se marchó Ben-Hur.

Capítulo IV

Simónides y Esther

Apenas hubo salido Ben-Hur, Simónides pareció despertar de un sueño. Su rostro se coloreó, la luz mortecina de sus ojos adquirió brillo, y dijo animadamente:

—¡Pronto, Esther! ¡Llama!

La joven se acercó a la mesa y agitó la campanilla para la servidumbre. Uno de los paneles del muro giró, dejando a la vista una entrada por la que penetró un hombre que dio un rodeo hasta encontrarse delante del mercader, al cual saludó con una ligera reverencia.

—Malluch, aquí, más cerca, junto al sillón —dijo el dueño, en tono imperioso—. Debo encargarte una misión que no puede fracasar, aunque el sol dejara de seguir su curso. ¡Escucha! En estos momentos baja al almacén un joven alto, gallardo, vistiendo el traje de Israel. Síguele, que su propia sombra no sea más tenaz y fiel. Y todas las noches envíame una relación de dónde está, qué hace, con quién se acompaña. Y si, sin ser descubierto, escuchas su conversación, repítemela palabra por palabra, junto con todo lo que sirva para poner al descubierto su personalidad, sus hábitos, sus móviles, su vida. ¿Comprendes? ¡Ve pronto! Un momento, Malluch: si sale de la ciudad, ve tras él. Y, fíjate bien, Malluch: pórtate como un amigo. Si te dirige la palabra, dile lo que quieras y mejor cuadre con la ocasión, excepto que estás a mi servicio; de eso, ni una palabra. ¡Pronto, date prisa!

El hombre saludó como antes y se fue.

Simónides se frotó las flácidas manos y se puso a reír.

—¿Qué día es, hija? —preguntó en medio de sus carcajadas—. ¿Qué día es? Deseo recordarlo, porque ha llegado la felicidad. Míralo, búscalos riendo y, riendo, dímelos, Esther.

El regocijo le pareció antinatural a la hija, la cual, como para alejar a su padre de semejante estado de ánimo, contestó pesarosa:

—¡Ay de mi padre, ojalá olvidase yo este día!

Las manos de Simónides cayeron al instante, y su barbilla, descendiendo hasta el pecho, desapareció, disimulada entre los pliegues que formaban la parte inferior de su rostro.

—¡Cierto, muy cierto, hija mía! —respondió sin levantar los ojos—. Hoy es el vigésimo día del mes cuarto. Hoy hace cinco años que Raquel, tu madre, se desplomó y murió. A mí me trajeron a casa destrozado como me ves, y a ella la encontraron muerta de dolor. ¡ Ah, ella era para mí como un bosquecillo de alcanfores en las viñas de En-Gedi! Yo he amasado mi mirra con mis especias. Con mi panal he comido miel. La enterramos en un lugar solitario. En una tumba abierta en la montaña, sin nadie en sus cercanías. No obstante, en medio de la oscuridad me dejó una lucecita, a la que los años han dado la luminosidad de la mañana —el mercader levantó la mano y la posó sobre la cabeza de su hija—. ¡Dios de amor, te doy las gracias porque la Raquel que perdí vive ahora de nuevo en mi Esther!

Un instante después, levantó la cabeza y dijo, como animado por un pensamiento repentino:

—¿No es pleno día fuera?

—Lo era cuando entró el joven.

—Pues haz que venga Abimelech y me lleve al jardín, donde pueda ver el río y los barcos, y te contaré, querida Esther, por qué hace un momento nada más la brisa abría mis labios y llenaba mi lengua de canciones, y mi espíritu se parecía a un corzo o a un ciervo joven brincando por las montañas de las especias.

Obedeciendo a la llamada de la campanilla, entró un criado, y a una orden de la muchacha, empujó la silla, provista de unas ruedecitas para tal fin, sacándola del aposento y llevándola a la azotea de la casa inferior, llamada por Simónides su jardín. Por entre los rosales y los parterres de otras flores menores, fruto y triunfo de un amoroso cuidado, pero que en ese momento no atraían la atención de su dueño, fue situado en un lugar desde el que podía ver las cimas de los palacios de la isla levantándose frente a él, el puente empequeñeciéndose en la perspectiva hasta la lejana orilla y, debajo del puente, el río poblado de naves, todas nadando en medio de los esplendores del sol matinal sobre las rizadas aguas. Allí le dejó el criado en compañía de Esther.

Los continuos gritos de los trabajadores, sus golpes y martillazos no le molestaban más ni menos que las pisadas de los transeúntes sobre el piso del puente, casi encima mismo de su cabeza, siendo tan familiares para sus oídos como la perspectiva que tenía delante para sus ojos. Por lo cual le pasaban desapercibidos, excepto en lo que tenían de heraldos y promesas de futuras ganancias. Esther estaba sentada en el brazo del sillón, acariciando su mano y aguardando sus palabras, que vinieron al fin cuando la poderosa voluntad de su padre le hubo hecho volver a ser el mismo de siempre, con su hablar sosegado característico.

—Mientras el joven estaba hablando, yo te observaba a ti, Esther, y pensaba que te dejabas vencer por él.

La joven bajó los ojos, al contestar:

—Para decirte la verdad, padre, le creí.

—¿A tus ojos es, pues, el perdido hijo del príncipe de Hur?

—Si no lo es... —la joven vaciló.

—¿Qué, si no lo es, Esther?

—He sido tu doncella, padre, desde que mi madre acudió a la llamada de Dios. Siempre a tu vera, te he visto y oído negociar sabiamente con toda clase de hombres, píos e impíos, buscando provechos. Y ahora te digo ciertamente que si el joven no es el príncipe que pretende ser, entonces jamás la falsedad ha representado tan bien delante de mí el papel de la verdad más estricta.

—Por la gloria de Salomón, hija, has hablado con gran convicción. ¿Crees tú que tu padre fue el siervo del suyo?

—He entendido que te lo preguntaba como una cosa que sólo sabía de oídas.

La mirada de Simónides se entretuvo un rato entre sus nadadores barcos, si bien la imagen de los mismos no se grababa en su mente.

—Ea, Esther, eres una buena hija, con una perspicacia genuinamente judía y con años y energías suficientes para escuchar un penoso relato. Préstame, pues, atención, y te hablaré de mí, de tu madre y de muchas cosas del pasado que tú no sabes, ni has imaginado siquiera en sueños. Cosas que escondí a los romanos perseguidores por no malbaratar una esperanza, y a ti también para que tu espíritu creciera en dirección a Dios tan erguido como crece la caña hacia el sol. Yo nací en una tumba en el valle de Hinnom, en la parte sur de Sión. Mis padres eran servidores hebreos, al cuidado de los olivos y las higueras que, junto con muchas cepas, crecían en el Jardín del Rey, muy cerca de Siloam, y en mi niñez yo les ayudaba. Pertenecían a la clase de los que están sujetos a la servidumbre a perpetuidad. A mí me vendieron al príncipe Hur, que, después de Herodes, era entonces el hombre más rico de Jerusalén. El príncipe me sacó del jardín y me transfirió a su almacén de Alejandría, en Egipto, donde me hice mayor. Le serví seis años, y en el séptimo, según la ley de Moisés, quedé libre.

Esther palmoteo alegremente.

—¡Ah, entonces no eres ya siervo de su padre!

—No, hija, escucha. En aquellos tiempos había en los claustros del templo abogados que disputaban con vehemencia, sosteniendo que los hijos de los que

estaban sujetos a servidumbre por toda la vida heredaban la condición de sus padres. Pero el príncipe Hur era un hombre justo en todas las cosas, e interpretaba la ley según las normas de la secta más estricta, por lo cual no hacía caso alguno de las pretensiones de los abogados. Decía que yo era un siervo comprado, en el verdadero sentido de la palabra del gran legislador, y, mediante escritos sellados, que todavía conservo, me concedió la libertad.

—¿Y mi madre? —preguntó Esther.

—Todo lo sabrás, hija mía, ten paciencia. Antes de que haya terminado, verás que primero me habría olvidado de mí mismo que de tu madre. Al cumplirse el término de mi servidumbre, subí por la Pascua a Jerusalén. Mi dueño me obsequió. Yo, que le tenía mucho afecto, le pedí que me dejase continuar a su servicio. Él lo admitió, y le serví todavía otros siete años, pero ahora como un hijo de Israel contratado. En representación suya hube de afrontar los riesgos de los barcos en el mar, y los peligros de la tierra mandando caravanas a Susa, a Persépolis y a los países de la seda, que se encuentran todavía más allá. En verdad que eran empresas arriesgadas, hija mía, pero el Señor bendijo todo lo que emprendí. Traje a casa grandes ganancias para el príncipe, enriqueciendo al mismo tiempo mis conocimientos con datos y noticias sin los cuales no habría podido desempeñar con éxito los cargos que luego han caído sobre mí. Un día era huésped suyo en su casa de Jerusalén. Una sirvienta entró trayendo unas rebanadas de pan en una bandeja, y vino primero hacia mí. Entonces fue cuando vi a tu madre, me enamoré de ella, y me la llevé en el secreto de mi corazón. Al cabo de un tiempo fui a ver al príncipe para hacerla mi esposa. El me dijo que estaba sujeta a servidumbre a perpetuidad, pero que si ella lo deseaba la declararía libre, a fin de que yo quedara satisfecho. Ella correspondió a mi amor con el suyo, pero vivía feliz donde estaba y rechazó la libertad. Yo rogué y supliqué, yendo repetidas veces a verla después de largos períodos de ausencia. Ella decía siempre que estaba dispuesta a ser mi esposa con tal que yo me convirtiera en su compañero de servidumbre. Nuestro padre Jacob sirvió otros siete años por su Raquel. ¿No podía hacer yo otro por la mía? Pero tu madre dijo que tenía que sujetarme como ella a ser siervo para siempre. Yo me marché, pero volví. Mira, Esther, mira aquí.

Simónides le presentó el lóbulo de la oreja.

—¿No ves la huella de la lezna?

—Sí, la veo —exclamó la joven—. ¡Ah, cómo amaste a mi madre!

—¡Amarla, Esther! Ella era para mí más que la Sulamita para el rey cantor: más bella, más inmaculada, una fuente de los jardines, un manantial de agua viva, mil arroyos del Líbano. El dueño, cediendo a mis súplicas, me llevó ante los jueces y me clavó la oreja con la lezna a la puerta de su casa. Así pasé a ser

su siervo para toda la vida. De este modo conquisté a mi Raquel. ¿Y hubo alguna vez un amor como el mío?

Esther se inclinó para besarle. Ambos permanecieron un rato callados, pensando en la muerta.

—Mi amo murió ahogado en el mar. Fue la primera pena que me hirió —prosiguió el mercader—. Hubo muchos días de luto en su casa, y también en la mía, aquí en Antioquía, que era donde vivía entonces. ¡Y ahora, fíjate bien, Esther! Cuando desapareció el príncipe, yo era su mayordomo principal. Todo lo que poseía estaba bajo mi dirección y gobierno. ¡Juzga tú hasta qué punto me apreciaba y cuánta confianza me tenía! Yo corrí a Jerusalén a rendir cuentas a la viuda, la cual me confirmó en mi cargo. Entonces me apliqué a cumplir la misión que tenía encomendada con mayor diligencia. El negocio crecía y prosperaba un año tras otro. Diez años transcurrieron, y luego se descargó el terrible golpe que has oído contar al joven visitante: el accidente, según lo ha llamado él, que le ocurrió al procurador Graco. El romano lo tomó como un intento de asesinarle y bajo este pretexto, con la venia de Roma, confiscó y se apropió la inmensa fortuna de la viuda y los hijos. Y no se contentó con eso. A fin de que no pudiera revocarse la sentencia, trasladó a todas las partes interesadas. Desde aquel aciago día hasta el de hoy, nada se ha sabido de la familia de Hur. El hijo, al cual había visto yo de niño, fue condenado a galeras. Se supone que a la viuda y a su hija las encerraron en uno de los muchos presidios de Judea, los cuales, en cuanto se han cerrado sobre los sentenciados, son lo mismo que sepulcros sellados. Su recuerdo se borró de la mente de los hombres por completo, tanto como si el mar los hubiera tragado lejos de las miradas de la gente. No pudimos saber cómo murieron. No, ni siquiera supimos si habían muerto.

Esther tenía los ojos húmedos de lágrimas.

—Tienes buen corazón, Esther. Bueno como el de tu madre. Y yo ruego a Dios que no corra la suerte de la mayoría de los corazones buenos: la de ser pisoteado por los ciegos y los despiadados. Pero, escucha todavía. Yo fui a Jerusalén con objeto de ayudar a mi dueña, y en la puerta de la ciudad me cogieron y me llevaron a las celdas subterráneas de la Torre Antonia. El motivo no lo supe hasta que Graco en persona vino a verme y me reclamó el dinero de la casa de Hur, sabiendo que, según las normas de cambio que regían entre nosotros los judíos, yo podía retirar fondos en diferentes mercados del mundo. Al requerirme para que firmara la orden, me negué. Él tenía las casas, los terrenos, los géneros, los barcos y todos los bienes muebles de las personas a las cuales yo servía, pero no tenía el dinero. Y comprendí que, si conservaba la gracia de los ojos del Señor, podría reconstruir su destrozada fortuna. Me negué repetidamente a las demandas del tirano. El me sometió a tormento. Mi voluntad no flaqueó, y Graco tuvo que dejarme libre sin haber

conseguido nada. Y me vine a casa y empecé de nuevo, comerciando en nombre de Simónides de Antioquía, en lugar de hacerlo en el del príncipe Hur de Jerusalén. Tú sabes, Esther, de qué modo he prosperado, cómo han aumentado maravillosamente en mis manos los millones del príncipe. Sabes también que al cabo de tres años, cuando me dirigía a Cesárea, Graco me cogió y por segunda vez me dio tormento para obligarme a confesar que mis géneros y dinero estaban sujetos a la orden de confiscación, y sabes que fracasó lo mismo que antes. Con el cuerpo destrozado regresé a casa y encontré a mi Raquel muerta de tanto temer y sufrir por mí. El Señor, nuestro Dios, reinaba y yo vivía. Del mismo emperador conseguí permiso e inmunidad para comerciar por todo el mundo. Hoy en día (¡bendito sea Aquel que tiene las nubes por carroza y camina sobre los vientos!), hoy en día, Esther, lo que quedó bajo mi administración y custodia se ha multiplicado en un número de talentos suficientes para enriquecer a un César.

Simónides levantó la cabeza, orgulloso. Los ojos de padre e hija se encontraron, y cada uno leyó el pensamiento del otro.

—¿Qué debo hacer con el tesoro, Esther? —preguntó el primero, sin bajar la vista.

—Padre mío —respondió la joven, en voz queda—, ¿no te lo ha pedido hace sólo un momento su legítimo dueño?

Simónides siguió sin bajar la mirada.

—¿Y a ti, hija mía? ¿Te dejaré en la indigencia?

—No, padre. Siendo tu hija, ¿no soy también su sierva de por vida? ¿Y de quién escribieron: "La energía y el honor son sus vestiduras, y su alma se alborozará en tiempos venideros"?

Un destello de amor inefable iluminó la faz del mercader, al contestar:

—El Señor ha sido bueno conmigo de muchas maneras. Pero tú, Esther, eres el más excelente y soberano de todos los favores que me ha concedido.

Y la estrechó contra su pecho y la llenó de besos.

—Escucha ahora —dijo entonces con voz más clara—; escucha por qué reía esta mañana. En aquel joven he creído ver la aparición de su padre en lo mejor de su juventud. Mi espíritu se levantaba para saludarle. Sentía que mis días de pruebas y trabajos habían terminado. Me ha costado un esfuerzo enorme no ponerme a gritar en voz alta. Me moría de ganas de cogerle de la mano, enseñarle el saldo de lo que he ganado y decirle: "¡Mira, todo esto es tuyo! Y yo soy tu siervo, presto ahora a ser relevado". Y así lo habría hecho. Esther, así lo habría hecho, si no hubiesen venido en ese momento tres pensamientos a detenerme. Quiero estar seguro de que es el hijo de mi amo.

Tal ha sido el primer pensamiento. Si lo es, quiero saber algo de su natural. Piensa, Esther, cuántos hay entre los que han nacido en la opulencia para los cuales las riquezas no son sino maldiciones que los desencaminan.

El anciano hizo una pausa. Sus manos se cerraron, y luego en su voz vibró la nota de la pasión al continuar su relato:

—Considera, Esther, los dolores que he sufrido en manos de los romanos, no únicamente en las de Graco, no. Los desalmados miserables que cumplían sus órdenes la primera vez y la última eran romanos, y todos por igual se reían al oír mis alaridos. Considera mi destrozado cuerpo y los años que hace que no tengo la estatura que tenía. Piensa en tu madre enterrada en aquella solitaria tumba, su alma destrozada como lo está mi cuerpo. Considera los sufrimientos de los miembros de la familia de mi amo, si todavía viven, y la crueldad que significa haberlos borrado del mundo de los vivos, si han muerto. Considéralo todo, e iluminada por el amor del cielo, dime, hija, ¿no ha de caer ni un caballo, no ha de correr una roja gota en expiación? No me digas, como a veces suelen los predicadores, no me digas que la venganza le pertenece al Señor. ¿Acaso en el castigo como en el amor no cumple su voluntad por medio de instrumentos suyos? ¿No tiene hombres de guerra en mayor número que profetas? ¿No ha dictado Él la ley: ojo por ojo, mano por mano, diente por diente? ¡Ah! ¿No he soñado todos estos años con la venganza, rogando y preparándome para el día de descargarla? ¿No me ha dado paciencia ver cómo crecía mi caudal, pensando y prometiéndome, tan cierto como que el Señor vive, que un día había de servirme para castigar a los malhechores? Y cuando, hablando de su entrenamiento en el manejo de las armas, el joven ha dicho que se adiestraba para un fin que no quería declarar, yo he dicho cuál era mientras él seguía todavía en el uso de la palabra: ¡la venganza! Éste ha sido, Esther, éste ha sido el tercer pensamiento que me ha hecho permanecer impasible y duro todo el rato que él ha estado suplicando, y ha llenado mis labios de risas cuando se ha marchado.

Esther acarició las marchitas manos y, como si su espíritu se uniese al de su padre adelantándose en el futuro para inquirir lo que traería, dijo:

—El joven se ha marchado. ¿Volverá otra vez?

—Sí. Malluch, el fiel Malluch, va con él y le traerá de nuevo cuando yo esté preparado.

—¿Y cuándo será eso, padre?

—No tardará mucho, no tardará mucho. El cree que todos los testigos han muerto. Pero hay uno que sigue con vida y que no dejará de reconocerle, si es realmente el hijo de mi amo.

—¿Su madre?

—No, hija. Yo cuidaré de ponerle ese testigo delante. Hasta entonces, dejemos que el asunto repose en las manos del Señor. Estoy cansado. Llama a Abimelech.

Esther llamó al criado, y entraron de nuevo en la casa.

Capítulo V

El bosque de Dafne

Al salir del inmenso almacén, atormentaba a Ben-Hur la idea de que tenía que añadir un nuevo fracaso a los numerosos que había cosechado ya en la búsqueda de sus familiares. Y tal pensamiento le hacía sentir una depresión exactamente en proporción al inmenso cariño que tenía a las que constituían el objetivo de sus pesquisas. Como si un espeso velo le rodease, experimentaba la sensación de hallarse completamente solo en la tierra, y esta sensación, más que ninguna otra cosa, arrebató al alma abatida todo el interés que la vida pudiera inspirarle aún.

Pasando entre los hombres y las pilas de mercancías, salió a la orilla del desembarcadero, sintiendo la tentadora atracción de las frescas sombras que oscurecían las profundidades del río. La perezosa corriente parecía detenerse, aguardándole. Contrarrestando tal estado de ánimo, por su mente cruzó el refrán del viajero: "Mejor ser gusano y alimentarse en los morales de Dafne, que huésped de un rey". Girando sobre sus talones, Ben-Hur salvó a buen paso el embarcadero y regresó al khan.

—¡El camino de Dafne! —exclamó el marinero, sorprendido de la pregunta que le hacía Ben-Hur—. ¿No habías estado aquí nunca?, pues considera este día como el más dichoso de tu vida. No puedes equivocarte. La primera calle que encontrarás a la izquierda, la cual marcha en dirección sur, conduce directamente al Monte Sulpio, coronado por el altar de Júpiter y el Anfiteatro. Síguela hasta la tercera calle transversal, conocida por Columnata de Herodes. Dobla allí hacia la derecha y sigue sin variar atravesando la ciudad antigua de Seleuco hasta las puertas de bronce de Epífanos. Allí empieza el camino de Dafne. ¡Que los dioses te guarden!

Después de dar unas órdenes en relación a su equipaje, Ben-Hur se puso en movimiento.

La Columnata de Herodes la encontró fácilmente. De allí hasta las puertas de bronce, anduvo siempre por debajo de una arcada contigua de mármol, confundido entre una multitud compuesta por gente de todas las naciones activas de la tierra. Era casi la hora cuarta del día cuando cruzó la puerta, y se

encontró formando parte, como uno más, de una procesión al parecer interminable que se dirigía hacia el famoso bosque. El camino estaba dividido en secciones separadas para peatones, para jinetes y para los que iban en carrozas. Y cada una de ellas estaba partida en dos: una para los que iban y otra para los que venían. Bajas balaustradas, interrumpidas por macizos pedestales, muchos de ellos adornados con estatuas, señalaban las líneas divisorias. A derecha e izquierda del camino se veían taludes de césped esmeradamente cultivado, realzado a trechos por grupos de encinas y sicómoros y pabellones de verano vestidos de parras para alojar a los fatigados, de los cuales, en la mitad de la senda reservada a los que regresaban, había siempre grandes multitudes. El piso destinado a los peatones estaba pavimentado con losas rojas. El destinado a los que iban montados estaba cubierto de arena bien apisonada, pero no tan compacta y sólida que devolviese el eco de los cascos o de las ruedas. Era pasmoso el número y variedad de fuentes que manaban, todas ellas regalos de reyes visitantes, y todas atrayendo poderosamente al viajero. La magnífica avenida se prolongaba en dirección suroeste hasta las puertas del Bosque, a una distancia de algo más de cuatro millas de la ciudad.

Absorto en sus tristes pensamientos, Ben-Hur apenas se fijaba en la regia liberalidad que había presidido la construcción de aquella avenida. No prestaba más atención, al principio, a la multitud que iba con él. De la misma indiferencia hacía objeto a las comitivas procesionales. A decir verdad, aparte del ensimismamiento que le poseía, no sentía Ben-Hur ni vestigio de la complacencia de un romano visitando las provincias, recién salido de las ceremonias que se arremolinaban diariamente una y otra vez alrededor de la columna de oro levantada por Augusto como centro del mundo. Las provincias no podían ofrecer nada nuevo, o superior. Más bien aprovechaba toda oportunidad de cruzar por entre los grupos que marchaban en la misma dirección, aunque demasiado despacio para su impaciencia. A tiempo que llegaba a Heracleia, una población suburbana entre la ciudad y el bosque, un tanto agotado por el ejercicio, empezó a sentirse asequible a las distracciones. En determinado momento llamó su atención una hermosa mujer que conducía un par de cabras, mujer y cabras adornadas con igual esplendor de cintas y flores. Luego se paró a mirar un buey de poderoso cuerpo y blancura de nieve, cubierto de sarmientos recién cortados, que llevaba dentro de un cesto, sobre su ancho lomo, a un niño desnudo, imagen del joven Baco, exprimiendo dentro de una copa el zumo de las uvas maduras y bebiéndolo en medio de los ritos de la libación.

Al reanudar la marcha se preguntaba qué altares irían a enriquecer aquellos dones. Un caballo pasó por su lado con las crines cortadas según la moda de la época. Su jinete vestía con lujo soberbio. Ben-Hur sonrió al observar el orgullo que animaba conjuntamente al hombre y al animal. Después de esto, se

volvía con frecuencia al oír el rodar de los vehículos y las pisadas ahogadas de los cascos. Sin darse cuenta, se interesaba paulatinamente por los estilos de las carrozas y de sus ocupantes, mientras pasaban por su vera, yendo y viniendo. Y no pasó mucho rato sin que empezara a tomar nota de las personas que había a su alrededor. Observó que las había de todas las edades, sexos y condiciones, y que todas iban con traje de fiesta. Una comitiva vestía uniformada de blanco; otra, de negro. Unos llevaban banderas, otras incensarios humeantes. Unos andaban despacio, cantando himnos; otros caminaban al ritmo de la música de flautas y panderetas. Si el camino estaba igual todos los días del año, ¡qué maravillosos cuadros había de ofrecer Dafne! Al final, las manos se pusieron a aplaudir y un estallido de gritos gozosos siguió al movimiento de multitud de dedos que se levantaban señalando. Ben-Hur miró y vio sobre la cresta de un monte la puerta en forma de templete del consagrado bosque. Los himnos arreciaron hasta convertirse en torrentes de voces. La música aceleró su compás. Y, llevado por la impetuosa corriente y compartiendo el afán general, el joven judío entró, y estando, como estaban, sus gustos romanizados, se quedó prendado inmediatamente de aquel lugar.

Al otro lado de la construcción que adornaba el camino de entrada (una columna puramente griega), se detuvo en una ancha explanada pavimentada con pulidas losas. A su alrededor, una multitud inquieta y alborotadora destacaba sobre el iridiscente rocío que se levantaba de las fuentes con blancura de cristal. Delante de él, unos senderos limpios de polvo se abrían en abanico hacia el sur, internándose en un jardín y luego en una selva, sobre la cual descansaba un velo de vapor azul pálido. Ben-Hur miraba pensativo, indeciso, sin saber adonde ir.

En aquel momento, una mujer exclamaba:

—¡Muy hermoso! Pero ¿adonde iremos ahora?

Su compañero, que llevaba una corona de laurel, le contestó riendo:

—¿Adonde ir, bárbara hermosa? La pregunta revela un temor pueril. ¿No acordamos que al salir de Antioquía dejaríamos atrás sobre la tierra ingrata todas las zozobras y ansiedades de este mundo? Los vientos que soplan aquí son el aliento de los dioses. Aspiremos su perfume a pleno pulmón.

—Pero ¿y si nos extraviarnos?

—¡Oh la tímida! Nadie se perdió jamás en Dafne, excepto aquellos sobre los cuales se cierran para siempre sus puertas.

—¿Quiénes son? —preguntó ella, todavía miedosa.

—Los que se han dejado ganar por los encantos de estos lugares y han decidido vivir y morir aquí. ¡Oye! No nos movamos de aquí y te los enseñaré.

Se oyeron en el enlosado de mármol los pasos precipitados de unos pies calzados con sandalias. La multitud se abrió dejando paso, y un grupo de muchachas fue corriendo a rodear al hombre que había hablado y a su bella amiga, empezando a cantar y a bailar al son de las panderetas que ellas mismas tocaban. La mujer, asustada, se arrimó al hombre, que la rodeó con un brazo, mientras, con cara de regocijo, levantaba su otra mano en alto y la movía al compás de la música. El cabello de las bailarinas flotaba suelto, y a través de la túnica de gasa que apenas las cubría se entreveían las sonrosadas formas de sus piernas. Es imposible expresar con palabras la voluptuosidad de aquella danza. Después de un breve giro, huyeron raudas por entre la creciente multitud, con la misma ligereza que habían venido.

—¿Y ahora qué opinas? —le gritó el hombre a la mujer.

—¿Quiénes son? —preguntó ésta.

—Devadasi, sacerdotisas consagradas al templo de Apolo. Hay un verdadero ejército de ellas. En las solemnidades forman el coro. Éste es su hogar. A veces se alejan hasta otras ciudades, pero todo lo que recogen lo traen acá para enriquecer la casa del músico divino. ¿Nos iremos ahora?

Un minuto después, habían desaparecido.

La seguridad de que en Dafne no se perdía nadie tranquilizó a Ben-Hur, y él también se puso a caminar, sin saber hacia dónde.

Lo primero que atrajo su atención fue una escultura erguida sobre un pedestal del jardín. Resultó ser la estatua de un centauro. Una inscripción informaba al visitante inculto de que representaba, precisamente, a Quirón, el amado por Apolo y Diana, al que habían instruido ambos en los misterios de la caza, la medicina, la música y la profecía. La inscripción pedía asimismo al extranjero que a determinada hora de una noche clara levantase los ojos a cierto punto del cielo, y vería al muerto viviendo entre las estrellas, adonde había trasladado Júpiter a los genios benéficos. No obstante, el más sabio de los centauros continuaba al servicio del género humano. En la mano sostenía un rollo de pergamino sobre el que se leían, escritos en griego, los párrafos de una advertencia:

¡Oh, viajero! ¿Eres extranjero?

I. Escucha el canto de los arroyos y no temas la lluvia de las fuentes, y de este modo las náyades aprenderán a amarte.

II. Las brisas invitadas a frecuentar Dafne son Céfiro y Austro; amables ministros de vida, ellas reunirán para ti delicadas dulzuras. Cuando sopla Euro, Diana está en alguna otra parte cazando. Cuando arrecia Bóreas, ve a esconderte, porque Apolo está enojado.

III. Las sombras del bosque son tuyas durante el día. De noche pertenecen a Pan y a sus Dríadas. No los molestes.

IV. Come con parquedad los lotos de las orillas de los arroyos, a menos que quieras perder la memoria, con lo cual te convertirías en un hijo de Dafne.

V. Da un rodeo cuando encuentres a la araña tejiendo: es Aracne trabajando por Minerva.

VI. Si quisieras contemplar las lágrimas de Dafne, corta un solo brote de una mata de laurel y muere.

¡Pon atención! Quédate y sé feliz.

Ben-Hur dejó que los que se apiñaban a su alrededor cuidasen de interpretar la mística advertencia y se alejó de allí en el momento en que pasaba el toro blanco. El muchacho continuaba sentado en el cesto, seguido de una procesión, detrás de la cual venía otra vez la mujer de las cabras y, detrás de ésta, las tocadoras de flautas y panderetas, y otra comitiva de gentes que traían ofrendas.

—¿Adonde van? —preguntó un espectador.

Otro le respondió:

—El toro va destinado al padre Júpiter. La cabra...

—¿No apacentó Apolo, por algún tiempo, los rebaños de Admeto?

—¡Sí, la cabra es para Apolo!

Otra vez hemos de apelar a la benevolencia del lector para introducir una explicación. Después de haber tenido mucho trato con personas de credo distinto al nuestro, adquirimos cierta facilidad de adaptación en asuntos religiosos. Poco a poco descubrimos la hermosa verdad de que todos los credos cuentan con la adhesión de hombres buenos que merecen todos nuestros respetos, pero a los cuales no podemos respetar si no sabemos mostrarnos corteses con sus creencias. Ben-Hur había llegado a esta fase. Ni los años pasados en Roma ni los vividos en la galera habían hecho mella en su fe religiosa. Seguía siendo judío. No obstante, según su manera de ver, no era ninguna impiedad buscar las bellezas que encerraba el bosque de Dafne.

Pese al comentario anterior podemos decir, luego, que aun en el caso de que sus escrúpulos hubiesen llegado a tal extremo, no es improbable que en aquella ocasión los hubiese acallado. Se sentía colérico, no como el que se irrita por el fracaso de una nimiedad, ni su cólera nacía como la del tonto sacada de los pozos de la nada para disiparse mediante un reproche o una maldición. Era la suya la ira peculiar de los temperamentos ardientes

despertados por el súbito aniquilamiento de una esperanza (de un sueño, si se prefiere) que les hacía pensar que la felicidad elegida estaba en verdad al alcance de la mano. En tales casos, ningún intermediario logrará despejar la pasión. La querella es contra el hado.

Y, siguiendo algo más con esta filosofía, digámonos que si en semejantes querellas el hado fuese un ser tangible, al que fuera posible vencer con una mirada o un golpe, o fuese un personaje dotado de voz, con el que se pudieran cambiar palabras subidas de tono, el desdichado mortal no acabaría viendo, invariablemente, que lo único que ha hecho con sus enojos es castigarse a sí mismo.

De hallarse en su estado de ánimo habitual, Ben-Hur no habría ido al bosque solo, o, en caso de ir sin compañía, habría aprovechado la situación de que gozaba en la familia del cónsul tomando provisiones para no andar ociosamente de un lado para otro, desconocedor y desconocido. Habría tenido grabados en su mente todos los puntos interesantes, y los habría visitado uno tras otro utilizando los servicios de algún guía, como si despachara asuntos de negocios. Y en caso de querer pasar unos días de ocio en el delicioso paraje, habría tenido a mano una carta para el dueño o jefe de todo aquello, fuese quien fuere. De este modo habría sido un espectador más de las perspectivas que el bosque ofrecía, al igual que el alborotador rebaño al que iba acompañando, mientras que en ese momento las deidades del bosque no le inspiraban la menor reverencia, ni curiosidad siquiera. Cegado por la más amarga desilusión, iba a la deriva, no esperando el hado, sino buscándolo como un duelista desesperado. Todo el mundo se ha encontrado en una situación de espíritu semejante, aunque quizá no todos en el mismo grado. Todo el mundo reconocerá que es la situación en la que ha realizado las más atrevidas hazañas con aparente serenidad. Y todos los que leyeren dirán: "Afortunado será Ben-Hur si la locura que ahora se apodera de él no es más que un arlequín simpático trayendo unos silbatos y un gorro pintado, y no una violencia apuntando implacable su espada".

Capítulo VI

Los morales de Dafne

Ben-Hur entró en los bosques acompañando a las procesiones. Al principio no sentía interés bastante para preguntar adonde se dirigían. Sin embargo, viniendo a sacarle de una indiferencia absoluta, tenía la vaga impresión de que se encaminaban hacia los templos, centros principales del bosque, monopolizadores de los atractivos supremos.

Al cabo de un rato, lo mismo que los cantores se unen a un coro fugitivo, empezó repitiéndose a sí mismo: "Mejor ser gusano y alimentarse en los morales de Dafne, que huésped de la mesa de un rey".

La continuada repetición de la frase suscitó en su mente una serie de preguntas que le importunaban pidiendo respuesta. ¿Tan en extremo dulce era la existencia en el bosque? ¿De qué nacía su encanto? ¿Se encerraba en alguna laberíntica profundidad filosófica? ¿O era algo evidente, algo manifiesto en la superficie discernible por nuestros sentidos cotidianos bien despiertos? Cada año, miles de personas renunciaban al mundo y se entregaban al servicio del bosque. ¿Descubrirán éstos el secreto de su encanto? Y, una vez descubierto, ¿bastaba para promover un olvido tan absoluto que desterrasen de la mente todas las cosas infinitamente diversas de la vida, las que dulcifican y las que amargan, las esperanzas que se ciernen sobre el futuro próximo, así como los pesares nacidos del pasado? Si el bosque obraba en ellos tan benéficos efectos, ¿por qué no los había de obrar asimismo en él? Pero era judío... ¿Sería posible que las excelencias de aquel lugar beneficiasen a todo el mundo menos a los hijos de Abraham? Ben-Hur puso en juego todas sus facultades para descubrir el misterioso secreto, sin parar mientes a los cantos de los portadores de ofrendas ni a las réplicas de sus asociados.

El cielo no le proporcionó nada que le hiciera darse por satisfecho en sus pesquisas. Era azul, muy azul, y poblado de trinadoras golondrinas. Exactamente igual era el cielo de la ciudad.

Más adelante, saliendo de las espesuras que quedaban a mano derecha, una brisa cruzaba la avenida, azotándole dulcemente con una oleada, de agradables perfumes, formada por una mezcla de rosas y de especias en combustión. Ben-Hur se detuvo, como hacían otros, mirando hacia la parte de la que venía la brisa.

—¿Hay algún jardín allá? —preguntó a un hombre que había a su lado.

—Será más bien que los sacerdotes celebran alguna ceremonia, el culto a Diana, a Pan o a alguna divinidad de las selvas.

El desconocido le había contestado en la lengua de su madre. Ben-Hur le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Eres hebreo? —le preguntó.

El hombre respondió con una sonrisa cortés:

—Yo nací a una pedrada de distancia de la plaza del mercado de Jerusalén.

Ben-Hur se disponía a continuar la conversación, cuando un reflujo de la multitud le apartó de la cara de la muralla que miraba hacia los bosques, al mismo tiempo que alejaba de allí al desconocido. En la mente del joven

seguían presentes, cual un resumen de aquel hombre, la túnica y el bastón habituales, el paño pardo de la cabeza, atado con un cordón amarillo, y la enérgica cara judía que daba fe de que su propietario vestía aquellas prendas con todo derecho. Eso había tenido lugar en un punto donde comenzaba un sendero que se internaba entre el arbolado, ofreciendo una bonita manera de huir de las ruidosas procesiones. Ben-Hur aprovechó la oportunidad.

Penetró primero en una espesura que desde el camino parecía conservarse en estado silvestre, cerrada, impenetrable, lugar indicado para que anidasen los pájaros libres. Sin embargo, unos pocos pasos le bastaron para ver incluso allí la mano de quien gobernase el lugar. Los arbustos estaban en flor o cargados de frutos. Bajo sus inclinadas ramas, el suelo aparecía cubierto de flores de vivos colores. Sobre ellas extendían los jazmines sus delicados lazos. Noche y día, calmoso o apresurado, el aire se cargaba de exhalaciones de lilas y rosas, de lirios y tulipanes, de adelfas y madroños, todos viejos amigos conocidos en los valles o en los jardines que rodean la ciudad de David. Y para que nada faltara a las sombras iluminadas por los colores de las flores de la espesura, un arroyo desataba dulcemente su caudal, partiéndose en varios cursos ondulantes.

Mientras seguía adelante, de la arboleda se levantaban a derecha e izquierda el grito del palomo y el arrullo de las tórtolas. Los mirlos le aguardaban y parecían ordenarle que se acercase más. Un ruiseñor continuó en su puesto sin miedo, aunque habría bastado estirar el brazo para cogerlo. Una codorniz pasó corriendo por delante de sus pies, llamando a los polluelos que acompañaba, y mientras él estaba parado, esperando a que los pajaritos se apartasen de su camino, en un lecho de meloso almizcle se desperezó una figura adornada con ramos de capullos dorados. Ben-Hur se estremeció. ¿Se le había permitido ver, realmente, a un sátiro en sus dominios? La criatura le miró, mostrando en los dientes una curvada podadera, sonrió ante el susto que ella misma había tenido y, ¡helo aquí! ¡El encanto se puso de manifiesto! ¡Una paz libre de temores, una paz compartida por todo y por todos! ¡He ahí su esencia!

Ben-Hur se sentó en el suelo debajo de un limonero que extendía sus grises raíces yendo al encuentro de una ramificación del arroyo. Muy cerca de la cantarina superficie del agua colgaba el nido de un paro, y el diminuto pajarillo, asomado a la entrada del nido, le miraba a los ojos. "Verdaderamente, el pajarito se dirige a mí — pensó Ben-Hur—. Me dice: "No me das miedo, porque la ley que impera en este paraje de dichas es el amor".

El encanto del bosque le parecía clarísimo a Ben-Hur, y con ánimo alegre resolvió constituirse en uno de los que se retiraban para siempre en Dafne. Cuidando de las flores y los arbustos y contemplando el crecimiento de las calladas excelencias que se veían por todas partes, ¿no podría, como el

hombrecito de la podadera en la boca, libertarse de los días de tormento de su vida, olvidándolos al mismo tiempo que el mundo le olvidaba también?

Pero, poco a poco, el temperamento judío empezó a removerse en su interior.

Aquel encanto podía bastar para satisfacer a ciertas personas. ¿De qué clase serían éstas?

El amor es delicioso. ¡Ah, sí! ¡Cuan agradable sucesor para un desamparo como el que le agobiaba! Pero ¿es el amor todo lo que hay en la vida? ¿Todo?

Una cosa le diferenciaba de los que se enterraban contentos en aquel paraje. Ellos no tenían deberes que cumplir, no era posible que los hubiesen tenido. En cambio, él...

—¡Dios de Israel! —gritó en voz alta, poniéndose en pie vivamente y con las mejillas encendidas—. ¡Madre! ¡Tirzah! ¡Maldito sea el instante y maldito el lugar en los que quise buscar la felicidad alejado de vosotras!

Y atravesó precipitadamente la espesura, llegando a una corriente de agua de la categoría de un río que discurría entre márgenes de mampostería, interrumpidas a veces por acequias dotadas de compuertas. Un puente prolongaba la senda que estaba siguiendo hasta el otro lado de la corriente. Parándose en mitad de éste, el joven vio otros varios, sin que hubiese dos parecidos. Debajo de él, el agua se arremansaba en una profunda hoya, un poco más abajo, se despeñaba rugiendo por entre las rocas, y luego formaba otra hoya y otra cascada. Y así continuaba hasta perderse de vista. Puentes, hoyas y sonoras cascadas decían, tan claramente como pueden relatar una historia las cosas inanimadas, que el río corría con el permiso de un dueño y del modo exacto que el dueño quería, es decir, dócil y gobernable como corresponde a un sirviente de los dioses.

Más allá del puente divisó una perspectiva formada por anchos valles y alturas irregulares, con bosques y lagos y caprichosas casas enlazadas todas por blancos senderos y luminosas corrientes. El nivel de los valles era más bajo, a fin de poder derramar sobre ellos el agua del río para refrescar el ambiente en los días de sequía, y parecían verdes alfombras con dibujos de parterres y campos de flores, entre los cuales pastaban rebaños de ovejas blancas como bolas de nieve. Desde muy lejos se oían las voces de los pastores que seguían a los rebaños. Como para recordarle a quién estaba dedicado todo lo que contemplaba, los altares levantados debajo del inmenso cielo parecían innumerables. En cada uno, sirviéndolo, aparecía una figura vestida de blanca túnica, mientras aquí y allá, pasando del uno al otro, desfilaban largas procesiones vestidas de blanco, y el humo de los altares se levantaba hasta media altura y se detenía luego formando pálidas nubes

suspendidas sobre aquellos devotos lugares.

Aquí, allá, volando dichosa, parándose embriagada de un objeto a otro, de un punto a otro, ora en el prado, ora en las alturas, ahora entreteniéndose a penetrar en las espesuras y a observar las procesiones, luego perdiéndose en vanos esfuerzos por recorrer los senderos y las corrientes que se prolongaban entrelazados hasta confusas perspectivas para terminar en... ¡Ah! ¿Cuál podía ser el final apropiado de una escena tan hermosa? ¿Qué adecuados misterios se escondían detrás de una introducción tan maravillosa? Aquí, allá, decíamos al comienzo, volaba errante su mirada, de tal modo que, obligado por la perspectiva que tenía ante sus ojos y como compendio de todo lo que estaba contemplando, no pudo dejar de decirse, íntimamente convencido, que la paz saturaba el aire y el suelo, y que allí todo invitaba a quedarse, tenderse y descansar tranquilamente.

De pronto, una revelación alboreó en su mente. El bosque era, en realidad, un templo. ¡Un templo inmenso, sin muros! ¡Jamás hubo nada parecido!

El arquitecto no había perdido el tiempo atormentándose respecto a columnas y pórticos, proporciones o interiores, ni a ninguna otra limitación del sentimiento épico que quería materializar. Simplemente había hecho de la naturaleza una sierva suya. El arte no puede llegar a mayores cimas. Del mismo modo construyó la Arcadia el habilidoso hijo de Júpiter y Calisto. Y en ésta, lo mismo que en aquélla, el genio inspirador fue griego.

Desde el puente, Ben-Hur siguió adelante hasta el valle más cercano.

Llegó donde pacía un hato de ovejas. La pastora era una muchacha y le llamó con un ademán.

—¡Ven!

Más adelante, el camino se bifurcaba rodeando un altar, un pedestal de negro neis cubierto por una losa de mármol blanco hábilmente exfoliado. Sobre la losa había un brasero soportando una llama. Junto al altar, una mujer, al verle, agitó una varita de sauce, y mientras él seguía adelante le gritó:

—¡Quédate!

Y su sonrisa tenía la tentación de la juventud apasionada. Más adelante todavía, encontró una de las procesiones. A su cabeza, una tropa de niñas, desnudas excepto por las guirnaldas que las cubrían, entonaba una canción esforzando sus vocecitas agudas. Luego, una tropa de muchachos, también desnudos y con el cuerpo muy tostado por el sol, seguía detrás, danzando al ritmo de la canción de las niñas. Detrás de ellos venía la procesión, formada exclusivamente por mujeres vestidas del modo más simple, sin preocuparse de si alguna parte de su cuerpo quedaba al descubierto, y trayendo a los altares

cestos de especias y dulces. Mientras Ben-Hur pasaba, ellas le tendían las manos y le decían:

—Quédate y ven con nosotros.

Una de las mujeres, una griega, cantó una estrofa de Anacreonte:

Es por hoy que tomo o doy,
vida y copa apuro hoy,
por hoy ruego, por hoy pido,

¿sabe alguien si el mañana vendrá alegre o afligido?

Pero él siguió su camino, indiferente, llegando a un bosque lujuriente, en el corazón de un valle y en el punto preciso en que más atractivo podía parecer al ojo que lo mirase. Cuando quedaba ya cerca del sendero que seguía el joven, su sombra poseía una intensa seducción, y a través del follaje se distinguía el brillo de lo que parecía ser una pretenciosa estatua. Ben-Hur dejó, pues, la senda y penetró en el fresco retiro.

La hierba estaba fresca y limpia. Los árboles no se echaban unos encima de otros, y pertenecían a todas las especies propias de Oriente, bien mezcladas con otros exóticos, aclimatados de lejanos países. Aquí, agrupadas en compañía exclusiva de ellas mismas, unas palmeras adornadas de plumas como reinas. Allá, sicómoros, remontándose por encima de laureles de follaje más oscuro, y encinas perennes ostentando su oscuro verdor junto con cedros suficientemente grandes para ser reyes del Líbano. Y morales y terebintos tan hermosos que no es hipérbole referirse a ellos calificándolos de sacados del paraíso...

La estatua resultó ser una Dafne de portentosa belleza. No obstante, Ben-Hur apenas tuvo tiempo sino para dirigirle una fugitiva mirada; en la base del pedestal, una muchacha y un joven dormían abrazados debajo de una piel de tigre. Junto a ellos tenían los instrumentos símbolo de sus respectivos oficios (él, un hacha y una hoz; ella, el cesto), abandonados descuidadamente sobre un montón de rosas que se marchitaban.

Aquel cuadro le hizo estremecer. Allá, en el silencio de la perfumada espesura, había descubierto, o así lo pensó, que el encanto del gran bosque nacía de una paz libre de temores, y casi se dejó ganar por tan hermoso hechizo; ahora, en esa pareja durmiendo en pleno día (durmiendo a los pies de Dafne) leía un capítulo más, un capítulo al que sólo es tolerable que se aluda vagamente. La ley de aquel paraje era el amor, pero un amor sin ley.

¡Y ésa era la dulce paz de Dafne!

¡Era el objetivo de la vida de sus sacerdotes!

¡Para eso entregaban sus rentas reyes y príncipes!

¡Para eso una clase sacerdotal hábil y experta domeñaba a la naturaleza: sus pájaros, arroyos y lirios, el río, el trabajo de muchas manos, la santidad de los altares, el fértil poder del sol!

Sería curioso anotar ahora que, mientras Ben-Hur continuaba caminando asaltado por semejantes reflexiones, experimentaba una especie de pena por los que enriquecían con sus votos el gran templo al aire libre, especialmente por aquellos que con su trabajo personal le daban una belleza tan extremada. De qué modo habían pasado a la situación en que estaban ya no era un misterio: ante sí tenía Ben-Hur el motivo, la influencia, la inducción que los había vencido. Por supuesto, algunos se dejaron ganar por la promesa ofrecida a su atormentado espíritu de que en aquella morada consagrada a los dioses y a cuya belleza podían contribuir, si no tenían dinero, con su trabajo gozarían de una paz inalterable. Los de esta clase, evidentemente, eran personas impresionables, en cuyo espíritu hacían profunda mella así el miedo como la esperanza. Pero la gran masa de los fieles no estaba en su caso. Apolo tenía unas redes muy grandes con unas mallas muy pequeñas, y uno casi no sabría decir qué pescado cobraban sus pescadores. Y no es principalmente que uno no supiera describir lo que traían sus redadas, sino que no debe describirlo. Baste señalar que la gran masa la componían los sibaritas del mundo, y los rebaños (en número, mayores; en categoría, más bajos) de los devotos de un sensualismo descarado que imperaba casi por completo en todo el Oriente. No era a ninguna exaltación mística; no era al dios cantor, ni a su desventurada amante, ni a ninguna filosofía cuyo disfrute requiriese la calma del retiro, ni a ningún servicio que hiciera sentir el consuelo que se halla en la religión, ni al amor en su sentido más elevado a los que ofrecían sus votos. Buen lector, ¿por qué no habrá que decir aquí la verdad? ¿Por qué no enterarnos de que, en aquella época, no habían sino dos pueblos capaces de exaltaciones sublimes: los que vivían según la ley de Moisés y los que vivían según la ley de Brahma? Eran los únicos que hubieran podido gritar: "Mejor una ley sin amor que un amor sin ley".

Por lo demás, la simpatía nace en gran parte como fruto del humor que nos domina en determinado momento. Brota en nuestro pecho con mucha mayor facilidad cuando nos sentimos completamente satisfechos.

Ben-Hur andaba con paso más rápido y la cabeza más erguida, y, si bien no percibía menos intensamente que antes todas las delicias que le rodeaban, las examinaba con espíritu más sosegado, a veces, incluso, con el labio curvado en desdeñosa mueca; es decir, que no podía olvidar tan pronto cuan cerca había estado él mismo de dejarse engañar por el falso señuelo.

Capítulo VII

El estadio del bosque

Delante de Ben-Hur había un bosque de cipreses, cada uno de los cuales era una columna alta y recta como un mástil. Aventurándose en el sombreado abrigo oyó una trompeta que sonaba alegremente, y un instante después vio al paisano suyo que había encontrado en la avenida que se dirigía a los templos, tendido allí cerca sobre la hierba. El hombre se levantó para ir a reunirse con él.

—La paz te doy de nuevo —le dijo en tono placentero.

—Gracias —respondió Ben-Hur. Y enseguida preguntó—: ¿Sigues el mismo camino que yo?

—Voy al estadio, si es adonde tú te diriges.

—¡El estadio!

—Sí. La trompeta que has oído ahora mismo llamaba a los competidores.

—Buen amigo —dijo Ben-Hur con franqueza—, confieso que desconozco el bosque. Si permites que te siga, te lo agradeceré.

—Será para mí un placer. ¡Escucha! Oigo las ruedas de los carros. Están colocándose en la pista.

Ben-Hur escuchó un momento; luego completó su presentación posando una mano sobre el brazo de su compatriota y diciendo:

—Yo soy el hijo de Arrio, el duunviro. ¿Y tú?

—Yo soy Malluch, un mercader de Antioquía.

—Mira, buen Malluch; la trompeta, el rechinar de las ruedas y la perspectiva de una diversión me entusiasman. Poseo alguna habilidad en esos ejercicios. En las palestras de Roma no soy un desconocido. Vámonos a las carreras.

Malluch se demoró un momento para decir prestamente:

—El duunviro era romano; sin embargo, veo a su hijo vistiendo el traje de los judíos.

—El noble Arrio era mi padre adoptivo —respondió Ben-Hur.

—¡Ah! Comprendo; y te pido perdón.

Saliendo del cinturón del bosque, llegaron a un campo en medio del cual

había una pista exactamente igual por su trazado y extensión que las de los estadios. El piso del camino, o pista propiamente dicha, era de tierra blanda apisonada y regada; la limitaban por ambos lados sendas sogas poco tirantes sostenidas por jabalinas plantadas en el suelo. Para acomodar a los espectadores y a los que se interesaban por algo más que la mera práctica del deporte, había varias tribunas sombreadas por espesos toldos y dotadas de filas de asientos que se elevaban escalonadamente. Los recién llegados encontraron sitio en una de aquellas tribunas.

Al pasar, Ben-Hur contó los carros: nueve en total.

—Mis encomios para los aurigas —dijo de buena gana—. Yo pensaba que aquí en Oriente no aspiraban a nada mejor que a los tiros de dos caballos, pero veo que son ambiciosos y les gusta gobernar las regias cuadrigas. Observemos qué tal se portan.

Ocho cuadrigas pasaron por delante de la tribuna; unas al paso, otras al trote, y todas guiadas con pericia excepcional. La novena vino al galope. Ben-Hur estalló en una exclamación:

—He estado en los establos del emperador, amigo Malluch, pero, ¡por nuestro padre Abraham, de bendita memoria!, jamás había visto otros iguales a éstos.

En aquel momento pasaba rauda la última cuadriga. De pronto los animales cayeron en confuso montón. Uno de los espectadores, en la tribuna, lanzó un grito agudo. Ben-Hur volvió la cabeza y vio a un anciano, de uno de los asientos superiores, casi puesto en pie, con las manos crispadas y levantadas al cielo, los ojos centelleantes y la larga barba blanca agitada por el temblor. Algunos de los espectadores vecinos suyos se habían puesto a reír.

—Cuando menos deberían respetar su barba. ¿Quién es? —preguntó Ben-Hur.

—Un potentado del desierto, de un lugar situado más allá de Moab, propietario de rebaños de camellos y de caballos que, según dicen, descienden de los corceles de carreras del primer faraón. Lleva el nombre y el título de jeque Ilderim.

Tal fue la respuesta de Malluch.

Entretanto el auriga hacía grandes esfuerzos por calmar a los animales, aunque inútilmente. Cada una de sus infructuosas tentativas aumentaba la excitación del jeque.

—¡Ojalá Abaddon le tome por su cuenta! —gritaba el patriarca con voz chillona—. ¡Corred! ¡Volad!, ¿me oís, hijos míos? —la pregunta se dirigía a los que estaban junto a él, y que por lo visto pertenecían a su tribu—. ¿Me oís?

Han nacido en el desierto, como vosotros mismos. ¡Contenedlos; deprisa!

Los brincos de los animales iban en aumento.

—¡Maldito romano! —seguía gritando el jeque, amenazando con el puño al auriga—. ¿Y no me juraba que sabría gobernarlos? ¿No lo juraba por toda la carnada de bastardos dioses latinos? ¡No, dejadme; dejadme, digo! Correrían raudos como las águilas y con la docilidad de corderos mansos, juraba. Maldito sea. ¡Maldita la madre de una raza de embusteros que le llama hijo! ¡Mirad mis inapreciables corceles! ¡Que toque a uno nada más con el látigo, y...! —el resto de la frase lo ahogó el furioso rechinar de sus dientes—. Id unos cuantos a cogerles la cabeza y habladles. Una palabra, una sola, de la canción de la tienda que os cantaban vuestras madres bastará. ¡Ah, qué tonto, qué tonto fui al poner mi confianza en un romano!

Algunos de los amigos más listos del anciano se interpusieron entre él y los caballos. Favoreció la estratagema el hecho de que el jeque se hubiese quedado sin aliento.

Ben-Hur, pensando que comprendía los sentimientos del viejo, experimentaba por él una profunda simpatía. A su modo de entender, era posible que, dada su manera de pensar y su concepto de lo inapreciable, más que el mero orgullo de propietario, más que la ansiedad por el resultado de la carrera, moviera al patriarca el amor que tenía a sus caballos; un amor, una ternura próxima a la pasión más profundamente sentida. Eran los cuatro unos bayos lustrosos, sin una mancha, perfectamente emparejados y tan bien proporcionados que parecían menos poderosos de lo que realmente eran. Delicadas orejas remataban en punta las cabezas pequeñas; los rostros eran anchos y llenos entre los ojos; las dilatadas ventanas de la nariz ponían al descubierto membranas de un rojo tan vivo que sugería el brillo de la llama; los cuellos formaban arcos orlados por unas crines finas y tan abundantes como para abrigar los hombros y el pecho, unas crines que, en feliz consonancia con los copetes, descendían semejando pliegues de sedosos velos; entre las rodillas y las cejas, las piernas eran lisas como una mano abierta, pero encima de las rodillas las redondeaban poderosos músculos, necesarios para sostener los perfectos y macizos cuerpos; los cascos eran cual tazas de ágata pulida; y al encabritarse los corceles azotaban el aire y a veces el suelo con las colas, largas y abundantes, de un negro lustroso. El jeque había dicho que no tenían precio, y había dicho bien.

En esta segunda y más detenida mirada a los caballos, Ben-Hur leía la historia de las relaciones que habían tenido con su dueño. Habían crecido entre los ojos del patriarca, constituyendo el objeto de sus cuidados más especiales durante el día, y las imágenes en que se recreaba su orgullo, de noche, cuando la familia se hallaba reunida dentro de la negra tienda allá en el seno sin

sombras del desierto; habían sido como sus hijos predilectos. Para que pudieran arrebatarse un triunfo al altanero y odiado romano, el viejo había traído sus amores a la ciudad, sin dudar un momento que serían capaces de vencer, con tal de encontrar a un experto de confianza que los tomara en sus manos; no sólo a un hombre hábil, sino dotado de un espíritu que el espíritu de los caballos reconociese como similar al suyo. A diferencia de la gente de Occidente, más fría, el jeque no podía protestar cortésmente de la falta de pericia del auriga, y despedirle del mismo modo; como árabe y como jeque tenía que estallar y hacer retumbar el aire que le rodeaba con sus clamores.

Antes de que el patriarca hubiera agotado los epítetos, una docena de manos cogía los bocados de los caballos, obligándolos a permanecer quietos. En aquellos momentos apareció otro carro sobre la pista y, a diferencia de los demás, auriga, vehículo y corceles iban exactamente igual que se presentarían en el circo el día de la prueba final. Por una razón que luego se verá claramente, conviene describir aquí al detalle el lujoso carruaje.

No debería presentar dificultad el hacerse una idea exacta de cómo era el carro a que nos referimos, tan nombrado en los tiempos clásicos. Basta que uno se represente una narria provista de ruedas bajas y ancho eje coronada por una caja abierta por la parte posterior. Tal era el modelo primitivo. Con el tiempo se despertó el genio artístico y, parándose en la tosca máquina, la elevó a la categoría de objeto bello; así, por ejemplo, aquella en que nuestra fantasía se imagina a la Aurora cabalgando delante del nacimiento del día.

Los aurigas de la antigüedad, tan astutos y ambiciosos como sus sucesores de nuestros tiempos, llamaban pareja a su carruaje más humilde y cuadriga al de mayor categoría. Con éste disputaban los juegos olímpicos y otras competiciones que se celebraban en las festividades a imitación de aquéllos.

Los mismos aurigas mencionados preferían poner a los animales en una sola fila, y para distinguirlos llamaban a los dos situados a uno y otro lado de la lanza caballos de yugo, y a los de la derecha y la izquierda, corceles externos de pista. Daban por seguro también que la mayor velocidad se conseguía permitiendo a los brutos la mayor libertad de acción, y en consecuencia el arnés utilizado era particularmente sencillo; se reducía en realidad a un collar que rodeaba el cuello del animal y a un tirante atado al collar, a menos que incluyamos en el significado de arneses las riendas y la cabezada. Cuando querían enganchar, los dueños colocaban un estrecho yugo de madera cerca de la punta de la lanza y mediante correas que pasaban por unas anillas del extremo del yugo, sujetaban éste al collar. Los tirantes de los caballos del yugo los ataban al eje; los de los corceles exteriores, al travesaño de delante del piso de la cuadriga. Entonces sólo faltaba la colocación de las riendas que, juzgada atendiendo a los jaeces modernos, no era la parte menos curiosa del método. Para ello había en la punta de la lanza una anilla grande.

Asegurando primero los extremos en dicha anilla, separaban las riendas de forma que correspondiese una a cada caballo y las pasaban hacia el cochero, deslizándolas separadamente por dentro de las anillas próximas a la boca del animal de la parte interna de las cabezadas.

Con esta sencilla generalización en la mente, será fácil adquirir nuevos detalles sobre el particular siguiendo los incidentes de la escena que se desarrollaba. Los otros contendientes habían sido recibidos en silencio; el último fue más afortunado. Mientras se acercaba a la tribuna desde la cual contemplamos la escena, grandes demostraciones de alborozo, aplausos y vítores señalaban su avance, dando por resultado que la atención de todo el mundo se concentrase en él exclusivamente. Podía notarse que en su carro los caballos de yugo eran negros, mientras que los de ambos lados lucían una blancura de nieve. De conformidad con lo que imponían los cánones del gusto romano, los cuatro animales habían sido mutilados, les habían cortado la cola, y, para completar semejante barbaridad, sus esquiladas crines estaban divididas en moños atados con llamativas cintas rojas y amarillas.

En su progreso el extranjero llegó al fin a un punto en el cual la carroza era ya visible desde la tribuna. Su aspecto hubiera justificado por sí solo el griterío. Las ruedas eran una maravilla de construcción. Recios aros de bronce bruñido reforzaban los cubos, por otra parte muy ligeros; los radios eran secciones de colmillos de marfil, colocados con su curvatura natural hacia fuera, a fin de darles la concavidad conveniente, entonces como ahora considerada muy importante; llantas de bronce sujetaban las pinas, que eran de brillante ébano: en consonancia con las ruedas, el eje aparecía rematado por cabezas de tigres rugientes, esculpidas en bronce, y el fondo era de sauce tejido y recubierto de oro.

La llegada de los arrogantes caballos y de la resplandeciente cuadriga obligó a Ben-Hur a fijarse en el auriga con todavía mayor interés.

¿Quién era?

Ben-Hur se hizo enseguida la misma pregunta; no podía ver la cara del hombre, ni siquiera toda su figura; sin embargo, su aire y su actitud le eran familiares, y le intrigaban vivamente haciéndole pensar en una época lejana del pasado.

¿Quién podría ser?

En ese momento estaba más cerca, y los caballos iban al trote. Por los gritos de la muchedumbre y el lujo del carruaje había que pensar que se trataría de algún oficial favorito o de un príncipe famoso. El aparecer en una carrera de carrozas no estaba reñido con un elevado rango. Los mismos reyes competían a menudo por ganar la corona de hojas que constituía el premio al

vencedor. Se recordará que Nerón y Cómodo gustaban de guiar carrozas. Ben-Hur se levantó y se abrió paso hasta encontrarse cerca de la soga que limitaba la pista, delante del asiento más bajo de la tribuna. Tenía la cara seria, el gesto impaciente.

Un instante después la persona del conductor apareció por entero a la vista. Un compañero iba con él, un Myrtilo, según diría una descripción clásica. Eran éstos hombres de elevada alcurnia a los que se permitía satisfacer su pasión por las carreras. Ben-Hur no podía ver sino al auriga, de pie y erguido sobre la carroza, con las riendas arrolladas repetidamente alrededor del cuerpo, parcamente cubierto por una túnica de tal color rojo claro. En la mano derecha tenía un látigo; en la otra, con el brazo levantado y ligeramente extendido, las cuatro riendas. Mantenía el cuerpo en una posición en extremo graciosa y animada. Con estatuaria indiferencia recibía los aplausos y los vítores. Ben-Hur lo miraba con fija obsesión; su instinto y su memoria le habían servido fielmente: el auriga era Messala.

Por el gusto en la elección de los caballos, por la magnificencia de la carroza, por la actitud y el alarde que hacía de su persona y, sobre todo, por la expresión de sus rasgos, fríos, agudos, aquilinos, impuesta en su país como fruto de un dominio del mundo que perduraba desde muchas generaciones atrás, Ben-Hur reconoció a Messala, nada cambiado, tan altanero, confiado y audaz como siempre, el mismo en ambición, cinismo y burlona despreocupación.

Capítulo VIII

La fuente de Castalia

Mientras Ben-Hur bajaba los peldaños de la tribuna, un árabe se puso en pie sobre el inferior y gritó:

—¡Hombres de Oriente y Occidente, oíd! El buen jeque Ilderim os saluda. Con cuatro caballos, descendientes de los favoritos de Salomón el Sabio, ha venido aquí a contender con los mejores. Necesita imperiosamente un hombre fuerte que los guíe. Al que los tome bajo su mando y le deje satisfecho le promete enriquecerlo para siempre. Aquí, allá, en la ciudad y en los circos, y en todas partes donde se congreguen los hombres vigorosos, anunciadles esta oferta. Así ha dicho mi amo, el jeque Ilderim el Magnánimo.

La proclama levantó un gran rumor entre la gente reunida debajo del toldo. Por la noche sería repetida y discutida en todos los círculos deportivos de Antioquía. Al oírla, Ben-Hur se detuvo y miró titubeando al heraldo y luego al

jeque. Malluch pensó que estaba a punto de aceptar, pero sintió un gran alivio cuando al poco rato el joven se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Adonde iremos ahora, buen Malluch?

El fiel compañero respondió con una carcajada:

—Si quieres semejarte a otros que visitan el bosque por primera vez, irás inmediatamente a que te revelen tu fortuna.

—¿Mi fortuna, has dicho? Aunque la proposición trae un aire de incredulidad, acudamos enseguida a la diosa.

—No, hijo de Arrio, estos píricos conocen una treta mejor. En lugar de hacerte hablar con una pitonisa o una sibila, te venderán una simple hoja de papiro, apenas sacada del tallo, y te ordenarán que la sumerjas en el agua de cierta fuente; y en tal momento verás en ella unos versos por los cuales acaso te enteres de tu futuro.

El rostro de Ben-Hur perdió el brillo de interés.

—Hay personas que no tienen necesidad de molestarse por su futuro —dijo con tristeza.

—¿Prefieres entonces visitar los templos?

—Son griegos, ¿verdad?

—Aquí dicen que son griegos, en efecto.

—Los helenos fueron los creadores de la belleza en todas las artes; pero en la arquitectura sacrificaron la variedad a una belleza inmutable. Sus templos son todos iguales. ¿Cómo le llaman a la fuente?

—Castalia.

—¡Ah! Es famosa en todo el mundo. Vámonos allá.

Por el camino, Malluch observaba atentamente a su compañero, notando que, de momento al menos, su buena disposición de ánimo se había evaporado. No prestaba atención a las gentes que pasaban; las maravillas que encontraban en su marcha no le arrancaban admiradas exclamaciones; andaba despacio, silencioso, y hasta huraño. La verdad era que la presencia de Messala le había sumido en profundas meditaciones. Le parecía, que hacía una hora apenas que aquellas poderosas manos le arrancaban de la compañía de su madre, una hora apenas que los romanos habían clavado el sello sobre las puertas de la casa de su padre. Rememoraba cómo en la desventura sin esperanza de su vida (si merecía el nombre de vida) de galeote, aparte del trabajo, había tenido poca cosa más que hacer sino forjar sueños de venganza, el objeto principal de todos los cuales era Messala. Solía decirse entonces que

podía haber una escapatoria para Graco, pero para Messala... ¡jamás! Y para endurecer y reafirmar su resolución solía repetirse una y mil veces: "¿Quién nos señaló a los perseguidores? Y cuando le pedí ayuda (aunque no para mí), ¿quién se mofó y se alejó riendo?". Y el sueño terminaba invariablemente del mismo modo. "El día que le encuentre, ¡asísteme, tú, Dios bueno de mi pueblo! ¡Ayúdame a encontrar una venganza especial y adecuada!".

Y en ese momento el encuentro era inminente.

Quizá si hubiese hallado a Messala pobre y sufriendo, los sentimientos de Ben-Hur hubiesen cambiado; pero no había ocurrido así. Le halló más que próspero, con una prosperidad deslumbrante, centelleante, como el reflejo del sol sobre un pan de oro.

Resultaba, pues, que lo que Malluch tomaba por un pasajero decaimiento del ánimo era una cavilación acerca de cuándo se vería cara a cara con su enemigo, y de cómo podría hacer más memorable aquel momento.

Al cabo de un rato penetraron en una avenida de encinas, por la que la gente iba y venía en grupos; aquí peatones y jinetes, allá mujeres en literas llevadas por esclavos, y de vez en cuando pasaban con gran estrépito veloces coches.

Al final de la avenida el camino formaba una pendiente suave descendiendo a una hondonada a cuya mano derecha levantaba un escarpado muro de roca gris, mientras a la izquierda se extendía un prado de primaveral frescor. Luego llegaron a la vista de la famosa fuente de Castalia.

Cruzando por entre un tropel de gente reunido allí, Ben-Hur vio un manantial de agua dulce manando de la cima de una piedra y derramándose en una pila de mármol blanco, donde, después de mucho hervir y espumear, desaparecía como por un embudo.

Junto a la pila, bajo un pequeño pórtico cortado en el sólido muro, estaba sentado un sacerdote, anciano, con barba, arrugado, y cubierto con una capucha. No podía darse una figura mejor de ermita. De la actitud de los allí presentes habría sido difícil deducir cuál era la atracción más celebrada, si la fuente siempre desatándose en voladoras gotas, o el sacerdote a todas horas presente. Un sacerdote que oía, veía, era visto, pero jamás hablaba. De vez en cuando un visitante extendía hacia él una mano provista de una moneda y recibía a cambio una hoja de papiro.

El receptor se apresuraba a sumergir el papiro en la pila; luego, levantando al sol la hoja goteante recibía la recompensa de una inscripción versificada que aparecía en el haz de la misma; y la fama de la fuente rara vez sufría demérito por falta de gracia de la poesía. Antes de que Ben-Hur pudiera poner el oráculo a prueba, se vio a otros visitantes viniendo por el prado. Su aspecto

excitó la curiosidad de la reunión; la del joven judío igual que la de los demás.

Vio primero un camello muy alto y muy blanco, guiado por un hombre sentado sobre su lomo. El castillo del animal, además de ser inusitadamente grande, era carmesí y oro. Otros dos jinetes con largas lanzas en la mano seguían al camello.

—¡Qué precioso animal! —exclamó uno de los presentes.

—Será un príncipe de lejanas tierras —contestó otro.

—Un rey, más probablemente.

—Si montara en un elefante, yo diría que es un rey.

Un tercero fue de distinto parecer.

—¡Un camello, y un camello blanco! —dijo en tono autoritario—. ¡Por Apolo, amigos, los que allá vienen (porque podéis ver que son dos) no son reyes ni príncipes; son mujeres!

En medio de la discusión llegaron los extranjeros.

Visto de cerca, el camello no desmentía la impresión producida de lejos. Ninguno de los viajeros reunidos en la fuente imaginó que hubiese visto nunca un animal de aquella especie más alto, ni más majestuoso. ¡Qué ojos tan grandes; qué pelo tan extremadamente fino y blanco; qué pies tan contráctiles levantados, tan silenciosos al posarse sobre el suelo y tan anchos una vez que soportaban el peso del cuerpo! Nadie había visto jamás otro igual. ¡Y qué bonito juego hacía con sus arreos de seda y todos los adornos de orlas de oro y las borlas doradas! El tintineo de las campanillas de plata precedía su marcha, y el animal se movía airoso como si no se diera cuenta de la carga que transportaba.

Pero ¿quiénes eran el hombre y la mujer que ocupaban el castillo?

Todos los ojos los saludaron con esta misma pregunta. Si el primero hubiese sido un príncipe o un rey, los filósofos que hubiera entre la multitud no habrían podido negar la imparcialidad del tiempo. Cuando vieron la delgada y demacrada faz escondida debajo de un turbante inmenso y el cutis color de momia, que hacía imposible formarse una idea de su nacionalidad, hubieron de pensar complacidos que el límite de la vida está señalado lo mismo para los grandes que para los insignificantes. En su persona no descubrieron nada tan envidiable como la manta que lo abrigaba.

La mujer iba sentada al estilo oriental, en medio de velos y blondas de una figura inigualable. Más arriba de los codos llevaba unos brazaletes en forma de arrollados áspides, unidos a otros, en la muñeca, mediante cordones de oro; por lo demás, sus brazos, desnudos, tenían una gracia natural singular, y los

completaban unas manos tan bellas y delicadas como las de un niño. Una de las manos, apoyada sobre el costado del vehículo, mostraba unos dedos largos y afilados, deslumbrantes de sortijas, y con las puntas pintadas de tal modo que tenían un rubor como el rosado de las madreperlas. En la cabeza, llevaba una redecilla de ancha malla rociada de cuentas de coral y sujeta con unas monedas de oro llamadas "solecitos", algunas de las cuales cruzaban sobre su frente, mientras otras caían por su espalda, medio escondidas por su cabello azul negro y liso, que ya por sí mismo constituía un adorno incomparable, no necesitando del velo que lo cubría sino como una protección contra el sol y el polvo. Desde su elevado asiento, la mujer miraba sosegada y placenteramente a la concurrencia, y tan abstraída estaba al parecer estudiando a los demás que no se daba cuenta del interés que ella misma excitaba; además, cosa insólita (no, más que insólita, en violenta contradicción con lo que solían hacer las mujeres de alto rango en público), los miraba con la cara descubierta.

Una cara que daba gusto mirar: hermosa, muy juvenil, de forma oval; de cutis, no blanco como las griegas, ni moreno, matiz del sol en el Alto Nilo sobre una piel de una transparencia tal que la sangre enviaba a través de ella un asomo de la claridad sonrosada de una lámpara. Los ojos, muy grandes de natural, parecían mayores por el toque de negro del borde de los párpados, inmemorial en todo el Oriente. Los labios, ligeramente entreabiertos, eran como un lago escarlata en medio del cual se veían unos dientes de una blancura deslumbradora. A todos estos primores de su fisonomía hay que pedir al lector que sobreañada el aire que le daba el porte de la cabeza, pequeña, de líneas clásicas, asentada sobre un cuello largo, torneado y gracioso; y su aire podemos imaginar que quedaría descrito felizmente diciendo que era el de una reina.

Como satisfecha de la inspección de la asamblea y del lugar, la hermosa criatura dijo unas palabras al conductor (un etíope de poderoso músculo, desnudo hasta la cintura), el cual guió al camello hasta las proximidades de la fuente y lo hizo arrodillarse. Enseguida recibió una copa de mano de la mujer y la llenó en la pila. En aquel instante la trepidación de unas ruedas y de los cascos de los caballos avanzando en rápida carrera rompió el silencio que la belleza de la recién llegada había impuesto, y los allí reunidos abrieron paso, prorrumpiendo en grandes gritos y corriendo hacia todas las direcciones deseosos de ponerse a salvo.

—El romano tiene intención de atropellarnos. ¡Mira! —le gritó Malluch a Ben-Hur, ofreciéndole al mismo tiempo el ejemplo de una precipitada fuga.

El joven volvió la cara hacia la parte de donde venía aquel estruendo y vio a Messala lanzando a la cuadriga en línea recta hacia la multitud. Esta vez la visión fue clara y distinta.

Al dividirse, el gentío dejó al descubierto al camello. Quizás estuviera dotado éste de una agilidad superior a la común en los animales de su especie; pero los cascos de los caballos estaban casi encima ya de su cuerpo, y él descansaba con los ojos cerrados, entregado a un interminable rumiar con esa sensación de seguridad que, puede suponerse, le había infundido el haber sido por mucho tiempo el favorito de su dueño. El etíope se estrujaba las manos espantado. En el castillo, el anciano hizo un movimiento para escapar, pero la edad se lo impedía, además de que, ni aun en presencia del peligro, podía olvidar el aire de dignidad que se veía claramente que era en él como una segunda naturaleza. Era demasiado tarde para que la mujer se pusiera a salvo. Ben-Hur, que era el que estaba más cerca de ellos, le gritó a Messala:

—¡Para! ¡Mira adonde vas! ¡Atrás, atrás!

El patricio reía con excelente buen humor, y viendo Ben-Hur que no había sino una posibilidad de evitar el desastre, avanzó unos pasos y cogió los bocados del corcel de la izquierda del yugo y de su pareja.

—¡Perro romano! ¿Tan poco te importan las vidas humanas? —gritó, poniendo en juego toda su energía.

Los dos caballos se encabritaron, con lo cual los otros describieron un arco y quedaron delante de ellos; la lanza, al levantarse en el aire, inclinó el suelo de la cuadriga. Messala se libró a duras penas de sufrir una caída, mientras su complaciente Myrtilo se desplomaba hacia atrás, cayendo al suelo como un guiñapo. Viendo despejado el peligro, los presentes estallaron en carcajadas de mofa. La audacia sin par del romano se puso entonces de relieve. Librándose de las riendas arrolladas a su cuerpo, las arrojó a un lado y desmontó. Dio un rodeo junto al camello, miró a Ben-Hur y tomó la palabra, dirigiéndose en parte al anciano y en parte a la mujer.

—Perdonad, os lo ruego, perdonadme los dos. Soy Messala —dijo—, y por la vieja Madre del mundo os juro que no os había visto, y tampoco a vuestro camello. En cuanto a esa buena gente... , quizá me fiaba demasiado de mi pericia. Quería reírme a su costa, y ahora son ellos los que se ríen. ¡Que les sirva para bien!

La mirada y el ademán, campechanos y despreocupados, que dirigió a los allí congregados concordaban bien con sus palabras. Con objeto de oír lo que siguiera diciendo, todos se quedaron callados. Seguro ya de la victoria sobre la masa de los ofendidos, Messala indicó con un gesto a su compañero que condujese la carroza a una distancia prudencial y se dirigió atrevidamente a la mujer.

—Tú te interesas por ese buen hombre, cuyo perdón, si no lo obtengo ahora, he de buscar desde este momento con la mayor diligencia. Diría que

eres su hija.

Ella no respondió:

—¡Por Palas, eres hermosa! Procura que Apolo no te confunda con su perdido Amor. Me gustaría saber qué país puede enorgullecerse de haberte dado el ser. No te vayas. ¡Una tregua, una tregua! El sol de la India brilla en tus ojos; en los ángulos de tu boca ha puesto Egipto sus signos amorosos. ¡Por Pólux! No te vuelvas hacia ese esclavo, hermosa dueña, antes de haberte mostrado misericordiosa con éste. Dime al menos que me has perdonado.

En este punto, la mujer le interrumpió.

—¿Quieres venir acá? —preguntó sonriendo e indicando a Ben-Hur con una graciosa inclinación de la cabeza—. Toma la copa y llénala, te lo ruego —le dijo al judío—. Mi padre tiene sed.

—¡Soy tu más rendido servidor!

Ben-Hur giró sobre sus talones para complacerla, y se vio cara a cara con Messala. Sus miradas se encontraron; la del judío retadora; la del romano, centelleante de buen humor.

—¡Oh, extranjera, tan hermosa como cruel! —dijo saludándola con la mano—. Si Apolo no te reclama para sí, volverás a verme otra vez. No sabiendo de qué país eres, no puedo nombrar a un dios al cual encomendarte; de modo que, por todos los dioses, ¡te encomiendo a mí mismo!

Y viendo que el Myrtilo tenía los cuatro caballos compuestos y a punto, retornó a la carroza. La mujer le siguió con una mirada en la que podía haber quizás otra cosa, pero, ciertamente, no había ninguna expresión de desagrado. Un momento después recibía el agua. Su padre bebió, enseguida se llevó ella también la copa a los labios, y, después, inclinándose, le dijo a Ben-Hur (¡jamás hubo otra acción más graciosa y espléndida!):

—¡Guárdala, te lo rogamos! Está llena de bendiciones; ¡todas para ti!

Inmediatamente después hicieron levantar el camello, y cuando estaba en pie y a punto de partir, el anciano llamó:

—Ven acá.

Ben-Hur se le acercó respetuosamente.

—Hoy has prestado un buen servicio al extranjero. No hay sino un Dios. En su santo nombre te doy las gracias. Yo soy Baltasar, el egipcio. En el gran vergel de las Palmeras, más allá del poblado de Dafne, a la sombra de las palmas, vive en sus tiendas el jeque Ilderim el Magnánimo, y nosotros somos huéspedes suyos. Ve allá a vernos. Serás recibido con el dulce sabor del agradecimiento.

Ben-Hur se quedó maravillado de la clara voz del anciano y de sus reverentes modales. Mientras seguía con la mirada a la pareja que se iba, divisó a Messala marchándose como había venido, alegre, indiferente, soltando una carcajada burlona.

Capítulo IX

Discusión de la carrera de cuadrigas

Como regla general no hay manera más segura de ganarse el desafecto de los hombres que obrar bien allí donde ellos han obrado mal. Por fortuna, en el caso presente Malluch fue una excepción a la regla. El episodio que había presenciado elevó a Ben-Hur en su estimación, puesto que no podía dejar de reconocerle coraje y pericia. Si ahora podía averiguar algo de la historia del joven, el buen amo Simónides no podría quejarse demasiado de la tarea del día.

Respecto a este último punto, de lo que había sabido hasta el momento se destacaban dos hechos concordantes con todo ello: el joven del cual se ocupaba era judío, al mismo tiempo que hijo adoptivo de un romano famoso. Otra conclusión que podía tener gran importancia estaba tomando cuerpo en la mente perspicaz del emisario: entre Messala y el hijo del duunviro existía una determinada relación. Pero ¿de qué clase sería? ¿Cómo convertiría su suposición en seguridad? A pesar de todos los sondeos, no tenía en su mano los medios ni la forma de llegar a una solución. En medio de su perplejidad, el mismo Ben-Hur vino a socorrerle. Apoyando la mano en el brazo de Malluch, le apartó de la aglomeración de gentes que volvían a fijar su interés, como antes, en el canoso y anciano sacerdote y en la fuente mística.

—Buen Malluch —le dijo entonces, parándose—, ¿puede un hombre olvidar a su madre?

La pregunta era brusca y no se le veía el objeto; era pues de esas que dejan perpleja a la persona a quien han sido dirigidas. Malluch miró a Ben-Hur a la cara, buscando en ella una indicación de lo que había querido significar; pero en vez de ello vio dos manchas de un encarnado vivo, una en cada mejilla, y en los ojos el rastro de lo que podían haber sido contenidas lágrimas. Luego contestó como un autómata:

—¡No! —añadiendo con fervor—: ¡Nunca! —y todavía después, cuando empezaba a recobrarse—: ¡Si el hombre es israelita; nunca! —continuando, cuando ya fue dueño de sí por completo—: La primera lección que estudié en la sinagoga fue el Shema; la segunda, la sentencia del hijo de Sirach: "Honra a

tu padre con toda tu alma, y no olvides los pesares de tu madre".

Los puntos rojos de las mejillas de Ben-Hur tomaron un matiz más vivo.

—Esas palabras me traen la infancia de nuevo, y demuestran que tú, Malluch, eres un judío auténtico. Creo que puedo fiarme de ti.

Ben-Hur soltó el brazo que tenía cogido, y, llevándose la mano a los pliegues de la túnica que cubría su propio pecho, los oprimió contra sí como para ahogar una pena, o una emoción igualmente aguda y dolorosa.

—Mi padre —dijo—, ostentaba un ilustre nombre, y no se hallaba privado de honores en Jerusalén, donde vivía. Cuando él murió, mi madre se encontraba en lo mejor de su edad. No bastaría decir que era buena y hermosa: movía su lengua la ley del afecto; sus obras merecían los elogios de los que se reúnen en las puertas de la población, y miraba sonriendo los días que habían de venir. Yo tenía una hermanita; ella y yo constituíamos la familia de mi madre, y éramos tan felices que yo, al menos, jamás he visto irreverencia en la frase del viejo rabí: "Dios no podía estar en todas partes, y por eso hizo a las madres". Un día le ocurrió un accidente a un romano investido de mando cuando pasaba a caballo delante de nuestra casa a la cabeza de una cohorte. Los legionarios reventaron la puerta, se precipitaron dentro del edificio y nos apresaron. Desde entonces no he visto más a mi madre ni a mi hermana. No puedo decir si han muerto o siguen viviendo. No sé qué ha sido de ellas. Pero, Malluch, el hombre que guiaba aquella carroza estaba presente en el momento de nuestra separación; él nos entregó a nuestros secuestradores; él oyó a mi madre rogar por sus hijos, y cuando se la llevaron por la fuerza se puso a reír. Sería difícil asegurar qué es lo que se graba más profundamente en la memoria, el amor o el odio. Hoy le he reconocido de lejos... y, Malluch...

Ben-Hur cogió otra vez el brazo de su oyente.

—Y, Malluch, él conoce el secreto, y consigo se lo lleva ahora; un secreto que yo daría la vida por saber: él podría decir si vive y dónde está, y cuál es su situación. Si ha muerto (mejor dicho, si han muerto; a fuerza de sufrimientos las dos han pasado a ser para mí como una sola), él podría decir dónde murieron, y de qué, y dónde me esperan sus huesos para que vaya a recogerlos.

—¿Y no lo dirá?

—No.

—¿Por qué?

—Yo soy judío y él es romano.

—Pero los romanos tienen lengua, y los judíos, por mucho que se les desprecie, conocen métodos para embaucarlos.

—¿A gente como él? No; por otra parte, se trata de un secreto de Estado. Todos los bienes de mi padre fueron confiscados, y se los repartieron.

Malluch movió la cabeza, lentamente, como si aceptara la objeción. Luego preguntó de nuevo:

—¿Te ha reconocido?

—Era imposible. A mí me enviaron a una muerte en vida, y desde hace mucho tiempo me cuentan en el número de los difuntos.

—Me maravilla que no le agredieses —dijo Malluch, cediendo a un arrebató de pasión.

—Eso habría significado renunciar a que un día pueda servirme de ese hombre. Habría tenido que matarle, y la muerte, como tú sabes, guarda los secretos mejor todavía que un romano culpable.

El hombre que teniendo tanto por vengar sabía desechar tan serenamente una oportunidad parecida había de estar muy confiado en el futuro o tener preparado un designio mejor. Esta idea hizo que los sentimientos de Malluch cambiaran; dejó de ser un emisario atado por el deber a otra persona. Por méritos propios, Ben-Hur estaba adquiriendo unos derechos sobre él. En otras palabras, Malluch se disponía a servirle con la mejor voluntad, empujado por una franca admiración.

Después de una breve pausa, Ben-Hur reanudó su discurso.

—No quisiera quitarle la vida; contra esa medida extrema le sirve de salvaguarda, por el momento al menos, el hecho de estar en posesión del secreto que te decía. Sin embargo, es posible que quiera castigarle, y si a ello me ayudas tú, lo intentaré.

—Él es romano —respondió Malluch sin vacilar—, y yo pertenezco a la tribu de Judá. Te ayudaré. Si lo prefieres, oblígame bajo juramento; bajo el juramento más solemne.

—Dame la mano, con eso bastará.

Cuando sus manos se separaron, Ben-Hur dijo con el corazón más ligero:

—La tarea que quiero encargarte, buen amigo, no es difícil, y tampoco repugna a la conciencia. Vayámonos de aquí.

Y emprendieron por el camino que llevaba hacia la derecha, cruzando el prado de que hemos hablado al describir la venida a la fuente. Ben-Hur fue el primero en romper el silencio.

—¿Conoces al jeque Ilderim el Magnánimo?

—Sí.

—¿Dónde está su vergel de las Palmeras? O mejor, ¿a qué distancia se encuentra de la villa de Dafne?

A Malluch le asaltó una duda. Recordaba la delicada preferencia que había manifestado por Ben-Hur aquella mujer en la fuente, y se preguntaba si el que tenía presente en el pensamiento los sufrimientos de una madre estaba a punto de olvidarlos ante el señuelo del amor. A pesar de todo respondió:

—El vergel de las Palmeras está a dos horas de la población, montando un caballo, y a una cabalgando sobre un camello ligero.

—Gracias a ti y a tus conocimientos una vez más. ¿Han sido anunciados profusamente los juegos de que me hablabas? ¿Cuándo tendrán lugar?

Las preguntas eran muy significativas, y si no devolvieron la confianza a Malluch estimularon al menos su curiosidad.

—Ah, sí, tendrán gran esplendor. El prefecto es rico; no le perjudicaría mucho el perder su puesto. Sin embargo, como suele ocurrir con los hombres que han triunfado, su amor a las riquezas no ha disminuido; para ganarse un amigo en la corte, si no algo más, debe agasajar al cónsul Majencio, quien vendrá aquí con objeto de ultimar los preparativos de una campaña contra los partos. Los ciudadanos de Antioquía saben por propia experiencia el dinero que se invierte en los preparativos, por lo cual se les ha dado permiso para que se unan al prefecto en los honores que se proyecta tributar al gran hombre. Hace un mes salieron heraldos hacia los cuatro vientos anunciando la apertura del circo para los festejos. El nombre del prefecto sería ya de por sí buena garantía de variedad y magnificencia, particularmente en todo el Oriente; pero cuando a promesas añade Antioquía las de la ciudad, todas las islas y las ciudades dan por seguro que se tratará de una cosa extraordinaria, y estarán presentes en masa, o representados por sus profesionales más famosos. Ofrecen unos sueldos regios.

—Respecto al circo, he oído decir que sólo cede en importancia al Máximo.

—De Roma, dices tú. Pues bien, el nuestro proporciona asiento a doscientas mil personas, el vuestro admite setenta y cinco mil más; el vuestro es de mármol, y el nuestro también; en su disposición son exactamente iguales.

—¿Rigen en él las mismas normas?

Malluch sonrió.

—Hijo de Arrio, si Antioquía se atreviese a ser original, Roma no sería la dueña del mundo como lo es. Todas las reglas del circo Máximo gobiernan aquí, menos una en particular: allá sólo pueden arrancar a la vez cuatro

carrozas; aquí parten todas a un tiempo, independientemente del número de ellas.

—Así solían hacerlo los griegos —comentó Ben-Hur.

—Sí; Antioquía es más griega que romana.

—En tal caso, Malluch, ¿puedo escoger mi propia carroza?

—La carroza y los caballos. No existe restricción alguna en lo uno ni en lo otro.

Mientras respondía, Malluch observó que la expresión pensativa de la faz de Ben-Hur cedía el puesto a una de satisfacción.

—Otra cosa más todavía, oh Malluch: ¿cuándo tendrán lugar esos festejos?

—¡Ah, perdona! —contestó el compañero—. Mañana..., pasado mañana... —dijo contando en voz alta—, luego si los dioses del mar se muestran propicios (para decirlo al estilo de los romanos) llegará el cónsul. Dentro de seis días a partir del de hoy tendremos los juegos.

—Poco tiempo nos queda, Malluch, pero bastará —estas últimas palabras las había pronunciado el joven con aire resuelto—. ¡Por los profetas de nuestro viejo Israel! Empuñaré las riendas de nuevo. ¡Oye! Con una condición. ¿Existe la seguridad de que Messala será uno de los contendientes?

Ahora Malluch comprendía el plan y todas las oportunidades que ofrecía para humillar al romano; y no habría sido un auténtico descendiente de Jacob si no se hubiese lanzado con vivo interés a considerar las contingencias que podían derivarse. Su voz temblaba realmente al contestar:

—¿Estás entrenado?

—No temas, amigo mío. Estos tres años últimos los vencedores del circo Máximo han conservado sus coronas porque yo he querido. Pregúntales, pregunta a los mejores, y te lo confesarán. En los últimos juegos mayores el mismo emperador me ofreció su patronazgo si quería tomar a mi cargo sus caballos y correr con ellos en competencia con los partidarios de todo el mundo.

—Pero ¿no lo hiciste?

Malluch hablaba formalmente.

—Yo..., yo soy judío... —mientras pronunciaba estas palabras Ben-Hur parecía replegarse dentro de sí mismo—, y, aunque lleve un nombre romano, no me atrevía a practicar como profesional una cosa que pudiera ensuciar el nombre de mi padre en los claustros y patios del templo. En la palestra podía permitirme unos ejercicios que, continuados en el circo, se habrían convertido

en una abominación. Y si ahora participo aquí en las carreras, te juro, Malluch, que no será por la recompensa, ni por el dinero que den al vencedor.

—¡Espera; no lo jures! —gritó Malluch—. Al vencedor le darán diez mil sestericios, ¡una fortuna para toda la vida!

—No lo sería para mí aunque el prefecto la triplicase cincuenta veces. Mejor que eso, mejor que todas las rentas imperiales del primer año del primer César... Yo competiré en esta carrera para humillar a mi enemigo. La venganza está permitida por la ley.

Malluch sonrió y movió la cabeza como diciendo: "Perfectamente... Ten por seguro que yo, un judío, he de comprender a otro judío".

—Messala guiará una cuadriga —dijo al instante—. Está comprometido en estas carreras de muchos modos: por haberlo anunciado en las calles, en los baños, en los teatros, en el palacio y en las barracas; y para que no pueda echarse atrás, su nombre figura en las tablillas de todos los jóvenes despilfarradores de Antioquía.

—¿En las apuestas, Malluch?

—Sí, en las apuestas. Todos los días, según han visto, viene con gran alarde a entrenarse.

—¡Ah! ¿Y aquélla es la carroza y aquéllos los caballos con los cuales quiere tomar parte en la competición? ¡Gracias, gracias, Malluch! Me has prestado ya un buen servicio. Me doy por satisfecho. Ahora actúa de guía llevándome al vergel de las Palmeras, y preséntame al jeque Ilderim el Magnánimo.

—¿Cuándo?

—Hoy. Mañana, correríamos el riesgo de que ya hubiera entregado sus caballos a otro.

—¿De modo que te gustan?

Ben-Hur respondió con gran admiración:

—Los he visto desde la tribuna un momento nada más, porque entonces ha llegado Messala y yo no podía mirar a ninguna otra parte; sin embargo, he comprendido que tienen la sangre que constituye a un tiempo la maravilla y la gloria de los desiertos. Jamás había visto otros de su estirpe sino en los establos del César; pero en cuanto uno los ha visto una vez los reconoce siempre. Mañana, al encontrarnos, te conoceré, Malluch, aunque tú ni siquiera me saludes; te conoceré por tu cara, por tu figura, por tus gestos; pues por los mismos signos los conoceré a ellos y con la misma seguridad. Si todo lo que se dice de ellos es cierto, y si puedo conseguir que su espíritu se deje gobernar

por el mío, seré capaz de...

—¡Ganar los sestercios! —le interrumpió Malluch riendo.

—No —replicó Ben-Hur con idéntica presteza—. Haré lo que mejor le sienta a un hombre nacido para la herencia de Jacob: humillaré a mi enemigo en el lugar más público. Pero —añadió con impaciencia—, estamos perdiendo tiempo. ¿Cómo podemos llegar antes a las tiendas del jeque?

Malluch se concedió unos momentos para meditar.

—Será mejor que nos vayamos directamente a la villa, que por fortuna está cerca. Si allí encontramos quien nos alquile dos camellos rápidos no pasaremos sino una hora por el camino.

—A ello, pues.

La villa era una reunión de palacios enclavados en medio de bellos jardines entremezclados con khanes de la variedad principesca.

Por suerte pronto tuvieron un par de dromedarios, y sobre ellos emprendieron el viaje hacia el famoso vergel de las Palmeras.

Capítulo X

Ben-Hur oye hablar de Cristo

Al otro lado de la villa la campiña aparecía ondulada y cultivada; era en realidad la tierra de huertas de Antioquía, en la que no quedaba sin trabajar ni un palmo de terreno. Las empinadas vertientes de las montañas formaban bancales escalonados; hasta los ribazos se veían alegados por las trepadoras parras que, además del encanto de la sombra, ofrecían a los transeúntes la dulce promesa del vino que producirían, y la morada madurez de los abundantes racimos de uvas. Sobre los melonares y por entre las espesuras de albaricoques, higueras, naranjos y limoneros se veían las blanqueadas casas de los campesinos; por todas partes la abundancia, hija sonriente de la paz, daba noticia con las mil señales que posee de que se hallaba en sus dominios, alegrando el corazón del generoso viajero, hasta hacerle sentirse dispuesto incluso a reconocer los aspectos positivos de la dominación romana. De vez en cuando se divisaban también las perspectivas del Tauro y del Líbano, entre los cuales el Orontes (cinta divisoria de plata), seguía plácidamente su camino.

En el curso de su viaje los dos amigos llegaron al río, cuyos meandros se ceñían fielmente al camino que seguían, ora trepando por escarpadas peñas, ora descendiendo hasta el fondo de los valles, todos igualmente aprovechados

para aposentos campestres. Y si el campo lucía todas sus galas ostentando el follaje de encinas, sicómoros y mirtos, de bayos y madroños y el de los olorosos jazmines, el río brillaba bajo los rayos oblicuos de sol, que se habrían dormido sobre su superficie de no ser por la interminable procesión de barcos, deslizándose a favor de la corriente, o saltando al empuje de los remos, unos yendo, otros viniendo, trayendo todos el recuerdo del mar, de pueblos lejanos, de lugares famosos y de artículos codiciados a causa de su rareza. Nada hay tan subyugador para la fantasía como una vela hinchada en dirección al mar, si no es otra que nos lleve a la patria, terminada una travesía feliz.

Los dos amigos seguían continuamente la orilla del río hasta llegar a un lago alimentado por las aguas remansadas de aquél, claras, profundas y sin formar la menor corriente. Una vieja palmera dominaba el ángulo de la vía de acceso.

Doblando hacia la izquierda, al pie del árbol, Malluch se puso a palmotear gritando:

—¡Mira, mira! ¡El vergel de las Palmeras!

Era una escena que no se ve en ninguna otra parte, salvo en los favorecidos oasis de Arabia, o en las haciendas de los Ptolomeos a lo largo del Nilo. Para dar mayor intensidad a una sensación tan nueva como deliciosa, Ben-Hur se internó por una extensión de terreno al parecer ilimitada, y llana como el suelo de una habitación. Por todas partes el pie se posaba sobre la hierba verde y fresca, que en Siria es el producto más raro y hermoso que da la tierra; si el joven levantaba la vista era para ver el pálido azul del cielo por entre las ramas entrecruzadas de los árboles productores de dátiles, verdaderos patriarcas de su especie, tan numerosos y viejos, de tan poderosos troncos, tan altos y apiñados, con tan largas ramas y cada una de éstas de frondes tan perfectos, rojizos, cerúleos y brillantes, que parecían encantadores encantados. Aquí la hierba daba color a la misma atmósfera; allá, el lago, fresco y cristalino, cuyas aguas se rizaban sólo hasta pocos pies debajo de la superficie y ayudaban a los árboles a vivir hasta muy avanzada edad. ¿Acaso el bosque de Dafne aventajaba a éste? Y, como si adivinaran los pensamientos de Ben-Hur y quisieran conquistar su ánimo según un estilo propio, parecía que cuando pasaba debajo de sus arcos moviesen las ramas y le rociasen de húmeda frescura. El camino seguía todas las ondulaciones del lago en riguroso paralelismo, y si alguna vez conducía a los caminantes hasta el borde del agua era siempre con algún paraje donde la superficie brillante estaba limitada a no excesiva distancia por la orilla opuesta, en la cual, lo mismo que en la de esta parte, no se consentía otro árbol que la palmera.

—Mira —dijo Malluch, señalando un gigante del lugar—. Cada anillo del tronco indica un año de vida. Cuéntalos desde las raíces hasta las ramas, y si el

jeque te dice que el bosque fue plantado antes de que en Antioquía se hubiera oído mentar a los seléucidas, no dudes de sus palabras.

No es posible contemplar una palmera perfecta sin que ella, con una sutileza especial y exclusiva, adquiera una personalidad propia y convierta en poeta a su admirador. Esto explica a los primeros reyes, que no supieron hallar en toda la tierra ninguna forma que les sirviera tan bien para modelo de las columnas de sus palacios y templos. Y por la misma razón, Ben-Hur se sintió impulsado a exclamar:

—Buen Malluch, tal como lo he visto hoy en la tribuna, el jeque Ilderim me ha parecido un hombre vulgar y corriente. Me temo que los rabíes de Jerusalén le mirarían como a un hijo de un perro de Edom. ¿Cómo fue que entró en posesión del vergel de las Palmeras? ¿Y cómo ha contado con medios para defenderlo de la voracidad de los gobernantes romanos?

—Si el tiempo confiere excelencia a la sangre, oh hijo de Arrio, entonces el viejo Ilderim es todo un hombre, por más que sea un edomita incircunciso.

Malluch siguió expresándose con vehemencia.

—Todos sus antepasados fueron jeques. Uno de ellos (no diré en qué época ni cuándo llevó a cabo la honrosa hazaña) ayudó en cierta ocasión a un rey al cual unos enemigos perseguían con las espadas desenvainadas. Dice la historia que le facilitó un millar de jinetes que conocían los caminos y los escondites del desierto como los pastores conocen las escasas montañas que frecuentan con sus rebaños, y aquellos hombres le condujeron de un lugar a otro hasta que se presentó el momento propicio, llegado el cual dieron muerte al enemigo con sus lanzas y devolvieron el trono al perseguido. Y se cuenta que el rey se acordó de tan señalado favor y trajo al hijo del desierto a este paraje, suplicando que plantara aquí sus tiendas y condujera a su familia y a sus rebaños, porque el lago y los árboles y todo el terreno limitado entre el río y los montes más próximos serían suyos y de sus hijos para siempre. Nadie ha turbado nunca el tranquilo disfrute de esta propiedad. Los gobernantes que vinieron después consideraron que era una medida de buena política mantener excelentes relaciones con la tribu a la cual el señor ha favorecido multiplicando sus hombres y sus caballos, sus camellos y sus bienes, haciéndolos dueños de muchas vías principales entre las ciudades; de modo que en su mano está decirle al comercio en cualquier momento que les plazca: "Ve en paz", o "Párate", y se hará lo que ellos digan. Hasta el prefecto apostado en la ciudadela que domina Antioquía considera dichoso para él el día que Ilderim, apodado el Magnánimo en atención a su generosidad con toda clase de hombres, se pone en marcha, lo mismo que hicieron nuestros padres Abraham y Jacob, con sus esposas y sus hijos, con el séquito de sus rebaños de camellos y caballos y con todas sus posesiones de jeque, y sube a trocar

brevemente sus amargos manantiales por los encantos que ves aquí por todo nuestro alrededor.

—¿Cómo se explica entonces? —preguntó Ben-Hur, que había escuchado sin parar mientes en la lentitud del paso de los dromedarios—. Yo he visto al jeque mesándose la barba y maldiciéndose a sí mismo por haber confiado en un romano. Si César le hubiese oído habría dicho: "Amigos como éste no me gustan; echadle de aquí".

—Habría juzgado bien —replicó Malluch sonriendo—. Ilderim no le tiene ningún afecto a Roma; guarda un resentimiento contra ella. Hace tres años, los partos invadieron el camino de Bozra a Damasco y cayeron sobre una caravana cargada, entre otras cosas, con el importe de los impuestos recaudados en un distrito de aquella parte, dando muerte a todo ser viviente que encontraron. Los censores de Roma habrían podido perdonar el atropello si los partos hubiesen respetado y entregado el tesoro imperial. Los campesinos que habían pagado los impuestos, obligados a reparar la pérdida, presentaron sus quejas al César, el cual reclamó el pago a Herodes, y éste, por su parte, se apoderó de algunos bienes de Ilderim, acusándole de haber descuidado traidoramente sus deberes. El jeque apeló al César, y el César le dio la respuesta que uno esperaría de la esfinge impasible. Desde entonces el anciano está con el corazón dolorido, alimentando su ira y complaciéndose en ver cómo crece cada día.

—No podrá hacer nada, Malluch.

—Bien —contestó el aludido—, eso exige otra explicación, que te daré si podemos acercarnos más. Pero, ¡mira!, la hospitalidad del jeque empieza pronto: sus hijos te están hablando.

Los dromedarios se pararon, y Ben-Hur bajó la vista para contemplar a unas niñas del estamento campesino sirio que le ofrecían unos cestos llenos de dátiles. La fruta estaba recién cogida, y no era posible rechazarla... Ben-Hur se inclinó aceptando, y en ese momento un hombre que estaba sobre el árbol junto al que se habían parado gritó:

—¡La paz te acompañe, y bienvenido seas! Después de dar las gracias a las niñas, los dos amigos siguieron adelante, dejando que los animales llevaran el paso que se les antojara.

—Debes saber —prosiguió Malluch, interrumpiéndose de vez en cuando para saborear un dátil—, que el mercader Simónides me honra con su confianza, y hasta a veces me halaga pidiéndome consejos. Frecuentando su casa he conocido a muchos amigos suyos, los cuales, enterados de las relaciones que nos unen, le hablan con toda libertad en mi presencia. De esta forma trabé cierta intimidad con el jeque Ilderim.

La atención de Ben-Hur se desvió un momento. Ante los ojos de su mente se levantaba la imagen pura, dulce y atractiva de Esther, la hija del comerciante. Los ojos de la joven, iluminados por el brillo peculiar de los judíos, se encontraban con los suyos en una púdica mirada: oía sus pisadas lo mismo que el día que se le acercó ofreciéndole vino, y también su voz como cuando le presentaba la copa; y rememoraba de nuevo toda la simpatía que le había manifestado, expresándola con tal claridad que las palabras eran innecesarias y con tal dulzura que ninguna frase la hubiera igualado. Era una visión en extremo agradable; pero, cuando él volvió la cabeza, hacia Malluch, se desvaneció.

—Hace unas semanas —dijo su compañero continuando el relato—, el anciano árabe visitó a Simónides en un momento en que yo estaba presente. Creí verle muy emocionado por algo, y, en deferencia, ofrecí retirarme, pero él mismo me lo prohibió. "Como eres israelita —dijo—, quédate, porque tengo que contar una extraña historia". El énfasis con que pronunció la palabra "israelita" excitó mi curiosidad. Me quedé, y he aquí en sustancia el relato que nos hizo. Lo resumo porque nos estamos acercando a la tienda y dejo que los detalles los oigas de los propios labios del santo varón. Hace muchos años, tres hombres se presentaron en la tienda de Ilderim, allá en el desierto. Los tres eran extranjeros, un hindú, un griego y un egipcio, y los tres iban montados sobre camellos, los mayores que él había visto en su vida, y completamente blancos. Él los recibió hospitalariamente y les proporcionó descanso. A la mañana siguiente los tres viajeros se levantaron y pronunciaron una oración nueva para el jeque; era una plegaria dirigida a Dios y a su Hijo, y la rezaron con mucho misterio. Después de desayunar en compañía del dueño de la tienda, el egipcio le dijo quiénes eran y de dónde venían. Cada uno de los tres había visto una estrella, y una voz que salía de ella le había ordenado que fuese a Jerusalén y preguntase: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?". Y ellos obedecieron. Desde Jerusalén fueron guiados por una estrella a Belén, donde encontraron en una cueva a un niño recién nacido ante el cual se prosternaron para adorarlo; y después de haberle adorado y haberle hecho valiosos regalos, pudiendo dar testimonio de quién era, montaron otra vez sobre sus camellos y huyeron, sin pararse hasta encontrar de nuevo al jeque, porque si Herodes (el que conocemos con el sobrenombre de el Grande) hubiese podido echarles mano les habría hecho morir, sin duda alguna. Fiel a sus tradiciones, el jeque los atendió y los tuvo escondidos por espacio de un año, al cabo del cual se marcharon dejándoles regalos de gran valor y partiendo cada uno en una dirección distinta.

—Es ciertamente una historia maravillosa —exclamó Ben-Hur cuando hubo escuchado la conclusión—. ¿Qué has dicho que tenían que preguntar en Jerusalén?

—Habían de preguntar: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—¿Y nada más?

—Algo más decía la pregunta, pero no sé recordarlo.

—¿Y encontraron al niño?

—Sí, y le adoraron.

—Es un milagro, Malluch.

—Aunque muy excitable, como todos los árabes, Ilderim es un hombre serio. En sus labios no hay lugar para las mentiras.

Malluch hablaba con acento convencido. Con todo ello, no se acordaban de los dromedarios, que, tan distraídos como sus jinetes, salieron del camino para solazarse con la lozana hierba.

—¿No ha sabido nada más Ilderim de aquellos tres hombres? —preguntó Ben-Hur—. ¿Qué ha sido de ellos?

—Ah, sí; he ahí el motivo de que fuera a ver a Simónides el día que te decía. La noche anterior se le había presentado de nuevo el egipcio.

—¿Dónde?

—Ahí, en la puerta de la tienda a la que estamos llegando.

—¿Cómo le conoció?

—Del mismo modo que tú has conocido hoy a los caballos: por su cara y su aire.

—¿Por nada más?

—Montaba el mismo camello, grande y blanco, y le dio el mismo nombre: Baltasar, el egipcio.

—¡Esto es una maravilla del Señor!

Ben-Hur se expresaba con vehemencia. Y Malluch, intrigado, preguntó:

—¿A qué viene ese tono?

—¿Baltasar, has dicho?

—Sí, Baltasar, el egipcio.

—Es el nombre que nos ha dado hoy aquel anciano en la fuente.

Ante este recuerdo, Malluch fue presa a su vez de una viva agitación.

—Es cierto —dijo—, y el camello era el mismo... Y tú has salvado la vida del viejo.

—Y la mujer —dijo Ben-Hur como hablando consigo mismo—, la mujer era su hija.

Y se quedó absorto, pensando. Hasta el lector podrá concebir que veía en su imaginación la figura de aquella joven, y que la veía con más agrado que la de Esther, aunque sólo fuera porque la visión duró más rato, pero, no...

—Dime otra vez —pidió al cabo de un rato—. Habían de preguntar: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—No es así exactamente. Las palabras eran "nacido para ser Rey de los judíos". Sí, éstas eran las palabras tal como el sheik las recogió la primera vez en el desierto. Desde entonces está esperando la llegada de ese rey, y nadie puede hacerle perder la fe en que llegará.

—¿De qué modo? ¿Como rey?

—Sí, y trayendo la ruina de Roma. Así lo dice el jeque.

Ben-Hur guardó silencio un rato; meditando, y tratando de dominar su emoción.

—El anciano es uno más entre muchos millones —dijo pausadamente—, uno entre muchos millones, todos con algún atropello que vengar; y esta extraña fe es el pan y el vino de su esperanza; pues ¿quién si no Herodes puede ser rey de los judíos mientras Roma subsista? Pero, continuando la historia, ¿oíste lo que dijo Simónides?

—Si Ilderim es un hombre grave, Simónides es un hombre sabio —contestó Malluch—. Yo escuché su respuesta. Le dijo... Pero, ¡oye! Alguien viene y nos está alcanzando.

El ruido crecía. Un instante después percibían el ruido de unas ruedas mezclado con el batir de unos cascos. Enseguida apareció el jeque Ilderim en persona, montado a caballo y seguido de una comitiva de la cual formaban parte los cuatro corceles árabes color rojo de vino arrastrando la cuadriga. La barbilla del jeque, escondida entre las hebras de su blanca barba, se apoyaba sobre el pecho. Nuestros amigos le habían precedido por la misma ruta; pero al verlos el anciano levantó la cabeza, y les habló afablemente.

—¡La paz sea con vosotros! ¡Ah, mi amigo Malluch! ¡Bienvenidos! Y dime que no os marcháis, sino que acabáis de llegar y que me traéis algún encargo del buen Simónides. ¡Ojalá el Dios de sus padres le conserve la vida durante muchos años! Sí, empuñad las riendas de los camellos y seguidme. Tengo pan y vino, o, si lo preferís, raque, y carne de cabrito joven. ¡Venid!

Siguieron tras él hasta la puerta de la tienda, en la que, cuando hubieron desmontado, aguardó para recibirlos, sosteniendo en la mano una bandeja con tres copas llenas de un licor cremoso recién sacado de una gran bota manchada

por el humo, colgada del poste central.

—Bebed —les dijo cordialmente—. Bebed, porque esto es el "nada temas" de los que vivimos en las tiendas.

Cada uno cogió una copa y bebió hasta que no quedó sino la espuma en el fondo.

—Ahora entrad, en nombre de Dios.

Cuando hubieron entrado, Malluch se llevó al sheik aparte y le habló en privado; después de lo cual se acercó a Ben-Hur y se excusó.

—Le he hablado de ti, y mañana por la mañana te dejaré probar los caballos. Considéralo un amigo tuyo. Yo he hecho por ti todo lo que estaba en mi mano; el resto corre de tu cuenta. Permíteme que regrese a Antioquía. Hay allí un hombre a quien he prometido que nos veríamos esta noche. No puedo escoger; tengo que acudir a la cita. Mañana volveré, si todo marcha bien entretanto, dispuesto a continuar a tu lado hasta que hayan terminado los juegos.

Después de dar y recibir múltiples bendiciones, Malluch emprendió el camino de regreso.

Capítulo XI

El siervo prudente y su hija

A la hora en que el cuerno inferior de la luna creciente tocaba las encastilladas columnas de Monte Sulpio, y dos tercios de los moradores de Antioquía habían salido a las azoteas a reconfortarse con la brisa nocturna, cuando soplaba, y con los abanicos, cuando no venía, Simónides estaba sentado en el sillón que había pasado a formar parte de su persona y desde la terraza contemplaba el río y los barcos de su propiedad meciéndose sujetos a las amarras. La ancha sombra proyectada por el muro que tenía a su espalda se extendía sobre el agua llegando hasta la orilla opuesta. Arriba continuaban sonando las pisadas interminables de los que cruzaban el puente. Esther sostenía una bandeja que contenía la cena, muy frugal, del anciano: unas tortitas de trigo, delgadas como barquillos, miel y un tazón de leche, en la cual mojaba de vez en cuando las tortas después de haberlas hundido en la miel.

—Malluch anda rezagado esta noche —dijo, manifestando el curso que seguían sus pensamientos.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Esther.

—A menos que se haya internado por el mar, o en el desierto, y continúe el viaje, vendrá sin duda.

Simónides hablaba con tranquila confianza.

—Tal vez escriba —dijo la joven.

—No lo hará, Esther. Al ver que no podía regresar hubiera enviado una carta comunicándomelo. Como no he recibido tal misiva, sé que puede venir, y vendrá.

—Así lo espero —dijo Esther muy dulcemente.

Algo hubo en aquellas palabras que llamó la atención del padre; acaso fuera el tono, o quizás el deseo que manifestaban. El pájaro más diminuto no puede posarse en el más corpulento árbol sin transmitir una vibración a la fibra más distante; todas las mentes poseen en determinados momentos una sensibilidad parecida y no menor para las palabras más insignificantes.

—¿Deseas que venga, Esther? —preguntó.

—Sí —contestó ella, levantando los ojos para fijarlos en los de su padre.

—¿Por qué? ¿Puedes decírmelo? —insistió él. —Porque... —la joven titubeó, y enseguida empezó de nuevo—. Porque aquel joven es... —y se interrumpió definitivamente.

—Nuestro dueño. ¿No es ésta la palabra?

—Sí.

—Y tú sigues creyendo que no debía consentir que se marchase sin decirle que volviera, si le parecía bien, y se hiciese cargo de nosotros... y de todo lo que tenemos... Todo, Esther... las mercancías, los siclos, los barcos, los esclavos y el inmenso crédito, que es un manto de oro y de la plata más fina tejido para mí por el más grande de los ángeles que protegen a los hombres: el éxito.

La joven no respondió.

—¿No te impresiona esto nada en absoluto? ¿No? —insistió el padre con un levísimo deje de amargura—. Bueno, bueno. He descubierto, Esther, que la peor realidad no es insoportable cuando sale de detrás de las nubes de las cuales veíamos primero sus negras formas. No, ni siquiera el potro lo es. Supongo que lo mismo ocurrirá con la muerte. Y según esta filosofía la esclavitud en que vamos a caer ha de parecernos luego dulce. Ya en este mismo momento me complace pensar en lo venturoso que es nuestro dueño. La fortuna no le cuesta nada; ni una ansiedad, ni una gota de sudor, ni tanto así como un pensamiento; se le echa encima sin que la hubiera soñado, y en la juventud. Más aún, Esther (y deja que manifieste un poco de vanidad al

hacerme esta reflexión), adquiere algo que no podría ir a comprar al mercado ni con todo el dinero que irá a parar a su bolsa: te adquiere a ti, mi hija, mi adorada, ¡a ti, flor de la tumba de mi difunta Raquel!

Y, atrayéndola hacia sí, la besó dos veces: una por ella misma y otra por su madre.

—No digas eso —replicó la joven cuando las manos de su padre se apartaron de su cuello—. Formemos mejor opinión de él; sabe lo que es sufrir y nos dará la libertad.

—Ah, posees un fino instinto, Esther, y ya sabes que me fío de tu penetración en los casos cuando hay que calificar en bien o en mal a la persona que ha estado delante de ti como estuvo él esta mañana. Pero... pero... —la voz del anciano subió de tono y se endureció—. Estas piernas sobre las cuales no puedo sostenerme..., este cuerpo vencido y maltratado hasta hacerle perder el aspecto humano, no son todo lo mío que le doy. ¡Oh, no, no! Le entrego un alma que ha triunfado a los tormentos y la malicia romana, más aguda que la tortura; le entrego una inteligencia dotada de unos ojos capaces de ver el oro a una distancia mayor que la que recorrieron las naves de Salomón, y de la facultad de traerlo a la mano. Sí, Esther, aquí dentro de mi palma para que los dedos se cierren sobre el metal y lo guarden, no sea que la palabra de otro hombre le hiciese nacer alas; sí, una inteligencia poderosa y fecunda... —el anciano se interrumpió y se puso a reír—. Ea, Esther, antes de que la luna nueva que en estos momentos está festejando en los patios del templo del Monte Sagrado entre en su fase siguiente, yo podría estremecer al mundo de tal modo que hasta el mismo César se alarmase. Porque, entérate, hija mía, yo poseo esa facultad que vale más que ningún otro sentido, más que un cuerpo perfecto, más que el coraje y la decisión, más que la experiencia (que por lo común es el mejor fruto de las vidas más prolongadas), la facultad más divina del hombre pero que —aquí se interrumpió y se puso a reír nuevamente, pero no con amargura sino con verdadero regocijo—, ni aun los grandes tienen en bastante estima, mientras que para el rebaño es una cosa inexistente; la facultad de arrastrar a los hombres haciendo que se identifiquen con mis propósitos y no cejen hasta verlos realizados. Gracias a esta facultad, ante los objetivos que haya que lograr, me multiplico en centenares y en miles. Así los capitanes de mis barcos surcan los mares y me traen honradas ganancias; así Malluch sigue al joven, nuestro dueño, y llegará... —en aquel momento se oyó una pisada en la terraza—. ¡Ah, Esther! ¿No te lo he dicho? Aquí está, y sabremos noticias. Por ti, dulce hija mía, libro recién abierto, ruego al Señor Dios, que no ha olvidado a Israel, su descarriada oveja, que sean buenas y reconfortantes. Ahora sabremos si está dispuesto a dejarnos libres a ti, con toda tu belleza, y a mí, a pesar de todas mis facultades.

Malluch vino hasta el sillón.

—La paz sea contigo, buen amo —dijo con una profunda reverencia—. Y contigo, Esther, la más excelente de las hijas.

Malluch se quedó de pie respetuosamente. La actitud y el saludo hacían difícil definir la relación que le unía con ellos. La primera era propia de un siervo; el segundo indicaba al familiar y al amigo. Por su parte, Simónides, según acostumbraba en materia de negocios, después de corresponder a la salutación, pasó sin rodeos a ocuparse del tema.

—¿Qué hay del joven, Malluch?

Malluch refirió los acontecimientos del día con las palabras más sencillas, y hasta que hubo terminado nadie le interrumpió. El oyente del sillón no movió ni una mano tan siquiera mientras duró el relato. A no ser por sus ojos, muy abiertos y brillantes, y por alguna que otra inspiración profunda, se le habría podido tomar por una efigie.

—Gracias, gracias, Malluch —dijo calurosamente cuando el otro hubo concluido

—. Has actuado muy bien. Nadie habría podido hacerlo mejor. ¿Qué me dices ahora de la nacionalidad del joven?

—Es israelita, buen amo, y de la tribu de Judá.

—¿Estás seguro? —Muy seguro.

—Parece que te ha contado muy poco de su vida.

—En alguna parte le enseñaron a ser prudente. Yo le llamaría incluso desconfiado. Ha desbaratado todas mis tentativas por ganarme su confianza hasta que, estando en la fuente de Castalia, hemos emprendido la marcha hacia la villa de Dafne.

—Un lugar de abominación. ¿Por qué ha ido?

—Yo diría que por curiosidad, el móvil principal de todos los que van. Pero, cosa rara, nada de lo que veía le interesaba. Del templo se ha limitado a preguntar si era griego. Buen amo, el joven tiene algún pesar que atormenta su espíritu, y ha ido al bosque, creo yo, como nosotros vamos a las tumbas llevando a nuestros difuntos: ha ido a enterrarlo.

—Si fuera así no habría nada que objetar —dijo Simónides, en voz baja. Luego, con voz más fuerte, añadió—: La maldición de esta época es la prodigalidad, Malluch. Los pobres se empobrecen todavía más imitando como simios a los ricos y los meramente ricos llevan vida de príncipes. ¿Has visto en el joven pruebas de este defecto? ¿Hacía alarde de dinero en monedas de Roma o de Israel?

—En ningún momento, buen amo.

—Sin duda, Malluch, hay tantas cosas que invitan a la locura, tantas cosas que comer y beber, quiero decir. Sin duda te ha hecho generosos ofrecimientos de alguna especie. Su edad, si no otros factores, lo da por descontado.

—En mi compañía no ha bebido ni comido.

—En lo que ha dicho y hecho, ¿no has hallado nada que te permitiera descubrir el propósito de quién le mande? Ya sabes que atisban por rendijas tan estrechas que ni el aire se filtra por ellas.

—Dímelo de modo que pueda comprenderte —solicitó Malluch, dubitativo.

—Bien, ya sabes que no hablamos ni actuamos, ni mucho menos decidimos los asuntos graves que nos afectan, sino cuando nos impulsa algún motivo. A este respecto, ¿qué conclusión has sacado tú?

—En cuanto a eso, mi amo Simónides, puedo responder con toda seguridad. El objetivo que persigue el joven es el de encontrar a su madre y a su hermana. Esto, en primer lugar.

Por otra parte, guarda vivo rencor a Roma por alguna ofensa recibida, con la cual tiene algo que ver el Messala de quien te hablaba. De modo que el gran objetivo del momento consiste en humillarle. Cuando se encontraron en la fuente se le ofrecía una oportunidad para ello, pero la ha desechado por no ser suficientemente pública.

—Messala es un hombre influyente —dijo Simónides, pensativo.

—Sí, pero la próxima vez se encontrarán en el circo.

—¿Y... entonces?

—El hijo de Arrio vencerá.

—¿Cómo lo sabes? Malluch sonrió.

—Juzgo por lo que ha dicho.

—¿Y nada más?

—Sí, hay un signo mucho mejor: su espíritu.

—¡Ah! Pero, Malluch, ¿qué alcance tiene su proyecto de venganza? ¿La limita a los pocos que le ofendieron, o la extiende a muchos? Y, además, ¿son sus sentimientos fantasías de un muchacho sensible o tienen la madurez propia del hombre que ha sufrido, esa madurez que les da consistencia? Ya sabes, Malluch; la venganza meditada y calculada no pasa de ser un sueño ocioso que un día claro disparará, mientras que la pasión de la venganza es una enfermedad

del corazón que sube hasta el cerebro y se alimenta igualmente de ambos.

En las anteriores palabras manifestó Simónides por primera vez señales de emoción. Las pronunció con voz rápida, cerrados los puños y con la vehemencia de un hombre que sufre la enfermedad que describe.

—En efecto, mi amo —respondió Malluch—. Una de las razones que me hace creer que el joven es judío es la intensidad de su odio. He visto claramente que no se fía de sí mismo, cosa natural dado el largo tiempo que ha vivido en la atmósfera de celos y rivalidades de Roma. Pero he observado en dos ocasiones que se enardecía. Una ha sido cuando quiso conocer los sentimientos del jeque Ilderim por Roma. La otra, cuando le he contado la historia del jeque y el sabio, y le he repetido la pregunta: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—¡Ah, Malluch, sus palabras! ¡Repíteme sus mismas palabras! Déjame formar juicio de la impresión que el misterio le ha producido.

—Ha querido saber las palabras exactas. ¿Dijeron "ha nacido rey" o "ha nacido para ser rey"? Le he visto muy obsesionado por la diferencia de significado que al parecer encontraba entre las dos frases.

Simónides volvió a tomar la posesión del juez que está escuchando.

—Entonces —prosiguió Malluch—, le he explicado la interpretación que Ilderim da al misterio: o sea, que el rey traerá la condenación de Roma. Al joven, la sangre le ha teñido las mejillas y hasta la frente, y ha dicho con aire grave: "¿Quién si no Herodes puede ser rey mientras subsista Roma?".

—¿Qué quería significar?

—Que para instaurar otro gobierno, primero hay que destruir al imperio.

Simónides estuvo un rato mirando los barcos y las sombras de éstos meciéndose muy juntos sobre el río. Cuando levantó la vista fue para poner fin a la conversación.

—Basta, Malluch —dijo—. Vete a comer y prepárate para regresar al vergel de las Palmeras. Debes ayudar al joven en la prueba que se avecina. Ven a verme por la mañana. Quiero enviar una carta a Ilderim —luego, en voz queda, como por sí mismo, añadió—: Hasta yo acudiré al circo.

Cuando Malluch se hubo retirado, después de dar y recibir la bendición acostumbrada, Simónides bebió un buen sorbo de leche, pareciendo reanimado y con la mente más despejada.

—Retira la comida, Esther. He terminado —dijo.

La joven obedeció.

—Ahora, ven acá.

Esther volvió a ocupar su puesto en el brazo del sillón, junto a su padre.

—Dios es bueno conmigo, muy bueno —dijo el mercader, con gran fervor—. Aunque suele envolverse en el misterio, algunas veces permite que podamos creer que le vemos y le comprendemos. Yo soy viejo, amor mío, y debo morir. Sin embargo, en esta hora undécima, cuando empezaba a perder las esperanzas, me envía una más junto con una promesa y me siento reanimado. Veo abrirse un gran camino hacia una nueva vida por un medio tan grande, que será como un segundo nacimiento para la tierra toda. Y veo por qué me ha concedido tan extraordinarias riquezas y el fin que les asignó. Verdaderamente, hija mía, me afinco en la vida de nuevo.

Esther se arrimó más a él, como para traer a un terreno más próximo los pensamientos del anciano, que volaban hacia lejanos confines.

—El rey ha nacido —prosiguió éste, imaginando que continuaba dirigiéndose a la joven—. Y debe de acercarse a la mitad el curso de la vida del común de los hombres. Baltasar dice que cuando él le vio, le adoró y le ofreció regalos, era un niño en el regazo de su madre. Ilderim asegura que el diciembre pasado hizo veintiséis años que Baltasar y sus compañeros se presentaron en su tienda pidiendo que les facilitara un escondite para librarse de la persecución de Herodes. Por lo tanto, el advenimiento del esperado no puede demorarse mucho. Puede producirse esta misma noche, acaso mañana. ¡Santos padres de Israel, qué dicha proporciona el pensarlo! Me parece oír el estrépito universal. Sí, y para que sea mayor todavía el regocijo de los hombres, la tierra se abre enterrando a Roma en su seno. Y los hombres levantan la vista y ríen y cantan, proclamando que Roma ya no existe, mientras que nosotros seguimos existiendo —aquí el mercader se rió de sí mismo—. ¡Caramba, Esther! ¿Habías oído otra cosa igual? No cabe duda, tengo en el alma la inspiración de un poeta, y en la sangre el calor y la emoción de Miriam y David. Mis pensamientos, que deberían ser los de un hombre sencillo que trabaja con números y hechos concretos, retumban con una confusión de címbalos golpeados y de cuerdas de arpa pulsadas con fuerza, y los gritos de una multitud puesta en pie alrededor de un trono recién levantado. Dejaré de pensar en ello, por el momento. Sólo que, hija mía, cuando venga el rey necesitará dinero y hombres, porque, habiendo nacido de una mujer, será al fin y al cabo un hombre, sujeto, lo mismo que tú y que yo, a todas las necesidades humanas. Y así, con respecto al dinero, necesitará quien lo reúna y lo guarde, y con referencia a los hombres, necesitará dirigentes. ¡Oye, oye! ¿No ves abrirse ante nosotros un ancho camino para que yo camine por él, y para que nuestro joven dueño se lance a la carrera? ¿No ves al final de él la venganza y la gloria como una recompensa para ambos? Y... y... —el anciano se interrumpió, dándose cuenta, de pronto, del egoísmo que

representaba haber trazado un esquema en el que su hija no jugaba ningún papel ni tenía reservado provecho alguno—, y ¿no ves la felicidad que le espera a la hija de tu madre?

La joven permanecía inmóvil, sin decir nada. Simónides se acordó entonces de la diferencia de manera de ser que distingue a las personas, y de esa ley que no consiente que todos nos alborocemos siempre por la misma causa, ni que sintamos un miedo igual ante idéntico motivo. Y recordó que Esther no era más que una niña.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó, ya con su estilo llano habitual—. Y si lo que piensas toma la forma de un deseo, manifiéstamelo, pequeña, mientras disfruto todavía de poder para satisfacerlo. Porque ya sabes que es una cosa terrible, y tiene siempre las alas extendidas y prontas para volar.

La joven respondió con una simplicidad casi infantil:

—Envía a buscarlo, padre. Envía a buscarlo esta misma noche. No dejes que vaya al circo.

—¡Ah! —exclamó el mercader, alargando la sílaba.

Y volvió a fijar la mirada en el río, donde las sombras eran más oscuras que nunca, porque la luna se había hundido detrás del Sulpio, abandonando la ciudad a las ineficaces estrellas. ¿Hemos de decirlo, lector? Había sentido en la carne el zarpazo de los celos. ¿Y si Esther se hubiese enamorado de verdad de su amo? ¡Ah, no! Imposible. Era demasiado joven. Pero la idea había arraigado con fuerza en la mente de Simónides, dejándole instantáneamente frío, petrificado. Esther tenía dieciséis primaveras. El lo sabía bien. En ocasión de su último cumpleaños habían ido juntos al astillero donde iban a botar al agua un navío, y la bandera amarilla que llevaría la galera para su desposorio con las olas ostentaba el nombre de Esther. Así celebraron el día padre e hija. Y, sin embargo, esta realidad le trastornaba ahora con el impacto de la sorpresa. Hay cosas de las cuales nos damos cuenta con penas, sobre todo si nos afectan directamente. Una de ellas, por ejemplo, es el hecho de que vamos envejeciendo. Y otra más terrible todavía es la tremenda realidad de que tenemos que morir. Una realidad parecida se abrió paso en aquel instante hasta el corazón de Simónides, furtiva como las sombras, pero bastante consciente para arrancarle un suspiro que era casi un lamento. No era suficiente que cruzase el umbral de la juventud reducida a la condición de sierva, tenía que ofrecer a su amor el tesoro de sus afectos: la sinceridad, la ternura, la delicadeza que su padre conocía tan bien por haber sido hasta aquel momento el usufructuario único de tales prendas. El demonio encargado de atormentarnos con temores y pensamientos amargos raras veces realiza su trabajo a medias. Abrumado por la aflicción del momento, el valeroso anciano se olvidó del proyecto recientemente concebido y del rey que constituía su

centro. Sin embargo, haciendo un poderoso esfuerzo, logró dominarse, y preguntó sosegadamente:

—¿Que no vaya al circo, Esther? ¿Por qué, niña?

—No es lugar para un hijo de Israel, padre.

—¡Muy de rabí, muy de rabí la respuesta, Esther! ¿Y no hay nada más?

La pregunta tenía un tono inquisitivo que llegó hasta el corazón de la muchacha, haciéndolo latir furiosamente. Tan furiosamente que no pudo contestar. Una turbación nueva y extraña, singularmente agradable, la invadió.

—El joven entrará en posesión de la fortuna —dijo el padre, cogiendo la mano de su hija y hablando con más ternura—. Entrará en posesión de los barcos y la moneda... de todo, Esther, de todo. Y, sin embargo, yo no me consideraba pobre, porque me quedabais tú y tu amor, tan parecidos al de mi difunta Raquel. Dime, ¿de esto también pasará a ser dueño él?

Esther se inclinó y apoyó la mejilla sobre su cabeza.

—Habla, Esther. Sabiendo la verdad me sentiré más fuerte. El estar prevenido infunde fortaleza.

La joven se incorporó, y habló como si fuese la personificación de la sagrada verdad.

—Tranquilízate, padre. Yo nunca te abandonaré. Aunque él se llevase mi amor, yo sería tu doncella como hasta ahora. E, inclinándose de nuevo, le besó.

—Más aún —prosiguió—. Mis ojos le ven agraciado, y el tono de súplica de su voz me atrajo hacia él, y me estremezco al pensar que le amenaza un peligro. Sí, padre, me alegraría mucho volver a verle. Sin embargo, el amor no correspondido no puede ser un amor perfecto. Por ello esperaré durante un tiempo, recordando siempre que soy hija tuya y de mi madre.

—¡Una verdadera bendición de Dios eres tú, Esther! Una bendición que me haría rico aunque perdiese todo lo demás. Y por su santo nombre y por la vida perdurable, juro que no sufrirás.

Un rato después, y a petición del anciano, vino el criado y empujó la silla hasta el cuarto, donde Simónides continuó sentado por un tiempo, pensando en la llegada del rey, mientras su hija se retiraba a su habitación a dormir con el sueño de la inocencia.

Capítulo XII

Una orgía romana

Se asegura que el palacio del otro lado del río, casi enfrente de la vivienda de Simónides, lo levantó el famoso Epífanes, y tenía todo lo que puede imaginarse en semejante morada; aunque el gusto de su constructor se inclinase más hacia lo grandioso que hacia lo que ahora se ha dado en llamar clásico. En otras palabras, en arquitectura, Epífanes imitaba a los persas antes que a los griegos. La muralla que circundaba toda la isla corriendo por la orilla del agua, y que fue levantada con la doble finalidad de que sirviera de baluarte contra el río y de defensa contra las turbas, se decía que había hecho al palacio inadecuado para servir de morada permanente, de tal modo que los legados lo abandonaron y se trasladaron a otra residencia erigida por ellos en la cresta occidental de Monte Sulpio, bajo el templo de Júpiter. Pero no faltaba quien rechazase llanamente la acusación dirigida contra la antigua residencia. Inspirados por la malicia, si no por otra cosa, aseguraban que el verdadero motivo del traslado no había sido el deseo de buscar un emplazamiento más salubre, sino la mayor seguridad que les proporcionaban los grandes barracones, a los que, según el estilo dominante, daban el nombre de ciudadela, situados encima mismo del camino de la estribación oriental de la montaña. Muy aceptables argumentos podían aducirse en pro de este parecer. Entre otros detalles pertinentes, se hacía notar que siempre conservaban el palacio en condiciones de ser ocupado, y que cuando llegaba a la ciudad un cónsul, un general del ejército, un rey o un visitante distinguido por la causa que fuere, lo alojaban invariablemente en la isla.

Como nosotros no hemos de ocuparnos sino de un solo apartamento de la vieja mole, el resto de ésta lo confiamos a la fantasía del lector, quien puede cruzar a su antojo jardines, baños, salones y el laberinto de cuartos, hasta llegar a los pabellones a la azotea, todos ellos amueblados como correspondía a una mansión famosa de la ciudad que se aproximaba más que ningún otra en el mundo al "fastuoso Oriente" de Milton.

En aquellos tiempos, al apartamento aludido le habrían dado el nombre de salón. Era muy espacioso, estaba enlosado con baldosas de mármol y durante el día lo iluminaban unos tragaluces en los que la mica coloreada servía de cristales. Las paredes aparecían interrumpidas por atlantes, sin que hubiera dos con la misma figura, si bien todos ellos sostenían una cornisa que formaba arabescos de complicado dibujo y cuya elegancia realzaba los sobreañadidos de color: azul, verde, púrpura de Tyro y oro. Rodeaba la habitación un diván continuo de sedas indias y lana de Cachemira. El mobiliario consistía en mesas y taburetes de estilo egipcio grotescamente trabajados.

Hemos dejado a Simónides completando el plan que había concebido para correr en ayuda del milagroso rey, cuya llegada había calificado de muy

inminente. Esther duerme.

Y ahora, habiendo cruzado el puente tendido sobre el río, así como la puerta guardada por los leones, cierto número de salas de gusto babilonio y otro número de patios, penetramos en el dorado salón.

Hay en él cinco lámparas sostenidas por cadenas de bronce que penden del techo, una en cada ángulo y otra en el centro, enormes pirámides de luces encendidas, iluminando desde los rostros demoníacos de los atlantes hasta las complicadas filigranas de la cornisa. Alrededor de las mesas, sentados o de pie, o yendo de ésta a la otra, hay probablemente un centenar de personas, a las que debemos estudiar al menos unos momentos.

Son todas jóvenes; algunas han salido hace poco de la adolescencia. Queda fuera de duda que todos son italianos, y la mayoría, romanos. Todos hablan el latín con gran pureza, al paso que todos van ataviados con el traje usado en la gran capital del Tíber en la intimidad del hogar. Es decir, visten túnicas de mangas y falda cortas, estilo de atavío muy indicado para el clima de Antioquía y especialmente cómodo en la atmósfera demasiado cargada del salón. Dispersas sobre el diván, se ven togas y lacernae, abandonadas donde sus respectivos dueños las han arrojado despreocupadamente. Y algunas están significativamente ribeteadas de púrpura. Se ven, asimismo, tumbados sobre el diván, jóvenes que duermen. Pero no trataremos de averiguar si los han abrumado la fatiga y el calor del bochornoso día o los ha vencido Baco.

El murmullo de voces es fuerte e incesante. A veces estalla una avalancha de carcajadas, otras se produce una explosión de ira o de entusiasmo, pero sobre todo ello se impone un repiqueteo agudo y prolongado que al principio deja confundido al que no lo conoce. Sin embargo, si nos acercamos a las mesas, el misterio se aclara automáticamente. Los reunidos se entregan a sus juegos favoritos: las damas y dados, solos o combinados, y el repiqueteo proviene meramente de las tessera, o cubitos de marfil, agitados ruidosamente y de los movimientos de los hostes en los tableros escaqueados. ¿Quiénes son los reunidos?

—Buen Flavio —dice un jugador, dejando de mover la pieza, pero conservándola en la mano—, tú ves aquella lacerna, la que está enfrente de nosotros, en el diván. Acaba de salir de la tienda y tiene una hebilla en el hombro que es de oro y ancha como la palma de la mano.

—Bueno —contestó Flavio, puesta su atención en el juego—. He visto otras anteriormente, y por eso te digo que la tuya quizá no sea vieja, pero ¡por el cinturón de Venus, te aseguro que no es nueva! ¿Qué me dices a ello?

—Nada. Sólo que la daría por encontrar a un hombre que lo supiera todo.

—¡Ah, ah! A más bajo precio te encontraré aquí varios vistiendo de

púrpura que aceptarán tu oferta. Pero juega.

—Ahí va. Jaque.

—¡Caramba, por todos los dioses! Y ahora, ¿qué me dices? ¿Otra partida?

—Sea.

—¿Qué apostamos?

—Un sestercio.

Ambos sacaron las respectivas tablas y los estilos e hicieron una anotación para recordarlo. Mientras colocaban las fichas, Flavio volvió a ocuparse de la observación de su amigo.

—¡Un hombre que lo supiera todo! ¡Por Hércules! Hasta los oráculos se morirían del susto. ¿Para qué querías semejante monstruo?

—Para que me respondiese a una pregunta, Flavio mío. Después le cortaría la garganta.

—¿Cuál es la pregunta?

—Le pediría que me informase de la hora. ¿La hora he dicho? No, no, del minuto en que llegará mañana Majencio.

—¡Buen juego, buen juego! ¡Ya te tengo! ¿Y por qué del minuto?

—¿Has estado alguna vez con la cabeza descubierta bajo el sol de Siria en el muelle donde desembarcará? Los fuegos de Vesta no son más vivos. Y por el estator de nuestro padre Rómulo, si debo morir, quisiera morir en Roma. Esto de aquí es el Averno. Allá en la plaza del Foro, yo podría estar de pie y con la mano levantada; así tocaría el suelo donde caminan los dioses. ¡Ah, por Venus, Flavio mío, me has engañado! Perdí. ¡Oh, Fortuna!

—¿Otra vez?

—Debo recuperar mi sestercio.

—Como quieras.

Y siguieron jugando ininterrumpidamente, y cuando el día, filtrándose sigilosamente por los tragaluces, empezó a barrer el brillo de las lámparas, los encontró a los dos en los mismos asientos de la misma mesa, todavía jugando. Como la mayor parte de los allí reunidos, eran agregados militares del cónsul que, mientras esperaban su llegada, se entregaban a las diversiones. Durante esta conversación había entrado un grupo en la estancia, y pasando inadvertido al principio, fue a ocupar la mesa central. Sus componentes daban muestras de haber venido de una fiesta recién terminada. Algunos se sostenían en pie con bastante dificultad. Una corona rodeaba la frente del jefe del grupo

señalándole como centro principal del banquete, si es que no era el que lo había dado. El vino no había dejado en él otra huella que la de realzar su belleza, que pertenecía al tipo romano más varonil: llevaba la cabeza muy erguida, sus ojos centelleaban y su modo de andar, envuelto en una toga de una blancura inmaculada y de holgados pliegues, resultaba casi demasiado imperial para uno que estuviera completamente sereno, y no fuera un César. Al acercarse a la mesa hizo sitio para sí y para sus acompañantes con pocas consideraciones y sin pedir excusas. Y cuando al fin se detuvo y miró por encima de la mesa a los jugadores, todos se volvieron hacia él, prorrumpiendo en un grito que más parecía una aclamación.

—¡Messala! ¡Messala! —decían a coro.

Los que se hallaban en puntos apartados, al oír el grito, lo repitieron desde donde estaban. Los diversos grupos se disolvieron al instante, los que jugaban abandonaron las partidas y todo el mundo se precipitó hacia el centro de la estancia. Messala acogía aquellas manifestaciones con suprema indiferencia. Un momento después, procedió a poner de relieve la base sobre la que se asentaba su popularidad.

—Salud a ti, Druso, amigo mío —le dijo al jugador que tenía más cerca a su derecha—. Salud... y déjame las tablas un momento.

Y levantó las tablas, echó una mirada a las anotaciones de apuestas y las arrojó otra vez.

—¡Denarios, sólo denarios, la moneda de los cocheros y los matarifes! —exclamó con una carcajada de desprecio—. ¡Por la borracha Semele! ¿Adonde irá a parar Roma cuando un César se pase las noches sentado esperando un capricho de la Fortuna que no le traiga sino un denario de mendigo?

El retoño de los Drusos enrojeció hasta las cejas, pero los otros espectadores acogieron la reprimenda agolpándose más alrededor de la mesa y gritando:

—¡Messala! ¡Messala!

—Hombres del Tíber —prosiguió éste, arrebatando un cubilete con los dados de una mano vecina—, ¿quién es el más favorecido de los dioses? Un romano. ¿Quién dicta las leyes a las naciones? Un romano. ¿Quién es el dueño universal, por el derecho de la espada?

La asamblea era de las que se dejan arrastrar fácilmente, y la idea que se le inculcaba le era familiar desde la cuna. En un abrir y cerrar de ojos, todos le arrebataron la respuesta.

—¡Un romano! ¡Un romano! —gritaron.

—Sin embargo..., sin embargo —dijo prolongando la palabra para

adueñarse de la atención de todos—, sin embargo, hay uno mejor que los mejores de Roma.

Y sacudiendo la patricia cabeza, hizo una pausa como para aguijonearlos con su sarcasmo.

—¿Me oís? —preguntó—. Existe alguien mejor que los mejores de Roma.

—¡Sí! ¡Hércules! —gritó uno.

—¡Baco! —aulló un satírico.

—¡Júpiter, Júpiter! —tronó la masa general.

—No —replicó Messala—. Quiero decir entre los hombres.

—¡Nómbrale, nómbrale!

—Le nombraré —dijo en cuanto se produjo una pausa—. El que a la perfección de Roma ha sumado la del Oriente, el que junto con las armas conquistadoras, que son occidentales, posee además el arte necesario para disfrutar del dominio, que es oriental.

—¡Por Pólux! A pesar de todo, un romano le aventaja —gritó alguno.

Enseguida se levantó un estallido de carcajadas y una prolongada salva de aplausos, reconociendo que Messala llevaba ventaja.

—En el Oriente —continuó él—, no tenemos dioses, sino únicamente vino, mujeres y Fortuna, y el mayor de los tres es la Fortuna. De ahí nuestro lema: "¿Quién es tan osado como yo?", adecuado para el Senado, adecuado para la batalla, y más adecuado para aquel que, buscando lo mejor, se expone a lo peor.

Su voz descendió a un tono llano y familiar, pero sin que renunciara al ascendiente conseguido.

—Allá en la ciudadela tengo en un gran cofre cinco talentos en moneda aceptada por los mercados, y aquí están los recibos que los respaldan.

De debajo de la túnica sacó un rollo de papel y, arrojándolo sobre la mesa, continuó en medio de un silencio en el que no se oía ni la respiración de nadie, mientras todos los ojos estaban fijos en él y todos los oídos le escuchaban:

—Dicha suma pone aquí encima de la mesa la medida de lo que arriesgo. ¿Quién de vosotros arriesga otro tanto? Quedáis callados. ¿Es demasiado? Retiraré un talento. ¡Qué! ¿Todavía silenciosos? Vamos, disputadme, pues, tres talentos, dos, uno... Uno al menos, por el honor del río a cuya orilla nacisteis, por Roma. ¡Oriente contra Roma, Occidente! ¡Orontes, el bárbaro, contra Tíber, el sagrado!

Y mientras aguardaba hacía sonar los dados dentro del cubilete.

—¡El Orontes contra el Tíber! —repitió, acentuando la nota de enfático sarcasmo.

Nadie se movió. Él entonces arrojó el cubilete sobre la mesa, y, riendo, cogió los resguardos.

—¡Ja, ja, ja! Por el Júpiter olímpico. Ahora sé que cada uno de vosotros ha de reunir o remendar su fortuna, y por ello habéis venido a Antioquía. ¡Eh, Cecilio!

—¡Aquí, Messala! —gritó un hombre detrás de él—. Aquí estoy, pereciendo entre la turba y pidiendo un dracma de limosna para aplacar al furioso barquero. Pero, ¡que Plutón me lleve!, estos nuevos no traen ni siquiera un óbolo.

La ocurrencia provocó un estallido de risas que retumbó repetidamente por el salón. Sólo Messala conservaba su aire serio.

—Ve a la cámara donde estábamos y manda a los criados que traigan acá el ánfora, las tazas y las copas —le dijo a Cecilio—. Si estos compatriotas nuestros que van en pos de la fortuna no traen bolsas, ¡por el Baco sirio que he de ver si no están mejor dotados de estómagos! ¡Date prisa!

Luego se volvió hacia Druso con una carcajada que se oyó por toda la habitación.

—¡Ja, ja, amigo mío! No te ofendas si he rebajado al César que hay en ti al nivel del denario. Ya ves que sólo me he limitado a utilizar el nombre para poner a prueba a esos jóvenes noveles de Roma. ¡Ven, Druso mío, ven! —y, volviendo a coger el cubilete, agitó los dados alegremente—. Vamos, por la suma que tú quieras, midamos nuestra suerte.

Se expresaba con un aire franco, cordial, subyugador. Druso se dejó convencer al momento.

—¡Sí, por las Ninfas! —contestó riendo—. Echaré los dados contigo, Messala, apostando un denario.

Un muchacho muy joven estaba contemplando la escena desde el otro lado de la mesa. De súbito, Messala se volvió hacia él.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El muchacho retrocedió unos pasos.

—¡No, por César, y también por su hermano! No quise ofenderte. Es norma entre los hombres, y en asuntos muy distintos que los dados, llevar la cuenta con tanta mayor exactitud cuanto menor sea el negocio. Necesito un

ayudante. ¿Quieres servirme?

Sus maneras eran irresistibles. El muchacho sacó las tablillas, dispuesto a tomar nota de las jugadas.

—¡Alto, Messala, alto! —gritó Druso—. No sé si es de mal agüero detener los dados, preparados ya, para hacer una pregunta. Pero se me ocurre una, y debo hacerla aunque Venus me dé un azote con su cinturón.

—Nada de eso, Druso mío. Venus con el cinturón fuera es la Venus enamorada. En cuanto a tu pregunta, primero pondré el cubilete boca abajo y lo retendré para evitar la mala suerte. Así.

Y puso el botecito boca abajo sobre la mesa, apretándolo firmemente contra los dados.

Druso preguntó:

—¿Viste alguna vez a un tal Quinto Arrio?

—¿El duunviro?

—No, a su hijo.

—No sabía que tuviera ninguno.

—Ea, no tiene importancia —añadió Druso, con aire indiferente—. Lo único que hay, Messala mío, es que Pólux no se parecía más a Castor que Arrio a ti.

La observación produjo el efecto de una señal. Veinte voces le hicieron coro.

—¡Es cierto, es cierto! Sus ojos..., su cara... —exclamaron.

—¡Qué! —respondió uno, con desagrado—. Messala es romano. Arrio es judío.

—Dices bien —exclamó un tercero—. O es judío o Momo se equivocó al prestar la máscara a su madre.

Viendo que iba a desatarse una discusión, Messala intervino.

—El vino no ha llegado, Druso mío, y como tú ves tengo al pecoso Pythias como los perros cuando están encadenados. En lo referente a Arrio, acepto la opinión que has formado de él. Dame, pues, más detalles.

—Pues, bien. Sea judío o sea romano (y por el gran dios Pan te aseguro que no lo digo para herir tus sentimientos, oh mi Messala), ese Arrio es guapo, valiente y listo. El emperador le ofreció su favor y su patronazgo, y él los rehusó. Ha salido del misterio, y guarda las distancias como si se tuviera por superior, o si se creyera inferior al resto de nosotros. En la palestra no tenía

rival. Jugaba con los gigantes de ojos azules del Rhin y con los toros sin cuernos de Sarmacia como si fueran varitas de sauce. El duunviro le dejó inmensamente rico. Siente una tremenda pasión por las armas y no piensa en otra cosa que en la guerra. Majencio le admitió en su familia militar, y tenía que embarcar con nosotros. Pero en Rávena le perdimos de vista. No obstante, ha llegado sin novedad. Esta mañana hemos sabido noticias. ¡Por Pólux! En lugar de venir al palacio o de irse a la ciudadela, ha dejado el equipaje en el khan y ha desaparecido de nuevo.

Al principio del relato, Messala escuchaba con indiferencia cortés, pero a medida que el narrador iba dando nuevos datos, le prestó mayor atención. Al terminar, su mano soltó el cubilete de los dados.

—¡Eh, Cayo mío! ¿Lo has oído? —exclamó con voz sonora.

Un joven que estaba a su lado, el Myrtilo o camarada que le acompañaba aquel mismo día en la cuadriga, respondió muy complacido por la atención.

—Si no lo hubiera oído, mi Messala, no sería un amigo tuyo.

—¿Recuerdas al hombre que hoy te ha hecho caer?

—Por los rizos de amor de Baco, ¿acaso no tengo una magulladura en el hombro que me ayuda a conservar su figura en la mente?

Y acentuó el significado de sus palabras con un encogimiento de hombros, elevando éstos hasta que le escondieron las orejas.

—Pues dales las gracias a los Hados, porque he descubierto a tu enemigo. Escucha bien.

Dicho lo cual, Messala se dirigió a Druso.

—Sigue hablándonos de él. ¡Por todos los dioses! Cuéntanos algo más acerca, del que es a la vez judío y romano. ¡Una combinación capaz de hacer adorable a un Centauro! ¿Qué ropaje suele llevar, Druso mío?

—El de los judíos.

—¿Has oído, Cayo? —dijo Messala—. Uno, el sujeto en cuestión es joven; dos, tiene el aire de un romano; tres, prefiere el atuendo de los judíos; cuatro, en la palestra ha adquirido unos brazos capaces de tumbar un caballo o volcar una carroza, según ordene la necesidad. Druso, ilustra de nuevo a mi amigo. Sin duda, ese Arrio es un maestro del lenguaje; de otro modo no sabría engañarse a sí mismo siendo hoy judío y mañana romano. Pero ¿también se expresa en el idioma de Atenas?

—Con tal pureza, Messala, que habría podido tomar parte en las competiciones ístmicas.

—¿Vas oyendo, Cayo? —dijo Messala—. El tal individuo está en condiciones de saludar a una mujer en griego, y de saludarla como si fuera el mismo Aristómaco en persona, y si seguimos llevando la cuenta, esto hace cinco. ¿Qué dices tú?

—Le has encontrado, Messala, o yo no soy hijo de mi madre —respondió Cayo.

—Perdona, Druso, y perdonad todos que haya hablado así, en acertijos —dijo Messala, con aquel aire suyo tan atractivo—. Por todos los dioses honrados, no quisiera forzar tu cortesía hasta el punto de quebrarla, pero ayúdame. ¡Mira! —añadió, volviendo a poner la mano sobre el bote de los dados—. ¡Mira cuan encerrados mantengo a Pythias y su secreto! Creo que has dicho que el hijo de Arrio ha aparecido de una manera misteriosa. Cuéntamela.

—No tiene importancia, Messala, ninguna importancia —respondió Druso—. Es un cuento de niños. Cuando Arrio padre se hizo a la mar para ir a perseguir a los piratas, no tenía esposa ni familia, pero regresó con un muchacho, del cual ya hablamos, y al día siguiente lo adoptó.

—¿Lo adoptó? —repitió Messala—. Por los dioses, Druso, te aseguro que empiezas a interesarme. ¿Dónde encontró el duunviro al muchacho? ¿Y quién era?

—¿Quién ha de contestar a tu pregunta, Messala, sino el joven Arrio mismo? ¡Por Pólux! En el curso de la batalla, el duunviro, que entonces era solamente tribuno, perdió su galera. Un barco que regresó al lugar del combate los halló flotando sobre la misma tabla a él y a otro, únicos supervivientes de toda la dotación. Te estoy repitiendo la historia que contaron los que los rescataron. Una historia que tiene, cuando menos, este mérito: nadie la ha desmentido. Ellos dicen que el compañero que tenía el duunviro en aquella tabla era judío.

—¡Judío! —exclamó Messala, como un eco. —Y esclavo.

—¿Cómo, Druso? ¿Un esclavo?

—Cuando los hubieron subido a los dos a cubierta, el duunviro llevaba su armadura, y el otro, las ropas de un remero.

Messala, que estaba inclinado, apoyándose en la mesa, se irguió.

—Una galera —dijo comprobando el sonido de la degradante palabra, y miró a su alrededor no sabiendo, por una vez en su vida, qué pensar.

En aquel preciso instante, una hilera de esclavos entraba en el salón. Unos traían grandes jarrones de vino; otros, bandejas de frutas y dulces; otros, copas y botellas, la mayoría de plata. Era un cuadro que alegraba el ánimo. Messala

subió al instante sobre un taburete.

—Hombres del Tíber —gritó con voz clara—, dejemos que estas horas de vela en espera de nuestros jefes se conviertan en una fiesta de Baco. ¿A quién elegís para anfitrión?

Druso se puso en pie.

—¿Quién ha de ser el maestro sino el que da la fiesta? —dijo—. Responded, romanos.

Los demás contestaron gritando todos a una.

Messala se quitó la corona de la cabeza, y la dio a Druso, el cual subió encima de la mesa, y a la vista de todos, se la puso nuevamente a Messala, constituyéndose en señor de la noche.

—Han venido conmigo a esta sala unos amigos que se habían levantado de la mesa hacía un momento —dijo—. Para que nuestra fiesta cuente con la aprobación de las sagradas tradiciones, traed acá al que manifieste más claramente los efectos del vino.

Una algarabía de voces respondió:

—¡Aquí está, aquí está!

Y, levantándolo del suelo, sobre el que estaba tumbado, condujeron hasta allí a un joven de una belleza afeminada tan singular que habría podido hacerse pasar por el mismo dios de los bebedores...; sólo que la corona le habría caído de la cabeza, y su mano habría soltado el tirso.

—Subidlo encima de la mesa —ordenó el anfitrión.

Pero vieron que no podía sostenerse sentado.

—Ayúdale, Druso, como es posible que la bella Nyone tenga que ayudarte a ti.

Druso tomó en sus brazos al embriagado.

Luego, dirigiéndose a la flácida figura, Messala dijo, en medio de un profundo silencio:

—¡Oh Baco, el más grande de los dioses, muéstrate propicio esta noche! En mi nombre y en el de estos fieles tuyos prometo esta corona —y al mismo tiempo se la quitó de la cabeza y la levantó con gran respeto—, prometo esta corona a tu altar del Bosque de Dafne.

Enseguida hizo una reverencia, dejó descansar nuevamente la corona sobre su cabello y después se inclinó y puso los dados al descubierto, diciendo con una carcajada:

—Mira, Druso, por el asno de Sueno, ¿es mío el denario?

Estalló una gritería que hizo vibrar el suelo y danzar a los huraños atlantes. Y comenzó la orgía.

Capítulo XIII

Un auriga para los corceles árabes de Ilderim

El jeque Ilderim era un hombre demasiado importante para andar por el mundo con un establecimiento pequeño. Tenía que conservar la reputación ante su tribu como le correspondía a un príncipe y a uno de los patriarcas que contaba con más seguidores de todo el desierto oriental de Siria. Entre los pobladores de las ciudades gozaba de otra reputación: la de ser uno de los personajes que no tuvieron la jerarquía de reyes más ricos de todo Oriente. Y como lo era en realidad, así en dinero como en sirvientes, camellos, caballos y rebaños de toda especie, le gustaba hacer alarde de cierta opulencia, la cual, además de enaltecer su dignidad a los ojos de los extranjeros, contribuía a satisfacer su orgullo personal y le proporcionaba comodidades. Así, pues, el lector no debe dejarse desorientar por las frecuentes referencias a su tienda del vergel de las Palmeras. La realidad es que tenía allí un aduar respetable, es decir, tenía tres tiendas grandes (una para él personalmente, otra para los visitantes y otra para su esposa favorita y las criadas de ésta) y seis u ocho más pequeñas, ocupadas por los servidores y por los elementos más adictos de la tribu, que había decidido traerse consigo como guardia personal, hombres robustos, de probado valor, excelentes jinetes y expertos en el manejo del arco y la lanza.

Puede darse por descontado que en el vergel ninguno de sus bienes corría el menor peligro. Sin embargo, como los hábitos de un hombre le siguen tanto a la ciudad como al campo y, puesto que nunca es prudente aflojar las correas de la disciplina, el interior del aduar estaba reservado para sus vacas, camellos, cabras y todas aquellas posesiones que podían tentar a un león o a los ladrones. Para hacerle cumplida justicia, hay que reconocer que Ilderim conservaba celosamente todas las costumbres de sus mayores, sin abandonar ninguna, ni siquiera la más insignificante. En consecuencia, la vida que llevaba en el vergel era una continuación de la del desierto. Y no era esto sólo sino que reproducía con toda fidelidad los usos patriarcales, la auténtica vida pastoril del antiguo Israel. Formada de nuevo aquella mañana, la caravana llegó al vergel.

—Aquí, plántalo aquí —dijo, parando el caballo y clavando una lanza en el

suelo —. La puerta hacia el sur, de modo que el lago quede así, delante, y que estos hijos del desierto puedan descansar debajo cuando se ponga el sol.

Al pronunciar estas palabras, se acercó a un grupo de grandes palmeras y dio unas palmaditas al tronco de una de ellas, del mismo modo que habría acariciado el cuello de su caballo o la mejilla del hijo más amado.

¿Quién sino el jeque podía con todo derecho ordenar a la caravana: "¡Alto!", o decir: "¡Plantad aquí la tienda!"?

Los hombres arrancaron la lanza y sobre la herida que había abierto en el suelo plantaron el primer poste de la tienda, señalando el centro de la puerta. Luego plantaron los otros ocho, formando en total tres filas de postes, tres en cada fila. Después, a una orden, vinieron las mujeres y los niños, descargaron las lonas de los camellos y las extendieron. ¿Quién sino las mujeres había de encargarse de esta tarea? ¿No habían esquilado ellas el pelo de las pardas cabras y lo habían retorcido formando hilos, y habían tejido los hilos formando tela, y habían cosido las telas unas con otras, confeccionando las perfectas cubiertas de las tiendas, pardo oscuro en realidad, aunque a distancia se vieran negras como las de Kedar? Y finalmente, entre carcajadas y tirones, toda la comitiva del jeque trabajó en equipo para tender las lonas de un poste a otro, colocando al mismo tiempo las estacas y atando las sogas. Y cuando estuvieron en su sitio, las rojas esteras que servían de paredes —lo cual, según el estilo del desierto, era el último toque dado al edificio—, ¡con qué ansioso silencio esperaban la aprobación del buen anciano!

Luego él entraba y salía, inspeccionando el emplazamiento de la vivienda en relación al sol, a los árboles y al lago, y decía con calurosa cordialidad, frotándose las manos de contento:

—¡Muy bien! Ahora formad el aduar como sabéis hacerlo, y esta noche endulzaremos el pan con raque y la leche con miel, y en cada fuego se asará un cabrito. ¡Que Dios esté con vosotros! Agua cristalina y pura no nos faltará, porque el lago es nuestro manantial. Y tampoco sufrirán hambre los animales que han traído la impedimenta, ni la sufrirá el más insignificante de nuestros rebaños, porque aquí tenemos hierba verde en abundancia. ¡Que Dios esté con todos vosotros, hijos míos! Iros.

Y, dando gritos de contento, los demás se iban dichosos a plantar sus propias viviendas. De entre los pocos que se quedaban a ordenar la morada del jeque, las sirvientas colgaban de la fila central de postes una cortina que dividía la tienda en dos compartimientos: el de la derecha estaba destinado al mismo Ilderim; el otro, a sus caballos —las joyas de Salomón—, a los cuales conducían dentro y, después de mimarlos con besos y cariñosas palmaditas, los dejaban sueltos. Apoyado en el poste central, levantaban un armero y lo llenaban de jabalinas, lanzas, arcos, flechas y escudos, colgando delante de

todo ello el sable del amo, que tenía la forma de la luna creciente, y el brillo de su hoja competía con el de las joyas incrustadas en su empuñadura. Sobre un extremo del armero colgaban los jaeces de los caballos, algunos de los cuales eran tan ricos como los de los corceles de un rey, mientras en el otro extendían las prendas del jeque: sus trajes de lana y los de lino, las túnicas, los calzones y los polícromos pañuelos para la cabeza. Y nunca daban la tarea por terminada hasta que el gran hombre había manifestado su aprobación.

Mientras, las mujeres sacaban y montaban el diván, para él más necesario que la barba, blanca como la de Aarón, que descendía sobre su pecho en largas guedejas. Para ello montaban un armazón cuadrado de tres caras, colocando su abertura en dirección a la puerta, y lo cubrían con cojines y cortinajes bajos, estando los cojines provistos de fundas cambiables a rayas pardas y amarillas. En los ángulos ponían almohadones y cabezales metidos dentro de fundas de tela azul y carmesí. Después extendían delante de los tres costados del diván alargadas alfombras, formando una franja, y el espacio central lo alfombraban también. Y cuando quedaba extendida la estela que iba desde la abertura del diván hasta la puerta de la tienda, su tarea había terminado, con lo cual aguardaban otra vez hasta que su dueño les decía que lo habían hecho bien. Ya nada faltaba entonces si no traer los jarrones y llenarlos de agua, y colgar las botas de raque al alcance de la mano. Al día siguiente le tocaría el turno al vino que llamaban leban. ¡Ah! Ningún árabe habría visto razón alguna para que Ilderim no fuese, a la vez, feliz y magnánimo, acomodado en su tienda a la orilla del lago de frescas aguas, bajo el follaje del vergel de las Palmeras.

Así era la tienda a cuya puerta habíamos dejado a Ben-Hur.

Los criados estaban ya esperando las indicaciones del dueño. Uno de ellos le quitó las sandalias al jeque, otro desató los zapatos romanos de Ben-Hur, luego ambos cambiaron las prendas de campo que llevaban, llenas de polvo, por otras nuevas de blanco lino.

—Entra, en nombre de Dios, entra y reposa —dijo el dueño de la casa en el dialecto de la plaza del mercado de Jerusalén, al mismo tiempo que abría la marcha hacia el diván—. Aquí me sentaré yo —anunció, señalando un sitio determinado—. Y ahí el extranjero.

Una mujer (una sierva la habrían llamado antiguamente) se acercó al momento y con mano experta apiló los cojines y almohadones de modo que ofrecieran apoyo a la espalda. Luego los dos hombres se sentaron en un costado del diván, mientras las sirvientas traían agua fresca del lago, les bañaban los pies y se los secaban con unas toallas.

—En el desierto solemos decir —empezó Ilderim, cogiéndose la barba y peinándosela con los largos dedos—, que un buen apetito es garantía de una larga vida. ¿Tú lo tienes?

—Si eso es cierto, buen jeque, viviré un centenar de años. Soy un lobo hambriento que llama a tu puerta —respondió Ben-Hur.

—Pues no te expulsaremos como a un lobo. Yo te daré lo mejor de mis rebaños.

Diciendo esto, el anciano dio unas palmadas.

—Ve a buscar al extranjero a la tienda de los huéspedes y dile que yo, Ilderim, le envío mis votos suplicando que su paz transcurra incesante como el curso de las aguas de un río.

El hombre que aguardaba se inclinó.

—Dile también —continuó Ilderim—, que he regresado con otro con quien compartir nuestro pan, y que si el sabio Baltasar quiere tomar de la misma hogaza, seremos tres a comerla, sin que la porción destinada a los pájaros disminuya por ello.

El segundo sirviente partió.

—Ahora descansemos.

Ilderim se sentó en el diván al estilo con que los mercaderes de hoy en día se

sientan en las alfombrillas de sus bazares de Damasco, y cuando se sintió bien

reposado dejó de peinarse la barba y dijo gravemente:

—El hecho de que seas mi huésped y hayas bebido mi vino y estés a punto de probar mi sal no debe impedir que te haga una pregunta. ¿Quién eres?

—Jeque Ilderim —dijo Ben-Hur, sosteniendo tranquilamente su mirada—, te ruego que no creas que quiero burlarme de tu justa demanda. Pero ¿no te has encontrado en algún momento durante la vida en el que contestar esta pregunta habría sido un crimen contra ti mismo?

—¡Por el esplendor de Salomón, sí, en verdad! —respondió Ilderim—. Traicionarse a uno mismo es a veces tan ruin como traicionar a la tribu.

—¡Gracias, gracias, jeque bueno! —exclamó Ben-Hur—. Jamás diste una respuesta más digna de ti. Ahora sé que sólo pides una base sobre la de fundar la confianza que yo solicito, y que te interesa más ver que merezco tu confianza que conocer los detalles de mi pobre vida.

El jeque se inclinó a su vez, y Ben-Hur se apresuró a sacar partido de la ventaja conseguida.

—Deseando que te agrade, te diré, pues, en primer lugar, que no soy

romano como el nombre que te he dado parece implicar.

Ilderim se cogió la abundante barba que cubría casi todo su pecho y miró a su interlocutor con unos ojos que centelleaban por entre la sombra de las espesas y unidas cejas.

—En segundo lugar —continuó Ben-Hur—, soy un israelita de la tribu de Judá.

El jeque arqueó ligeramente las cejas.

—Y no es eso solamente. Buen jeque, yo soy un judío que guarda tal rencor contra Roma que, comparado con el mío, el tuyo no es más que un disgusto de chiquillo.

El viejo se peinaba la barba con movimiento rápido y nervioso, y dejó bajar las cejas hasta que incluso el centelleo de los ojos quedó escondido.

—Todavía más: yo te juro, jeque Ilderim, yo te juro por los pactos que el Señor concluyó con mis padres que si me proporcionas la venganza que busco, el dinero y la gloria de la carrera serán para ti.

Las cejas de Ilderim dejaron de contraerse, su cabeza, se levantó, la sonrisa empezó a propagarse por su cara, y se veía perfectamente que le invadía una viva satisfacción.

—¡Es bastante! —exclamó—. Si en la raíz de tu lengua se esconde enroscada una mentira, ni el mismo Salomón se habría librado de tus falacias. Creo sinceramente que no eres romano, que eres un judío que alimenta un resentimiento contra Roma, y que quieres tomarte una venganza. Pero hablemos de tu pericia. ¿Qué experiencia tienes en carreras de carrozas? ¿Y en lo tocante a los caballos? ¿Sabes convertirlos en criaturas dóciles a tu voluntad? ¿Logras que te conozcan, que vengan cuando los llamas, que corran, si tú lo ordenas, hasta el límite máximo que les permite su vigor y su aliento, y luego, en el momento crítico, sabes sacar de las profundidades de tu ser la vibración que les contagie haciéndoles realizar todavía otro esfuerzo, el más poderoso de todos? Ese don, hijo mío, no lo posee todo el mundo. ¡Ah, por el esplendor de Dios! Yo conocí a un rey que gobernaba millones de hombres que le miraban como a un soberano perfecto y no sabía hacerse respetar por un caballo. ¡Fíjate bien! Yo no hablo de esos brutos sin temple cuya misión consiste en trabajar como esclavos para otros esclavos. No hablo de los degradados, tanto en sangre como en figura, de los de espíritu muerto, sino de caballos como los que tengo aquí, reyes de su especie, descendientes de una casta que se remonta hasta el primer faraón. Hablo de mis camaradas y amigos, acostumbrados a vivir en tiendas y elevados hasta mi mismo nivel por el largo tiempo pasado en mi compañía. Hablo de unos animales que a sus instintos han sobreañadido nuestras facultades y a sus sentidos han sumado

nuestras almas, hasta el punto de sentir todo lo que nosotros sabemos de ambición, amor, odio y desprecio. Unos animales que en la guerra son héroes y en materia de adhesión a su dueño, fieles como mujeres. ¡Eh, aquí!

A su voz se presentó un criado.

—¡Deja entrar a mis árabes!

El sirviente describió en parte la cortina divisoria, dejando a la vista un grupo de caballos que permanecieron un momento indecisos, como si quisieran cerciorarse bien de la invitación.

—¡Venid! —les dijo Ilderim—. ¿Por qué os quedáis ahí? ¿Qué tengo yo que no sea vuestro? ¡Venid, digo!

Los animales se acercaron pausadamente.

—Hijo de Israel —dijo su dueño—. Tu Moisés era realmente un hombre extraordinario, pero, ¡ja, ja, ja!, tengo que reírme cuando pienso que autorizó a tus padres a servirse del cansino buey y del asno, lento y torpe, y les prohibió que poseyeran caballos. ¡Ja, ja, ja! ¿Crees que habría obrado del mismo modo si hubiese visto aquél, y éste, y el de allá? —al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, apoyó la mano sobre la cara del primero que llegó hasta él y le acarició con un orgullo y una ternura infinitos.

—Se trata de una mala interpretación, jeque, de una mala interpretación —dijo Ben-Hur, con vehemencia—. Además de un legislador predilecto de Dios, Moisés era un guerrero. Y hacer la guerra... , ¡ah!, ¿qué es sino amar a todas las criaturas que intervienen en ella, éstas entre las demás?

Una cabeza, exquisitamente formada, con unos ojos grandes, dulces como los de un venado, medio escondidos por el abundante copete, y unas orejas puntiagudas e inclinadas adelante, se acercaba en aquel momento hasta rozar su pecho, con las ventanas de la nariz muy abiertas y moviendo el labio superior.

"¿Quién eres?", preguntaba el caballo con su actitud, tan claramente como puede preguntarlo el hombre con su lengua.

Ben-Hur reconoció en él a uno de los cuatro corceles que había visto en las carreras y presentó la mano abierta al hermoso bruto.

—Sé que algunos te dirán (¡ah, los blasfemos!; ¡ojalá se acorten sus días en la misma medida que disminuye su número!) —el jeque hablaba con la pasión del hombre que rechaza, una calumnia dirigida contra él personalmente—, te dirán, decía, que nuestros caballos de más pura sangre provienen de los pastos de Nesaea, en Persia. No es cierto. Dios dio al primer árabe una extensión de arena inconmensurable, con algunas montañas desnudas de árboles y un poco de agua amarga aquí y allá, y le dijo: "¡Mira tu patria!". Y cuando el pobre

hombre se lamentó, el Todopoderoso se apiadó de él, le habló otra vez y le dijo: "¡Alégrate, porque voy a darte dos bendiciones que no poseen los demás hombres!". El árabe le oyó, le dio las gracias y se puso a buscar las dos bendiciones prometidas. Primero recorrió todas las fronteras y fracasó. Luego, abrió un camino hacia el interior del desierto, siguió adelante, siempre adelante y halló en el centro de la inmensidad una isla de un verdor hermosísimo para los ojos. Y en el corazón de aquella isla... ¡helo ahí! ¡Un rebaño de camellos y otro de caballos! Se los llevó gozoso y los cuidó esmeradamente por ser como eran los mejores dones de Dios. Y de aquella isla verde proceden todos los caballos de la tierra. Sí, hasta los de los pastos de Nesaea proceden de allí, y también los que se hallan hacia el norte en los tristísimos valles azotados perpetuamente por las ráfagas del mar de los Vientos Glaciales. No pongas en duda esta historia. Si no la crees, ojalá ningún amuleto vuelva a tener poder sobre un árabe. No, te presentaré una prueba.

El anciano dio unas palmadas.

—Tráeme los registros de la tribu —ordenó al criado que respondió.

Mientras aguardaban, el jeque jugaba con los caballos, dándoles palmaditas en las mejillas, peinándoles los copetes con los dedos, demostrando de algún modo a cada uno de los animales que le tenía presente en el pensamiento. Poco después, aparecieron seis hombres trayendo unos cofres reforzados con flejes de bronce y dotados de bisagras y cerraduras del mismo metal.

—No —dijo Ilderim cuando los hubieron depositado en el suelo al lado del diván —, no los pedía todos. Sólo el de allá, el de los registros de los caballos. Abridlo, y llevaos los otros.

Los sirvientes obedecieron, poniendo a la vista un gran montón de tablillas de marfil enfiladas en aros de alambre de plata. Y como las tablillas tenían poco más grosor que un barquillo, cada aro contenía varios centenares.

—Yo sé —dijo Ilderim, tomando algunos de aquellos aros en la mano—, yo sé con qué cuidado, con qué celo, hijo mío, los escribas del templo de la Ciudad Santa anotan los nombres de todos los recién nacidos, a fin de que todo hijo de Israel pueda seguir la línea de sus ascendientes hasta donde comenzó, aunque empezase en una época anterior a los patriarcas. Mis padres (¡ojalá su recuerdo permanezca siempre vivo!) no creyeron que fuera pecaminoso copiar la idea y aplicarla a sus sirvientes irracionales. ¡Mira estas tablillas!

Ben-Hur cogió los aros y separando las tablillas vio que éstas contenían unos toscos jeroglíficos en árabe, grabados al fuego en su superficie con la punta de un objeto de metal, afilado y calentado.

—¿Sabes leerlas, oh hijo de Israel? —No. Deberás decirme lo que significa. — Entérate, pues, de que cada tablilla guarda el nombre de un potro de pura sangre, uno de los muchos que les nacieron a mis antepasados en el curso de centenares de años, y también los nombres del garañón y la yegua. Cógelas y observa cuan viejas son, y así me creerás más fácilmente.

Algunas de las tablillas estaban desgastadas por el roce. El tiempo había pintado todas de amarillo.

—En aquel cofre de allí, puedo decirte ahora, tengo la historia perfecta. Perfecta precisamente por poseer una certeza que la historia raras veces posee. En ellas verías de qué progenitores han salido estos corceles... El que ahora te pide que le prestes atención y solicita tus caricias... Y, al igual que éstos se acercan a nosotros, sus progenitores, aun los más alejados en el tiempo, se acercaron a los míos, en una tienda como la mía, para comer su medida de cebada en la mano de sus dueños, que les hablaban como a hijos suyos, y como hijos demuestran ellos su agradecimiento con besos que no pueden expresar de palabra. Y ahora, oh hijo de Israel, puedes creer lo que voy a decir: si yo soy el señor del desierto, ¡ahí tienes a mis ministros! Arrebátame mis caballos y seré como el enfermo abandonado por la caravana para que muera. Gracias a ellos, la edad no ha disminuido el respeto que impongo en los caminos que unen las grandes ciudades, ni disminuirá mientras me queden fuerzas para montar en ellos. Ja, ja, ja! Podría contarte los portentos que hicieron sus antecesores. En una ocasión apropiada quizá te los cuente. Por el momento, bastará decir que en la retirada nadie les alcanzó jamás, ni, ¡por la espada de Salomón!, fracasaron jamás al perseguir a otros. Esto, fíjate bien, ha sido corriendo sobre la arena y ensillados. En cambio, ahora..., no sé..., tengo miedo, porque es la primera vez que les ponen el yugo, y son muchas las condiciones necesarias para triunfar. Brío, agilidad y resistencia, los poseen. Si encuentro quien sepa someterlos a su voluntad, vencerán. ¡Hijo de Israel! Si tú eres ese hombre, juro que podrás considerar feliz el día que te trajo aquí. Y ahora di tú lo que tengas que decir.

—Ahora veo —respondió Ben-Hur—, la causa de que para el corazón de un árabe su caballo venga inmediatamente después de sus hijos, y comprendo también por qué los caballos árabes son los mejores del mundo. Pero, buen jeque, no quiero que me juzgues sólo por mis palabras. Porque, como tú ya sabes, las promesas de los hombres a veces fracasan. Pruébame primero en alguna llanura de estos alrededores, y para ello confía mañana cuatro caballos a mis manos.

Ilderim sonrió de nuevo con cara alegre y se dispuso a tomar la palabra.

—¡Un momento, buen jeque, un momento! —atajó Ben-Hur—. Permite que diga algo más. Muchas lecciones aprendí de mis maestros en Roma, pero

en una ocasión como ésta, pocas ideas podrían darme. Yo te aseguro que estos hijos tuyos del desierto, aunque cada uno separadamente sea rápido como el águila y resistente como un león, si no se entrenan para correr juntos bajo el yugo, fracasarán. Porque ten presente, jeque, que en toda cuadriga hay uno que es el más lento y otro que es el más rápido, y mientras el más lento es siempre el que marca la velocidad de los cuatro, el más rápido es el que crea todos los conflictos. Así ha ocurrido hoy. El auriga no ha podido conseguir que el mejor corriese en armonía con el menos dotado. Acaso la prueba que yo haga no dé resultados mejores. Pero si fuese así, juro que te lo diría. Por lo cual, con el mismo ánimo te digo que si puedo enseñarles a correr juntos, dóciles a mi voluntad, los cuatro como uno solo, tú tendrás los sestercios y la corona, y yo la satisfacción de haberme vengado. ¿Qué dices tú?

Ilderim sonrió de nuevo con cara alegre. Al final estalló en una carcajada y respondió:

—He formado un gran concepto de ti, hijo de Israel. En el desierto tenemos un refrán que dice: "Si tú guisas la comida con palabras, yo te prometeré un océano de manteca". Mañana por la mañana tendrás los caballos a tu disposición.

En aquel momento, alguien se movió en la entrada posterior de la tienda.

—La cena... ¡ya está aquí! Y allá viene mi amigo Baltasar, a quien vas a conocer. Te contará una historia que un israelita jamás se cansa de escuchar.

Y dirigiéndose a los criados, añadió:

—¡Llevaos los registros y conducid mis joyas a su departamento!

Capítulo XIV

El aduar en el vergel de las Palmeras

Si el lector quiere retroceder ahora al refrigerio de los tres sabios en el desierto, comprenderá mejor los preparativos para la cena que tuvieron lugar en la tienda de Ilderim. Las diferencias que puedan observarse eran principalmente las que origina una mayor abundancia de medios y un servicio mejor. Las esteras las extendieron en el espacio que el diván cerraba casi por completo. En el centro del mencionado espacio colocaron una mesa de no más de un pie de altura y cubierta con un mantel. A un lado instalaron un horno portátil, al cuidado de una mujer cuya misión consistía en abastecer a los comensales de pan, o, para ser más exactos, de unas tortas calientes hechas con la harina que salía de unos molinos movidos a mano que giraban con un

rechinar constante en la tienda vecina. Entretanto, Baltasar fue acompañado hasta el diván, donde Ilderim y Ben-Hur le recibieron de pie. Una bata negra y holgada cubría su persona. Su caminar era débil y todos sus movimientos pausados y cautos, teniendo que servirse mucho, por lo visto, del largo bastón que empuñaba y del brazo de un sirviente.

—La paz sea contigo, amigo mío —saludó respetuosamente Ilderim—. Yo te doy la paz y la bienvenida.

El egipcio levantó la cabeza y respondió:

—Y contigo, buen jeque. Contigo y con los tuyos. La paz y la bendición del Dios único, del Dios verdadero y amoroso.

Las maneras de aquel hombre eran dulces y piadosas, y suscitaron en el pecho de Ben-Hur un extraño sentimiento de temor. Por lo demás, la bendición con que el anciano había correspondido al saludo de su amigo le incluía también a él, y precisamente mientras la pronunciaba los ojos del anciano, hundidos pero luminosos, fijaron en la cara del joven una mirada suficientemente prolongada para despertar en él una emoción nueva y misteriosa, y tan poderosa al mismo tiempo que, durante la cena, Ben-Hur no se cansaba de escudriñar con la vista la cara exangüe y en extremo arrugada del anciano, buscando en ella el significado de aquella mirada. Pero el rostro de Baltasar tenía en todo momento una expresión sosegada, plácida y confiada como la de un niño. Un rato después, notó que aquélla era la expresión habitual del egipcio.

—Éste es Baltasar, que compartirá el pan con nosotros esta noche —dijo el jeque, apoyando la mano en el brazo de Ben-Hur. El egipcio dirigió una mirada al joven, y luego volvió a mirarle sorprendido y dudando, en vista de lo cual el jeque prosiguió, dirigiéndose ahora a su amigo:— Le he prometido que mañana le dejaré probar mis caballos, y si todo va bien los guiará en el circo.

Baltasar seguía mirando.

—Ha venido bien recomendado —continuó diciendo Ilderim, confundido en extremo—. Puedes conocerle por el hijo de Arrio, que era un noble marino romano, aunque —el jeque titubeó un momento; luego, reanudó la frase soltando una carcajada—, aunque declara que es un israelita de la tribu de Judá, y, ¡por la gloria de Dios!, yo creo que me dice la verdad.

Baltasar no pudo seguir demorando una explicación.

—Hoy, oh el más generoso jeque, mi vida estaba en peligro, y la habría perdido irremisiblemente si un joven que parecía, un hermano gemelo de éste (si no era precisamente este mismo) no hubiese intervenido para salvarme cuando todos los demás huían —entonces le preguntó—: ¿No eres tú aquel

joven?

—Yo no puedo decir que sea cierto todo lo que me atribuyes —respondió Ben-Hur, con respetuosa deferencia—. Yo soy el que detuvo los caballos del insolente romano cuando se precipitaban sobre tu camello en la fuente de Castalia. Tu hija me ha entregado una copa.

Del seno de la túnica sacó la copa y la dio a Baltasar. Un destello iluminó el apagado semblante del egipcio.

—Hoy en la fuente has sido para mí un enviado de Dios, y ahora te envía otra vez —dijo con voz trémula, extendiendo una mano hacia Ben-Hur—. Yo le doy las gracias, y debes llenarlo de alabanzas, pues por sus bondades tengo con qué darte una elevada recompensa y te la daré. La copa es tuya; guárdala.

Ben-Hur volvió a quedarse el regalo, y, Baltasar, viendo la interrogación pintada en el rostro de Ilderim le explicó lo ocurrido en la fuente.

—¿Qué? —exclamó el jeque, dirigiéndose a Ben-Hur—. No me habías dicho nada de eso, a pesar de que no podías presentarme ninguna recomendación mejor. ¿Acaso no soy un árabe y jefe de una tribu de decenas de miles de miembros? ¿Y no es él mi huésped? ¿Y no dice la ley de la hospitalidad que todo lo bueno y todo lo malo que le hagas a mi huésped a mí me lo haces? ¿Adonde debes ir a buscar la recompensa sino aquí? ¿Y qué mano ha de dártela sino la mía?

Al final del discurso la voz del jeque se había elevado con aguda estridencia.

—Buen jeque, no me sonrojes, te lo ruego. Yo no he venido a buscar ninguna recompensa, grande o pequeña; y para que veas que no se me había ocurrido esa idea te diré que del mismo modo que he ayudado a este hombre excelente habría socorrido al más humilde de tus servidores.

—Pero él es un amigo y un huésped, no un criado. ¿No ves en ello la distinta preferencia que ha mostrado la fortuna? —enseguida el jeque añadió, dirigiéndose a Baltasar—: ¡Ah, por la gloria de Dios! Te digo otra vez que este joven no es romano.

Con estas palabras se alejó para prestar atención a las sirvientas, que estaban terminando los preparativos para la cena.

El lector que recuerde la historia de Baltasar según la narró él mismo en la reunión del desierto comprenderá el efecto que la desinteresada afirmación de Ben-Hur le causó al santo varón. Se recordará que su amor a los hombres no admitía distinciones, y que la redención que le habían prometido como recompensa —la redención que él estaba esperando—, alcanzaría a todo el universo. Así pues, para él esta afirmación sonaba algo así como un eco de su

propio pensamiento. Acercándose un paso a Ben-Hur, le habló con aquel aire infantil característico.

—¿Cómo ha dicho el jeque que debía llamarte? Era un nombre romano, creo.

—Arrio, el hijo de Arrio.

—¿Y sin embargo, no eres romano?

—Toda mi familia era judía.

—¿Has dicho "era"? ¿No siguen viviendo?

La pregunta era tan sutil como sencilla; pero Ilderim le ahorró a Ben-Hur el tener que contestar.

—Venid —les dijo—. Los manjares están listos.

Ben-Hur ofreció el brazo a Baltasar y le acompañó hasta la mesa, donde poco después estaban todos sentados sobre sus respectivas alfombras, a la manera oriental. Enseguida les trajeron los aguamaniles; se lavaron las manos, se las secaron y entonces el jeque hizo un signo, los criados se quedaron inmóviles y la voz del egipcio se elevó transida de una emoción sagrada.

—¡Oh Dios, Padre de todo! Todo lo que tenemos, de ti procede; acepta nuestro agradecimiento y bendícenos para que podamos seguir cumpliendo tu voluntad.

Era la acción de gracias que el buen hombre había rezado simultáneamente con sus hermanos Gaspar el griego y Melchor el hindú, la oración pronunciada en diversas lenguas, milagro que había puesto de manifiesto la presencia de la divina providencia en el refrigerio del desierto años atrás.

Como puede suponerse, la mesa a la que se habían sentado estaba bien provista de los platos principales y las golosinas preferidas en Oriente, de tortitas calientes salidas del horno, de hortalizas de los huertos, de platos de una sola clase de carne y de platos que combinaban las de animales distintos, de leche de vaca, y de miel y manteca, siendo de notar que todo ello se comía sin ayuda de ninguno de los accesorios modernos: cuchillos, tenedores, cucharas y platos. Y durante esta parte de la comida poco se habló, porque los tres tenían hambre. Pero al llegar la hora de los postres sucedió de muy distinto modo. Volvieron a lavarse las manos, ordenaron que les sacudieran las servilletas con que se cubrían las piernas y con el cambio de aspecto de la mesa y satisfecho lo más vivo de su respectivo apetito se sintieron dispuestos a hablar y a escuchar.

En una reunión tal, formada por un árabe, un judío y un egipcio, todos creyendo en un solo Dios, no podía haber en aquella época sino un único tema

de conversación; y de los tres, ¿quién había de hablar sino aquel a quien casi podría decirse que se le había aparecido personalmente la Divinidad, que la había visto en una estrella, había escuchado su voz que le dirigía y había sido guiado tan lejos y tan milagrosamente por su Espíritu? ¿Y de qué había de hablar sino de aquello para atestiguar lo cual había sido llamado?

Capítulo XV

Baltasar impresiona a Ben-Hur

Las sombras que proyectaban las montañas sobre el vergel de las Palmeras al ponerse el sol no dejaban lugar para ese dulce y sosegado espacio de tiempo interpuesto entre el día y la noche durante el cual el cielo se tiñe de violeta y empieza a dormitar. Esta venía pronto y rápidamente. Para ahuyentar la oscuridad del interior de la tienda, las sirvientes trajeron cuatro candelabros de bronce y los colocaron en las cuatro puntas de la mesa. Cada candelabro tenía cuatro brazos; cada brazo, una lámpara de plata encendida, y una taza de reserva de aceite de oliva. En medio de aquella luz sobrada, hasta casi brillante, el grupo que estaba consumiendo los postres seguía conversando, expresándose en el dialecto sirio, conocido de todos los pueblos de aquella parte del mundo.

El egipcio les explicó cómo se habían reunido los tres en el desierto y estuvo de acuerdo con el jeque en que había sido el mes de diciembre de veintisiete años atrás cuando él y sus compañeros llegaron a la tienda a pedir albergue, huyendo de Herodes. Todos escuchaban el relato con vivo interés; hasta las criadas se entretenían todo lo posible para enterarse de sus detalles. Ben-Hur lo acogía como corresponde a un hombre que está oyendo una revelación de gran trascendencia para toda la humanidad, aunque para nadie tanto como para el pueblo de Israel. Como veremos luego, en su mente iba cristalizando una idea que había de cambiar el curso de su vida, suponiendo que no la absorbiera toda por completo. A medida que adelantaba la narración se acentuaba la impresión causada por Baltasar en el joven judío. Cuando terminó, la emoción que sentía era demasiado profunda para permitirle dudar de la veracidad de aquella historia. Ciertamente, con respecto a lo que acababa de oír no deseaba pedir otras aclaraciones que las que se refiriesen (si era posible saberlas) exclusivamente a las consecuencias del pasmoso acontecimiento.

Y ahora se hace precisa una explicación que las personas muy sagaces quizás estuvieran reclamando hace rato y, ciertamente, no es posible demorar más. Nuestro relato empieza en cuestión de fechas no menos que de hechos,

casi coincidiendo con el comienzo de la vida pública del Hijo de María, al cual no hemos visto sino una sola vez desde que este mismo Baltasar le dejó reverentemente en el regazo de su Madre, en la cueva de Belén. Desde aquí hasta el final nos referiremos numerosas veces al misterioso Niño, y lenta, pero segura e inalterablemente el curso de los acontecimientos que nos ocupan nos llevará cada vez más cerca de Él, hasta que al final le veremos hecho un hombre. Y si las opiniones contrarias y beligerantes hubieran de permitirlo, nos gustaría añadir: un hombre del cual no puede prescindir el mundo. La mente sagaz e iluminada por la fe sacará muchas consecuencias, y todas esperanzadoras, de esta afirmación aparentemente tan simple. Antes y después de la venida de Jesús han existido hombres indispensables a todo el género humano y para todos los tiempos, por lo cual es único, solitario, divino.

La historia no era nueva para el jeque Ilderim. La había escuchado en labios de los tres sabios en circunstancias que no dejaban lugar para la duda, y por creerla se había puesto en grave compromiso, porque ayudar a un fugitivo a librarse de las iras de Herodes era un juego peligroso. En estos momentos uno de aquellos tres sabios estaba sentado a su mesa en calidad de huésped bienamado y de reverenciado amigo. El jeque Ilderim creía sin sombra de duda en la veracidad de aquella historia; no obstante, por la naturaleza misma de las cosas y de las circunstancias, el hecho central de la misma no le producía una impresión tan viva, profunda y absorbente como a Ben-Hur. El era árabe y, como a tal, sólo le interesaban las consecuencias generales de aquel hecho; en cambio, Ben-Hur era israelita y judío; la verdad del hecho (si es que se nos permite esta expresión) le interesaba de una manera más que particular. Por tal causa examinaba la circunstancia antedicha con un criterio estrictamente judío.

Recordemos que desde la cuna oía hablar del Mesías; en los colegios se había familiarizado enseguida con todo lo que se sabía de aquel Ser, con la esperanza, el miedo y la gloria particular del pueblo elegido; los profetas, desde el primero al último de la heroica serie que formaban, se lo habían anunciado; y su llegada había sido y seguía siendo el tema de interminables disquisiciones de los rabíes; en las sinagogas, en las escuelas, en el templo, en los días de hacienda y en los festivos, en público y en privado, los maestros públicos habían explicado y seguían explicando, hasta que todos los descendientes de Abraham, fuese donde fuere que los hubiera llevado la suerte, vivieron esperando al Mesías, regulando y modelando sus vidas con una severidad férrea según los dictados literales de tal esperanza.

De lo dicho se deducirá sin duda que entre los mismos judíos estallaban grandes discusiones acerca del Mesías; y así sucedían en efecto, pero todas las discusiones giraban alrededor de un punto solo y siempre el mismo: ¿cuándo llegaría el Mesías? Las disquisiciones filosóficas quedan para los

predicadores; en cambio, el escritor se limita a narrar una historia, y, para no perder su carácter, la aclaración a que se ha entregado sólo requiere llamar la atención sobre un punto relacionado con el Mesías, sobre el que la unanimidad manifestada por el pueblo elegido era motivo de asombrada admiración: cuando llegase, había de ser el rey de los judíos, el rey político, su cesar. Utilizándolos a ellos como instrumento, conquistaría con las armas toda la tierra, y luego la conservaría bajo su dominio, perdurablemente para provecho de su pueblo, y en nombre de Dios. Sobre esta creencia, caro lector, los fariseos o separatistas (denominación esta última de carácter más bien político) habían levantado, en los claustros y alrededores de los altares del templo, un edificio de esperanzas muchísimo más ambicioso que todos los sueños del macedonio. La meta de éste cubría toda la tierra; la de los primeros cubría toda la tierra y llenaba los cielos; es decir, en sus atrevidas e ilimitadas fantasías, inspiradas por un egoísmo blasfemo, el mismo Dios todopoderoso consentiría que a fin de poder utilizarle a su antojo le clavasen a Él por la oreja a una puerta en señal de eterna servidumbre. Volviendo a ocuparnos de Ben-Hur, hay que observar ahora que en su vida se combinaron dos circunstancias que dieron por resultado el mantenerle relativamente libre de las influencias y perniciosos efectos de la temeraria fe de sus compatriotas los separatistas.

En primer lugar, su padre seguía el credo de los saduceos, a los que podríamos llamar, en términos generales, los liberales de su tiempo. Tenían opiniones un poco heterodoxas; sobre todo con respecto a la existencia del alma. Interpretaban la ley estrictamente y la observaban con todo rigor; pero tal como se encuentra en los libros de Moisés; toda la masa inmensa de adiciones de los rabíes a los libros del gran legislador la miraban con irónico desprecio. A pesar de que formaban, indiscutiblemente, una secta, sus creencias constituían más una filosofía que una religión; no se privaban de los placeres de la vida, y sabían sacar ventajas y provechos de las divisiones de raza, establecidas por los gentiles. En política formaban la oposición activa de los separatistas. Si las cosas hubiesen seguido su orden natural, esas circunstancias y condiciones, opiniones y peculiaridades habrían ido a parar al hijo con la misma seguridad y la misma consistencia real que si hubiesen formado parte de los bienes del padre, y, como hemos visto, estaba a punto efectivamente de caer bajo su influencia cuando se produjo el segundo acontecimiento salvador.

El efecto que cinco años enteros de vivir en Roma podían producir en un joven de la mente y el carácter de Ben-Hur puede apreciarse mejor recordando que la gran ciudad era entonces, en realidad, el punto de cita de las naciones, el punto de reunión político y comercial, y también el punto adonde ir a gozar de placeres sin tasa. Rodeando incesantemente la dorada piedra miliaria que se levantaba delante del Foro (unas veces oscurecido por las tinieblas de un eclipse, otras inflamado en un irresistible fulgor), fluían todas las corrientes

activas de la humanidad. Si la pulcritud de los modales, el refinamiento de la sociedad, las conquistas del intelecto y la gloria de las grandes realizaciones no le hacían ninguna impresión, ¿cómo le habría sido posible pasar un día tras otro durante un periodo de tiempo tan largo, de la hermosa villa cercana a Misenum a las recepciones del César, y conservarse perfectamente inmune a todo lo que veía allí de príncipes, reyes, embajadores, rehenes y delegados, peticionarios de todos los países conocidos aguardando humildemente el sí, o el no, que había de levantarlos o arruinarlos?

Por descontado, como meras asambleas no tenían comparación con el gentío reunido en Jerusalén para celebrar la Pascua; no obstante, cuando Ben-Hur se sentaba bajo la velaría de color púrpura del circo Máximo, como uno de los ciento cincuenta mil espectadores allí congregados, hubo de asaltarle la idea de que posiblemente haya ramas de la familia humana merecedoras de la consideración, si no también de la misericordia divina, aunque perteneciesen a los incircuncisos. Por sus sufrimientos y, peor todavía, por el desamparo en que se hallaban en medio de sus pesares, algunos parecían indicados para participar como hermanos de las promesas hechas a sus compatriotas.

Era más que natural que bajo aquellas circunstancias se le ocurriese semejante idea, y creemos que el lector admitirá este aserto. Pero cuando se le ocurrió una reflexión y se entregó a examinarla detenidamente, no pudo cerrar los ojos a ciertas distinciones. La miseria de las masas y el desesperado estado en que se encontraban no tenían relación alguna con la religión; sus murmullos y sus lamentos no se dirigían contra los dioses, ni nacían de la falta de ellos. En los bosques de encinas de la Bretaña los druidas conservaban sus seguidores; Odín y Freya recibían culto en las Galias, en Germania y en las regiones hiperbóreas; Egipto se mostraba satisfecho con sus cocodrilos y con sus Anubis; los persas continuaban fieles a Ormuz y Arimán, rindiendo honores iguales a ambos; con la esperanza del nirvana, los hindúes caminaban pacientes como siempre por las sendas indefinidas de Brahm; los hermosos griegos, en los intervalos en que descansaban de la filosofía, seguían celebrando a los heroicos dioses de Hornero; mientras que en Roma, dioses era lo más abundante y barato que se encontraba. Los dueños del mundo, por el solo hecho de serlo, trasladaban el culto y las ofrendas a su capricho, indiferentemente, de un altar a otro, embelesados con la indescriptible confusión que habían puesto en marcha. Si estaban descontentos, su disgusto venía del número de dioses; dado que, después de haberse apropiado de todas las divinidades de la tierra, procedían a divinizar a sus cesares, erigiéndoles altares y tributándoles un culto. No, la desdicha de las gentes no nacía de la religión, sino del mal gobierno, de las usurpaciones y del sinfín de tiranos que iban surgiendo. Sí, los hombres habían caído en un Averno y suplicaban que los sacasen de sus grutas; era un Averno terrible, pero esencialmente político. En Lodinum, en Alejandría, en Atenas, en Jerusalén, en todas partes se

levantaban idénticas súplicas pidiendo un rey que los llevara a la victoria, no un dios al cual adorar.

Estudiando la situación a una distancia de dos mil años, podemos ver y afirmar que en el terreno religioso la confusión universal no tendrá remedio a menos que un Dios pudiese demostrar su autenticidad y su poder y viniera a redimir a los hombres; pero los pobladores del mundo de aquella época, ni siquiera los más sagaces y pensadores, no sabían ver ninguna esperanza sino mediante el previo aplastamiento de Roma, logrado lo cual el alivio tomaría la forma de restauraciones y reorganizaciones; y para esto rezaban, conspiraban, se rebelaban, luchaban y morían, pero siempre con el mismo resultado.

Hay que decir todavía que Ben-Hur compartía el parecer de la masa de hombres de su tiempo que no eran romanos. Los cinco años de residir en la capital le habían dado ocasión de ver y estudiar las miserias del mundo sojuzgado; y, completamente convencido de que los males que afligían a la humanidad eran de naturaleza política, y sólo se curarían con la espada, se ocupaba en prepararse adecuadamente para desempeñar un papel el día que recurriese al heroico remedio. Atendiendo al manejo de las armas, se le podía considerar un soldado perfecto; pero la guerra tenía campos más elevados, y el que quisiera moverse con éxito por ellos debía saber algo más que defenderse con el escudo y atacar con la lanza. Era en tales campos donde tenían los generales sus tareas, la mayor de las cuales consiste en reducir la multiplicidad a unidad y que esa unidad sea su misma persona; el capitán consumado es aquel que se arma con todo un ejército. Esta concepción de los hechos formaba parte del plan de vida a que le empujó luego el pensar que la venganza que había soñado para satisfacer sus agravios particulares la encontraría más fácilmente por alguno de los caminos de la guerra que en ninguna de las empresas de la paz.

Con esto se comprenden bien los sentimientos que le animaban mientras escuchaba a Baltasar. El relato del egipcio tocó y puso en vibración dos de los puntos más sensibles de su ser. Su corazón latía acelerado, y más todavía cuando, interrogándose a sí mismo, vio que no dudaba de la veracidad de ninguno de los detalles de la narración, ni de que el Niño tan milagrosamente hallado fuese el Mesías. Maravillándose en extremo de que Israel permaneciera tan impenetrable a semejante revelación, y de no haber tenido noticia él mismo de ella hasta aquel día, dos preguntas surgieron en su mente; dos preguntas que resumían en sí mismas todo lo que en aquel momento faltaba y era conveniente saber: ¿dónde estaba el Niño entonces? ¿Cuál era su misión?

Pidiendo excusas por las interrupciones, Ben-Hur se dedicó a descubrir el parecer de Baltasar, que no se mostraba en modo alguno avaro de sus palabras.

Capítulo XVI

Cristo viene a Baltasar

—Si yo pudiera contestarte... —dijo Baltasar con la unción, la gravedad y la sencillez que le eran peculiares—, ¡ah, si supiera dónde está, cuan prestamente correría a Él! Ni los mares ni las montañas bastarían para detenerme.

—Entonces, ¿has intentado hallarle? —preguntó Ben-Hur.

Una sonrisa pasajera revoloteó por la faz del egipcio.

—La primera misión que me encomendé a mí mismo después de abandonar el abrigo que me proporcionaron en el desierto —y aquí Baltasar dirigió una mirada de agradecimiento a Ilderim—, fue la de saber qué había sido del Niño. Pero había pasado un año y yo no me atrevía a ir personalmente a Jerusalén, porque Herodes seguía conservando el trono con el ánimo sanguinario de siempre. De regreso a Egipto, hubo unos pocos amigos que creyeron las maravillosas cosas que les conté de lo que había visto y oído; unos pocos que se alegraron conmigo de que hubiese nacido el Redentor; unos pocos que jamás se cansaban de escuchar la historia. Algunos salieron conmigo en busca del Niño. Fueron primero a Belén, donde visitaron la posada y la cueva, pero el portero (el que estaba sentado a la entrada la noche del alumbramiento y la noche que llegamos nosotros siguiendo la estrella) había desaparecido. El rey se lo había llevado, y no le volvieron a ver.

—Pero sin duda encontrarían alguna prueba —dijo ansiosamente Ben-Hur.

—Sí, hallaron testimonios escritos con sangre: una población sumida en el dolor, unas madres que todavía lloraban a sus pequeñuelos. Debes saber que cuando Herodes se enteró de nuestra huida hizo degollar a los niños de corta edad de Belén. No se libró ni uno. Mis mensajeros se afianzaron en su fe; pero regresaron diciéndome que el Niño había muerto, degollado juntamente con los otros inocentes.

—¡Muerto! —exclamó, horrorizado, Ben-Hur—. ¿Muerto, has dicho?

—No, hijo mío, no he dicho eso. He dicho que mis mensajeros me contaron que el Niño había muerto. Pero yo no lo creí, ni lo creo ahora.

—Comprendo, tú estás enterado por algún conducto especial.

—No es eso, no es eso —respondió Baltasar, bajando los ojos—. El Espíritu no había de acompañarnos sino hasta donde estaba el Niño. Cuando salimos de la cueva lo primero que hicimos fue mirar en busca de la estrella;

pero había desaparecido, y con ello comprendimos que estábamos abandonados a nuestros propios medios. La última inspiración del Ser Sagrado (la última que recuerdo) fue la que nos hizo recurrir a Ilderim para ponernos a salvo.

—Sí —dijo el jeque, jugueteando nerviosamente con la barba—. Tú me dijiste que un Espíritu te había enviado a mí; lo recuerdo.

—No estoy en comunicación con ningún poder especial —prosiguió Baltasar, observando el desaliento que se había apoderado de Ben-Hur—; pero, hijo mío, he meditado mucho sobre lo que pasó; he meditado continuamente durante muchos años, inspirado por una fe, que, te lo aseguro poniendo a Dios por testigo, tengo ahora tan viva como en la hora aquella en que oí al Espíritu llamándome a la orilla del lago. Si quieres escucharme, te explicaré por qué creo que el Niño vive.

Tanto la actitud de Ilderim como la de Ben-Hur expresaban su conformidad, y parecía que concentraban todas sus facultades para que, además de oír, pudiesen también comprender. Su interés se contagió a las sirvientas, que se acercaron al diván y se quedaron escuchando. En toda la tienda se había hecho el silencio más profundo.

—Los tres creemos en Dios.

Baltasar tomó la palabra inclinando la cabeza.

—Y Él es la verdad —dijo reanudando el discurso—. Su palabra es Dios. Las montañas pueden convertirse en polvo, y los vientos del sur pueden beberse el agua de los mares hasta dejarlos secos; pero su palabra permanecerá, porque es la verdad.

Había sentado esta afirmación con una voz indescritiblemente solemne.

—Aquella voz, la voz de Dios, al hablarme a la orilla del lago, me dijo: "Bendito eres tú, ¡oh hijo de Mizraim! La redención llega. Junto con otros dos venidos de lo más remoto del mundo, tú verás al Salvador". He visto al Salvador, ¡bendito sea su nombre!, pero la redención, que constituía la segunda parte de la promesa, todavía no ha llegado. ¿Lo entiendes ahora? Si el Niño hubiese muerto faltaría el instrumento que trajese la redención y aquella palabra nada valdría, y Dios... ¡No, no me atrevo a decirlo!

Y levantó los brazos al cielo horrorizado.

—La redención era la obra para la cual nacía el Niño; así pues, mientras la promesa no se cumpla ni siquiera la muerte puede apartarlo de su obra hasta que la deje terminada, o, por lo menos, en camino de completarse. Acepta lo que te digo como una razón que sostiene mi fe, y sigue prestándome atención.

El buen hombre hizo una pausa.

—¿No quieres probar el vino? Lo tienes al alcance de la mano; mira —dijo respetuosamente Ilderim.

Baltasar bebió un sorbo y, pareciendo más repuesto, siguió diciendo:

—El Salvador que contemplaron mis ojos había nacido de mujer, con nuestra misma naturaleza y sujeto a todas las enfermedades, incluso a la muerte. Dejemos esto sentado, como primera proposición. Consideremos luego el trabajo que le estaba reservado. ¿No se trataba de una obra que sólo un hombre está en condiciones de llevar a cabo? Un hombre sabio, firme, discreto; un hombre, en fin, no un niño. Para llegar a serlo ha de crecer como crecemos los demás. Considerad ahora los peligros a que estaba sujeta su vida durante este intervalo; el largo intervalo entre la infancia y la madurez. Los poderes constituidos eran enemigos suyos; Herodes era un enemigo, ¿y no lo habría sido Roma? En cuanto a Israel... si quisieron eliminarle fue por miedo a que Israel le aceptase. Considerad, pues. ¿Qué otro modo mejor de proteger su vida en el desamparado periodo del crecimiento que haciéndole pasar a la oscuridad? De ahí que me dijera a mí mismo y a esta mi fe, siempre atenta y que responde sólo, siempre, por un afán de amor: "No ha muerto, únicamente se ha eclipsado y, como su obra está por hacer, reaparecerá de nuevo". Ahí tenéis los motivos de que siga creyendo. ¿No son suficientes?

En los diminutos ojos de árabe de Ilderim, brillaba la comprensión. Ben-Hur, curado del desaliento, exclamó apasionadamente:

—Yo por lo menos no sabría contradecirlos. ¿Qué más? Te lo ruego.

—¿No tienes bastante, hijo mío? Bien —empezó de nuevo en tono más sosegado—. Viendo que esas razones eran buenas, o más claramente, viendo que Dios no había de permitir que encontrasen al Niño, asenté mi fe en la roca de una paciencia inalterable, y me puse a esperar —Baltasar levantó los ojos llenos de santa confianza, y se interrumpió abstraído—. Y sigo esperando. El Niño vive, bien resguardado en su imponente secreto. ¿Qué importa que yo no pueda ir a donde está, ni nombrar la montaña o el valle en que mora? El vive; quizá sea como el fruto en flor; quizá sea como el fruto que empieza a madurar, pero, por la certidumbre que encierran las promesas y los motivos de Dios, sé que vive.

Un estremecimiento de pavor sacudió el cuerpo de Ben-Hur; un estremecimiento que no era sino la agonía de la duda imprecisa que había sentido.

—¿Dónde crees que está? —preguntó bajando la voz y vacilando, como el que siente sobre los labios la presión de un silencio sagrado.

Baltasar, cuya mente no había salido del todo de su ensimismamiento, le contestó cariñosamente:

—En mi casa sobre el Nilo, tan próxima al río que los que pasan en barca ven a un tiempo el edificio y su imagen en el agua, en mi casa, decía, estaba yo hace unas semanas sentado meditando. Un hombre de treinta años de edad, me decía, ha de tener los campos de su vida arados y la simiente echada; porque luego viene el verano, dejando un intervalo bastante corto para que crezca y madure lo que sembró. El Niño, pensé luego, tiene ahora veintisiete años; para él la época de la siembra es inminente. Y entonces, hijo mío, me hice la misma pregunta que ahora me has hecho tú, y me contesté viniendo hasta aquí como un buen lugar de descanso contiguo a las tierras que tus padres recibieron de manos de Dios. ¿En qué otra parte podría aparecer sino en Judea? ¿En qué otra ciudad podría dar comienzo a su obra sino en Jerusalén? ¿Quiénes habrían de ser los primeros en recibir las bendiciones que ha de traernos sino los hijos predilectos de Dios? Si me mandaran buscarle, yo revolvería bien las aldeas y los pueblos de las laderas de los montes de Judea y Galilea que miran al este, descendiendo hacia el valle del Jordán. Allí está en estos momentos. De pie en una puerta o sobre una cima esta misma tarde ha visto ponerse el sol acercando en un día el momento en que él mismo se ha de convertir en la luz del mundo.

Baltasar calló. Había levantado la mano y extendido el índice como señalando en dirección a Judea. Contagiados de su fervor, todos los oyentes, incluso las obtusas criadas, se habían estremecido cual si estuvieran contemplando una majestuosa figura aparecida de súbito en el interior de la tienda. Y esa sensación no los abandonó enseguida: todos los que estaban a la mesa permanecieron un rato pensativos. Al final Ben-Hur rompió el importante silencio, diciendo:

—Veo, Baltasar, que has sido muy favorecido y de singular manera. Veo también que eres indudablemente un sabio. No tengo palabras para expresarte cuánto agradezco lo que me has explicado. Quedo advertido de que se acercan grandes acontecimientos y me contagio algo de tu fe. Completa el favor, te lo ruego, contándome más detalles de la misión de Aquel al que tú esperas, y al cual esperaré yo también desde esta noche en adelante, como corresponde a un hijo creyente de Judá. Él ha de ser el Salvador, has dicho, ¿no ha de ser el Rey de los judíos además?

—Hijo mío —dijo Baltasar con su aire benévolo—, esa misión es todavía un propósito reservado en el seno de Dios. Todas las consecuencias que se me han ocurrido respecto a ella las extraigo de las palabras de la Voz que contestó a mis oraciones. ¿Hemos de comentarlas nuevamente?

—Tú eres el maestro.

—La causa de mi inquietud —empezó a decir Baltasar sosegadamente—, lo que hizo de mí un predicador en Alejandría y en las poblaciones del Nilo, lo

que me condujo al final a las soledades donde fue a buscarme el Espíritu, fue la mísera condición de los hombres, ocasionada, según creía yo, por haber caído en el desconocimiento de Dios. Yo sufría por los sufrimientos del género humano; no por una clase solamente, sino por todos. Tan completa era la caída, que me parecía imposible la redención, a menos que el mismo Dios se la asignara como misión suya propia; y por ello le supliqué que viniera y que yo pudiese verle. "Tus buenas obras han triunfado. La redención llega, y tú verás al Salvador". Así dijo la Voz. Y regocijado con esta respuesta me fui a Jerusalén. Ahora bien, ¿para quiénes será la redención? Para el mundo entero. ¿Y qué forma tomará? ¡Fortalece tu fe, hijo mío! Sé que los hombres dicen que no existirá la dicha hasta que Roma sea arrasada y barrida de las colinas que la sostienen. Es decir, los males de la época no procedían, como yo pensaba, del desconocimiento de Dios, sino de la mala dirección de los gobernantes. ¿Necesitamos que nos digan que los gobiernos nunca piensan en el provecho de la religión? ¿De cuántos reyes habéis sabido que fueran mejores que sus súbditos? ¡Ah, no, no! La redención no puede tener un objetivo político; no puede entregarse a derribar gobernantes e imperios, dejando vacantes sus puestos sólo para que otros disfruten de ellos. Si todo se redujera a eso, la sabiduría de Dios dejaría de ser infinita. Aunque yo no sea más que un ciego orientando a otro ciego, os aseguro que el que viene, viene a ser Salvador de almas, y la redención significa que Dios vuelve una vez más a la tierra, y con Él, la justicia, para que le sea tolerable la estancia entre nosotros.

La desilusión se reflejó claramente en la faz de Ben-Hur. El joven bajó la cabeza. Pero si no estaba convencido, por lo menos se sentía incapaz en aquel momento de rebatir la opinión del egipcio. No así Ilderim, quien exclamó impulsivamente:

—¡Por el esplendor de Dios! Ese criterio está en contradicción con todas las tradiciones. Los caminos del mundo ya están trazados y no es posible cambiarlos. En cada comunidad ha de haber un jefe investido del poder; de lo contrario no hay reforma.

Baltasar acogió gravemente el arranque de su amigo.

—Buen jeque, la sabiduría que te inspira es una sabiduría mundana; y olvidas que es precisamente de los caminos del mundo de lo que hemos de ser redimidos. Reducir al hombre a vasallo constituye la ambición de un rey; ocuparse del alma del hombre para salvarla es el deseo de un Dios.

Aunque reducido al silencio, Ilderim movió la cabeza negativamente, resistiéndose a dar crédito a lo que oía. Ben-Hur le relevó en la tarea de continuar la discusión.

—Padre (con tu permiso te doy este nombre) —replicó—, ¿por quién te

mandaron que preguntases en las puertas de Jerusalén?

El jeque le dirigió una mirada de agradecimiento.

Baltasar respondió calmosamente:

—Había de preguntar a las gentes: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?".

—¿Y lo viste en la cueva cerca de Belén?

—Lo vimos, lo adoramos y le ofrecimos presentes: Melchor oro; Gaspar, incienso, y yo, mirra.

—Cuando explicas hechos, oh, padre, oírte significa creerte —dijo Ben-Hur—; pero, en materia de opiniones, no puedo comprender qué clase de rey querrías hacer del Niño. Yo no sé separar al gobernante de su poder y sus deberes.

—Hijo —dijo Baltasar—, tenemos la costumbre de estudiar detenidamente las cosas que están a nuestros pies, y no concedemos sino una fugitiva mirada a los objetos mayores situados a gran distancia. Ahora no ves sino el título de "Rey de los judíos"; levanta los ojos al misterio que encubren y el obstáculo en que tropiezas desaparecerá. Digamos una palabra sobre este título. Tu Israel ha visto días mejores; días en los que Dios, con cariño entrañable, llamaba su pueblo a tu pueblo y se comunicaba con él por medio de los profetas. Pues bien, si en aquellos días les prometió al Salvador que yo vi, si se lo prometió como Rey de los judíos, la llegada del Redentor ha de concordar con la promesa aquella, aunque sólo sea por no desmentir la expresión. ¡Con ello ves el porqué de mi pregunta en la puerta! Lo ves, y yo no quiero detenerme más en este punto, sino que seguiré adelante. Por otra parte, quizá tú pienses en la jerarquía y dignidad del Niño. Si es así, considera, atendiendo a la jerarquía de dignidades del mundo, ¿qué significa ser el sucesor de Herodes? ¿Qué vale? Para sus predilectos, ¿no es mejor ser Dios? Si eres capaz de imaginarte al Padre todopoderoso necesitado de un título y descendiendo a servirse de lo que han inventado los hombres, ¿por qué no me ordenó que preguntara enseguida por un cesar? ¡Ah, por la esencia de lo que constituye el tema de nuestra conversación, mira más alto, yo te lo ruego. Mejor será que preguntes sobre quiénes ha de reinar; porque yo te aseguro, hijo mío, que ahí está la clave de un misterio que sin ella nadie entenderá.

Baltasar levantó los ojos devotamente.

—Existe en el mundo un reino que no es de este mundo; un reino de fronteras más amplias que el orbe, más amplias que la tierra y los mares, aunque aquélla y éstos se amasaran juntos, como el oro más fino, y se extendiera todo a martillazos formando una lámina. Su existencia es tan real

como la de nuestros corazones, y por él caminamos desde la cuna a la sepultura, aunque sin verlo. Y nadie lo verá si primero no conoce su propia alma; porque dicho reino no es para el hombre, sino para su alma. Y en sus dominios impera una gloria que no cabe en los límites de la imaginación, una gloria singular, incomparable, suprema.

—Tus palabras, padre, son para mí un enigma —dijo Ben-Hur—. Jamás oí hablar de ese reino.

—Yo tampoco —corroboró Ilderim.

—Y quizá yo no pueda deciros más —añadió Baltasar, bajando humildemente los ojos—. En qué consiste el fin que persigo, de qué modo podemos ganarlo, nadie podrá saberlo hasta que el Niño venga a tomar posesión de él como de una cosa que le pertenece. El trae la llave de la puerta invisible, que abrirá para sus predilectos, entre los cuales se contarán todos los que le amen, pues únicamente ellos serán redimidos.

Después de estas últimas palabras se produjo un largo silencio, que Baltasar tomó como término de la conversación.

—Buen jeque —dijo luego con su acostumbrada placidez—, mañana o pasado me iré a la ciudad, donde pasaré unos días. Mi hija desea ver los preparativos que hacen para los juegos. Más tarde te diré cuándo nos marchamos. A ti, hijo mío, volveré a verte. Os doy la paz y las buenas noches a los dos.

Todos se levantaron de la mesa. El jeque y Ben-Hur siguieron con la mirada al egipcio, hasta que los criados le hubieron acompañado fuera de la tienda.

—Jeque Ilderim —dijo entonces Ben-Hur—, esta noche he oído cosas extrañas. Te ruego que me autorices a pasear por la orilla del lago para que pueda reflexionar sobre ellas.

—Ve, que yo iré a buscarte.

Se lavaron las manos otra vez; después de lo cual, a una seña del dueño, un criado trajo los zapatos de Ben-Hur. Y el joven salió inmediatamente.

Capítulo XVII

El reino, ¿espiritual o político?

Un poco más allá del aduar había un bosquecillo de palmeras que proyectaba su sombra mitad sobre el agua, mitad sobre la tierra. Desde sus

ramas un ruiseñor dejaba oír un canto que era como una invitación. Ben-Hur se paró debajo a escuchar. En cualquier otra ocasión las notas del pájaro le habrían distraído de sus pensamientos; pero el joven llevaba sobre sí, como un fardo singular, el peso de las incógnitas de la historia narrada por el egipcio, y, al igual que sucede a otros obreros, ni la más dulce música sería música para él hasta que el descanso no hubiese armonizado felizmente su cuerpo y su alma.

Era una noche tranquila. Ni la más leve ondulación del agua llegaba a la orilla. Habían salido todas las viejas estrellas del viejo Oriente, cada una en su sitio acostumbrado, y el verano imperaba en todas partes: en la tierra, en el lago, en el firmamento. Ben-Hur tenía la imaginación caldeada, excitadas las emociones y la voluntad irresoluta.

Las palmeras, el cielo, el aire, se le antojaba que no eran de allí, sino de la lejana región meridional a la que se había visto empujado Baltasar desesperando de los hombres. El lago, con su inmóvil superficie, le hacía pensar en la madre del Nilo, a cuya orilla estaba rezando el santo varón cuando se le apareció, resplandeciente, el Espíritu. ¿Habían llegado hasta Ben-Hur todas aquellas circunstancias del milagro? ¿O había, sido llevado hacia ellas? ¿Y si el milagro se repitiese? ¿Y si se repitiese para él? Temía y deseaba a la vez, y esperaba incluso, que se reprodujese aquella visión. Cuando finalmente su ánimo febril se apaciguó y pudo volver a ser dueño de sí mismo, estuvo en condiciones de pensar.

Hemos explicado ya cuál era su plan de vida. Pero, hasta este momento, siempre que lo había meditado había quedado un vacío que nunca fue capaz de salvar o rellenar; un vacío tan grande que no podía divisar sino vagamente la orilla opuesta. Cuando al final fuese tan apto para capitán como para soldado, ¿hacia qué objetivo debería dirigir sus esfuerzos? Pensaba, por supuesto, en la posibilidad de una revolución; pero el proceso de una revolución ha sido siempre el mismo, y para excitar a los hombres a lanzarse a ella siempre se ha precisado, en primer lugar, de una bandera o un pretexto para captar adeptos, y, en segundo lugar, de un fin que conseguir, de alguna conquista práctica y tangible que obtener. Por lo general, lucha con denuedo todo aquel que tiene agravios que reparar; pero combate todavía mucho mejor el que, espoleado por los agravios, tiene ante sí la perspectiva clara y firme de una gloriosa recompensa, de una recompensa en la que distingue bálsamo para las heridas, premios para el valor, y el recuerdo y el agradecimiento si en la lucha halla la muerte.

Para determinar el poder de atracción lo mismo de la bandera que del objetivo, era preciso que Ben-Hur estudiase los adeptos que quería buscar cuando todo estuviera dispuesto para la acción. Muy naturalmente, esos adeptos serían sus compatriotas. Los agravios de Israel los sentían como propios todos los descendientes de Abraham, y cada uno de por sí constituía

una causa infinitamente sagrada, inmensamente capaz de inflamar a los hombres.

Sí, la causa estaba ahí, pero el objetivo ¿cuál sería?

Imposible calcular las horas y días que había dedicado a este aspecto de su plan, habiendo llegado siempre al mismo resultado: a una idea vaga, incierta, genérica, de liberación nacional. ¿Sería suficiente? Ben-Hur no podía contestar que no, porque ello habría significado la muerte de sus esperanzas, y se resistía a responder que sí, porque su buen criterio le decía otra cosa. Ni siquiera podía afirmarse a sí mismo que Israel estuviera en condiciones de luchar sola, sin aliados, contra Roma. Conocía los recursos de la gran enemiga, y sabía que su destreza superaba todavía a sus recursos. Una coalición universal sí valdría, pero, ¡ay!, eso era soñar en un imposible, salvo que (¡y qué ampliamente y con cuánto afán se había parado a pensar en esta salvedad!), salvo que de una de las naciones sufrientes surgiera un héroe y a fuerza de triunfos marciales conquistase una fama que se extendiera por toda la tierra. ¡Qué gloria para Judea si lograba ser la Macedonia del nuevo Alejandro! Pero, otra vez, ¡ay!, bajo la dirección de los rabíes era posible el valor, pero no la disciplina. Y luego quedaba la mofa de Messala en el jardín de Herodes: "Todo lo que conquistáis en seis días, lo perdéis el séptimo".

Sucedía así que nunca se acercaba a la hendidura creyendo remontarla sin verse obligado a retroceder derrotado; y tan constantemente había fracasado en este punto que acabó por renunciar a resolverlo si el azar no traía una solución. Era posible que, en su día, se descubriera al héroe, o quizá no lo descubrieran nunca. Sólo Dios lo sabía. Teniendo en cuenta esta situación anímica, no es preciso que nos detengamos en el efecto que le causó la esquemática exposición que Malluch le hizo de la historia de Baltasar. Ben-Hur la escuchó deslumbrado por el entusiasmo, convencido de que había aparecido la solución del problema. Ahí estaba por fin el héroe que hacía falta, ¡un héroe nacido de la tribu del León, y Rey de los judíos! Y detrás del héroe, ¡mirad!, el mundo en armas.

La existencia del rey implicaba la de un reino. Él sería un guerrero magnífico como David, un gobernante sabio como Salomón, y el reino poseería una fortaleza contra la cual se precipitaría Roma para caer destrozada. Habría una guerra colosal, vendrían las agonías de la muerte y del alumbramiento..., y luego la paz. Una paz que, naturalmente, instauraría la hegemonía perdurable de Judea. El corazón de Ben-Hur latía con fuerza, como si por un instante hubiese visto a Jerusalén convertida en la capital del mundo, y a Sión sirviendo de asiento al trono del Amo universal.

Al entusiasmado Ben-Hur se le antojaba una rara fortuna que el hombre que había visto al rey estuviera en la tienda hacia la cual se dirigía él. Allí

podría verle, oírle y escuchar de sus labios todo lo que él sabía del cambio que había de producirse, y en especial del momento en que se produciría. Si era inminente, abandonaría la campaña de Majencio y se dedicaría a organizar y armar las tribus, a fin de que Israel estuviera preparado cuando el gran día de la restauración empezase a despuntar. En aquel momento, como hemos visto, Ben-Hur había escuchado la maravillosa historia de boca del mismo Baltasar. ¿Estaba satisfecho?

Sobre su espíritu había descendido una sombra más densa que la del bosquecillo de palmeras; la sombra de una gran incertidumbre, que (¡toma nota, oh, lector!) se refería más al reino que al rey.

—¿Qué hay de ese reino? ¿Y qué ha de ser? —se preguntaba ensimismado Ben-Hur.

Tan temprano surgieron, pues, los interrogantes que habían de acompañar al Niño hasta su muerte y le habían de sobrevivir en la tierra; interrogantes insolubles en su tiempo, manantiales de discusiones en éste, y que son un enigma para todo el que no comprende o no sabe comprender que en todo hombre hay dos en uno: un alma inmortal y un cuerpo perecedero.

—¿Qué será su reino? —se preguntaba. A nosotros, oh lector, nos ha contestado el mismo Niño; pero para Ben-Hur no había sino las palabras de Baltasar: "En el mundo, aunque no de este mundo; no para los hombres sino para sus almas; un imperio, no obstante, de inimaginable esplendor".

¿Es raro que el desamparado joven no hallara en esas frases sino la oscuridad de un acertijo?

—¡La mano del hombre no entra aquí! —exclamó con desesperación—. Y el rey de semejante reino no necesita para nada a los hombres; no necesita ni operarios, ni consejeros, ni soldados. La tierra debe perecer o ser formada de nuevo; hay que descubrir nuevos principios de gobierno, algo que no sea precisamente manos armadas, algo que sustituya a la fuerza. Pero ¿qué? ¡Oh lector!, volvemos a exclamar. Lo que nosotros no queremos ver, él no podía verlo. A ningún hombre se le había ocurrido todavía el poder que tiene el amor, ni mucho menos había venido nadie diciendo claramente que para gobernar y conseguir los dos objetivos del gobierno (la paz y el orden) es mejor y más poderoso el amor que la fuerza.

En medio de sus divagaciones una mano vino a posarse sobre su hombro.

—Tengo que decirte una palabra, oh hijo de Arrio —le dijo Ilderim, poniéndose a su lado—. Una palabra nada más, y luego debo volverme, porque la noche se va.

—Te doy mi venia, jeque.

—De cuanto has oído hace unos momentos —le dijo Ilderim casi sin pausa —, créelo todo menos lo referente a la clase de reino que el Niño ha de instaurar cuando llegue. Sobre este particular conserva la mente virgen hasta que oigas a Simónides, el mercader, un buen hombre de Antioquía al cual te presentaré. El egipcio te paga con la moneda de sus sueños, que son demasiado puros para la tierra; Simónides es más sensato; él te repetirá los dichos de los profetas, citando el libro y la página, para que no puedas rebatir que el Niño será de verdad Rey de los judíos. ¡Sí, por el esplendor de Dios! Será rey como lo es Heredes, aunque mucho mejor y muchísimo más magníficamente. Y entonces, ¿comprendes?, nosotros probaremos las dulzuras de la venganza. Y no te digo más. ¡La paz sea contigo!

—¡Quédate, jeque!

Si Ilderim oyó su llamada, no la obedeció.

"Otra vez Simónides —se dijo Ben-Hur, amargamente—. ¡Simónides aquí, Simónides allá; Simónides de boca de éste; Simónides de labios de aquél! ¿No habrá manera de que me libre de una vez del siervo de mi padre, de un hombre que, cuando menos, sabe retener bien asido lo que es mío, y de este modo es más rico, suponiendo que no sea en realidad más sabio, que el egipcio? ¡Por la santa alianza! Un hombre no debe recurrir a quienes no han sido fieles a sus obligaciones en busca de una fe que le guíe; y no seré yo quien lo haga. Pero, ¡escucha!, alguien canta... y es la voz de una mujer... ¿o la de un ángel? Viene para acá".

Por el lago, una mujer venía cantando hacia el aduar. Su voz flotaba por encima de las calladas aguas del lago, y cobraba potencia a cada instante. Enseguida se oyó el ruido de unos remos moviéndose lenta y acompasadamente; un poco después fue posible distinguir las palabras, pronunciadas en el griego más puro, que era la lengua más rica de todas las de la época para expresar apasionadas querellas.

LAMENTACIÓN EGIPCIA

Suspiro y canto a la tierra querida
que el mar de la Siria esconde de mí.
Besaba el viento la arena amarilla,
trayendo la vida que ahora perdí.
¡Cómo susurra la dulce palmera!
Mas, ¡ay!, para mí ya no gime el Nilo
a la plácida luz de la luna bella,
de la antigua Menfis rozando el limo.

Oh Nilo, dios de mi alma que muere;
oh río que en sueños vienes hasta aquí,
deja que en sueños con el loto juegue
cantando antiguas canciones por ti.
¡Ay, cómo te añoro, amado Simbel!
¡Distantes quedáis, trinos de Menón!
Mis labios invade el sabor de la piel
en cuanto intento deciros: ¡adiós!

Al final de la canción la cantora estaba más allá del bosquecillo de palmeras. La última palabra, "adiós", cruzó flotando por el aire impregnada con toda la dulce melancolía de la separación. El paso de la barca era el paso de una sombra más oscura en la más profunda noche.

Ben-Hur inspiró profundamente, y el aire, al salir por entre sus labios, se asemejaba mucho a un suspiro.

—La conozco por su canto; es la hija de Baltasar. ¡Qué hermosa la canción! ¡Qué bella la que canta!

Y recordaba sus ojos grandes levemente velados por las caídas pestañas, las mejillas ovales y deliciosamente rosadas, los labios carnosos y gruesos con unos risueños hoyuelos a cada lado, y toda la gracia de su figura alta y esbelta.

—¡Qué hermosa es! —exclamó de nuevo.

Y su corazón respondió acelerando los latidos. Entonces, casi en el mismo instante, otra faz, más joven e igualmente bella (si no tan apasionada, más tierna e infantil) se apareció ante él como emergiendo del lago.

—¡Esther! —dijo sonriendo—. Me han enviado una estrella, como yo deseaba.

Entonces se volvió, regresando despacio hacia la tienda.

Los agravios y los preparativos de venganza habían llenado su vida; la habían llenado demasiado para dejar lugar al amor. ¿Era éste el comienzo de un cambio dichoso?

Y si esa inspiración le acompañaba hasta la tienda, ¿de quién procedía?

Esther le había dado una copa. Lo mismo había hecho la egipcia.

Y las dos se le habían aparecido a un mismo tiempo bajo las palmeras.

¿Cuál de las dos?



¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es